



CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS, URBANOS Y AMBIENTALES

**"NOCTÁMBULAS POBLANAS. LAS FORMAS EN QUE LAS MUJERES SE
RELACIONAN CON LOS ESPACIOS NOCTURNOS EN LA CIUDAD DE
PUEBLA"**

Tesis presentada por

SUSANA GUADALUPE SÁNCHEZ DE LA CRUZ

Para optar por el grado de

DOCTORA EN ESTUDIOS URBANOS Y AMBIENTALES

Directoras de tesis

DRA. TIANA BAKIC HAYDEN

DRA. PAULA CAROLINA SOTO VILLAGRÁN

Ciudad de México, 11 de noviembre de 2025



CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS, URBANOS Y AMBIENTALES

Doctorado en Estudios Urbanos y Ambientales

Constancia de aprobación de tesis

Ciudad de México, 11 de noviembre de 2025

Directoras de Tesis: Dra. Tiana Bakic Hayden

Dra. Paula Carolina Soto Villagrán

Aprobada por el Jurado Examinador:

Sinodales propietarios

Presidente

Nombre: Tiana Bakic Hayden

Firma:

Vocal

Nombre: Paula Carolina Soto Villagrán

Firma:

Secretario

Nombre: Edna Hernández González

Firma:

Sinodal suplente

Nombre: Arturo Díaz Cruz

Firma:

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi agradecimiento a la SECIHTI, por el apoyo económico que me permitió continuar con el estudio del doctorado. Asimismo, agradezco a El Colegio de México y al CEDUA por brindarme la oportunidad de cursar este doctorado en tan prestigiosa institución, y por la amabilidad y atención con la que cada uno de sus integrantes se desempeña, haciéndonos sentir siempre bienvenidos y en casa.

Mi agradecimiento profundo a mis directoras, la Dra. Tiana y la Dra. Paula, por la paciencia infinita y la dedicación con la que me guiaron a lo largo de este proceso, siempre desde la empatía y el amor por el conocimiento. Agradezco también a mis lectores, la Dra. Edna, por acompañarme desde el tercer semestre, por leerme y ofrecer comentarios tan precisos y valiosos, y al Dr. Arturo, por la amistad y las observaciones enriquecedoras que me ayudaron a abrir nuevas perspectivas.

Mi más sincero agradecimiento a las participantes de esta investigación, quienes no solo me permitieron acompañarlas, sino que también me abrieron las puertas de sus hogares y de sus corazones para compartir lo que sentían y pensaban. Sin ustedes, este trabajo no hubiera sido posible.

Agradezco igualmente a cada uno de mis compañeros y amigos de generación, por el acompañamiento, la motivación y los momentos compartidos a lo largo de este camino.

Finalmente, quiero agradecer infinitamente a mis papás, Teresa y Emilio, y a mi hermano Milo, por todo su apoyo incondicional y el amor desmedido que me han brindado. Gracias por cuidarme, motivarme y por nunca dudar de mí, incluso en los momentos en que yo misma lo hacía. Los amo profundamente.

RESUMEN

Esta investigación tiene como objetivo analizar de qué manera diferentes factores o elementos – físicos y no físicos –del espacio influyen en el balance entre el sentimiento de miedo e inseguridad y los deseos de práctica de ocio, así como las prácticas que las noctámbulas – mujeres que salen por las noches con motivadas por las prácticas de ocio – realizan, basándose en el cuidado con la finalidad de gestionar la manera en que se relacionan en los diferentes espacios que transitan durante sus salidas en la ciudad de Puebla. Para desarrollar este planteamiento, la investigación está estructurada en torno a tres objetivos específicos que permiten explorar las múltiples dimensiones de la experiencia nocturna de las noctámbulas poblanas.

La investigación se desarrolla a partir de tres objetivos específicos que permiten explorar las múltiples dimensiones de la experiencia nocturna de las mujeres en la ciudad de Puebla. El primer objetivo consiste en analizar cómo los contextos socioculturales y económicos influyen en las decisiones de las noctámbulas respecto al ocio nocturno, considerando factores como el lugar de residencia, los ingresos, los roles de género y las representaciones sociales sobre “salir de noche”, que condicionan sus posibilidades de moverse, encontrarse y relacionarse en la ciudad. El segundo objetivo busca comprender cómo se construye el ocio femenino durante la noche como una práctica progresiva, afectiva y relacional que trasciende los espacios de consumo, donde la movilidad, las interacciones sociales y la relación con el espacio urbano configuran experiencias situadas marcadas por vínculos, afectos y negociaciones. Finalmente, el tercer objetivo se centra en las prácticas de cuidado y su relación con los espacios urbanos, entendiendo el cuidado no solo como una estrategia de protección, sino también como una forma de mediación que influye en cómo las mujeres habitan y recorren la ciudad, articulando cuerpo, acción y entorno.

Estos tres objetivos estructuran los capítulos centrales de la tesis: el segundo, dedicado a los contextos urbano, sociocultural y económico; el tercero, al ocio que se construye en movimiento u *ocio on the go*; y el cuarto, a los espacios y prácticas de cuidado de las noctámbulas.

Todos estos sustentados en un marco teórico sobre la construcción social del espacio nocturno, el cuidado y las relaciones de género, contribuyen a los debates sobre las prácticas de ocio de las mujeres, movilidad y seguridad urbana, evidenciando que las prácticas nocturnas de las noctámbulas son procesos complejos donde el cuidado, la afectividad y las desigualdades estructurales se entrelazan.

Principales resultados

El análisis del contexto sociocultural y económico revela que la percepción de la noche y las decisiones sobre el ocio de las mujeres están fuertemente condicionadas por múltiples dimensiones de su vida cotidiana. El lugar de residencia define no sólo la proximidad a zonas de ocio y transporte, sino también la percepción de seguridad en calles y barrios, afectando la experiencia de las noctámbulas. Así mismo, los ingresos y la capacidad económica determinan la posibilidad de acceder a transporte seguro, pagar servicios de transporte por aplicación y costear consumos en establecimientos, lo que a su vez amplía o restringe los espacios que pueden habitar. Los roles de género y las normas sociales influyen en la manera en que justifican, planifican y negocian sus salidas con familiares y amistades, mientras que los estigmas asociados a “salir de noche” generan restricciones, pero también definen las prácticas de cuidado y vigilancia, condicionando tanto la movilidad como la confianza en diferentes entornos. A su vez, el ocio femenino se configura como una práctica progresiva, afectiva y relacional, estructurada a partir de nodos interconectados, donde la interacción con otras personas, la negociación del espacio urbano y la gestión de riesgos determinan de forma general, el ocio nocturno. Finalmente, las prácticas de cuidado muestran una dimensión corporal y estratégica que media la relación de las mujeres con los espacios. Estas prácticas no solo consisten en vigilancia o protección frente a posibles amenazas, sino también en la creación de redes de apoyo, acuerdos con amigas o familiares, y el uso de recursos urbanos y tecnológicos para garantizar seguridad. Sin embargo, la investigación evidencia las limitaciones en la interdependencia en contextos de soledad o ausencia de apoyo institucional, revelando de qué manera la agencia y la vulnerabilidad coexisten en la experiencia nocturna.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	7
APARTADO METODOLÓGICO	15
Reflexión sobre el enfoque metodológico.....	17
Selección y aproximación a las participantes.....	19
CAPÍTULO I. MARCO CONCEPTUAL. EL BALANCE ENTRE EL MIEDO Y EL OCIO NOCTURNO EN EL ESPACIO DESDE UNA PERSPECTIVA DE GÉNERO.....	23
1.1 Espacio nocturno y género	23
1.1.1 <i>Construcción social de los espacios nocturnos y las relaciones de género</i>	24
1.1.2 <i>Las mujeres en el espacio nocturno</i>	26
1.2 Miedo. Percepción de inseguridad y violencias	28
1.2.1 <i>Percepción de inseguridad e inseguridad</i>	29
1.2.2 <i>Violencias de género en el espacio nocturno</i>	31
1.2.3 <i>Espacialización del miedo</i>	33
1.3 Ocio nocturno y género	35
1.3.1 <i>Derecho al ocio y disfrute de la ciudad</i>	37
1.3.2 <i>Las mujeres y el ocio</i>	39
1.3.3 <i>Construcción del ocio nocturno</i>	42
1.3.4 <i>Performatividad de género y ocio nocturno</i>	45
1.4 Espacialidades del cuidado.....	47
1.4.1 <i>Mujeres en el cuidado como práctica social</i>	49
1.4.2 <i>El cuidado en el espacio relacional e interdependencia</i>	51
1.4.3 <i>Espacialidades de cuidado de la noche urbana</i>	54
CAPÍTULO II. CONTEXTOS URBANO, SOCIOCULTURALES Y ECONÓMICOS QUE MOLDEAN LAS SALIDAS DE LAS NOCTÁMBULAS POBLANAS	61

2.1. Contexto urbano de Puebla en las noches	63
2.1.1 <i>Las zonas de intensa actividad nocturna</i>	69
2.2 Contexto socio-cultural de las noctámbulas poblanas	79
2.1.2. <i>Percepciones y estigmas sociales de las noctámbulas</i>	85
2.3 Situación económica como factor que influye en la decisión de las noctámbulas poblanas	88
2.3.1. <i>Acceso y costo de medios de transporte</i>	94
2.3.2. <i>Ocupación</i>	100
2.4. Apuntes finales	103
CAPÍTULO III. OCIO "ON THE GO"	105
3.1. Preparación y expectativas de las noctámbulas	109
3.1.1. <i>La "libertad" esperada y la forma en que se relacionan en el espacio nocturno</i> 115	
3.2. La construcción del ocio de camino a la fiesta.....	119
3.2.1. <i>Ante calles "vacías". Espacios que no están diseñados para la vida nocturna</i> 121	
3.2.2. <i>Llevando la fiesta en la RUTA cuando se viaja en grupo</i>	127
3.2.3. <i>“Una tiene que ser amable”. Negociando el miedo en los servicios transporte por aplicación</i>	132
3.2.4 <i>El ambiente en las calles y banquetas de las zonas de intensa actividad nocturna</i>	137
3.3 Apuntes Finales	142
CAPÍTULO IV. ESPACIOS Y PRÁCTICAS DE CUIDADO DE LAS NOCTÁMBULAS	147
4.1 El acompañamiento e interdependencia en la noche	151
4.1.1 <i>El acompañamiento como práctica de cuidado constante entre las noctámbulas</i>	154

4.1.2 <i>La interdependencia como clave para el análisis el cuidado nocturno</i>	158
4.2 Espacios de tránsito y movilidad.....	162
4.2.1 <i>Transporte público (RUTA). Prácticas de cuidado sostenidos en su equipamiento y colectividad</i>	164
4.2.2 <i>Transporte por aplicación. Prácticas de cuidado al “estar atrapada”</i>	169
4.2.3 <i>Calles y trayectos peatonales. Prácticas de cuidado corporalizadas en caminar juntas, ajustar ritmos, elegir rutas.</i>	173
4.3 Espacios de ocio y sociabilidad.....	185
4.3.1 <i>Bares, antros y centros de ocio. Prácticas afectivas y pactos colectivos de cuidado</i>	185
4.3.2 <i>Puestos de comida y espacios informales de resguardo. Prácticas de cuidado comunitario e inesperado en las zonas de intensa actividad nocturna</i>	190
4.4 Tensiones y limitaciones de la interdependencia.....	193
4.5 Apuntes finales	195
CONCLUSIONES.....	199
BIBLIOGRAFÍA.....	204
ANEXOS.....	215

ÍNDICE DE MAPAS

Mapa 1. Líneas de la Red Urbana de Transporte Articulado al 2024	65
Mapa 2. Zonas de intensa actividad nocturna en la ciudad de Puebla.....	69
Mapa 3. Zona de intensa actividad nocturna en la zona metropolitana.....	76
Mapa 4. Localización de las viviendas de las participantes	90
Mapa 5. Rezago social y localización de participantes.	91
Mapa 6. Líneas de Ruta en la ciudad de Puebla, 2024	96
Mapa 7. Líneas de RUTA cercanas a las participantes	97
Mapa 8. Recorrido de la Línea 3 del RUTA	128

ÍNDICE DE IMÁGENES

Imagen 1. El callejón de “Los Sapos”	70
Imagen 2. El Barrio del Artista.....	70
Imagen 3. Barrio de Analco.....	71
Imagen 4. Avenida Juárez “La Juárez”	72
Imagen 5. Angelópolis.....	73
Imagen 6. Ciudad Universitaria.....	74
Imagen 8. “La Catorce”, San Andrés Cholula	78
Imagen 9. Calle que toma Sara para entrar a su Colonia.....	92
Imagen 10. Recorrido de Joyce	124
Imagen 11. Recorrido de Violeta	125
Imagen 12. Distribución del grupo de Sara en la Unidad.....	129
Imagen 13. Grupo de jóvenes haciendo fila en San Andrés, Cholula.	139
Imagen 14. Interior de un autobús de RUTA, línea 3. Más mujeres viajan solas.....	167
Imagen 15. Estación de RUTA “Analco” en el centro histórico	167

Imagen 16. Calle 5 oriente a las 10 de la noche	175
Imagen 17. Iluminación en calle que recorre Joyce	179
Imagen 18. Iluminación en calle que recorre Karina.....	179
Imagen 19. Iluminación en calle que recorre Jesica.....	179
Imagen 20. Callejón de los Sapos.....	183
Imagen 21. Interior de un bar en la zona de Ciudad Universitaria.....	187
Imagen 22 Puesto de comida en “la Juárez”	192
Imagen 23. Puesto de comida en “la Juárez” 2.....	192
Imagen 25. Puestos ambulantes en el centro de la ciudad.....	193
Imagen 26. Puesto de comida en la zona de Huexotitla	193

INTRODUCCIÓN

La noche en la ciudad es un territorio cargado de significados contradictorios. Mientras para algunas personas representa descanso, clausura y silencio, para otras se convierte en un espacio de posibilidad, encuentro y disfrute. En Puebla – como en muchas otras ciudades latinoamericanas –, la experiencia nocturna está atravesada por tensiones que revelan tanto las promesas de libertad del ocio como las persistentes sombras del miedo y la inseguridad. La noche invita pero también limita, es decir, ofrece la oportunidad de desplegar prácticas de ocio y sociabilidad, al mismo tiempo que se viven condiciones de vulnerabilidad y riesgo que moldean la manera en que se puede habitar. Es en este cruce donde aparecen las noctámbulas, mujeres que deciden salir, desplazarse y permanecer en la ciudad cuando oscurece – en este trabajo me refiero únicamente a las que lo hacen con motivos de ocio –. Sus trayectorias ponen en evidencia que la experiencia del ocio femenino nocturno no puede comprenderse únicamente como un tiempo libre, sino como un campo atravesado por normas sociales, desigualdades urbanas y prácticas de cuidado que permiten, o limitan, la presencia de los cuerpos en determinados espacios. La vida nocturna de estas mujeres está hecha de decisiones situadas, cómo moverse, con quién estar, a qué hora regresar, por dónde transitar. En cada elección se entrelazan afectos, miedos, deseos y estrategias que hablan tanto del equipamiento urbano como de las relaciones sociales y culturales que sostienen la ciudad.

Esta investigación que presento, busca adentrarse en ese entramado de experiencias y tensiones. El objetivo general de esta tesis es analizar de qué manera diferentes factores o elementos – físicos y no físicos – del espacio influyen en el balance entre el sentimiento de miedo e inseguridad y los deseos de práctica de ocio, así como las prácticas que las noctámbulas realizan, basándose en el cuidado con la finalidad de gestionar la manera en que se relacionan en los diferentes espacios que transitan durante sus salidas en la ciudad de Puebla.

En este sentido, la experiencia nocturna de las mujeres no puede entenderse únicamente como una lucha contra el miedo. Como lo expresan (Comelli, 2019; Hernández-González & Guérin, 2016; Ortiz Escalante, 2017; Soto, 2013), los miedos a ser víctimas de violencias – sobre todo física y sexual – provoca que las mujeres tomen medidas o adopten

estrategias que limitan su movilidad, lo cual se intensifica durante la noche, hay estudios (Kovac & Trussell, 2015; Nofre, 2023; Toomistu, 2018) que, sin negar que el miedo y la violencia son una constante en la interacción de las mujeres con el espacio, hacen notar que en un contexto de ocio nocturno también hay otros factores que influyen en la relación que las mujeres, que practican el ocio, tienen con el espacio. Lo que las hace percibir y experimentar de forma diferente la noche. Estos estudios hablan de las mujeres de manera general en las que no se profundiza en las motivaciones específicas de las mujeres que salen de noche. Las noctámbulas, entendidas como aquellas mujeres que salen con el objetivo de realizar actividades de ocio, reflejan necesidades diferentes a las de mujeres que, por ejemplo, salen de noche para trabajar. Mientras las últimas buscan llegar a salvo a su trabajo o de vuelta a su hogar sin relacionarse mucho, ni permanecer en los espacios urbanos por gusto, las noctámbulas – por lo que se ha observado – buscan, además de eso, vivir una experiencia festiva durante todo el trayecto de sus salidas. La presencia de mujeres, durante la noche, calificada como peligrosa o un espacio-tiempo al que se tiene miedo, no debe llevar inmediatamente a rechazar los trabajos que muestran que las mujeres están espacialmente restringidas, sino que es necesario considerar el contexto más amplio en el que se desarrollan sus salidas como lo mencionan (Condon et al., 2007), eso se tendría que lograr identificando otros factores que influyen en la capacidad de las noctámbulas de relacionarse con los diferentes espacios por los que permanecen o transitan durante sus salidas.

El argumento principal de esta tesis es que las salidas nocturnas de las mujeres en Puebla no pueden comprenderse solamente como una práctica de ocio ni únicamente como una vivencia marcada por el miedo, sino como una experiencia situada en la que ambos elementos – deseo y temor – se entrelazan y se negocian constantemente. Las noctámbulas no solo enfrentan un contexto urbano atravesado por violencias, desigualdades espaciales y normas socioculturales restrictivas, sino que también despliegan prácticas de cuidado, interdependencia y agencia que les permiten habitar la noche y dotarla de sentido. En este entramado, el ocio nocturno femenino aparece como un campo relacional y afectivo que va más allá del consumo: implica preparativos, trayectos, decisiones y vínculos que en conjunto configuran una espacialidad específica de la noche. A través de sus experiencias se revelan, por un lado, las limitaciones que imponen las estructuras urbanas y sociales – el transporte precario, la inseguridad, los estigmas familiares y comunitarios – y, por otro, las estrategias

que ellas mismas construyen para ampliar sus márgenes de movilidad y disfrute. Así, la noche se presenta como un espacio de tensiones, pero también de creatividad, resistencia y cuidado colectivo, donde las mujeres reinventan cotidianamente las formas de estar en la ciudad.

Para desarrollar este planteamiento, la investigación se estructura en torno a tres objetivos específicos que permiten desentrañar las múltiples dimensiones de la experiencia nocturna de las mujeres poblanas. El primer objetivo se centra en analizar cómo el contexto sociocultural y los contextos económicos de las participantes influyen en las decisiones de las noctámbulas en cuanto a la práctica del ocio nocturno en la ciudad de Puebla. Antes de comprender la manera en que las participantes se relacionan con los distintos espacios que transitan durante la noche, resulta necesario situar el análisis en cómo ellas mismas perciben la vida nocturna, percepción que está atravesada por los marcos sociales, culturales y económicos en los que se desenvuelven. El lugar donde habitan, el nivel de ingresos con el que cuentan, los roles de género que se les imponen y las representaciones sociales sobre lo que significa “salir de noche” en una ciudad como Puebla, influyen directamente en sus posibilidades y en las formas en que deciden moverse, encontrarse y relacionarse en el entramado urbano nocturno. El segundo objetivo busca identificar y analizar cómo se construye el ocio de las noctámbulas como una práctica progresiva, afectiva y relacional que trasciende los espacios de consumo. Se trata de comprender las formas en que las mujeres construyen, negocian y experimentan la vida nocturna a través de su movilidad, sus interacciones sociales y su relación con el espacio urbano. En este sentido, el entorno físico y la interacción con otras personas que participan de la noche no solo enmarcan los límites y posibilidades de su participación, sino que también moldean las percepciones que ellas desarrollan sobre los espacios que habitan. De esta manera, el ocio se revela como un entramado complejo de experiencias que combina afectos, vínculos y prácticas situadas, permitiendo comprender cómo la noche se convierte en un espacio que puede generar oportunidades para las noctámbulas más allá de las restricciones. El tercer y último objetivo se centra en analizar de qué manera las prácticas de cuidado moldean la forma en que las noctámbulas se relacionan con los diferentes espacios por los que transitan durante la noche, y cómo, a su vez, las características de esos espacios contribuyen a definir las formas de cuidado que implementan, estableciendo una relación casi simbiótica entre cuerpo, acción y entorno. Este enfoque permite observar cómo el cuidado no es únicamente una estrategia de

protección frente a riesgos, sino también un mediador que condiciona la manera en que las mujeres habitan, recorren y experimentan la ciudad de noche, revelando cómo los espacios y las prácticas de cuidado se configuran mutuamente en la construcción de la vida nocturna de las noctámbulas.

Ahora bien, resulta pertinente preguntarse por qué estudiar específicamente a las mujeres en el contexto del ocio urbano. Si bien los estudios urbanos han abordado diversos temas desde un enfoque de género, explorando la relación de las mujeres con el espacio, la movilidad, el trabajo, el cuidado y la seguridad (Cedeño Pérez & Delgado Ruiz, 2017; Dunckel Graglia, 2016; Erkan & Topcu, 2021; Falú, 2014; P. Jirón & Gómez, 2018; P. Jirón & Singh, 2017; Massey, 1994; Ortiz, 2005; Soto, 2012, 2016, 2017, 2022; Valentine, 1989; Zhang et al., 2022; Zuñiga, 2014) Estas investigaciones evidencian aspectos como la desigualdad espacial, la violencia, la dependencia y, en algunos casos, la inmovilidad (Jirón & Singh, 2017). Sin embargo, la mayoría de estas investigaciones se centran en estudiar a las mujeres relacionadas con el trabajo ya sea fuera del hogar o en el ámbito doméstico, algunas de ellas hacen mención de la noche como un espacio que se percibe como más peligroso, lo cual limita la movilidad de muchas mujeres.

Por otro lado, desde los estudios de la noche, hay un avance en la incorporación de la dimensión de género (Fileborn, 2016; Hernández-González et al., 2020; Kovac & Trussell, 2015; Ortiz-Escalante, 2016; Vaadal, 2020). Estas autoras resaltan los retos a los que las mujeres se encuentran al salir de noche, destacando en sus trabajos la percepción de inseguridad y miedo a las violencias relacionadas con el género que se viven en el contexto de la noche y cómo ellas utilizan estrategias para lidiar con estas situaciones. Sin embargo, en estas investigaciones no se toma en cuenta que al salir, las noctámbulas, tienen expectativas y que el deseo por practicar el ocio nocturno influye en la forma en que se lidia con precisamente esta percepción de inseguridad y con los miedos a las violencias. Así mismo, cabe recalcar que estos estudios, en su mayoría se centran en estudiar casos específicos en zonas donde se concentra la economía nocturna dejando un tanto de lado que la vida nocturna de las noctámbulas empieza incluso antes de llegar a estas zonas. El investigar a las mujeres en espacios en los que normalmente no son asociadas – como es el del ocio nocturno – se vuelve interesante ya que podría aportar datos valiosos no solo sobre

patrones de comportamiento si no también sobre el uso del espacio, un espacio que tradicionalmente se asocia con lo masculino o donde ellas se ven como fuera de lugar (Ortiz-Escalante, 2016). Contribuyendo también a ver a las mujeres como seres que existen fuera del trabajo o ámbito doméstico (Massolo, 2018).

Asimismo, en términos de planeación urbana, resulta fundamental considerar cómo se diseñan y gestionan los espacios para asegurar que sean seguros, inclusivos y funcionales, dada su relevancia en la vida nocturna urbana (Ortiz-Escalante, 2016). Incorporar la perspectiva de género en estas dinámicas es clave, no solo para evidenciar las desigualdades existentes, sino también para cuestionar políticas de gestión urbana que históricamente han sido concebidas desde y para los hombres (Zhang et al., 2022). Cuando se consideran las diferencias de género en los estudios urbanos nocturnos – como se desarrolla con mayor detalle en los capítulos posteriores –, la seguridad emerge como una preocupación central, lo que requiere la implementación de medidas de protección adecuadas que no dependan exclusivamente de la acción de las autoridades y que busquen prevenir violencias, garantizando la tranquilidad de las noctámbulas (Ortiz-Escalante, 2016). A la par, la inclusividad se presenta como un criterio fundamental en la planificación, promoviendo prácticas y políticas que aseguren el acceso equitativo a los espacios urbanos para todos los grupos sociales, independientemente de su género, edad o nivel socioeconómico (Plyushteva & Boussauw, 2020). En este sentido, comprender las experiencias de las noctámbulas en los diferentes espacios por los que transitan permite identificar cómo se configuran las prácticas de cuidado – propias y compartidas – que estas mujeres despliegan para habitar la ciudad de manera segura y significativa. Incorporar este conocimiento en la gestión urbana contribuye a diseñar entornos que no solo protejan frente a riesgos, sino que también potencien la autonomía, el disfrute y la participación plena de las mujeres en la vida nocturna, enriqueciendo así la vitalidad y la diversidad de la ciudad durante este período del día (Ortiz-Escalante, 2017).

Esta tesis está dividida en cuatro capítulos, El primer capítulo establece el marco conceptual de la investigación, abordando la relación entre género, espacio urbano nocturno, ocio, miedo y cuidado. Analizo la construcción social de los espacios nocturnos y cómo las relaciones de género influyen en la participación de las mujeres en la noche. Así mismo, en

él, examino la percepción de inseguridad y las violencias de género, así como la espacialización del miedo, mostrando cómo el temor a agresiones condiciona la movilidad y la experiencia urbana femenina. También exploro el ocio nocturno desde una perspectiva de género, enfatizando el derecho al disfrute de la ciudad, la performatividad de género y la construcción relacional del ocio. Finalmente, busco introducir el concepto de espacialidades del cuidado, destacando cómo las prácticas de cuidado mediadas por interdependencias y relaciones sociales permiten a las mujeres habitar la noche con mayor seguridad y agencia. Este capítulo sienta las bases teóricas que sustentan el análisis empírico de los siguientes capítulos.

El segundo capítulo contextualiza la investigación en la ciudad de Puebla, analizando cómo factores urbanos, socioculturales y económicos afectan la experiencia nocturna femenina. Se evidencia que la percepción de la vida nocturna y las decisiones sobre ocio están mediadas por el lugar de residencia, los ingresos, los roles de género y los estigmas sociales sobre “salir de noche”. Además, analizo el acceso y costo del transporte, las desigualdades territoriales, los vínculos familiares, las redes de apoyo y la distribución del tiempo de cuidado, mostrando cómo estas condiciones configuran las posibilidades de movilidad y disfrute nocturno. Este capítulo destaca cómo las desigualdades estructurales limitan o amplían las oportunidades de participación en la vida urbana nocturna. El tercer capítulo explora cómo las mujeres construyen y experimentan el ocio nocturno más allá de los espacios de consumo. Identifico un entramado de nodos interconectados – preparación, trayectos, calles, transporte y zonas de ocio – que determina si la noche “valió la pena”, como dicen mis participantes. El ocio se entiende como un proceso progresivo y relacional, donde la movilidad, las interacciones sociales y la negociación del espacio urbano configuran experiencias afectivas complejas. Este capítulo muestra cómo los vínculos interpersonales son esenciales para generar experiencias satisfactorias, mostrando que el ocio implica planificación, gestión de riesgos y construcción de significado en la noche urbana. Este capítulo da paso a abrir la discusión sobre prácticas de cuidado, aquellas que permiten la continuación de la vida nocturna para las noctámbulas.

Por último, el cuarto capítulo se centra en las prácticas de cuidado y la interdependencia como mediadoras de la experiencia nocturna. Aquí analizo cómo las

mujeres gestionan la vulnerabilidad en un contexto como el de la noche, cómo el cuerpo actúa como mediador de la percepción de riesgo y cómo la ausencia de apoyo institucional evidencia las limitaciones de la interdependencia. Se muestra que el cuidado no solo protege frente a riesgos, sino que también estructura la relación con los espacios urbanos, estableciendo una relación simbiótica entre cuerpo, prácticas y entorno. Este capítulo considero que es el más importante ya que muestra que las espacialidades del cuidado y las redes de apoyo condicionan la manera en que las mujeres habitan, recorren y disfrutan la ciudad de noche, sin ellas, no habría posibilidad de que lo hicieran, por lo tanto, no habría investigación.

APARTADO METODOLÓGICO

La mayoría de los estudios sobre mujeres en las noches urbanas en Latinoamérica se concentran en las capitales nacionales y sus zonas metropolitanas, al igual que ocurre con muchas otras investigaciones en distintos temas, probablemente debido a la mayor disponibilidad de información generada a lo largo del tiempo. No obstante, resulta imprescindible dirigir la mirada hacia otras ciudades que también han experimentado un crecimiento significativo, pues sus dinámicas urbanas y sociales ofrecen perspectivas distintas sobre la vida nocturna femenina. Puebla es un ejemplo de ello, tanto su expansión, su densidad poblacional como la configuración sociocultural y de sus espacios urbanos hacen que la experiencia de habitar la noche en esta ciudad tenga características particulares que merecen ser exploradas con atención. Trabajos pioneros en las relaciones e interacciones que se dan durante la noche en Puebla podemos encontrar el de Licona & Sánchez (2016) donde analizan cómo los jóvenes construyen la noche a partir de la apropiación del espacio en “La Catorce” localizada en el municipio de San Andrés Cholula perteneciente a la Zona Metropolitana de Puebla, los autores resaltan que se caracteriza por el consumo de alcohol, bailes, “ligues”. Así mismo, encontramos el trabajo de Hernández-González et al. (2020) donde exploran el Barrio de Santa Anita, un barrio periférico al noreste de la ciudad, con el objetivo de distinguir qué tan distinta es la percepción del espacio nocturno en la periferia comparada con las áreas de ocio y servicios nocturnos en la zona metropolitana, desde un enfoque interseccional. Por lo que esta tesis propone aportar al desarrollo del campo.

La elección de Puebla como escenario de estudio se complementa con la selección de los municipios de San Pedro y San Andrés Cholula – por adhesión –, ya que, como señalan Licona y Sánchez (2016), en estos tres municipios se concentran las once “zonas de intensa vida nocturna” identificadas en la región. Estas áreas representan los principales espacios donde las mujeres transitan, socializan y practican ocio durante la noche, lo que las convierte en contextos privilegiados para observar cómo se configuran sus prácticas de cuidado y sus experiencias de movilidad urbana. Además, estos son lugares que conozco profundamente, lo que facilita la interpretación de los recorridos, la percepción de riesgos y oportunidades, y

la comprensión de los matices socioculturales que atraviesan la vida nocturna de las mujeres en la ciudad.

Para explorar estas experiencias se optó por un enfoque cualitativo, que permite adentrarse en las percepciones, emociones y decisiones situadas de las mujeres durante sus salidas nocturnas. La selección de participantes se centró en mujeres adultas, de clase media, cuyas edades oscilan entre los 19 y 45 años, quienes poseen distintos niveles de autonomía económica y social que inciden directamente en sus posibilidades de desplazamiento y en la manera en que habitan la ciudad durante la noche. Abordar la dimensión de cómo las mujeres comunican y registran sus emociones durante la noche implica, como señala Geertz (2003), implica enfrentarse al desafío de comprender y aprehender las diversas y complejas estructuras conceptuales dentro de un contexto específico donde pueden coexistir, superponerse o estar interconectadas se caracterizan por no ser regulares, constantes o a menudo no son explícitas por lo que el autor destaca la necesidad de la creatividad en el proceso de comprensión y descripción de fenómenos culturales. Lindon (2009) propone que los espacios exteriores pueden ser examinados desde un enfoque de micro situaciones. Estas situaciones, aunque sean fugaces y efímeras, contienen claves y pistas sobre procesos más amplios, como la reproducción y producción socioespacial de la ciudad. Al prestar atención dichas micro situaciones, podemos comprender mejor cómo los actores territoriales interactúan y se relacionan con el entorno urbano. Por lo tanto, me situaré en una escala micro de observación, donde, como he mencionado en párrafos anteriores, analice la interacción de las mujeres con el espacio en un contexto de ocio nocturno basado en una perspectiva relacional de emociones y afectos. Al ser relacional, implica conocer a quienes participarán en la investigación, para ello es necesario analizar las condiciones históricas, económicas, sociales y culturales que han permitido a las mujeres ejercer el ocio nocturno.

Los métodos etnográficos me ayudaron a poder adentrarme en analizar la relación que tienen las mujeres con la ciudad durante la noche en un contexto de ocio. Esto, porque se torna importante diversificar las escalas y los lugares de análisis durante la noche, partiendo del cuerpo – emociones y afectos – como un nuevo sitio de investigación urbana. Retomaré la propuesta de Jiron (2012), quien plantea el método de “Transformándome en la *sombra*” que es un tipo de observación participante en el que me inspiro para acompañar de

manera individual a cada una de mis informantes en sus salidas nocturnas. Esta técnica permite experimentar lo que cada informante ve, lo que siente; así como observar cómo se desenvuelve en el espacio, sus posturas, expresiones faciales, forma y ritmos, mientras se comparte y reflexiona en conjunto toda esa experiencia.

Reflexión sobre el enfoque metodológico

Antes de definir el diseño de esta investigación, enfrenté un dilema importante relacionado con mi formación académica. Mi trayectoria se ha centrado mayormente en enfoques cuantitativos y, por tanto, el paso hacia una investigación cualitativa y, en particular, etnográfica, representó un desafío personal y profesional. Si bien, acepté este reto – el salto metodológico – porque efectivamente consideré el más adecuado para la realización de esta investigación, esto representó enfrentarme a nuevos conceptos y marcos analíticos con los que no estaba familiarizada y que, en un principio representó una gran dificultad para salir al campo. Ya que durante las primeras etapas, me preguntaba cómo podría acercarme a las experiencias de las noctámbulas sin imponer estructuras rígidas de análisis – como se hace en los métodos cuantitativos – y, al mismo tiempo, cómo garantizar la profundidad en la profundidad en las interpretaciones de los relatos y experiencias de mis participantes – aún dudo que realmente tenga esta capacidad –. Este dilema se convirtió, en sí mismo, en un aprendizaje metodológico ya que comprendí que la riqueza de la etnografía radica en aceptar la incertidumbre, la complejidad y la multiplicidad de sentidos surgen en el día a día. El reconocer mis limitaciones me permitió abordar el campo con humildad – al principio con miedo porque no sabía qué anotar o que se me quizá me perdiera de algo importante – pero con la disposición de escuchar y apertura a la interpretación de los datos, comprendiendo que mi rol no era medir ni cuantificar, sino entrar en un diálogo atento con las experiencias de las mujeres y con los significados que ellas le atribuyen al habitar la noche.

La naturaleza de esta investigación me permitió entrar de manera relativamente fluida al terreno etnográfico, en gran medida porque comparto con las participantes una experiencia vital: ser mujer que disfruta de salir de noche. Esta coincidencia se convirtió en un puente que facilitó la identificación con ellas y la creación de un clima de confianza, necesario para poder acercarme a sus relatos y experiencias. En el caso de las participantes más jóvenes, esa

identificación se reforzó al recordar y reconocer en sus narraciones las restricciones familiares, los estigmas sociales y las desigualdades económicas que también experimenté en su momento, antes de contar con la autonomía que afortunadamente tengo – pero que no siempre es posible para todas –.

Sin embargo, esta cercanía no estuvo exenta de tensiones. En ciertos momentos, especialmente al compartir espacios, justamente, con las más jóvenes, me encontré con dinámicas, expresiones y formas de relacionarse que ya no me resultaban tan familiares. El lenguaje, los códigos de interacción y las maneras de habitar el ocio habían cambiado, y adaptarme a ellos requirió de un esfuerzo adicional. Esto implicó poner mayor energía en comprender, escuchar y traducir esas diferencias generacionales dentro del análisis, un proceso que, aunque es enriquecedor, también resultó demandante y en ocasiones agotador. La reflexividad en este sentido me permitió reconocer cómo mi propia trayectoria y posición social moldearon tanto las oportunidades como los límites de mi trabajo de campo. Más que un obstáculo, con esta experiencia pude reafirmar que la etnografía no se trata de desaparecer como investigadora, sino de reconocer la manera en que nuestras historias, afectos y perspectivas se entrelazan con las de quienes participan en el estudio. Reconocer estas tensiones y afinidades me hizo reflexionar no solo por mi posición como investigadora, sino también por los puntos de encuentro y de diferencia que dieron forma a la relación con mis participantes en el campo. Aunque he de señalar que esta reflexión no se dio en un inicio, mi proceso de acercamiento a las participantes no estuvo exento de tropiezos, ya que durante las primeras salidas, mis anotaciones resultaron torpes y fragmentadas, más centradas en mis juicios personales que en las percepciones y experiencias de las noctámbulas. Este error inicial me permitió reconocer que el contacto con las participantes no se trataba únicamente de registrar lo que observaba, sino de aprender a escuchar y a mirar desde sus propios marcos de sentido. Con el tiempo, fui comprendiendo que la aproximación etnográfica exige paciencia, apertura y la disposición a dejar que las palabras y vivencias de las participantes guiaran el rumbo de la investigación, más allá de mis expectativas previas.

Selección y aproximación a las participantes

Al inicio, no tenía claridad sobre la manera adecuada de acercarme a las participantes. Como mencioné anteriormente, mi formación no era cualitativa ni etnográfica, lo que generaba una barrera en cuanto a lo que esperaba de un trabajo de campo. Por esta razón, decidí evitar contactar a amigas cercanas, guiada por la idea – equivocada – de que mantenerme al margen podría garantizar mayor “objetividad”. Sin embargo, era necesario comenzar de algún lugar. Mi primer contacto fue Valentina, hija de una amiga de mi mamá. Aunque la conocía, no teníamos una relación estrecha, lo que me parecía conveniente, por un lado, facilitaba el acercamiento y el acompañamiento, ya que existía un vínculo previo que podía generar confianza. Por otro, me permitía mantener cierta distancia emocional, sin involucrar la amistad, evitando al mismo tiempo que mis propios afectos interfirieran en la observación o en la interpretación de sus experiencias. Siguiendo la misma lógica, contacté a Joyce, hija de unos vecinos de mis padres. Las primeras salidas las realice junto a Valentina y Joyce – por separado –, con la intención de que ellas pudieran facilitar mi acercamiento a otras noctámbulas, lo cual efectivamente ocurrió. Valentina me comentó que su mamá también solía salir de noche, lo que me permitió acercarme a Sara, quien aunque ya conocía el proyecto, en un principio no estaba segura de poder colaborar, peor tras explicarle la relevancia de su participación, accedió a que la acompañara en sus salidas nocturnas, brindándome la oportunidad de observar experiencias en un rango generacional distinto. Por otro lado, Joyce me presentó a sus amigos y amigas de la universidad, entre los que se encontraba Karina. Al conocer los objetivos de la investigación, Karina accedió de manera entusiasta y sin reservas, ampliando así la red de participantes y enriqueciendo la diversidad de experiencias recogidas durante el trabajo de campo.

Por otro lado, decidí probar un enfoque diferente y contacté a Violeta, una amiga con la que tenía mayor confianza y cuya forma de interactuar sentía que podía leer con mayor facilidad. Esta cercanía me permitió captar de manera más clara sus emociones, gestos y expresiones, y comprobar cómo la confianza preexistente facilitaba la comprensión de las experiencias compartidas. Al darme cuenta de la fluidez que esto generaba – el no tener que establecer un vínculo “desde cero” – opté por contactar a otras amigas noctámbulas: Martina, Gabriela y Liliana. A partir de estas conexiones, Liliana me presentó a Jessica, y finalmente,

la última participante en integrarse fue Sandra, a quien conocí en una fiesta a la que Jessica me invitó. Sandra representó un caso distinto dentro del grupo, ya que no mantenía ningún vínculo previo conmigo, lo que permitió contrastar las experiencias y dinámicas de interacción con aquellas participantes con quienes ya existía algún grado de cercanía.

Durante las primeras salidas individuales, cada interacción se convirtió en un proceso de ajuste constante de aprender a respetar los tiempos y espacios de cada participante, comprender sus formas de relacionarse con la noche y equilibrar la cercanía afectiva con la distancia necesaria para mantener una mirada analítica. A medida que las salidas avanzaban, la confianza con cada participante se fue consolidando – incluso con las que ya había un vínculo de amistad – de manera particular, lo que permitió que compartieran relatos más íntimos y detalles que inicialmente no se habrían expresado frente a alguien percibido como “externo”. Esta cercanía facilitó observar matices del ocio nocturno en las mujeres, desde decisiones de movilidad y estrategias de cuidado, hasta emociones, afectos y códigos de interacción propios de la noche.

Trabajo de campo y registro de datos

Comencé a realizar salidas esporádicas desde abril de 2023, mientras aún cursaba algunas clases, sin embargo, fue a partir de junio hasta noviembre de ese mismo año que las salidas se volvieron regulares, realizándose principalmente los jueves, viernes y sábados, aunque en alguna ocasión también salí un miércoles. Cada salida era individual, es decir, acompañaba a una sola participante por vez. Existen temporadas en el año en las que la vida nocturna se intensifica, especialmente a partir de finales de septiembre, lo que convirtió a este periodo en el más activo de trabajo de campo. No todas las participantes salían cada semana, pero contar con diez mujeres facilitaba la continuidad de las observaciones. Es decir, cuando una no podía, otra podía salir, aunque a veces coincidía que varias estaban disponibles el mismo día. En esos casos, elegía con quién salir considerando criterios propios, como explorar lugares que aún no había visitado con otras participantes, experiencias nuevas que se proponían, o simplemente con quien me sintiera más cómoda.

El trabajo de campo implicó no solo acompañarlas físicamente, sino también prestar atención a los detalles de sus recorridos, interacciones y estrategias de cuidado, así como a los gestos, emociones y significados que daban forma a su experiencia. El registro de datos, lo realicé mediante notas de campo detalladas, que no escribía en el momento, sino hasta regresar de cada salida con la participante correspondiente. En estas anotaciones procuré capturar tanto lo observado como mis propias reflexiones y reacciones. Al inicio, las notas estuvieron cargadas de juicios personales y cierta dificultad para describir de manera objetiva lo que las participantes expresaban, escribiendo más desde mi propio punto de vista. Con el tiempo, fui desarrollando una sensibilidad mayor para identificar lo que sus expresiones y gestos significaban, incluso cuando no lo decían textualmente, intentando registrar cómo era la experiencia para ellas. Aunque no documentaba todo lo que decían, sí anotaba frases clave o palabras específicas en contextos particulares, que luego resultaron fundamentales para el análisis posterior.

Este modo de registrar las experiencias, una vez finalizada cada salida, me permitió no solo documentar hechos y recorridos, sino también reflexionar sobre lo que había observado y sentido en el campo. La escritura tardía – aunque eran solo horas – favoreció un espacio de análisis preliminar, donde podía distinguir entre mis percepciones personales y las experiencias propias de las participantes, fortaleciendo la reflexividad en el proceso etnográfico. De esta manera, cada nota de campo se convirtió en un instrumento para comprender cómo las mujeres habitan la noche, cómo ejercen las prácticas de cuidado y cómo se relacionan con los espacios urbanos, integrando tanto la dimensión observable como la subjetiva de sus relatos, lo que resultó esencial para construir un análisis profundo y situado de la vida nocturna de las noctámbulas en Puebla.

CAPÍTULO I. MARCO CONCEPTUAL. EL BALANCE ENTRE EL MIEDO Y EL OCIO NOCTURNO EN EL ESPACIO DESDE UNA PERSPECTIVA DE GÉNERO

1.1 Espacio nocturno y género

Muchas veces cuando pensamos en la noche, la relacionamos con oscuridad, lo opuesto al día o como una fase natural del tiempo. (Monod Becquelin & Galinier, 2020) explican que la noche no se limita simplemente al tiempo en el ciclo diario, sino que también se extiende al espacio, a lo que se refieren es a que los espacios nocturnos no son simplemente espacios que se oscurecen – aunque la oscuridad juega un papel importante –, sino que esta oscuridad implica nuevas dinámicas y formas de relacionarse con y en ellos. El tiempo y el espacio están intrínsecamente vinculados, aunque se expresen de manera diferente a través del lenguaje y la cultura, estos conceptos forman los marcos que sostienen y construyen modos de pensamiento e imaginarios significativos. Es decir que el espacio cultural durante la noche está lleno de seres, sensaciones – yo agregaría emociones y afectos también –, actividades y creencias, específicas que los autores sugieren estudiar a profundidad. La experiencia de las personas durante la noche no se centra simplemente en la ausencia de luz o en el que sea lo opuesto al día, sino en otra forma de percepción. Es decir, durante la noche, la oscuridad no implica un vacío, sino una característica con la que las personas que transitan durante este tiempo aprenden a ver y sentir de manera diferente la ciudad.

Lara (2022) reflexiona que la noche transforma la manera en que interactuamos con nuestro entorno manifestándose de la necesidad de caminar más despacio, agudizar los sentidos, ya que los objetos adquieren nuevos significados y utilidades en la penumbra. Pero todo esto se debe a la manera en que nosotros concebimos la noche y los espacios durante la noche. La percepción del espacio nocturno no solo se trata únicamente de la cantidad de luz que pueda haber en estos, sino que se conecta simbólicamente con cuestiones más amplias de la experiencia humana, experiencia es diferente según diferentes factores que nos atraviesan como personas, entre ellos, la cuestión de género. De acuerdo con McDowell (2000) dependiendo el género, los lugares y espacios se experimentan de manera diferenciada, evidenciando que estas diferencias corresponden a la construcción social tanto del lugar, en este caso los diferentes espacios en la noche, como del género. En este apartado

intento traer a discusión los diferentes trabajos que tratan cómo se construyen los espacios y cómo esta construcción es diferente, hablando de género, para las mujeres. Para ello, considero importante tratar primeramente la construcción de los espacios nocturnos y las relaciones de género que se dan en ellos para así traer a discusión en específico la presencia de las mujeres en estos espacios nocturnos.

1.1.1 Construcción social de los espacios nocturnos y las relaciones de género

Cuando hablamos de construcción social de los espacios, nos referimos a la forma en cómo son creados, entendidos y transformados a través de interacciones sociales, prácticas culturales y relaciones de poder. Para Massey (2005), el espacio está siempre en construcción porque depende de relaciones interpersonales y prácticas sociales que están en constante cambio. No es algo que pueda ser cerrado o completamente controlado, y está continuamente siendo producido por la interacción entre personas, lugares y prácticas. Es decir, las prácticas sociales como por ejemplo, trabajar, viajar, socializar, hacer deporte, etc. no solo se desarrollan en el espacio, sino que también producen y transforman el espacio. Así como durante el día una calle puede ser escenario de únicamente para el tránsito de las personas, durante la noche se puede transformar en uno de reunión. En la noche los espacios se vuelven diferentes al día, como lo mencioné en párrafos anteriores, esto no se debe únicamente a la ausencia de luz en sí, sino lo que esto representa para las personas y en cómo ello lleva a prácticas para ocupar de manera diferente los espacios.

Margulis (1997) señala que durante la noche cambia el paisaje urbano y los actores que participan en él, con actividades que otorgan dinamismo a la ciudad nocturna. Resalta la transformación de la ciudad y las dinámicas sociales durante la noche, con un énfasis en la libertad relativa que puede experimentarse cuando las estructuras de autoridad están menos vigilantes. Mercado-Celis (2018), explica que hay reglas que se suavizan o se reinterpretan en el espacio nocturno donde las personas tienden a adoptar conductas más relajadas y menos formales, lo que da paso a experiencias de recreación y placer que no tienen cabida en el ámbito diurno. El autor señala que la noche se convierte en un espacio propicio para actividades sociales consideradas más desinhibidas, como la vida nocturna, el entretenimiento y la experimentación. Sin embargo, la laxitud respecto a las normas diurnas

también lleva a que los espacios nocturnos, en general, sean percibidos como espacios de riesgo y peligro. Es decir, que las convenciones morales y sociales que dominan el día se diluyen, y junto con ello surge el miedo a lo desconocido, lo “prohibido”, lo “inmoral” o lo ilegal. Por lo tanto, existe este contraste donde los espacios nocturnos no solo son vistos como lugares donde se practica el disfrute y la libertad, sino también como donde proliferan comportamientos considerados peligrosos o inaceptables, como el crimen y los excesos. De acuerdo con Mercado-Celis (2018) ha habido estudios que han vinculado la venta de alcohol y el uso de otros intoxicantes con un aumento de prácticas violentas en los espacios nocturnos, lo cual ha llevado al uso de mecanismos y control por parte de los gobiernos locales.

La forma en que se concibe y se construyen los espacios nocturnos ha sido moldeada a lo largo del tiempo por aspectos sociales y culturales, Ortiz Escalante (2017) resalta la variabilidad de esto va en función de factores como la cultura, la época histórica y la ubicación geográfica. Por ejemplo, la disponibilidad de luz artificial alteró no solo el significado de la noche, sino también la forma en que se experimentan los espacios nocturnos, a través de diferentes prácticas, no todas consideradas positivas. Lo que se le conoce como “economía nocturna” o *Night-time economy*, que en diversas ciudades se ha experimentado un crecimiento significativo en años recientes (Bolaños-Briceño & Ariza-Marín, 2017), se trata de una economía urbana centrada principalmente en el entretenimiento integrada por una red de negocios, abarcando desde casinos, clubes nocturnos, bares y restaurantes donde a través del uso de elementos como el alcohol, intoxicantes, luz y música; espacios nocturnos donde se crea un ambiente que permite experimentar en espacios estructurados y de una manera ritualizada, diferente a lo que se practica durante el día (Vaadal, 2020). Si bien en estos espacios, las personas pueden escapar temporalmente de las restricciones sociales y explorar formas de expresión y comportamiento diferentes de otros contextos, está influenciada por una perspectiva masculina y heterosexual. De acuerdo con Hernández-González et al. (2020) revelan que la distribución espacial y los patrones de uso de los espacios nocturnos están profundamente marcados por relaciones sociales desiguales de género, sexualidad, raza, clase y otros factores como la discapacidad. En otras palabras, las mujeres y otros grupos minoritarios enfrentan más restricciones que los hombres en sus interacciones con la ciudad durante la noche.

Las relaciones de género desempeñan un papel significativo en la forma en que las personas experimentan las ciudades. El género, como una construcción social, influye en la distribución desigual del poder, acceso a los recursos y las oportunidades, lo que a su vez impacta en la manera en que hombres, mujeres, personas no binarias y otras expresiones de género se relacionan con el espacio (Butler, 1990), Massey (1994) además señala que las desigualdades de género afectan las dinámicas espaciales. Ahmed (2006) analiza cómo el espacio está estructurado de manera que ciertos cuerpos – hombres, heterosexuales, cisgénero – se sienten “en casa” en ciertos espacios, mientras que otros cuerpos – mujeres, personas no binarias, personas queer – se sienten fuera de lugar. Aunque no hay muchos estudios sobre estas relaciones en los espacios nocturnos, sí se menciona que durante las noches las prácticas dominantes son asociadas a lo masculino (Vaadal, 2020), donde los hombres experimentan el espacio como algo que les pertenece o donde su presencia no es cuestionada mientras que las mujeres, las personas no binarias y las personas queer, suelen tener una experiencia de desajuste o no pertenencia, porque las formas dominantes en esos espacios les niegan – aunque no explícitamente – formar parte a menos que sea bajo la misma dinámica. Para integrarse, deben ajustarse a estas normas, lo que les permite desarrollar un sentido de pertenencia y sociabilidad dentro del grupo (Sánchez, 2015) pero que a su vez limita su relación en y con los espacios.

1.1.2 Las mujeres en el espacio nocturno

Para autoras como Soto (2013) y McDowell (2000) el cuerpo – sexuado – se posiciona como la primera escala territorial donde se genera la experiencia emocional que permite explorar y entender las relaciones sociales y de poder que hay entre personas y lugares. Nuestros cuerpos, al ser concebidos como espacio son moldeados según nuestro entorno, es decir, están influenciados por una multitud de discursos que trabajan en conjunto para contribuir a su definición. Complementando, Butler (2007), resalta que el cuerpo sexuado no se da simplemente, más bien es moldeado principalmente por el discurso, pero este proceso de significación solo adquiere relevancia en el marco más amplio de las relaciones de poder en una sociedad. Es decir, que el género es el resultado de la repetición de actos, gestos y comportamientos regulados por normas sociales que al repetirlos, los cuerpos parecen

“naturalizar” su género por lo tanto, actos que se asocian con lo “femenino” – como comportarse de manera recatada, no alzar la voz, vestirse de cierta forma – no son expresiones de una esencia femenina *per se*, sino que son prácticas performativas que dan forma a lo que se asocia con la mujer, lo cual sirve como mecanismo para ejercer el control sobre los cuerpos en el espacio, “funciona para asegurar la feminidad como una delimitación del movimiento en público y una sobre-habitación de lo privado” (Ahmed, 2015, p. 117). En esta última afirmación, la autora, se refiere a cómo las mujeres, al ser socializadas bajo normas de feminidad, experimentan limitaciones en su movilidad en espacios públicos ya que en ellos su presencia es controlada a diferencia de los espacios privados – la casa, las áreas domésticas – donde se considera que son pertenecientes simplemente por su condición de género. Además, las mujeres, debido a su cuerpo sexuado, enfrentan riesgos y agresiones en los espacios que los hombres no experimentan de la misma manera. Zuñiga (2014), menciona que en el contexto social actual, que se caracteriza por la violencia y las profundas desigualdades sociales, estas diferencias se amplifican, siendo las mujeres las principales víctimas de agresiones tanto físicas como simbólicas.

La dinámica del espacio público nocturno se transforma, y es dominada principalmente por hombres, quienes constituyen el grupo que, históricamente y en la percepción social, representa una mayor amenaza para las mujeres (Valentine, 1989), creando una sensación de vulnerabilidad y miedo para ellas. Por lo tanto, se les enseña – o aprenden por experiencia – que es inapropiado y potencialmente peligroso estar en un espacio dominado por hombres como sucede durante la noche (Valentine, 1989). Por lo tanto las mujeres están aún más expuestas porque su presencia en los espacios nocturnos sigue siendo estigmatizada – quizás no explícitamente – donde los hombres las hacen partícipes – muchas veces sin su consentimiento – de juegos de cortejo ritualistas y performativos no solo para demostrar su masculinidad, gestionar su imagen y “mejorar” su estatus social entre sus pares masculinos (Kovac & Trussell, 2015; Vaadal, 2020), sino como una forma de regresarlas a la subordinación que se espera de ellas en el espacio público (Delgado, 2007).

Además de que la noche ha sido conceptualizada como un tiempo y espacio prohibido y peligroso para las mujeres, hay expresiones aún en esta época perpetúan como una forma de control sobre la movilidad, la expresión “mujer de la noche” tienen una carga negativa que

se asocia con la prostitución – “mujer de la calle” (Delgado, 2007) –, el desorden o ser una mujer “fácil” (Patel, 2010), por lo que – hablando de discursos que moldean el comportamiento – las mujeres que transgreden este imaginario y se relacionan y mueven en el espacio nocturno, en algunos contextos sociales, siguen siendo vistas como fuera de lugar (Ortiz-Escalante, 2016b). Delgado (2007) explica cómo el imaginario social dominante establece una norma implícita sobre quién tiene derecho a ocupar y transitar el espacio público de manera plena y libre. Al referirse a una mujer que se encuentra sola en este espacio, analiza cómo su sola presencia sin compañía masculina se percibe como una irregularidad que debe ser "corregida", resultando así en actos violentos desde verbales hasta sexuales. Sin embargo, hay mujeres que pasan sobre esto, poniendo en tensión lo que socialmente se espera de ellas con el deseo de en efecto salir durante este tiempo del día, como van Liempt et al. (2015) destacan, hay escasa información sobre cómo las mujeres que salen de noche por gusto, experimentan los diferentes espacios, más allá del miedo que se manifiesta como una experiencia constante en las mujeres.

1.2 Miedo. Percepción de inseguridad y violencias

Como vemos, el espacio nocturno presenta una serie de desafíos específicos que afectan de manera diferenciada según el género, siendo el miedo una constante en estas experiencias diferenciadas. Pero no es el miedo como un sentimiento que surge de manera “natural”, sino lo que respecta a la percepción de inseguridad, la violencia de género lo cual afecta en la forma en que el miedo se manifiesta y espacializa en la ciudad. La percepción de inseguridad, si bien es subjetiva, tiene un impacto profundo en la manera en que las mujeres se desplazan y utilizan los espacios públicos durante la noche. Esto no se vincula únicamente a la posibilidad factible de enfrentar situaciones de violencia, sino que también está moldeada por narrativas sociales y experiencias previas que refuerzan la idea de que ciertos espacios son inherentemente peligrosos, como lo menciona (Ahmed, 2015), el sentir miedo y la respuesta que se le da, depende de las narrativas sobre qué y a quién o quiénes hay que temer. A esto además se le agrega a violencias de las que efectivamente son víctimas debido a las dinámicas de poder, se enfrentan a distintas formas de violencia, que van desde el acoso verbal hasta la agresión física y sexual (Morey, 2007).

El espacio nocturno, no solo es menos seguro en términos de visibilidad, sino que también se convierte en un entorno con una dinámica predominantemente masculina, lo que aumenta el riesgo percibido y real para las mujeres y este miedo suele estar estrechamente relacionado con estas características del entorno físico, es decir, la materialización del miedo no se limita a una experiencia subjetiva, sino que se encarna y se vive a través de la interacción con el espacio físico, lo que refuerza ciertas dinámicas de exclusión y limita el acceso a diferentes partes de la ciudad (Soto, 2022). De acuerdo con Valentine (1989) las mujeres, como resultado de sus experiencias y preocupaciones relacionadas con la seguridad, desarrollan mapas mentales individuales, estos mapas mentales son representaciones cognitivas de los lugares que las mujeres consideran según su percepción del riesgo. Así mismo, Ahmed (2015) aporta que el miedo no solo es una respuesta emocional, sino que también desempeña un papel en la conformación de cómo se vive y se perciben las mujeres en el espacio público, al restringir y condicionar su movimiento. Por lo tanto, la espacialización del miedo es un concepto central para entender cómo el miedo se distribuye de manera desigual en el espacio urbano. El miedo a la violencia, especialmente en la noche, se concentra en ciertos lugares que, por su diseño o actividades que se practican, son percibidos como más peligrosos. Estos lugares se convierten en territorios que las mujeres evitan o transitan con extrema precaución, limitando su acceso a la ciudad y restringiendo su libertad de movimiento. Las mujeres desarrollan una sensibilidad específica hacia ciertos riesgos asociados a su género y aprenden a evaluar el peligro en función de ciertos parámetros – qué les da miedo –.

1.2.1 Percepción de inseguridad e inseguridad

Bergman & Kessler (2008) hablan sobre la percepción de inseguridad – también abordado como miedo al crimen – y señalan que ésta no está directamente relacionada con los índices reales de criminalidad, por lo que no se debe analizar como iguales. De acuerdo con Lagrange (1995), el miedo es una construcción social en la cual el “otro” es percibido como una amenaza, representado generalmente como alguien fuera de la norma o de la comunidad, lo que lleva a una percepción de inseguridad hacia determinados grupos sociales. El autor menciona que factores como la precarización laboral, la exclusión social y la fragmentación

urbana – como la creación de barrios cerrados y el abandono de espacios públicos – contribuyen a que las personas puedan sentirse inseguras en los espacios, sin embargo, para Bergman & Kessler (2008) es necesario puntualizar en la diferencia entre la percepción/sentimiento de inseguridad y el crimen real puesto que la percepción de inseguridad no es proporcional al delito, sino que está influenciado por cómo cada grupo social percibe y tolera el crimen. Así pues podemos tener grupos que temen más y evitan salir por las noches por lo “peligrosas” que pueden ser, mientras otros las ven con naturalidad porque se vuelve parte de su cotidianidad, no está vinculado a la tasa de criminalidad que efectivamente sucede durante las noches.

Bergman & Kessler (2008) explican que una vez que este sentimiento de miedo se consolida como un problema social, adquiere una autonomía propia, lo que significa que puede continuar creciendo incluso si las tasas de criminalidad disminuyen. El miedo al delito es una emoción que no puede ser reducida a datos estadísticos o evidencias racionales de criminalidad. Aunque los niveles de criminalidad pueden influir en el miedo, este también se ve afectado por factores emocionales, tales como experiencias personales, historias de personas cercanas o el relato de los medios (Kessler, 2009). Así, el miedo es puede ser considerado tanto como “racional” como “irracional”, pues depende de percepciones subjetivas y colectivas.

Cuando se trata de las mujeres, Dammert (2007) menciona que ellas sienten más miedo al crimen, a pesar de que las diversas encuestas realizadas muestran que son menos víctimas, esto ha llevado a que diversos estudios y políticas se minimice su percepción de inseguridad, interpretándose muchas veces que ese miedo es irracional o exagerado, generando una falta de comprensión sobre las causas reales de esa sensación de inseguridad. La autora sugiere que las mujeres tienen motivos legítimos para sentirse más vulnerables, ya que enfrentan problemas de seguridad específicos que no siempre se consideran de manera separada o diferenciada en los análisis generales de la criminalidad. Estas experiencias, como el miedo a la violencia de género, el acoso en espacios públicos o la inseguridad en contextos cotidianos – como caminar por los espacios nocturnos –, no siempre son reflejadas por las encuestas tradicionales, que tienden a tratar el género como una variable más entre muchas otras. Y es que, en efecto, la percepción de inseguridad de las mujeres “tiene su significación

en las relaciones de poder propias de la cultura patriarcal” (Dammert, 2007, p. 90). Es decir, se expresa en la manera en que se define lo que es esperado de las mujeres en términos de su sexualidad, su comportamiento y sus responsabilidades como a las expectativas sobre la feminidad, la maternidad y el cuidado del hogar, que estructuralmente han sido asignadas a las mujeres como parte de su identidad social. “Es clave reconocer que el temor de las mujeres no aparece en forma espontánea, sino que es parte de un proceso aprendido y socializado” (Dammert, 2007, p. 90), cuestiones que tienen que ver con la violencia de género presente en los espacios y la cual incrementa durante las noches.

1.2.2 Violencias de género en el espacio nocturno

Las reflexiones teóricas y empíricas sobre las violencias ejercidas contra las mujeres se basan en un análisis crítico de las desigualdades en diversos aspectos del orden social, cultural, económico y político. Estas desigualdades han sostenido y perpetuado el uso de la violencia como herramienta de control para mantener a las mujeres en relaciones de subordinación y dominio (Jiménez-Romo, 2022). Muchas veces, en el día a día, se individualiza e invisibiliza el hecho de que la violencia contra las mujeres es un problema estructural, pero es importante recalcar que la violencia de género no depende de las decisiones personales de cada mujer, sino de patrones culturales y dinámicas de poder que perpetúan dicha violencia, sin hacer de ninguna forma responsable a la víctima. Esto desvía la atención del problema que sí es estructural. Zúñiga (2014) señala que cuando las mujeres violentadas por su condición de género, ya sea víctimas de acoso o agresión, muchas veces la reacción social se enfoca en cuestionar su comportamiento o su vestimenta, en lugar de condenar directamente el acto violento. Se asume que el hecho de estar en un espacio público, en lugares que se consideran “inapropiados” para ellas particularmente en horarios nocturnos, es un acto indebido que las pone en riesgo; como si debieran evitar ciertos los espacios nocturnos para no ser víctimas, responsabilizándolas de su propia seguridad. Esto refuerza la idea colectiva de que ciertos espacios como los nocturnos son inherentemente peligrosos, y que las mujeres deben limitar su presencia en él para estar seguras asimilando estas prácticas como algo natural (Hille, 1999).

Los espacios nocturnos no son inherentemente peligrosos para las mujeres, sin embargo, es importante recalcar que durante este periodo del día existen dinámicas y prácticas que pueden percibirse como un riesgo mayor para las mujeres. De acuerdo con Licona & Sánchez (2016), en las actividades nocturnas, donde destacan las sonoras, que hacen referencia a la presencia de música, ruido y sonido, llenan los espacios nocturnos, ya sea en bares, discotecas, foros que incluso llegan a contagiar las calle; dichas prácticas son una parte de los espacios nocturnos – especialmente los espacios de ocio – donde además están las prácticas eróticas que aluden a las interacciones relacionadas con la sexualidad y el placer, que en la noche pueden expresarse de manera más abierta o desinhibida, el ambiente particular de la noche abren paso a comportamientos que, aunque fuera de lo común, forman una parte esencial de la atracción y también del peligro asociado al ocio nocturno (Vaadal, 2020). Como he venido mencionando desde párrafos anteriores, al ser espacios dominados bajo la lógica masculina-heterosexual, en estas se encuentra una diferencia de género aún más marcada, donde el placer se entiende como la expresión del goce asociado justamente a esta diferencia sexual “atado de algún modo a la fantasía de la reproducción” (Ahmed, 2015, p. 251). Es decir, en estos espacios, que se dan bajo una lógica masculina-heterosexual de cierta forma legítima la autoridad hombres y refuerzan una estructura de poder en la que ellos son percibidos como dominantes, mientras que las otras identidades de género son vistas como subordinadas.

Esta relación desigual funciona como una base sobre la cual se construye la violencia de género, ya que los hombres, al ser considerados los “autorizados” para definir y tomar la iniciativa en el goce y placer en los espacios, viendo así sus acciones de control, acoso y violencia como una extensión “natural” de sus derechos o deseos. Retomando a (Delgado, 2007), esta violencia “justifica” el sometimiento y control de las mujeres para proteger un orden que perpetúa su exclusión y subordinación en la vida pública, en este caso, nocturna. Por lo tanto, las dinámicas que se dan bajo la lógica heterosexual que se da en estos espacios sigue destacando el agenciamiento de los hombres y la pasividad de las mujeres (Vaadal, 2020), lo que perpetúa las desigualdades de género en estas relaciones donde las mujeres llegan a ser víctimas de violencia de género, que en el anonimato de la oscuridad de la noche, es más propensa a llegar hasta la agresión sexual, donde se culpa a la misma víctima de serlo ya sea por salir a horas no adecuadas para ellas, por su forma de vestir o por comportamientos

que en hombres es considerado “lo esperado” mientras que en las mujeres se considera como fuera del “orden” como por ejemplo, caminar sola.

Entonces, la violencia contra las mujeres no se limita a los actos violentos – físicos – , sino que está profundamente conectada con la crítica a las desigualdades estructurales que perpetúan estas violencias e impacta en la sensación que tienen al relacionarse con los espacios. El miedo es una emoción que surge cuando somos conscientes de una amenaza que podría afectarnos. A diferencia de la violencia, que implica una acción activa, el miedo es una experiencia interna que se vive de forma subjetiva (Lindón, 2008) y es esto lo que impacta en las acciones que limitan la relación con el espacio. El miedo que sienten las mujeres a los espacios nocturnos no solo se debe al miedo a ser víctimas de violencia, sino que también a estar expuestas a la crítica y señalamiento público, a la violencia en los mismos discursos donde se les revictimiza al ser señaladas como culpables, en caso de sufrir algún tipo de violencia, por ser responsables de una situación que “ellas mismas podrían evitar” – el ser dos veces víctimas – quitando la responsabilidad de los verdaderos victimarios.

Este miedo a la violencia por razones de género, afecta profundamente la vida de las mujeres, limitando su acceso y movilidad aún más en los espacios nocturnos. Las mujeres pueden reaccionar evitándolos, lo que restringe su libertad de movimiento, o bien pueden internalizar los discursos que reproducen la violencia de género que las hacen sentir vulnerables en estos entornos (Erkan & Topcu, 2021), afectando cómo se relacionan con y en los espacios, dando como resultado que la generación de mapas mentales y categorización de lugares con los que pueden ir negociando entre sus miedos a ser víctimas a algún tipo de violencia por cuestiones de género y la necesidad y derecho a ejercer su libertad en el espacio público.

1.2.3 Espacialización del miedo

De acuerdo con Soto (2022), el miedo tiene un significado tanto social como espacial, lo que nos dice que está vinculado no solo a las relaciones sociales, sino también a los lugares específicos donde se manifiesta. Algunas ubicaciones son percibidas como más peligrosas que otras, lo que hace que el miedo se asocie con ciertos espacios urbanos de manera más intensa.

Los espacios nocturnos por lo general son percibidos como peligrosos, especialmente para las mujeres “La temporalidad a partir de la oposición noche-día tiene implicancias específicas, pues si cada uno de los lugares antes indicados se visualizan en la noche, los temores y la tensión aumentan” (Soto, 2013b, p. 209). Sin embargo, dentro de ellos hay ciertos lugares que pueden llegar a cargar con un mayor significado negativo “el miedo, entonces, «en efecto» circula al ser dirigido hacia objetos” (Ahmed, 2015, p. 330). Valentine (1989) y Soto (2023) sostienen que la característica física de los espacios urbanos—como áreas mal iluminadas, pasillos estrechos o la falta de personas—refuerza la sensación de inseguridad y hace que las mujeres modifiquen su comportamiento para evitar el riesgo percibido, lo que resulta en una espacialización del miedo, esta relación entre el miedo y el espacio permite observar cómo ciertas cualidades físicas y materiales de los lugares refuerzan o mitigan la percepción de inseguridad. Pero no todo tiene que ver con las características físicas de los espacios, (Löw, 2006) relaciona la espacialización del miedo con el control de ciertos grupos sociales, retomando párrafos anteriores, el control que se ejerce sobre las mujeres, sobre sus propios cuerpos y movimientos en el espacio. De acuerdo con la autora, la forma en que las mujeres experimentan el miedo en la ciudad es una manifestación de las estructuras sociales de género que les niegan o limitan el acceso igualitario a los espacios.

La movilidad entonces está profundamente condicionada por la espacialización del miedo, “el espacio es central en la configuración del miedo a la violencia, a través del cual se controla y limita la libre circulación por la ciudad” (Soto, 2013, p. 216). Uno de los señalamientos que hace (Soto, 2022), es que hay una fuerte crítica que no considera el continuo del espacio público-privado, lo que impide entender cómo es que los miedos a las violencias están relacionados. Desde esta perspectiva, ambos tipos de espacios no deben verse como esferas aisladas, sino como dimensiones que interactúan y se refuerzan mutuamente. Es decir, las estructuras de poder que promueven la violencia desde el espacio privado, están vinculados con las dinámicas que también ocurren en el espacio público, como el acoso o la agresión sexual. Por lo tanto, tomando en cuenta a estas autoras, podemos decir que ambos espacios están regidos por estructuras que controlan los cuerpos, las acciones y las libertades de las mujeres. Sin embargo, debido a la heterogeneidad y las diversas categorías que atraviesan a las mujeres, la percepción y por lo tanto, la espacialización del miedo se da de manera diferenciada. Tomando la perspectiva de la perspectiva de Crenshaw

y su concepto de interseccionalidad, el impacto del miedo y las prácticas espaciales no es uniforme para todas las personas, sino que varía según múltiples categorías sociales como la edad, sexualidad, etnicidad, discapacidad, entre otras (1991). Así que el miedo y las prácticas espaciales – cómo y cuándo las mujeres se mueven y utilizan los espacios nocturnos –, se experimenta de manera diferente; no son neutras, sino que están condicionadas por las diferentes formas de opresión que enfrentan. La autora señala que estas múltiples dimensiones de identidad no son simplemente aditivas, sino que crean nuevas configuraciones de desventaja en las relaciones de poder.

1.3 Ocio nocturno y género

El tiempo de ocio en el sistema actual se ve influenciado por la lógica del trabajo y la productividad. La sociedad moderna valora en gran medida el tiempo y la energía dedicados al trabajo y al logro de metas económicas. Esto puede llevar a una cultura del trabajo intensiva, donde el ocio se considera como un recurso escaso y debe ser utilizado únicamente para recargar energías y aumentar la productividad en el ámbito laboral. Como menciona (Muñoz, 1980), existen estudios de Weber que abordan los tipos ideales que guiaron a los pioneros del capitalismo, donde el trabajo justifica la búsqueda de beneficios y cualquier actividad que no sea útil para la sociedad se considera menos importante. Estos conceptos sociológicos idealistas reflejan parcialmente la tesis de Ricardo sobre la necesaria acumulación de capital. Aunque desde una perspectiva opuesta, Marx también compartía la misma idea acerca de la importancia fundamental del trabajo. el concepto de ocio estaba estrechamente relacionado con la idea de la ociosidad o la falta de actividad productiva. En otras palabras, el ocio se percibía como un estado de no hacer nada o de no estar ocupado en tareas consideradas productivas o laborales.

La asociación entre el ocio y la ociosidad puede reflejar una valoración negativa o despectiva del tiempo libre y las actividades no laborales en ese momento. Es posible que se considerara que el ocio carecía de propósito o utilidad, y se veía como un estado indeseable o incluso como un desperdicio de tiempo. Para (Muñoz, 1980) actualmente resulta desafiante ofrecer una definición precisa del ocio, dado que es una realidad que surgió con la civilización industrial y que posee una naturaleza ambivalente, llena de matices, se tiende a equiparar el

ocio con el tiempo libre. Esto implica que es el tiempo en el que una persona no tiene obligaciones impuestas por necesidades vitales, sino que puede hacer lo que considere adecuado según sus propios criterios.

Es relevante resaltar que el término adecuado para describir este tiempo sin obligaciones sería simplemente "tiempo libre", mientras que el concepto de ocio se utiliza de manera más precisa para referirse al tiempo libre que no se dedica al trabajo y que se emplea con un propósito específico. En otras palabras, el ocio implica la utilización intencional del tiempo libre para actividades significativas y planificadas, que van más de simplemente no trabajar. Sin embargo, el tiempo de ocio sí se ve limitado por el tiempo libre del que se dispone y no solo eso, los factores económicos, culturales y social – incluyendo los de género – también son determinantes. El ocio, entonces, abarca una amplia gama de actividades y expresiones que van más allá de las categorías tradicionales, en los últimos años, las posibilidades se han multiplicado. Como actividades de ocio se pueden entender entonces los juegos y deportes, fiestas, actividades culturales, viajes, lecturas, televisión, música (Águila, 2005). Cada individuo, encuentra el camino hacia el disfrute y el entretenimiento, explorando diferentes formas de ocio que les son posibles según su género, contexto y entorno.

La dicotomía convencional entre el trabajo remunerado y el ocio no es tan clara cuando se trata de las mujeres, ya que gran parte de su trabajo, debido a los roles de género, se realiza en el ámbito doméstico. Esto implica que las mujeres a menudo enfrentan una superposición entre las responsabilidades laborales y las tareas del hogar, lo que dificulta establecer una separación clara entre el trabajo y el ocio (Juniu & Henderson, 2002). Aquí, nuevamente el tiempo juega un papel importante para comprender el ocio en el caso de las mujeres, ya que muchas de ellas experimentan una percepción de la realidad en la que el tiempo libre parece no existir. Las demandas constantes y las múltiples responsabilidades pueden hacer que el concepto de ocio sea algo difícil de experimentar. Por lo tanto, el tiempo adquiere una dimensión particular en la vida de las mujeres y su relación con el ocio, y su aplicación debe considerarse dentro de otros contextos específicos de sus vidas. Es decir, las mujeres pueden llevar a cabo una serie de tareas que se consideran parte de su papel en la dinámica familiar. Incluso cuando se trata de actividades que se podrían clasificar como tiempo de ocio, estas ocupaciones demandan tiempo, esfuerzo y dedicación, y a menudo son

desempeñadas sin una clara distinción entre el trabajo doméstico y el tiempo para el disfrute personal. En consecuencia, el concepto tradicional de ocio puede no ser aplicable de la misma manera para las mujeres, ya que el tiempo propio puede ser comprometido y dedicado a otras labores que se perciben como trabajo.

La experiencia del ocio para las mujeres se entrelaza en muchas ocasiones con sus roles familiares, lo que requiere una comprensión más amplia de cómo se define y se vive el ocio en el contexto de las dinámicas familiares y de género. Ahora bien, el ocio nocturno, cuando se observa desde una perspectiva de género, revela importantes desigualdades en el acceso y uso del espacio urbano. Tradicionalmente, las mujeres enfrentan barreras significativas para disfrutar del ocio nocturno debido a lo antes mencionado – la dificultad para separarse de las actividades relacionadas con el hogar –, sin embargo, durante las últimas décadas, la incorporación de las mujeres en la vida nocturna, se ve como un avance hacia la igualdad, lleva también a un conflicto entre normas tradicionales y expectativas modernas de feminidad. Aunque se promueve su participación activa y consumista, persisten presiones sobre las mujeres para ajustarse a estándares de feminidad tradicionales mientras cumplen con la demanda de ser sexualmente accesibles y siempre dispuestas (Vaadal, 2020). Sin embargo, me parece importante recalcar que a pesar de estas condiciones que se presentan, las mujeres no deben ser vistas sin agencia en estas situaciones, más bien, las decisiones y deseos de las mujeres están moldeados por una combinación de fuerzas sociales y culturales complejas. Balint (2024) sugiere que por un lado, el neoliberalismo promueve la idea de la responsabilidad y autonomía individuales, el postfeminismo enfatiza la autoexpresión y el “empoderamiento” en términos de libertad personal, mientras que el patriarcado mantiene normas y expectativas tradicionales sobre el género. Por lo que la interacción de estos discursos crea un contexto en el que la agencia de las mujeres es alentada, pero al mismo tiempo regulada y condicionada, generando tensiones y limitaciones sobre lo que significa ejercer sus deseos.

1.3.1 Derecho al ocio y disfrute de la ciudad

Como anoté en párrafos anteriores, existe una percepción tradicional del ocio como un estado de inactividad o falta de productividad, una concepción que asocia el tiempo libre con la

ociosidad y que incluso puede ser vista como un desperdicio. Dumazedier (1964) redefine el ocio como un componente valioso y esencial de la vida humana, que no solo complementa el trabajo, sino que es necesario para el desarrollo personal y la libertad individual. El autor subraya que el ocio no debe ser un mero tiempo de descanso para recargar fuerzas y regresar al trabajo, sino que debe contribuir activamente al equilibrio entre el trabajo y la vida personal, permitiendo a las personas explorar intereses propios, construir identidad y fortalecer relaciones sociales fuera del contexto laboral.

De acuerdo con Modi (2012), la estructura social influye en la naturaleza y la forma del ocio y sus actividades. En una sociedad particular, en un momento específico, permite, dicta o facilita un modo particular de ocio. No solo determina la forma y naturaleza del ocio, sino también el grado y el límite de participación. Es decir, define qué formas de ocio son accesibles o aceptables para diferentes grupos, limitando o favoreciendo la participación según el estatus social, el género, la clase, entre otros factores. Al mismo tiempo, las prácticas de ocio reflejan y refuerzan esta estructura social, el tipo de ocio al que accede cada persona manifiesta tanto su posición social como las relaciones dominantes de la sociedad.

Así mismo, Modi (2012) observa que, mientras las estructuras generadas por la participación en actividades de ocio institucionalizado son funcionales e integradoras para una sociedad, las estructuras generadas por la participación en actividades de ocio no institucionalizado son disfuncionales y degenerativas para la sociedad. A lo que se refiere el autor es que se tiene la idea de que el ocio que él llama “institucionalizado” – como eventos organizados en teatros, museos, o deportes, en espacios dedicados para este fin – crea estructuras que fortalecen y cohesionan a la sociedad debido a que estas actividades están organizadas, reguladas y promovidas de acuerdo con normas y valores aceptadas socialmente, mientras que el “no institucionalizado” – como reuniones en espacios no regulados o el ocio nocturno en áreas informales – es percibido como algo que desafía y pone en riesgo el orden establecido. Pero entonces, el ocio se vuelve restrictivo, condicionado por factores sociales y espaciales, restringiéndose a lugares específicos – “institucionalizados” – y siendo accesible principalmente para aquellos grupos que cumplen con los requisitos económicos, culturales o sociales que esos espacios exigen. Así, en lugar de ser una experiencia abierta e inclusiva, el ocio en espacios designados termina por excluir a ciertos

grupos y restringir la el derecho de ejercer el ocio libremente. Los entornos de ocio están moldeados y definidos tanto por las características físicas del lugar como por las experiencias subjetivas que surgen de la interacción entre las personas y su entorno inmediato. Aunque no existe un consenso claro sobre cómo clasificar los espacios de ocio, numerosos estudios sugieren que las experiencias de ocio en distintos entornos son una forma de contrarrestar emociones negativas (Lin & Liu, 2024) pero al no estar accesible o no ser experimentada de la misma manera por todas y todos, la experiencia de ocio puede ser marcadamente diferente para las mujeres debido a factores analizados en apartados anteriores como la percepción de seguridad o los roles de género y su vinculación con el hogar. Estas diferencias influyen en cómo las mujeres eligen, disfrutan y acceden a los espacios de ocio, particularmente en contextos urbanos nocturnos.

1.3.2 Las mujeres y el ocio

Many women do not find the opportunities available for leisure that they would like to pursue, or are not satisfied with the opportunities that are available to them. In addition, for women as for men, the simple provision of more recreational opportunities is usually not enough to eliminate constraints without looking at the context in which constraints occur. (Henderson, 1993, p. 30).

Aunque puede haber una oferta amplia de opciones recreativas, no siempre se adapta a las necesidades o intereses de todas las personas, especialmente de las mujeres. Las limitaciones de acceso a actividades de ocio no se solucionan solo añadiendo más espacios o programas; es necesario también entender los factores de contexto que limitan la participación de las mujeres. De acuerdo con Henderson (2002), a pesar de los avances en derechos y acceso al trabajo remunerado, la sociedad y los entornos laborales no siempre se han adaptado para sostener un equilibrio con el cambio de roles domésticos y familiares. Esto crea una situación paradójica: aunque las mujeres ahora tienen acceso a más oportunidades y “libertades” para decidir sobre sus vidas, estas mismas “libertades” pueden convertirse en una carga, en el sentido de que asumen más responsabilidades sin necesariamente contar con el apoyo estructural para manejarlas. Es decir, las mujeres deben atender demandas tanto en el ámbito laboral como en el doméstico.

El desfase entre el trabajo remunerado y las responsabilidades en el hogar provoca una sobrecarga que no permite que muchas mujeres ejerzan realmente su autonomía en el ámbito del ocio. Sin embargo, no es adecuado decir que todas las mujeres experimentan de la misma manera el ocio, diferentes factores pueden favorecer o dificultarlo más. La interseccionalidad ofrece una herramienta conceptual para analizar las realidades complejas que enfrentan muchas mujeres en cuanto a sus derechos, responsabilidades y el uso de su tiempo libre. Al adoptar esta perspectiva, es posible reconocer que el tiempo para el ocio – y su limitada disponibilidad – no es una cuestión de falta de organización o de elecciones personales, sino un resultado de múltiples sistemas de opresión (Henderson & Gibson, 2013). Por lo tanto, las mujeres no enfrentan solo una división del tiempo basada en género, sino que sus experiencias varían según otros factores como la clase, raza, orientación sexual y contexto cultural. Por ejemplo, una mujer trabajadora de un contexto socioeconómico bajo podría enfrentar barreras más significativas para acceder al ocio por las demandas laborales y familiares que una joven estudiante de clase media con mayor flexibilidad en su horario, menos responsabilidades familiares y apoyo financiero de su familia. Es decir esta brecha se amplifica por desigualdades estructurales.

El tiempo de ocio de las mujeres no es un recurso autónomo sino un espacio residual que queda disponible solo después de atender las obligaciones relacionadas con el hogar, la familia y, en muchos casos, el trabajo remunerado (Comisión Consultiva de Emakunde-Instituto vasco de la mujer, 2002). Dejando la noche como una opción pero si bien el ocio nocturno ofrece una oportunidad única para desconectarse de las demandas cotidianas, ya que los horarios nocturnos suelen ser ajenos a los ritmos laborales y familiares, permitiendo a muchas mujeres un tiempo de esparcimiento que difícilmente encuentran durante el día, también implica obstáculos y complejidades específicas.

Por lo tanto, podemos decir que el ocio queda limitado y condicionado a factores como el trabajo de cuidado especialmente, las familiares – como el cuidado de hijos, familiares mayores o tareas del hogar – influyen directamente en la cantidad y calidad del tiempo libre que una mujer puede dedicar al ocio. Este tiempo suele ser residual y depende de la disponibilidad que queda después de cumplir con estas responsabilidades.

Frecuentemente asocian el tiempo de las mujeres al rol de cuidadoras o a la responsabilidad doméstica, lo cual puede generar una percepción de “culpabilidad” o “irresponsabilidad” cuando las mujeres buscan tiempo para ellas mismas. Esto afecta tanto el tipo de ocio al que pueden acceder como su disposición para disfrutarlo sin presiones externas. Durán (2002) reflexiona cómo socialmente se impone una norma moral que asigna a las mujeres la responsabilidad casi exclusiva del hogar y la familia. Al cumplirla, son catalogadas como “buenas cuidadoras” o “buenas madres/esposas”. Sin embargo, si buscan tiempo para actividades personales, el entorno social tiende a juzgarlas como egoístas o “poco comprometidas”. Este tipo de condena social puede generar en las mujeres una sensación de culpa y presión por anteponer siempre el rol de cuidado sobre sus propias necesidades o deseos. Esta carga puede ser más ligera cuando existe de una red de apoyo, como familiares, amigos o servicios de cuidado, lo cual puede facilitar que las mujeres accedan a tiempo de ocio. Sin esta red, la posibilidad de delegar responsabilidades es limitada, lo que reduce el tiempo libre y la autonomía para disfrutar del ocio.

Otro factor que puede limitar el acceso al ocio son los recursos económicos disponibles condicionan el tipo de ocio que las mujeres pueden permitirse. Actividades recreativas, transportes seguros y acceso a espacios de ocio con frecuencia requieren de una inversión que no todas las mujeres pueden costear, especialmente aquellas en contextos de bajos ingresos. La interseccionalidad se vuelve una herramienta útil para poder analizar cómo diferentes factores influyen en la experiencia de ocio de las mujeres (Watson & Scraton, 2013). Deem (1982) destaca que para las mujeres de clase trabajadora, el tiempo y los recursos económicos son factores críticos que afectan su capacidad para acceder al ocio. A diferencia de sus contrapartes masculinas y de clase media o alta, muchas mujeres de clase trabajadora deben balancear empleos con largas jornadas y salarios bajos junto con la carga de trabajo doméstico y de cuidado. Estas responsabilidades limitan su disponibilidad de tiempo libre y dificultan que puedan destinar recursos a actividades recreativas.

Como vimos en apartados anteriores, la inseguridad y el miedo a la violencia, especialmente en el ámbito nocturno, limitan el acceso de las mujeres a actividades de ocio fuera del hogar. Este factor impacta el tipo de actividades, los horarios, las rutas y los lugares que se consideran seguros y accesibles, limitando así la espontaneidad y el alcance del ocio

(Zhang et al., 2022). Respecto a los lugares, la planificación urbana y la distribución de espacios recreativos impactan el acceso de las mujeres al ocio. Zonas bien iluminadas, accesibles y seguras en horarios nocturnos son esenciales, pero no siempre están disponibles en todos los barrios o ciudades, lo cual limita las opciones seguras y accesibles para el esparcimiento (Banda & Concha, 2022).

1.3.3 Construcción del ocio nocturno

La construcción del ocio nocturno se refiere a cómo se crean, configuran y experimentan los espacios y actividades destinadas al entretenimiento y socialización durante la noche. Este tipo de ocio ha ganado importancia en las dinámicas urbanas, ya que representa un motor económico y cultural que transforma los usos de la ciudad en función del horario. Se caracteriza por ser dinámico y en constante evolución, donde los espacios y distritos de entretenimiento nocturno suelen ser transitorios. A medida que cambian los patrones de consumo cultural, surgen nuevos clústeres de entretenimiento nocturno, algunos se transforman y otros eventualmente desaparecen. Este ciclo de aparición, transformación y declive tiene un impacto considerable en las áreas urbanas en las que se insertan, produciendo efectos tanto positivos como negativos (Mercado-Celis, 2018). La institucionalización juega un papel crucial en este ciclo, ya que las políticas públicas y regulaciones urbanas pueden influir en cuáles clústeres tienen éxito, se transforman, o desaparecen. Las políticas urbanas suelen intervenir para formalizar ciertos tipos de ocio nocturno, mediante regulaciones que pueden favorecer a determinados establecimientos y actividades, mientras que desincentivan otras formas de entretenimiento menos convencionales o económicamente rentables (Mercado-Celis, 2018). Con este “control” de parte de las autoridades se busca “normalizar” ciertos espacios para hacerlos más atractivos al consumo como turismo y la inversión, consolidando un ocio nocturno más controlados y que cumpla con ciertos requisitos en términos de accesibilidad, seguridad y ambientación – claro que dirigidos a un público objetivo –, de manera que resulten atractivos y cómodos para los quienes los vayan a utilizar. La iluminación, la música y la estética son factores claves para crear una atmósfera propicia para la diversión y el escape de la rutina diaria (Hadfield, 2015). La oferta nocturna incluye bares, discotecas, restaurantes, espectáculos y otros eventos que responden a las necesidades

de recreación de personas que buscan una experiencia distinta a la del día. Sin embargo, la institucionalización del ocio nocturno no podría tener lugar sin la construcción social previa de lo que significa el ocio nocturno, ya que esta construcción define cómo la sociedad percibe y entiende las actividades, los espacios y los tiempos que se dedican al entretenimiento nocturno. Así como en cualquier espacio, los de ocio nocturno están cargados de significados culturales, simbólicos y económicos que varían según el contexto y las normas de cada sociedad. Estos significados son el resultado de prácticas sociales que determinan qué se considera “aceptable” en la vida nocturna, qué formas de entretenimiento se valoran, y quiénes pueden participar en estos espacios.

El ocio nocturno refleja la diversidad cultural de una ciudad, ya que se adapta a los gustos y preferencias de diferentes grupos sociales y culturales. Desde clubes de música electrónica hasta bares de jazz o eventos culturales como cine al aire libre, el ocio nocturno ofrece un abanico de opciones que enriquecen la vida social urbana y atraen tanto a locales como a turistas (Sánchez & Licona, 2016). Los espacios nocturnos se convierten en sitios de interacción social, expresión cultural y, en muchos casos, conflicto. En sus estudios, Kasmí (2004) destaca que, debido a esta diversidad, el ocio nocturno refleja dinámicas complejas entre quienes buscan explorar o habitar la ciudad en estos horarios y las políticas que intentan regular estos espacios para mantener un orden social. Este proceso de regulación puede resultar en la exclusión de ciertos grupos sociales, ya que las políticas tienden a favorecer un perfil específico de ocio nocturno que esté alineado con objetivos de consumo y turismo, excluyendo prácticas que no se ajusten a estas normas. Por ejemplo, autores como Chatterton & Hollands (2003) argumentan que la *night economy* en las ciudades tiende a privilegiar un modelo de consumo orientado a bares, discotecas y zonas comerciales, lo cual limita las alternativas y afecta negativamente a quienes buscan otros tipos de interacciones nocturnas o provienen de contextos socioeconómicos distintos.

Gavanas (2008) analiza cómo los grupos minoritarios, incluidos migrantes y otras comunidades marginadas, enfrentan una vigilancia y regulación intensificada en los espacios, esto se reproduce igual en los de ocio nocturno. Esto no solo se refiere a la frecuencia de la vigilancia, sino también a cómo las fuerzas de seguridad y las políticas urbanas tienden a asociar sus prácticas con la desestabilización del “orden social” en la noche. La autora sugiere

que esta supervisión no solo busca mantener un control sobre estos grupos, sino que actúa como una forma de segregación, limitando indirectamente su participación en estos espacios. Esta vigilancia intensificada hace que la presencia de estos grupos sea más visible para las autoridades, aumentando su riesgo de sufrir hasta intervenciones policiales o sanciones en comparación con otros usuarios del espacio urbano nocturno. El ocio nocturno está relacionado también con el consumo de alcohol, sin embargo, en México, a diferencia de otros países, está prohibido su consumo en las vías públicas lo que orilla a las noctámbulas y noctámbulos a su consumo en espacios privados como fiestas caseras (Mercado-Celis, 2018) como alternativa a visitar estos clusters que pueden ser excluyentes para personas con menores ingresos, haciéndolos más propensos a sufrir acoso policiaco. La relación entre el ingreso y el acceso es particularmente evidente. Las barreras económicas – como los precios de entrada y consumo en bares, discotecas y eventos – limitan la participación a aquellos que pueden pagar, excluyendo a quienes tienen menos recursos.

Además, especialización en función de la edad genera entornos específicos que no siempre son inclusivos para otros grupos etarios, como personas mayores, que pueden sentirse desplazadas o fuera de lugar. De acuerdo con Straw (2020), actualmente el ocio nocturno está más enfocado en la música y la expresión a través del baile, y menos en el aspecto de socialización en un sentido amplio. En consecuencia, bailar en estos espacios se ha vuelto más un fenómeno subcultural, principalmente popular entre los jóvenes, que buscan experiencias diferentes y más intensas. Esto no quiere decir que sean los jóvenes quienes excluyan a las personas más grandes, sino que el ambiente que se construye se vuelve incompatible con las identidades de noctámbulas y noctámbulos que buscan en la noche un espacio de tranquilidad o reflexión.

Finalmente, el factor de la diferencia de género ha contribuido a crear una cultura de ocio nocturno con normas y dinámicas que favorecen la participación de los hombres donde ellos, a menudo, asumen roles protagónicos en la socialización nocturna así como ciertos comportamientos y libertades asociadas al ocio nocturno, como el consumo de alcohol y el disfrute sin limitaciones de tiempo (Vaadal, 2020). Las noctámbulas, por lo tanto, adaptan estrategias para poder ser partícipes de estas actividades. Ortiz Escalante (2017) destaca que las mujeres, al participar en la vida nocturna, adoptan comportamientos y patrones de

conducta que comúnmente son asociados con los hombres, como el consumo intensivo de alcohol y la participación en situaciones violentas.

1.3.4 Performatividad de género y ocio nocturno

Butler (1988) sostiene que el género no es una identidad innata o fija, sino un *performance* o performatividad que es un acto repetitivo que construye la realidad de género. Es decir, el género es real solo en la medida en que se actúa. Las personas ejecutan ciertos actos y gestos que se interpretan como expresiones de una identidad de género, y estos comportamientos suelen alinearse con expectativas de género basadas en las características sexuales – lo que se percibe como masculino o femenino a partir del sexo biológico –. Este conjunto de actos y atributos se considera, desde una perspectiva popular, como algo dado o asignado al género. Sin embargo, la autora argumenta esto dado es en realidad un producto de los *performances* sociales repetitivos que construyen la apariencia de una identidad de género. Por lo tanto, cuando hablamos de la performatividad de género en el ocio nocturno nos referimos a cómo los individuos expresan y construyen su identidad de género a través de comportamientos, vestimenta, interacciones y actitudes en espacios dedicados al entretenimiento nocturno. Pero no es del todo libre ya que aunque sí, los espacios de ocio nocturno, como bares, discotecas y clubes, también son escenarios donde las personas adoptan y adaptan roles de género estos, muchas veces, están influenciados por normas culturales y sociales tradicionales. Aunque también pueden desafiar o reconfigurar dichas normas.

En los espacios de ocio nocturno, las personas pueden experimentar una mayor libertad para expresarse de formas que quizás no serán aceptadas o comprendidas en entornos más formales. Esto se refleja en la elección de la vestimenta, el lenguaje corporal y la forma de interactuar. Muchos individuos se encuentran en el ocio nocturno un lugar para explorar y reforzar su identidad de género o para romper con las expectativas tradicionales de cómo deben comportarse según su género (Kovac & Trussell, 2015; Fileborn, 2015). Las dinámicas de interacción en el ocio nocturno a menudo refuerzan estereotipos y roles de género, especialmente en entornos heteronormativos, donde existen pautas de comportamiento implícitas para hombres y mujeres. Las expectativas sobre cómo deben comportarse en estos lugares pueden reforzar la masculinidad tradicional en los hombres – como la competitividad

o el dominio – y la feminidad en las mujeres – como la sensualidad y la coquetería –. Ahmed (2015) explica cómo las emociones, como el placer, el deseo y la vergüenza, no solo son experiencias internas, sino que también se producen y se canalizan a través de estructuras sociales y culturales que regulan el comportamiento de género. Esto quiere decir que en entornos de ocio nocturno, los patrones de interacción y las expectativas de comportamiento están influenciados por normas de género y heteronormatividad que moldean y, en muchos casos, limitan la expresión emocional y el deseo a esta lógica. La autora explica el goce, entendido como una forma de placer sexual o afectivo, está estructurado alrededor de prácticas y expresiones de deseo que giran en torno a la dinámica de seducción entre hombres y mujeres, reforzando una heteronormatividad que no solo excluye otras orientaciones sexuales – aunque no explícitamente – sino que también moldea cómo las mujeres deben expresar o controlar.

Sin embargo, el ocio nocturno también ofrece espacios alternativos donde estos roles pueden subvertirse y donde la diversidad de expresión es más aceptada. Existen espacios de ocio nocturno contruidos por mujeres y la comunidad LGBTQ+, donde las expresiones de género son más fluidas y donde las personas pueden vivir su identidad de manera auténtica, sin miedo a la discriminación. Estos espacios funcionan no solo como lugares para el entretenimiento, sino también como refugios de aceptación y visibilidad para aquellos cuyas expresiones de género están fuera de lógica heterosexual. Como menciona Godoy-Almeida (2022), el ocio nocturno puede ser un espacio de apoyo para personas LGBTQ+, aunque aun así persisten diversas formas de discriminación y hasta violencia. El consumo de alcohol en entornos de ocio también aumenta los riesgos de violencia contra personas que se presentan diferentes a la expresión de género dominante – masculina –. Esto intensifica las expectativas de que estas personas se “autogestionen” y también controlen a quienes las rodean para evitar conflictos (Bogren et al, 2024). Este desequilibrio de responsabilidades refuerza la performatividad de roles de género tradicionales, donde se espera que los hombres actúen de manera dominante y las mujeres se hagan cargo del autocuidado y el cuidado de quienes las rodean.

El hecho de que el consumo de alcohol intensifique ciertos comportamientos heteronormativos, como el dominio en los hombres y la auto vigilancia en las mujeres, afecta

cómo cada persona experimenta la seguridad en estos lugares. Esta presión refuerza el rol tradicional de las mujeres como cuidadoras, incluso en contextos de ocio, y es una carga que los hombres tienden a evitar, por una parte debido a la permisividad social hacia sus actos bajo la influencia del alcohol como lo menciona Bogren et al (2024). En el ocio nocturno, la performatividad de género y el concepto de cuidado se combinan para crear un ambiente donde las mujeres deben negociar constantemente su seguridad personal y la de quienes las rodean (Fileborne, 2015). Esta dinámica refleja una forma de control social sobre el comportamiento nocturno, que limita la autonomía femenina y refuerza la desigualdad de género, especialmente en términos de libertad de movimiento y de disfrute en la vida nocturna.

1.4 Espacialidades del cuidado

Cuando hablamos de cuidado, de acuerdo con Batthyány (2015), hablamos de englobar el hacerse cargo de las cuestiones materiales que implican un trabajo, de lo económico que implica un costo económico y de las cuestiones emocionales que implican vínculos afectivos, emotivos y sentimentales. Este trabajo puede ser retribuido económicamente o no. De acuerdo con la autora, dentro de la familia, este trabajo se percibe como obligatorio y sin ninguna retribución económica, se caracteriza por ser frecuentemente visto como desinteresado, lo que le confiere una dimensión moral y emocional única. Más allá de ser simplemente una obligación legal, el trabajo de cuidado implica una conexión emocional profunda que se manifiesta en el seno familiar y contribuye a la construcción y mantenimiento de las emociones en dicho entorno. Sin embargo, cuando se realiza fuera del entorno familiar, el trabajo de cuidado se caracteriza por una relación de servicio marcada por la atención y preocupación por los demás, el cual se lleva a cabo cara a cara entre dos personas y que genera proximidad emocional y puesto que es tributaria se genera una relación dependiente para el bienestar y mantenimiento mutuo. Aunque las circunstancias pueden variar, lo que unifica la noción de cuidado es que, hasta el día de hoy, sigue siendo una tarea principalmente realizada por mujeres, ya sea que se realice dentro de la familia o se externalice a través de la prestación de servicios personales (Batthyány, 2015). Sin embargo, Fisher & Tronto (1990) argumentan que el cuidado no se trata solamente de una actividad –

trabajo – privada o doméstica sino que tiene implicaciones políticas y sociales más amplias. Las autoras describen el cuidado como una actividad humana esencial que abarca todo lo que hacemos para mantener, continuar o reparar nuestro mundo y sostener la vida en todas sus dimensiones. Es decir, que abarca todas aquellas prácticas que hacen mantener un orden y cierto bienestar en la vida cotidiana. Reconocen la interconexión y la complejidad de estas prácticas de cuidado, que van más allá del ámbito interpersonal. Estos argumentos nos llevan a pensar que las prácticas de cuidado son así, relacionales pues no es unilateral, como menciona (Soto, 2022a) implica relaciones de reciprocidad e interdependencia, donde las personas pueden alternar entre ser cuidadas y ser cuidadoras a lo largo de la vida, y en algunos casos, pueden desempeñar ambos roles simultáneamente lo cuales se experimentan en los espacios físicos.

Para Molinier & Legarreta (2016), las formas en que las sociedades organizan sus aspectos sociales y culturales están inherentemente marcadas por una dinámica de poder de género que favorece a ciertos grupos o identidades mientras oprime a otros. Las autoras argumentan que las sociedades se configuran alrededor de ciertas significaciones imaginarias sociales, que son conjuntos de valores compartidos que influyen en la vida social, dirigiéndola y orientándola. Estas significaciones imaginarias sociales están impregnadas de sentidos relacionados con el género y la sexualidad, lo que significa que influyen profundamente en la forma en que se estructuran las relaciones de poder y se distribuyen los recursos en una sociedad. Explorar las prácticas de cuidado que realizan las noctámbulas y los desafíos que enfrentan puede ayudar a identificar formas de relacionarse en una comunidad y así mejorar la seguridad y favorecer entornos más inclusivos y equitativos en la vida nocturna urbana. El cuidado se expresa en momentos y lugares específicos, pero también a lo largo del tiempo y del espacio, al ser la noche un tiempo y espacio configurado de manera diferente al horario diurno, es importante definir la manera en que se ha abordado el cuidado en el espacio, es decir, un marco que permita analizar las interacciones entre el cuidado y el entorno, considerando tanto su dimensión material – lugares, infraestructuras – como simbólica – percepciones, emociones –.

1.4.1 Mujeres en el cuidado como práctica social

Jirón et al. (2022), plantea que los cuidados no pueden entenderse de manera aislada, sino como parte de un entramado de poder, desigualdades e interseccionalidades dentro de la sociedad. Desde las perspectivas de producción y reproducción, se reconoce que el funcionamiento de la sociedad no solo depende de la producción económica (bienes y servicios), sino también de la reproducción de la vida misma, es decir, todas aquellas actividades que garantizan el bienestar y la continuidad de las personas como el cuidado de niños, enfermos, personas mayores, así como las tareas domésticas y emocionales. Sin embargo, estos cuidados están marcados por relaciones de poder y desigualdad. Vaquiro & Stiepovich (2010) señalan que existe una carga diferenciada en la distribución de roles de cuidadores, donde tradicionalmente se espera que las mujeres asuman un mayor papel en el cuidado. Aunque esta distribución no implica que el cuidado sea realizado exclusivamente por mujeres, sí subrayan que el cuidado está asociado de manera predominante con lo femenino. Esto crea una connotación de feminización y desigualdad en el cuidado, ya que el perfil típico de la persona que asume las prácticas de cuidado suele ser una mujer. Esta situación refleja patrones de género, donde se espera que las mujeres asuman la responsabilidad principal en el cuidado de otros.

La feminidad fue definida como “otra” en relación con la figura masculina dominante. Esto también se apoyó en la distribución del espacio, por ejemplo, relegando a las mujeres al ámbito doméstico mientras los hombres ocupaban el espacio público y productivo. (Massey, 2005), explica cómo el lugar donde ocurre el cuidado y quién lo realiza, es producto de una historia de desigualdades profundamente arraigadas. Durante siglos, el hogar ha sido considerado el territorio natural de las mujeres, mientras que los hombres han tenido mayor libertad para moverse, trabajar y participar en la economía global. Así, el cuidado quedó hasta cierto punto confinado en un espacio privado, invisibilizado y poco reconocido. Sin embargo, no ha permanecido estático. El cuidado ha comenzado a moverse, aunque de una manera desigual, aun son las mujeres quienes cargan con más peso por realizar actividades de cuidado. Sin embargo, su enfoque se centra en el cuidado como una estructura de trabajo, vinculada a la migración y la economía global, sin profundizar en las prácticas concretas que conforman el cuidado en el día a día. Más allá de entender el cuidado como un trabajo dentro de la economía, es necesario visibilizar las prácticas diarias que sostienen la vida y que,

aunque no siempre sean reconocidas como “trabajo”, siguen recayendo mayoritariamente en las mujeres. Son esos gestos cotidianos los que también conforman el cuidado.

Bowlby (2012), agrega que el cuidado no es solamente una tarea cotidiana, sino es un proceso que se aprende, se recuerda y se transforma con el tiempo, es decir, se socializa. Por ejemplo, desde la infancia, aprendemos ideas sobre quién debe cuidar, cuándo y cómo, a partir de nuestras propias experiencias y de las historias que nos rodean. Estas memorias – que según la autora son tanto individuales como colectivas – crean expectativas sobre el cuidado, que varían según la familia, la clase social o la identidad cultural. De esta forma, entonces, se repiten gestos, se siguen normas implícitas y se reproducen roles que han sido moldeados por generaciones anteriores. Pero estas prácticas no son inmutables, con el paso del tiempo, las relaciones cambian, las circunstancias se transforman y, con ellas, las formas de cuidar y así como con el tiempo, los espacios donde ocurre el cuidado también reflejan estos cambios. Hay geografías del cuidado que abarcan tanto lo físico como lo virtual, lo íntimo como lo colectivo. De acuerdo con (Bowlby, 2012), de esa forma, las prácticas del cuidado se transmiten de generación en generación, adaptándose a nuevos tiempos y espacios. Lo que parece una decisión individual – cómo podría ser cuidar de una amiga que está en estado de ebriedad – en realidad está atravesado por dinámicas sociales que trascienden el ciclo de vida de una sola persona. En el contexto de la noche urbana, el cuidado presenta desafíos particulares para las mujeres, ya que las dinámicas de género influyen en su movilidad, seguridad y acceso a los espacios públicos. Durante la noche, las mujeres se enfrentan a la necesidad de cuidar de sí mismas y de otras personas en entornos urbanos marcados por la percepción del peligro y la inseguridad. La falta de infraestructura urbana con perspectiva de género, como iluminación adecuada y transporte seguro, refuerza la necesidad de estas prácticas de cuidado. La ausencia de políticas públicas que garanticen seguridad y movilidad accesible para las mujeres en la noche (Ortiz-Escalante, 2016) evidencia cómo la carga del cuidado sigue recayendo en ellas mismas y en sus redes de apoyo informales.

Cuando pensamos en el cuidado, solemos imaginar a una persona que cuida y a otra que recibe ese cuidado, como si fueran roles fijos. Sin embargo, el cuidado no es un acto unilateral, sino una relación de interdependencia (Jirón et al., 2022). Quienes cuidan también necesitan ser cuidados de distintas maneras, y esta red de apoyo va más allá de las personas,

se extiende al entorno, a las comunidades y a las instituciones que sostienen la vida. Así, el cuidado no solo ocurre en los lazos familiares o personales, sino también en la manera en que nos relacionamos con el entorno, en cómo las organizaciones sociales facilitan redes de apoyo o en la forma en que los grupos o comunidades que se forman, se cuidan unas a otras. Al entender el cuidado como un proceso de ida y vuelta, queda claro que nadie es completamente autosuficiente y que nuestra existencia siempre depende de los cuidados que damos y recibimos en distintos momentos de la vida.

1.4.2 El cuidado en el espacio relacional e interdependencia

Jirón et al. (2022), sugiere pensar el espacio de manera relacional, como una red dinámica de conexiones, influencias y flujos en constante movimiento. En esta visión, los espacios no existen de manera aislada ni predecible, sino que se construyen a través de relaciones entre personas, objetos, prácticas y materiales, incluso si estas conexiones no son siempre visibles. Siguiendo esta idea, (Massey, 2005) muestra que el espacio relacional desafía la noción de escalas rígidas y en su lugar, enfatiza la interdependencia entre distintos actores y lugares. Así, lo que ocurre en un espacio está entrelazado con dinámicas más amplias, trascendiendo las distancias físicas. Esta forma de pensar el espacio también implica reconocer que la manera en que se experimenta no es homogénea: género, clase, edad, etnicidad, y otras condiciones sociales moldean la forma en que las personas habitan y se relacionan con su entorno. En otras palabras, el espacio no solo se vive de manera diferente según la posición de cada sujeto en la sociedad, sino que también está atravesado por relaciones de poder que influyen en su acceso, uso y significado.

Por otro lado, también Massey (2005), analiza como a lo largo de la vida, todas las personas transitan entre dos roles esenciales: el de quien cuida y el de quien recibe cuidado. En muchas ocasiones, ambas experiencias ocurren simultáneamente, en un intercambio constante de apoyo y atención. Reconocer esta dinámica nos permite replantear la noción de cuidado, alejándonos de la idea de que ser cuidado es sinónimo de individualidad o dependencia no deseada. En lugar de ello, se comprende como una expresión natural de la interdependencia humana, en la que dar y recibir apoyo forma parte del tejido mismo de las relaciones y de la vida en comunidad. De acuerdo con Jirón & Gómez (2018), las relaciones

humanas se construyen a partir de lazos fundamentales, tanto emocionales como prácticos, que organizan la vida cotidiana. La existencia individual es inseparable de la de otros, pues cada persona forma parte de redes de apoyo e interacción que estructuran su día a día. El lugar que cada individuo ocupa dentro o fuera de estas redes está influenciado por factores como la generación a la que pertenece y la etapa de vida en la que se encuentra. A lo largo del ciclo vital, hay momentos en los que las responsabilidades se intensifican, generando roles más exigentes y consolidando la interdependencia como una experiencia cotidiana. Esta dinámica no solo afecta la manera en que las personas organizan su tiempo y recursos, sino también su comportamiento, su movilidad y sus relaciones con los demás. Aunque las autoras no plantean o analizan la interdependencia desde el contexto de la noche urbana o del ocio, sí plantean conceptos clave para analizar la posición de las mujeres. El lugar que una mujer ocupa dentro de las redes de cuidado en la vida nocturna no es fijo, sino que cambia con el tiempo, las responsabilidades y la generación a la que pertenece. La interdependencia se vuelve una experiencia cotidiana, especialmente cuando las responsabilidades aumentan, lo que refuerza la necesidad de sostener estas redes y adaptarlas a las distintas etapas de la vida. En última instancia, estas dinámicas no solo afectan la seguridad individual, sino que también transforman la forma en que las mujeres se relacionan con la noche y con otras personas dentro de estos espacios. Tomando en cuenta el concepto de espacios relacionales y la interdependencia, donde el cuidado no es solo un acto individual, sino que emerge de los vínculos y acuerdos entre quienes comparten un espacio. texto.

En consecuencia, la experiencia diaria está marcada por una interacción constante y una clara determinación de la organización y las prácticas de las personas en función de estos roles y responsabilidades. durante las noches se contempla que el cuidado entre amigas, amigos y acompañantes cercanos a las noctámbulas, ya que existe un vínculo emocional, las actividades de cuidado se vuelven parte de estas interacciones, sin embargo, el cuidado puede llegar a trascender a las relaciones que se crean afuera del círculo de amigos o compañeros con el que se llegó a los espacios. Butler (2016), afirma que la interconexión entre las personas puede llevar a prácticas de cuidado que van más allá de los límites de las relaciones personales establecidas, argumenta que la vulnerabilidad compartida puede generar solidaridad y cuidado entre desconocidos. Es decir, que las personas pueden reconocer su mutua dependencia y responsabilidad hacia los demás, en lugar de concebir a los individuos

como actores aislados que buscan maximizar su propio interés, se vuelve relevante ver el mundo como un entramado de relaciones humanas en el que las personas están interconectadas y dependen unas de otras para satisfacer sus necesidades (Carmona Gallego, 2019), lo que puede dar lugar a prácticas de cuidado más inclusivas y compasivas. En lugar de limitarse a cuidar solo a aquellos con quienes tienen una relación personal directa, las personas pueden sentirse motivadas a cuidar y ser cuidadas por otros que también comparten su experiencia de vulnerabilidad. Las mujeres que comparten experiencias similares de vulnerabilidad pueden tener una comprensión más profunda y empática de las necesidades y desafíos de cada una, y se pueden permitir también ser cuidadas por otras mujeres, tomando en cuenta lo que se menciona en párrafos anteriores donde debido a los roles de cuidado asignado, es más fácil asumir que una mujer va a cuidar de mejor manera que un hombre (Vega Solís, 2019), aunado a que la desconfianza hacia los hombres debido a experiencias de violencias y abuso. Como resultado, pueden preferir recibir cuidado de una mujer desconocida en lugar de permitir que lo haga un hombre desconocido.

La interdependencia en la vida nocturna de las mujeres no ocurre en un vacío, sino que está en constante relación con otros actores que influyen en la experiencia nocturna. La espacialidad del cuidado y la relacionalidad no solo se dan entre mujeres, sino que se configuran en relación con hombres, trabajadores nocturnos, autoridades y las propias infraestructuras urbanas. La vida nocturna es un espacio de interacción dinámica donde el cuidado se negocia, se disputa y a veces se ve obstaculizado por estructuras de poder desiguales. Si bien la interdependencia y la reciprocidad son elementos esenciales en las relaciones de cuidado, este intercambio no está exento de desigualdades de poder. Estas diferencias pueden manifestarse de manera compleja, ya que la dinámica entre quien cuida y quien recibe cuidado puede incluir tanto formas evidentes como sutiles de control. Estas desigualdades pueden ser complejas, lo que sugiere que no siempre son evidentes o intencionales (Jirón et al., 2022). No se trata solo de situaciones donde una persona abusa de otra de forma explícita, sino que también existen formas sutiles y estructurales de poder que afectan la dinámica del cuidado. Hooks (1999) plantea que tanto el sistema económico capitalista como el sistema de dominación patriarcal han contribuido a debilitar las relaciones comunitarias más amplias y han fomentado la individualidad. Esto ha resultado en un aumento de la alienación y ha facilitado que se perpetúen abusos de poder dentro de los

entornos más cerrados y controlados. Es por eso que las relaciones de solidaridad entre las mujeres creadas a partir de las prácticas de cuidado, se consolidan a través de gestos concretos de protección, así como del compromiso compartido de crear espacios seguros y acogedores. Estas acciones no solo fortalecen los lazos entre las mujeres, sino que también contribuyen a la construcción de entornos nocturnos más inclusivos, equitativos y respetuosos para todas. Al crear espacios seguros y acogedores, se promueve la participación igualitaria de mujeres en la vida nocturna y se reduce la vulnerabilidad frente a situaciones de riesgo y violencia. Esto no solo beneficia a las mujeres, sino que también enriquece la experiencia colectiva en estos espacios, fomentando una cultura de respeto y cuidado mutuo entre todos los individuos que participan en la vida nocturna.

Observar los cuidados desde una perspectiva interseccional, permite evidenciar, entre otras, las diferencias de género en relación a quiénes se llevan la mayor carga de trabajo, que históricamente han sido las mujeres. Sin embargo, estas prácticas son interdependientes y muchas veces negociadas de múltiples formas, por lo que al profundizar en las experiencias de cuidados comprendemos mejor cómo se habita la ciudad. En el caso de las noches urbanas, la seguridad y bienestar están atravesados por la presencia de múltiples actores, cada uno con distintos niveles de responsabilidad y poder dentro del entorno nocturno. La espacialidad del cuidado muestra cómo el contexto físico influye en la interdependencia, mientras que la relacionalidad resalta que el cuidado es una práctica colectiva en la que participan tanto redes de mujeres como otros actores nocturnos.

1.4.3 Espacialidades de cuidado de la noche urbana

Para Jirón et al. (2022), el cuidado y el espacio tienen una relación intrínseca que es fundamental para las ciencias sociales, especialmente en el estudio de las ciudades y los espacios urbanos. La existencia de infraestructuras adecuadas, como transporte público eficiente y seguro, aceras accesibles y espacios públicos bien diseñados, puede facilitar el cuidado y reducir las desigualdades en la distribución de estas responsabilidades. Sin embargo, en muchas ciudades, la falta de accesibilidad y seguridad en los traslados afecta especialmente a quienes cuidan, limitando su autonomía y aumentando el tiempo dedicado a desplazamientos, complicándose aún más cuando hablamos sobre los desplazamientos en

horarios nocturnos. (Falú, 2009), aporta que es importante diseñar entornos urbanos que consideren la accesibilidad y la seguridad de quienes cuidan y son cuidados, lo cual facilitaría las prácticas de cuidado. De esta forma, la espacialización del cuidado influye en las dinámicas urbanas y qué estrategias pueden implementarse para garantizar que las ciudades sean espacios que sostienen la vida en todas sus dimensiones.

De acuerdo con Jirón et al. (2022) , al analizar los desplazamientos de las personas en su vida cotidiana, los autores identificaron las distintas dimensiones que configuran la espacialidad del cuidado. Estas dimensiones incluyen a los sujetos que participan en las prácticas de cuidado, los espacios y objetos materiales que las posibilitan, los tiempos en los que ocurren y las emociones que las atraviesan. De esta manera, el cuidado se entiende como un proceso relacional que se desarrolla en múltiples escalas y contextos, articulando dinámicas sociales, espaciales y afectivas.

Los sujetos de cuidado incluyen tanto a quienes brindan asistencia como a quienes la reciben, estableciendo una relación de interdependencia. Estas conexiones no solo ocurren entre personas, sino que también pueden extenderse al entorno, las organizaciones sociales y otras estructuras que sostienen la vida cotidiana (Power & Williams, 2020). Retomando el apartado anterior, la perspectiva de la interdependencia resulta clave para comprender estas dinámicas, ya que permite visualizar el cuidado como un flujo continuo en el que múltiples actores se vinculan a través de sus desplazamientos e interacciones diarias. En este sentido, el ocio nocturno de las mujeres no es solo una cuestión de entretenimiento, sino también un reflejo de la desigualdad en el acceso a la ciudad. La interdependencia del cuidado en este contexto resalta cómo la movilidad nocturna no solo depende de decisiones individuales – de las noctámbulas –, sino de estructuras urbanas que pueden reforzar o desafiar las barreras de género en el espacio público. Por ejemplo, la interdependencia en el cuidado, en este contexto, se manifiesta en la forma en que las mujeres organizan sus desplazamientos nocturnos, asegurando la protección mutua en un espacio que históricamente ha sido menos accesible y seguro para ellas. La interdependencia involucra múltiples relaciones de parentesco, amistad, vecindad, vínculos laborales y la provisión de servicios, lo que implica que la organización de los trayectos urbanos está atravesada por redes de apoyo que permiten articular responsabilidades y necesidades colectivas (P. A. Jirón et al., 2022). Esta perspectiva

es fundamental para comprender cómo las mujeres se desplazan y disfrutan del ocio nocturno, ya que rara vez lo hacen de manera completamente autónoma o aislada.

De acuerdo con Jirón et al. (2022), las prácticas de cuidado abarcan una amplia gama de actividades esenciales para el sostenimiento de la vida, desde el cuidado de niños y personas mayores hasta acciones vinculadas a la comunicación, la higiene, la salud física y mental, el descanso y el autocuidado. Estas prácticas no ocurren de manera aislada, sino que requieren una organización que involucra redes de apoyo y cadenas de cuidado donde el cuerpo juega un papel central en el cuidado, ya que se trata de prácticas incorporadas y situadas en un contexto específico (Jirón et al., 2020). En el contexto de la vida nocturna, estas prácticas de cuidado se manifiestan de manera específica, aunque a menudo pasan desapercibidas. Las mujeres que salen de noche por motivos de ocio no solo experimentan la ciudad desde una perspectiva de disfrute, sino que también activan una serie de estrategias de cuidado que garantizan su bienestar y el de sus acompañantes. El cuerpo, al ser un eje central del cuidado, cobra especial relevancia en la vida nocturna. Las mujeres deben gestionar su bienestar físico y emocional en contextos donde pueden estar expuestas a múltiples riesgos – como lo vimos en apartados anteriores –, como el acoso, la violencia o el consumo de sustancias nocivas. El concepto de “prácticas incorporadas” que usan los autores, se refiere a cómo el cuidado se interioriza en los hábitos y en la memoria corporal. Esto significa que las personas aprenden y repiten prácticas de cuidado, integrándolas en su vida diaria casi de manera automática. en un contexto social y espacial específico. En la vida nocturna, por ejemplo, el cuidado corporal se expresa en estrategias como caminar en grupo, evitar ciertas calles o intervenir físicamente para proteger a alguien en una situación de riesgo. Estas prácticas dependen del entorno y de las condiciones en las que se desenvuelven.

Solar-Ortega (2020), sugiere que los cuidados requieren materialidades y objetos nos permite comprender que el cuidado no es solo una práctica interpersonal, sino que está mediado por elementos físicos que facilitan o dificultan su ejecución. Esta perspectiva es clave al analizar el cuidado en la vida nocturna, donde la seguridad y el bienestar dependen no solo de interacciones humanas, sino también del entorno material que las rodea. Los espacios urbanos nocturnos influyen directamente en las posibilidades de cuidado, por ejemplo, calles bien iluminadas, paraderos de transporte accesibles, entre otros. El cuidado

también se ve mediado por objetos cotidianos que adquieren un significado particular en la noche como los celulares, la batería suficiente, cargadores portátiles o incluso la ropa como zapatos cómodos. Así, pues, los espacios y los elementos físicos tienen un impacto directo en la posibilidad y eficacia de estos cuidados ya que no son solo elementos pasivos en el entorno, sino que interactúan con los cuerpos, modificando y facilitando las prácticas de cuidado. De acuerdo con Jirón et al. (2022), los objetos “extienden” los cuerpos porque amplían su alcance y capacidad de acción dentro de un espacio determinado. De este modo, el mobiliario urbano y otros elementos físicos generan “espacialidades de cuidado”, es decir, configuraciones espaciales que hacen posible la protección, el descanso o la asistencia mutua. Por otro lado, las infraestructuras y los espacios urbanos también se extienden hacia los cuerpos al moldear sus movimientos y comportamientos. En el contexto nocturno, por ejemplo, una calle bien iluminada no solo facilita la visibilidad, siendo como una extensión de la vista, sino que influye en la sensación de seguridad y en las decisiones de movilidad de las personas.

Power & Williams (2020), dicen que los espacios de cuidado no se limitan exclusivamente al ámbito doméstico, sino que abarcan una diversidad de lugares en la ciudad donde se desarrollan prácticas de asistencia, apoyo y protección. Estos incluyen tanto espacios de uso público permanente, como transitorios. Es en este último que interesa el análisis, ya que en los espacios nocturnos, de ocio, no hay espacios dedicados explícitamente al cuidado, sin embargo, como menciona (Solar-Ortega, 2020), existen estos lugares que funcionan como puntos de interconexión y permiten que el cuidado trascienda y se articule en distintos ámbitos de la vida urbana.

Las experiencias de cuidado están condicionadas por los ritmos temporales y espaciales que estructuran la vida cotidiana. Estos ritmos pueden ser cíclicos, como los biológicos – el ciclo circadiano del sueño o el ciclo de vida – o astronómicos – las estaciones del año, por ejemplo –, pero también pueden ser ritmos impuestos socialmente, como los horarios de trabajo, la apertura de instituciones o la disponibilidad del transporte público. Estos factores influyen directamente en las prácticas de cuidado, ya que determinan cuándo y cómo las personas pueden acceder a los recursos y servicios necesarios para garantizar el bienestar propio y de otros (Jirón et al., 2022). De acuerdo, con Sánchez de Madariaga

(2016), las decisiones sobre movilidad, como la elección del medio de transporte, la vestimenta adecuada para los desplazamientos, o los objetos que se llevan en función del tiempo y el espacio, están atravesadas por estas estructuras temporales y espaciales. Estos ritmos también afectan la duración y frecuencia de los desplazamientos, la ubicación de los puntos de acceso a servicios y la priorización de ciertos modos de transporte sobre otros. Si trasladamos esto a la vida nocturna, los ritmos temporales influyen significativamente en las prácticas de cuidado. La disponibilidad de transporte nocturno, los horarios de apertura de bares y discotecas, así como las dinámicas laborales de quienes trabajan en el sector nocturno, como personal de seguridad, *bartenders* o trabajadores del entretenimiento, afectan la manera en que las personas experimentan y gestionan el cuidado. Las personas que disfrutan del ocio nocturno deben planificar su movilidad considerando factores como la seguridad en el trayecto, la disponibilidad del transporte a altas horas de la noche y de servicios básicos que por el horario, se vuelven difícil de acceder.

Finalmente, Jirón et al. (2022), incluyen la dimensión de afectos y afectividad. Los autores afirman que las prácticas de cuidado no solo se limitan a actos de cariño y protección hacia otras personas, sino que también implican la capacidad de afectar y ser afectados por otros, ya sean humanos o no humanos. El cuidado, en este sentido, es una práctica relacional que trasciende lo individual y se inscribe en una red de interdependencias. No solo cuidamos de personas, sino también de animales, espacios urbanos y ecosistemas, lo que implica una responsabilidad ética en la manera en que nos vinculamos con el mundo. Sabido Ramos (2019) nos dice que la configuración física del entorno social, incluyendo las estructuras y los espacios físicos, influye de manera directa en las dinámicas sociales, el movimiento de los cuerpos y las experiencias emocionales. El espacio construido socialmente no es simplemente un telón de fondo pasivo, sino que desempeña un papel activo en la configuración de las interacciones humanas, así como en las formas en que las personas experimentan y se relacionan con su entorno y entre ellas. Además, destaca cómo nuestras emociones y evaluaciones subjetivas pueden influir en la forma en que recordamos eventos pasados. Los lugares, al ser asociados con ciertos acontecimientos y cargados de significado, se convierten en desencadenantes de recuerdos y emociones. Así, la interpretación y valoración personal de un lugar pueden tener un impacto duradero en la forma en que recordamos y experimentamos los eventos que ocurrieron allí. Las respuestas emocionales

varían entre diferentes grupos sociales, ubicaciones geográficas y tiempo específicos durante el día. En este sentido, el cuidado en la noche no solo se limita a la seguridad personal, sino que también incluye el respeto por el espacio público, la convivencia con otras especies y la sostenibilidad ambiental. Por ejemplo, prácticas como la gestión de residuos en eventos nocturnos, la reducción del ruido en barrios residenciales y la promoción de espacios inclusivos para distintos grupos sociales son formas en que el cuidado se expresa en la ciudad nocturna. De este modo, el cuidado en la noche implica una serie de acciones que no solo buscan la protección individual, sino que generan efectos en la configuración de los espacios urbanos y en la calidad de las interacciones sociales.

CAPÍTULO II. CONTEXTOS URBANO, SOCIOCULTURALES Y ECONÓMICOS QUE MOLDEAN LAS SALIDAS DE LAS NOCTÁMBULAS POBLANAS

Las salidas de las noctámbulas para practicar actividades de ocio nocturno no dependen únicamente de la voluntad individual, sino que se ven atravesadas por diversos elementos que influyen tanto en la posibilidad misma de salir como en las formas en que estas salidas se realizan. El objetivo de este capítulo es analizar cómo los contextos socioculturales y económicas moldean las decisiones de las noctámbulas poblanas respecto a su participación en la vida nocturna de la ciudad. Antes de analizar la forma en que las participantes se relacionan en los diferentes espacios durante la noche en la ciudad, es importante ver de qué manera ellas perciben la vida nocturna, lo cual es influenciado por un contexto social, cultural y económico en el que se desenvuelven y a su vez eso puede influir en sus decisiones en cuanto a la forma en que se mueven y se relacionan en la ciudad durante las noches. Leslie Kern (2020), argumenta que las mujeres no experimentan la ciudad de manera homogénea; por ejemplo una mujer racializada de clase trabajadora enfrentará obstáculos específicos y diferentes a los de una mujer blanca económicamente privilegiada, aunque sean de la misma edad y de la misma ciudad.

Esta diversidad de experiencias refleja cómo múltiples factores que intersecan a una mujer pueden afectar la relación con el espacio urbano. El lugar donde viven, sus ingresos, los roles en la organización familiar, la percepción que tienen de lo que es practicar el ocio nocturno, son algunos de los factores que además definen de qué manera las noctámbulas se relacionan durante las noches en un lugar como lo es la ciudad de Puebla, con sus propias circunstancias y condiciones que la caracterizan pues al final de cuentas “ninguna forma de desigualdad puede representar ni abarcar todas las demás, ya que cada tipo de desigualdad responde a condiciones particulares” (McCall, 2005, p. 1791). Es decir, cada tipo de desigualdad responde a un conjunto específico de condiciones y, por lo tanto, requieren enfoques adaptados a las realidades de cada grupo social. Si bien el eje central de esta investigación no es el análisis exhaustivo de las desigualdades en el acceso al ocio nocturno entre distintas mujeres, resulta fundamental señalar las condiciones particulares que permiten – o limitan – a este grupo específico de participantes salir de noche. Reconocer estas

condiciones es clave para comprender las diferencias en sus experiencias y posibilidades de participación en la vida nocturna.

En este capítulo empieza de una mirada macro, parto de una descripción del entorno urbano de la ciudad de Puebla, atendiendo las características poblacionales, las transformaciones recientes en la gestión de los espacios urbanos y los desafíos que estos procesos generan para la vida nocturna. Considero aspectos como la distribución de las zonas de intensa actividad nocturna, las condiciones de transporte y accesibilidad, así como las problemáticas de seguridad que configuran la experiencia de transitar la ciudad durante la noche. Este panorama permite situar cómo las condiciones materiales de la urbe crean un marco de posibilidades y limitaciones que impacta de manera diferenciada en quienes participan de la vida nocturna. En otro apartado, abordo cómo las normas de género y los estigmas culturales operan como marcos reguladores que atraviesan la práctica del ocio nocturno. Cómo el género estructura disposiciones que influyen en cómo las mujeres son percibidas y cómo se perciben a sí mismas en el espacio nocturno y en qué prácticas consideran posibles o riesgosas. Al mismo tiempo, siguiendo a otros autores (Dümpelmann, 2015; Massey, 1994, 2005; Pérez & Ruiz, 2017; Stark & Meschik, 2018; Valentine, 1989), subrayo que el espacio urbano está sexuado y que la movilidad – y en algunos casos inmovilidad – de las mujeres implica constantes negociaciones frente a discursos de peligro, moralidad o respeto social.

Finalmente, otro eje del capítulo se centra en las condiciones económicas, que no solo determinan el acceso material a ciertos lugares, transportes o consumos, sino que también generan diferencias ¿en las experiencias de la noche. Aquí resulta importante destacar que, aunque las participantes comparten una pertenencia a la clase media, existen variaciones significativas vinculadas con la edad, la generación o la posición laboral, que producen formas diferenciadas de habitar el ocio. Las trayectorias de vida y los recursos disponibles configuran, en este sentido, distintas formas de habitar la noche.

Entre los principales hallazgos que se sostienen en este capítulo, muestro que las experiencias de las noctámbulas poblanas no pueden analizarse únicamente desde la agencia individual, sino que están mediadas por un conjunto de contextos estructurales que moldean tanto las posibilidades de movilidad como los significados atribuidos al ocio. En lugar de

pensarlos como determinaciones unívocas, se propone comprender estos contextos como marcos de posibilidad que hacen visibles las desigualdades entre mujeres, incluso al interior de un mismo grupo social. De este modo, se argumenta que el ocio nocturno de las mujeres en Puebla es una práctica situada, en la que la autonomía y el deseo se despliegan siempre en tensión con las estructuras de género, las restricciones económicas y los imaginarios socioculturales de la noche.

2.1. Contexto urbano de Puebla en las noches

La ciudad de Puebla, capital del estado del mismo nombre, se ha consolidado como una de las urbes más relevantes de México, no solo por su historia fundacional y su lugar en la memoria nacional, sino también por la vitalidad económica y cultural que la atraviesa en el presente. Desde su fundación en 1531 hasta hoy, la ciudad ha crecido de manera sostenida hasta convertirse en el cuarto municipio más poblado del país, con más de 1.6 millones de habitantes (INEGI, 2020). Como ocurre con muchas de las ciudades en México, ese crecimiento no ha sido homogéneo, la expansión hacia la periferia ha configurado una metrópoli en constante transformación, en la que Puebla se entreteje con municipios como San Andrés y San Pedro Cholula, Cuautlancingo y Amozoc. La expansión hacia la periferia y la consolidación de una metrópoli fragmentada hacen visible cómo las dinámicas urbanas se entrelazan con lógicas de mercado, planeación estatal y procesos de exclusión. La segregación socioespacial que caracteriza a Puebla no es solo un asunto de infraestructura, sino también de accesibilidad diferencial a la ciudad, mientras ciertas áreas concentran zonas comerciales, de ocio y de consumo cultural, otras quedan relegadas a márgenes donde las oportunidades de movilidad y recreación son limitadas. Como advierte Massey (1994), los espacios nunca son neutrales ni homogéneos, sino que se constituyen como nodos de poder y desigualdad. Esta fragmentación adquiere un carácter particular durante la noche ya que las zonas que concentran la mayor parte de la vida nocturna suelen coincidir con áreas donde se concentra la inversión y hay una relativa seguridad, mientras que en otras, la falta de iluminación, transporte o vigilancia intensifica las percepciones de riesgo. La noche, en este sentido, no transforma completamente a la ciudad, pero sí hace aún más visibles sus

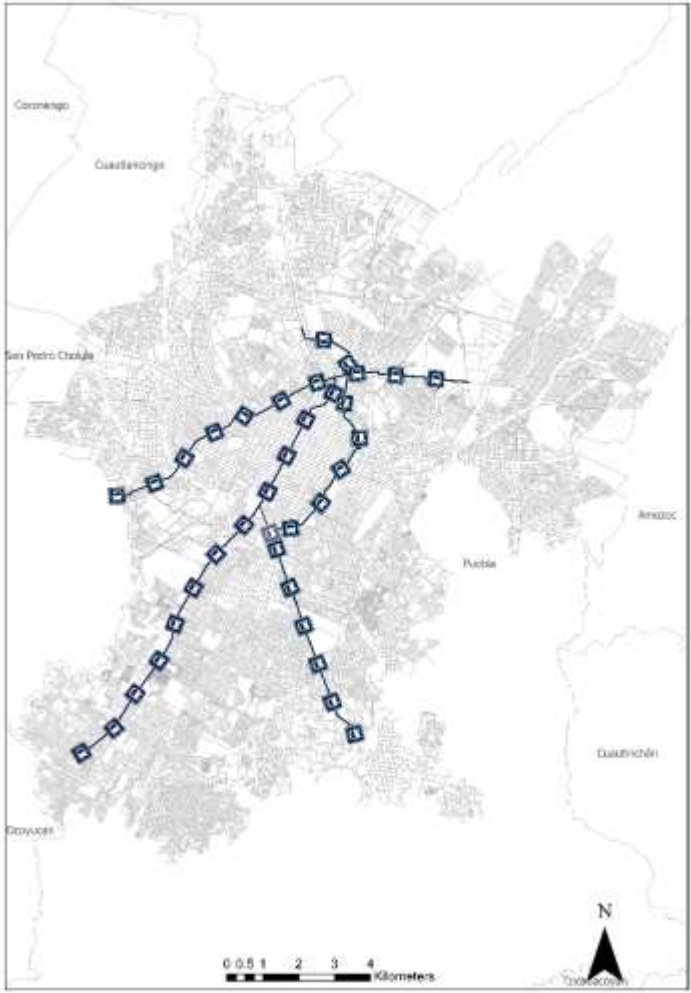
desigualdades, mientras unos sectores metropolitanos se convierten en escenarios de ocio y sociabilidad, otros refuerzan la sensación de exclusión y peligro.

Estas dinámicas de crecimiento y fragmentación urbana permiten comprender que la ciudad no solo se construye en términos materiales, sino también en clave de desigualdad y acceso diferenciado a los recursos. La configuración metropolitana de Puebla, con sus contrastes entre zonas de alta inversión y áreas marginadas, plantea retos urgentes en torno a la movilidad, la seguridad y la gestión de los espacios comunes, que se intensifican durante la noche. En este contexto, las políticas públicas adquieren un papel central, pues evidencian tanto los intentos de respuesta institucional como las carencias históricas en la planeación urbana. No es casual que en el Plan Municipal de Desarrollo 2021-2024 se reconozca la necesidad de una planeación urbana que considere la equidad territorial y la sostenibilidad ambiental. En su Eje 4 “Urbanismo y Medio Ambiente”, se plantea la implementación de estrategias que promuevan un desarrollo urbano ordenado, con énfasis en la movilidad sustentable y la recuperación de espacios públicos. Esto revela, de manera implícita, que Puebla enfrenta carencias en infraestructura urbana básica, una distribución desigual de recursos y servicios, y que aún no se ha consolidado un entorno urbano seguro, justo y accesible para todas las personas; condiciones cuya ausencia se hace más palpable en los horarios nocturnos.

Las limitaciones señaladas en la planeación urbana se vuelven particularmente visibles en el ámbito de la movilidad, donde convergen problemas de infraestructura, gestión y acceso desigual. La forma en que se organiza el transporte en Puebla no solo refleja las asimetrías territoriales de la ciudad, sino que también reproduce exclusiones en la práctica cotidiana de habitarla. Para quienes dependen del transporte público, las deficiencias en cobertura y frecuencia se traducen en obstáculos concretos para desplazarse. Creswell (2006) denomina la dimensión política de la movilidad, en el que no todas las personas se desplazan en igualdad de condiciones, pues los flujos urbanos están regulados por infraestructuras, normatividades y desigualdades sociales. Así, los desafíos de tráfico, contaminación y falta de alternativas de transporte eficiente no pueden entenderse solo como fallas técnicas, sino como parte de un entramado urbano que condiciona la movilidad y que impacta de manera diferenciada a distintos sectores de la población, con especial énfasis en las mujeres que

buscan participar en la vida nocturna de la ciudad. Aunque existen rutas de autobuses y sistemas de transporte como el RUTA (Red Urbana de Transporte Articulado) (*Mapa 1*), la cobertura y frecuencia no siempre satisfacen las necesidades de la población, especialmente en horarios nocturnos.

Mapa 1. Líneas de la Red Urbana de Transporte Articulado al 2024



Fuente: Elaboración propia con información de la Red Urbana de Transporte Articulado de Puebla

Si bien en el Plan Municipal de Desarrollo 2021–2024 se reconoce la necesidad de mejorar la movilidad urbana mediante la ampliación y modernización del transporte público,

así como la promoción de medios no motorizados, la ausencia de propuestas concretas para el transporte nocturno revela una omisión significativa que impacta directamente en la forma en que ciertos sectores de la población – en particular las mujeres – habitan la ciudad durante los horarios nocturnos. La movilidad segura y eficiente no puede entenderse únicamente en términos diurnos, por lo tanto reducir el concepto de movilidad a los horarios laborales tradicionales invisibiliza otras formas de circulación, como las que ocurren por motivos recreativos, afectivos, laborales informales o de cuidado como lo han tratado otras autoras (Jirón et al., 2022; Jirón & Gómez, 2018; Soto, 2022), muchas de las cuales suceden fuera de los horarios laborales. Esto implica que, aunque el plan reconoce la importancia de la movilidad sustentable y equitativa, no contempla la totalidad de los ritmos urbanos, dejando fuera las necesidades de quienes transitan la ciudad, especialmente después de las once de la noche que es el último recorrido de las unidades de la RUTA.

Para las mujeres – como ya mencioné –, esta omisión tiene implicaciones directas en la forma en que experimentan la ciudad, la falta de transporte nocturno regular y seguro como lo es la RUTA, las obliga a depender de taxis, aplicaciones de servicio de transporte o redes personales – como llamar a algún familiar o amistad para que las ayude a trasladarse de un lugar a otro –, lo que incrementa por un lado, los costos, pero también los niveles de ansiedad y vulnerabilidad ya que en la ciudad de Puebla, el uso de servicios de transporte por aplicación, como DiDi, Uber y Cabify, ha estado vinculada a casos de desapariciones y feminicidios de mujeres (Morales, 2022). Tal como advierte (Sheller, 2018), la movilidad contemporánea debe pensarse desde sus “geografías de la desigualdad”, donde las promesas de accesibilidad y libertad suelen estar moduladas por relaciones de poder, violencia y control. En este sentido, la supuesta “seguridad” de las plataformas se revela frágil, pues depende de un entramado institucional y tecnológico que no siempre responde frente a la violencia de género. Toda esta situación, además, refuerza la desigualdad territorial, ya que quienes viven en zonas periféricas o menos conectadas tienen menos opciones para regresar a casa de manera segura.

La desconfianza hacia los servicios de transporte por aplicación se inserta en un contexto urbano marcado por una percepción extendida de inseguridad. En Puebla, el 74.5% de la población considera que vivir en la ciudad es inseguro (ENSU, 2025), un dato que, más

allá de las cifras, configura lo que (Löw, 2006) denomina como entornos donde la experiencia cotidiana se ve modelada por la anticipación de la violencia. La alta proporción de habitantes que declara evitar caminar de noche o portar objetos de valor da cuenta de cómo la inseguridad no solo se experimenta como riesgo material, sino también como una práctica anticipatoria que moldea rutinas, trayectorias y decisiones de movilidad. Las mujeres, en particular, enfrentan desafíos adicionales – de los cuales hablaré más adelante – relacionados con la seguridad y las normas sociales que regulan su presencia en el espacio público nocturno. Esto permite evidenciar cómo el miedo al crimen no solo altera la percepción del espacio urbano, sino que transforma profundamente las prácticas cotidianas de quienes lo habitan. Si bien, el evitar caminar de noche, modificar rutas, limitar la vestimenta o renunciar al uso del espacio público se convierten en estrategias de autoprotección, al mismo tiempo, estas estrategias producen una ciudad segmentada, donde ciertos territorios, horarios y actividades quedan prohibidos de forma implícita para quienes se perciben más vulnerables, como es el caso de las mujeres.

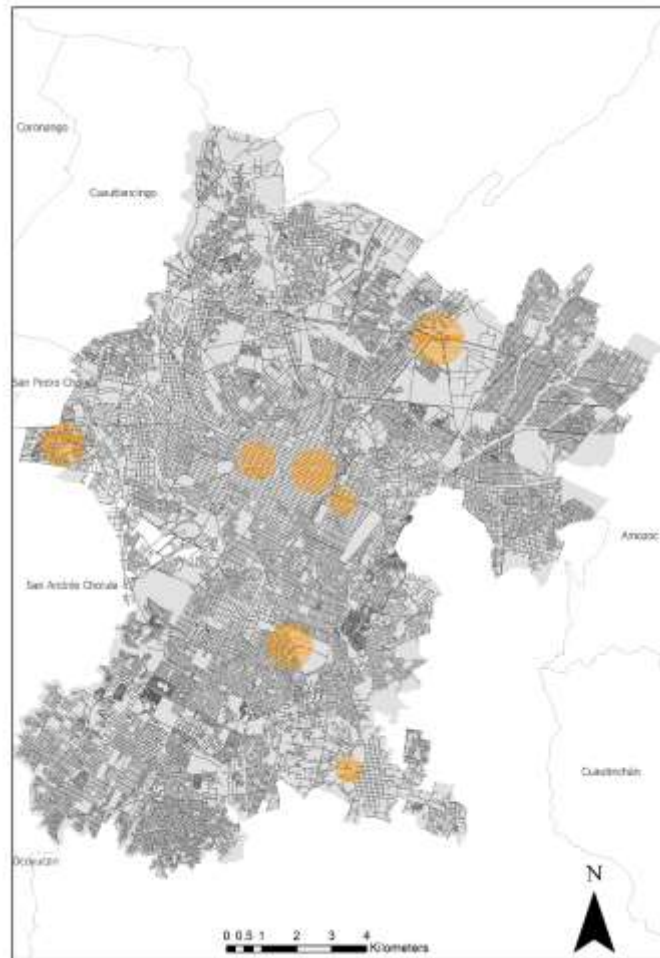
Lo problemático es que estas medidas – como no portar objetos de valor o no salir de noche – son acciones individuales que descargan la responsabilidad de la seguridad en la víctima potencial, en lugar de cuestionar las estructuras que producen la inseguridad. Así, la violencia estructural se reproduce a través de decisiones personales que, aunque justificadas, construyen un paisaje urbano de exclusión y miedo. Este tipo de autorestricción no afecta a todas las personas por igual. Para muchas mujeres, y en particular para las jóvenes o trabajadoras nocturnas, implica renunciar a ciertos derechos urbanos: al ocio, a la autonomía, a la circulación libre. En Puebla, como lo muestran los relatos de las participantes o familiares de las participantes, esto puede significar evitar salir de noche incluso cuando tienen la posibilidad económica de hacerlo.

A la par de los retos urbanos, Puebla se distingue por su carácter de ciudad universitaria. Como señala Moreno Cortés (2018), es la tercera entidad del país con mayor concentración de instituciones de educación superior – sólo después de la Ciudad de México y el Estado de México), localizadas en su mayoría en la capital. Este rasgo imprime a la ciudad un dinamismo particular, pues la presencia de miles de estudiantes locales y foráneos alimenta la vida nocturna con una oferta variada de bares, cafés, restaurantes y espacios

culturales que se mantienen activos hasta altas horas de la noche. De este modo, la condición estudiantil no solo configura el perfil poblacional de Puebla, sino que también sostiene una parte importante de la economía y del movimiento urbano nocturno, convirtiendo a la ciudad en un escenario donde la noche se experimenta como un tiempo socialmente relevante y en constante transformación. Aunque la presencia de estudiantes y jóvenes convierte a Puebla en una ciudad con una vida nocturna dinámica y diversa, esta vitalidad convive con tensiones significativas en torno a la seguridad y accesibilidad.

Esta coexistencia de oportunidades y riesgos se manifiesta de manera particular en las zonas de intensa actividad nocturna de Puebla. La capital cuenta con una variedad de espacios destinados al ocio, como bares, restaurantes y centros culturales, que no se distribuyen de manera homogénea, sino que se concentran en ciertos puntos de la ciudad (*Mapa 2*). Como señalan Licona & Sánchez (2016), estos sectores configuran lo que denominan “zonas de intensa actividad nocturna” que son territorios donde la densidad de oferta cultural y recreativa atrae flujos constantes de personas y genera un tipo particular de sociabilidad urbana. Sin embargo, esta concentración también intensifica las tensiones descritas anteriormente, mientras los espacios focalizados facilitan la vida nocturna, su ubicación y concentración espacial hacen que las cuestiones de accesibilidad, movilidad y seguridad se vuelvan más evidentes, especialmente para las mujeres, quienes deben negociar constantemente la manera de transitar y apropiarse de estos territorios nocturnos.

Mapa 2. Zonas de intensa actividad nocturna en la ciudad de Puebla



Elaboración propia

2.1.1 Las zonas de intensa actividad nocturna

Cuando cae la noche, ciertos sectores de Puebla se transforman: calles, plazas y avenidas se llenan de movimiento, luces y sonidos que marcan la presencia de una ciudad activa y vibrante. La concentración de bares, restaurantes, centros culturales y otros espacios de ocio configura las zonas de intensa actividad nocturna, lugares donde la sociabilidad se articula y la ciudad parece adquirir un ritmo propio. Estas zonas no solo incitan a la circulación de quienes buscan entretenimiento, sino que también definen escenarios de encuentro, tránsito y consumo que condicionan la manera en que se vive la noche. Explorar estas áreas permite

comprender cómo las oportunidades de ocio se concentran espacialmente y cómo esta densidad genera experiencias nocturnas particulares, en las que la vitalidad urbana y prácticas de ocio coexisten con preocupaciones sobre seguridad y cuidado.

En la parte central de la ciudad, tenemos tres zonas; la del centro histórico, que a su vez está conformada por dos más, “Los Sapos” (*Imagen 1*) que fue un antiguo barrio de carácter habitacional y que en los últimos años, las vecindades y viviendas se han transformado en cantinas, bares o antros. En “Los Sapos” llegan principalmente jóvenes y estudiantes por lo barato de las bebidas. A diferencia de “Barrio del Artista” (*Imagen 2*), la otra dentro del centro histórico, donde se construye un ambiente más “intelectual” donde asisten académicos, periodistas, músicos. Es una calle en donde los pintores tienen sus estudios, se le considera un espacio “más bohemio”.

Imagen 1. El callejón de “Los Sapos”



Imagen 2. El Barrio del Artista



Por otro lado, tenemos al Barrio de Analco, al sureste del centro histórico, el cual combina historia con tradiciones populares. Tiene una actividad nocturna más discreta y

comunitaria, aunque hay cafés, restaurantes y eventos culturales ocasionales en la explanada o en ferias temporales. A pesar de estar localizada muy cerca del centro histórico, al estar separada por un boulevard, el Boulevard Cinco de Mayo, no se le considera dentro de las zonas que están en el centro histórico, como lo mencioné es mayormente habitado por residentes locales o visitantes que buscan actividades tranquilas o familiares.

Imagen 3. Barrio de Analco



Así mismo, en la parte central de la ciudad, tenemos a la Avenida Juárez o “La Juárez” (*Imagen 4*), que es un corredor tradicional de vida nocturna en Puebla, que conecta el Centro Histórico con la Colonia La Paz. Esta zona alberga una amplia gama de bares, restaurantes y cafés que ofrecen desde música en vivo hasta coctelería especializada. Es un punto de encuentro para diversos grupos sociales que buscan disfrutar de la noche en un ambiente urbano y accesible. La Juárez se percibe como una zona intermedia con opciones para distintos presupuestos, pero también con zonas con más o menos iluminación. En esta zona algunas mujeres señalan que, si bien lo consideran accesible porque pueden llegar en transporte público iniciando la noche, al salir de madrugada necesitan sí o sí una red de apoyo o taxi de aplicación, lo que limita su permanencia.

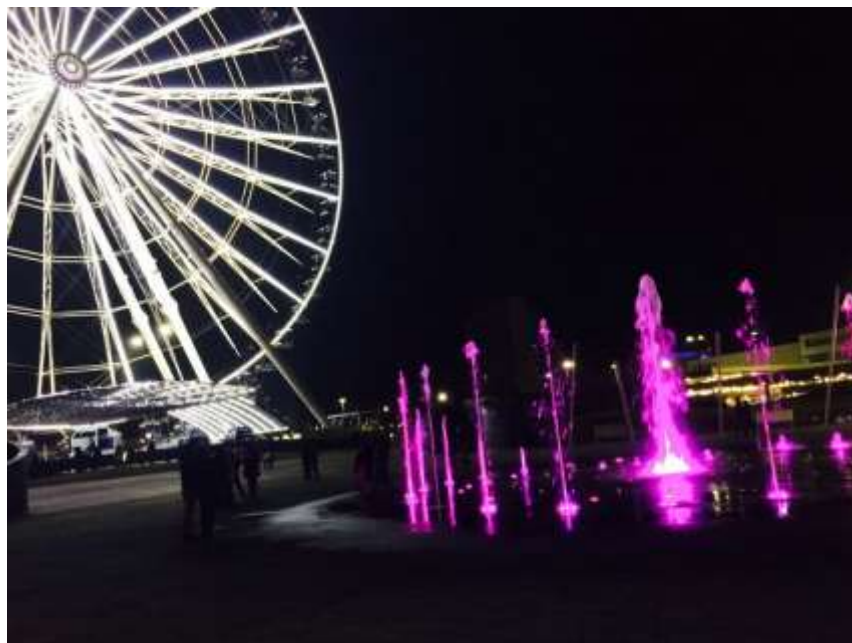
Imagen 4. Avenida Juárez “La Juárez”



Sin embargo, no es solo en el centro de la ciudad donde podemos localizar estas zonas de intensa actividad nocturna, aunque (Licona & Sánchez, 2016), no lo contemplan, La zona de Angelópolis (*Imagen 5*), ha emergido como un centro moderno de entretenimiento nocturno. Aquí se encuentran bares y antros que combinan gastronomía contemporánea con música y eventos temáticos. Durante la pandemia, algunos de estos establecimientos operaron de manera clandestina, adaptándose a las restricciones mediante estrategias como funcionar como restaurantes durante el día y continuar actividades nocturnas a puerta cerrada. Esta zona la frecuentan, personas de clase media alta y alta, jóvenes adultos entre 25 y 40 años, es una zona que muchas participantes asocian con estatus y visibilidad. Algunas la eligen por la percepción de seguridad – zonas cerradas, seguridad privada, estacionamiento

controlado –, pero “no se sienten cómodas” por la constante vigilancia – por parte de los guardias – o la necesidad de vestirse y comportarse de cierta forma para encajar.

Imagen 5. Angelópolis



Por otro lado, en el sur, tenemos a la zona de Ciudad Universitaria (*Imagen 6*), a un lado del campus central de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. es un importante polo de vida nocturna estudiantil. Esta área alberga numerosos bares y antros que operan desde el mediodía, ofreciendo bebidas alcohólicas a menudo sin acompañamiento de alimentos, algunos de estos, operando sin las licencias correspondientes. Frecuentemente se hacen operativos por parte de las autoridades municipales para clausurar establecimientos que no cumplen con las normativas, aunque muchos reabren tras pagar multas. La falta de regulación y las preocupaciones – especialmente de los vecinos – por la seguridad y el orden han llevado a una mayor vigilancia y a un debate continuo sobre el equilibrio entre el ocio y el orden público. Y aún más al sur de la capital, colindando con la Junta Auxiliar de San Francisco Totimehuacan, (Licona & Sánchez, 2016) contemplan la zona de “Las Piñas” (*Imagen 7*), que es reconocida por su oferta de bares y cantinas que atraen principalmente a

trabajadores – empleados de sectores como la construcción, transporte y comercio informal – y habitantes locales – residentes de la zona que prefieren opciones de entretenimiento dentro de su comunidad –. Estos establecimientos ofrecen bebidas alcohólicas a precios accesibles, lo que los hace populares entre personas de clase trabajadora que buscan opciones económicas para el esparcimiento nocturno. A pesar de su popularidad, la zona de “Las Piñas” ha enfrentado diversas problemáticas, espacialmente relacionadas con violencia ya que se han registrado incidentes que van desde peleas hasta homicidios dentro de los establecimientos.

Imagen 6. Ciudad Universitaria



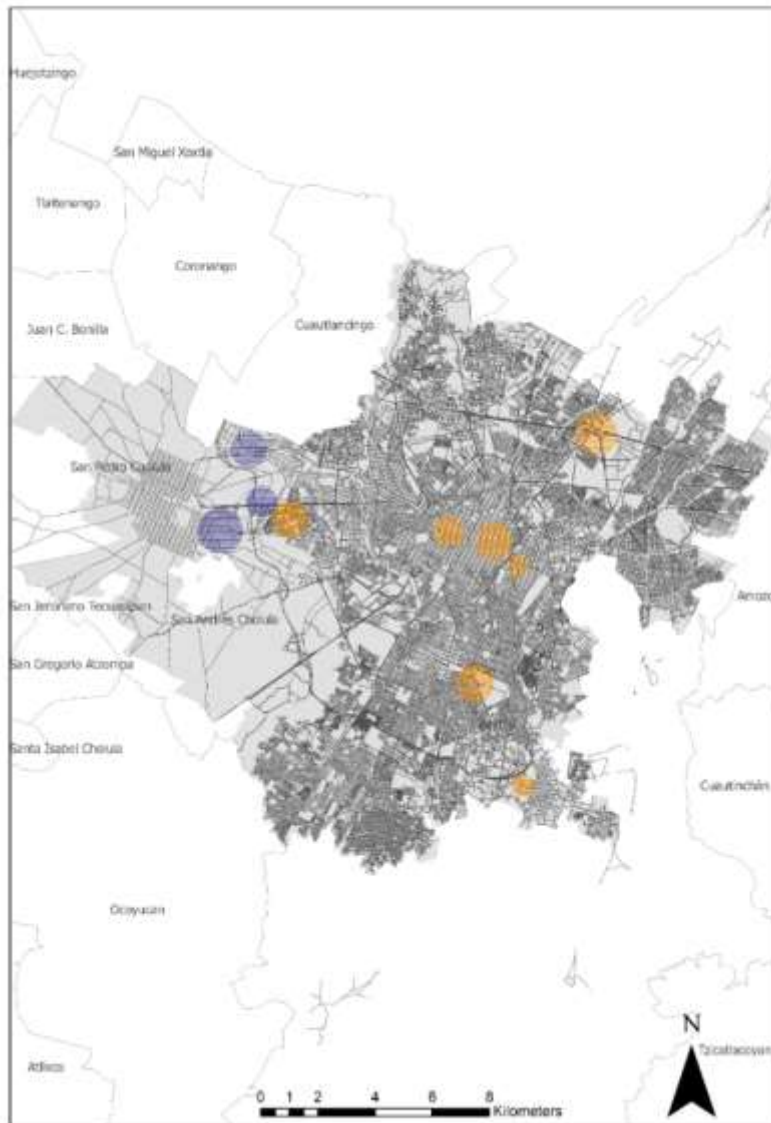
Imagen 7. “Las Piñas” Valsequillo



Y por último, en el norte, colindando con Tlaxcala, está la zona de “Las Fábricas” que ha sido señalada por años como corredores de trata de mujeres, explotación sexual y bares clandestinos. La prostitución disfrazada de restaurantes o bares es común en la zona de los parques industriales. Existen testimonios y advertencias entre las noctámbulas sobre mujeres que fueron reclutadas bajo engaños laborales – o secuestradas – y terminaron siendo explotadas sexualmente en esta región. La colindancia entre Puebla y Tlaxcala ha generado un corredor de ambigüedad jurídica e institucional que facilita prácticas de violencia estructural hacia las mujeres. La cercanía con la autopista federal convierte a estas zonas en espacios de tránsito y explotación, especialmente en contextos de trata, prostitución forzada y desapariciones. De acuerdo con el Centro Fray Julián Garcés, se han detectado casos de trata en 40 de los 60 municipios de Tlaxcala, extendiéndose a estados vecinos como Puebla. Esta situación indica la existencia de redes de explotación que operan en zonas fronterizas, donde la falta de coordinación interinstitucional puede facilitar prácticas de violencia estructural hacia las mujeres. Esta geografía liminal – ni plenamente poblana ni tlaxcalteca – representa una frontera simbólica y real del abandono estatal, donde las mujeres están más expuestas, más solas y más vulnerables.

Por otro lado, dentro del entramado urbano de la zona metropolitana de Puebla (*Mapa 3*), San Andrés y San Pedro Cholula emergen como núcleos vibrantes de la vida nocturna. Estas localidades concentran bares, cafés, restaurantes y espacios culturales que atraen a jóvenes universitarios, turistas nacionales e internacionales, así como a sectores creativos en busca de sociabilidad y entretenimiento. La combinación de su cercanía con la capital, la densidad de su oferta cultural y la presencia estudiantil les confiere un ritmo propio durante la noche, convirtiéndolas en puntos de encuentro donde la ciudad parece adquirir otra dimensión, más animada, más dinámica y más receptiva a la exploración urbana.

Mapa 3. Zona de intensa actividad nocturna en la zona metropolitana



Elaboración propia

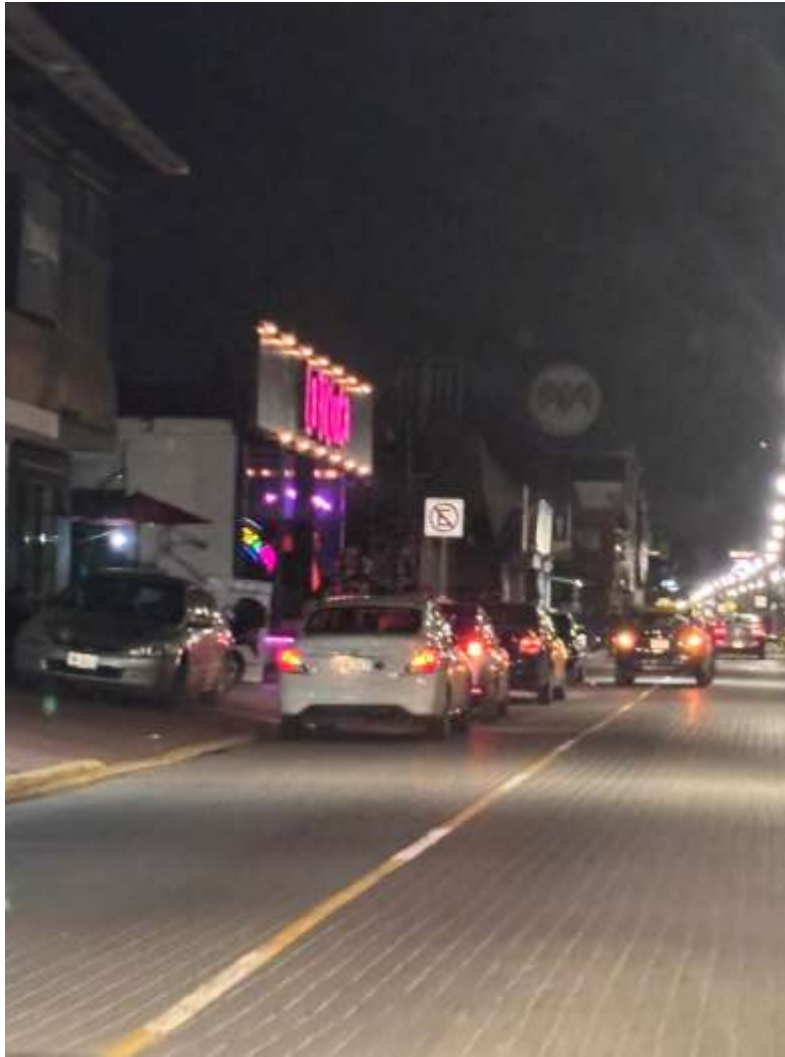
A diferencia de las zonas anteriores, incluso del Centro Histórico de Puebla o la avenida Juárez, las Cholulas ofrecen una atmósfera más relajada, diversa y permisiva, lo que ha favorecido su posicionamiento como un espacio nocturno vibrante, alternativo y simbólicamente más libre.

Las Cholulas suelen percibirse como más seguras y modernas que otras zonas de la ciudad, en parte por su infraestructura urbana más reciente y la concentración de servicios orientados al ocio. Sin embargo, esta percepción no es uniforme. Para muchas mujeres poblanas, salir por la noche en esta zona representa una mayor sensación de libertad, pero también implica tener que recurrir a taxis o servicios de transporte por aplicación para llegar y regresar a sus casas en Puebla capital, ya que no hay transporte público disponible en esa zona – durante las noches – lo cual incrementa los costos, especialmente en trayectos largos o solitarios.

En las Cholulas, podemos encontrar tres zonas de intensa actividad nocturna, siendo la principal “La Catorce” (*Imagen 8*) es una de las calles más emblemáticas de la vida nocturna en San Andrés Cholula, Puebla. Esta zona se ha consolidado como un corredor festivo universitario, especialmente frecuentado por jóvenes estudiantes de la Universidad de las Américas Puebla (UDLAP) y otras instituciones cercanas – todas privadas, lo que revela la forma en que se relaciona (o mejor dicho, no se relaciona) con espacio público, favoreciendo la vida dentro de los espacios de consumo –. A lo largo de esta calle se ubican numerosos establecimientos, desde bares pequeños con música en vivo, hasta antros con DJ y terrazas. Su proximidad entre sí hace que el recorrido sea caminable, lo que fomenta una lógica de “ir de bar en bar”. Predominan personas jóvenes y el consumo de alcohol, las fiestas temáticas, los karaokes y las promociones están orientadas a un público universitario, sin embargo también se reproduce una cierta estratificación, la vida nocturna en esta zona está fuertemente vinculada al consumo, y por tanto no está igualmente disponible para personas de sectores populares que no pueden costear bebidas ni tiempos prolongados de ocio.

La Catorce funciona como un espacio de experimentación juvenil, donde se negocia la identidad, la sociabilidad y el cuerpo. Para muchas mujeres, representa una pausa a las restricciones morales o familiares de otros espacios urbanos – el que esté “fuera de la ciudad” podría contribuir a esta sensación –, aunque esto no significa que estén exentas de ser observadas, juzgadas o puestas en riesgo como en otros lugares.

Imagen 8. “La Catorce”, San Andrés Cholula



En conclusión, el acceso a estos espacios puede estar condicionado por factores tanto socioeconómicos, culturales y de género. Las mujeres, en particular, enfrentan desafíos relacionados por un lado con la seguridad y por otro con las normas sociales que regulan su presencia en el espacio público nocturno. En este contexto, muchas mujeres deben negociar constantemente entre el deseo de socializar y el deber de cuidarse, lo que moldea sus trayectorias, sus estrategias de cuidado, y sus decisiones sobre con quién, cuándo y a dónde salir. Así, la vida nocturna no es solo una cuestión de ocio, sino también una expresión de cómo se habita la ciudad bajo condiciones desiguales de poder, género y clase.

2.2 Contexto socio-cultural de las noctámbulas poblanas

Las salidas nocturnas de las mujeres no son solo actividades recreativas, sino también expresiones complejas que reflejan y desafían las normas y expectativas sociales sobre el comportamiento de las mujeres, especialmente en espacios públicos nocturnos que históricamente han sido asociados con el peligro y la transgresión. Tirado (2007) explica que durante las noches la situación de las mujeres poblanas es compleja puesto que la expectativa social que recae sobre ellas es aún mayor, pues se espera – como una comunidad con una cultura tradicional – que continúen siendo la personificación del día – con todos los adjetivos positivos con lo que se asocia como trabajo, vida, seguridad (Gallan & Gibson, 2011a) –, manteniendo un estatus que se asocia con que sean tranquilas, “de casa”, en contraste con la libertad, la sociabilidad y el ocio que se asocian tradicionalmente con la vida nocturna. A pesar de que el retrato de la sociedad poblana que muestra Tirado es de hace diecisiete años, la actualidad no ha cambiado mucho, de acuerdo con Lozano Hernández et al. (2024) sugieren que la ciudad de Puebla se caracteriza por una fuerte presencia de grupos conservadores, tanto en la sociedad civil como en la administración pública, lo que tiene un impacto directo en la vida nocturna de las mujeres.

Violeta, una mujer de veintinueve años, suele salir por las noches a cafés, bares y algunas veces a conciertos en la ciudad. Tiene un trabajo formal bien remunerado, vive sola y goza de cierta independencia económica. Sin embargo, cuando habla de sus salidas nocturnas, menciona con frecuencia el esfuerzo que implica justificar esas salidas frente a su familia, en especial frente a su mamá, quien constantemente le recuerda que “no son horas para estar afuera”, ella menciona que su mamá, nacida y criada en la capital Poblana, muchas veces refiere a que como mujer no debería salir de noche en especial a bares. Aunque Violeta puede costear transporte seguro y elegir lugares relativamente tranquilos, su experiencia de la vida nocturna está mediada por una constante tensión moral, por un lado, desea disfrutar su tiempo libre y ejercer su derecho al ocio – y lo hace –, pero por otro, siente que está siendo observada y juzgada por transgredir la expectativa de ser una “mujer de bien” o como varias veces escuche el ser “niña bien” – infantilizando a las mujeres e introduciéndolas en categorías molares sobre lo que significa ser “bien” –. Ella misma reconoce que a veces decide no subir fotos en redes sociales cuando sale por la noche, para evitar comentarios de

familiares o conocidos. Esta situación refleja lo que Tirado (2007) describe como la expectativa de que las mujeres sean asociadas con valores como el orden, la responsabilidad y el hogar, mientras que la noche sigue siendo vista como un espacio de riesgo, libertinaje e incluso inmoralidad. A pesar de que Violeta tiene los medios para salir y disfrutar la ciudad, el peso simbólico y social del juicio hacia las noctámbulas sigue muy presente en su ser. Esta atmósfera conservadora establece expectativas estrictas sobre la conducta femenina, en particular durante la noche, cuando se espera que las mujeres se alineen con ideales tradicionales de “decencia” y “tranquilidad”.

En Puebla, los códigos sociales y los estigmas que rodean la sexualidad de las mujeres están profundamente integrados en las representaciones sociales de lo que es ser mujer, reforzando expectativas específicas sobre su comportamiento y presencia en el espacio público (Lozano Hernández et al., 2024). Estas normas actúan como reguladoras implícitas que delimitan no solo qué es aceptable para una mujer durante el día, sino también cómo puede apropiarse de la noche. Estos marcos culturales se internalizan y orientan las disposiciones y prácticas cotidianas, generando formas de autocontrol y de anticipación al juicio social.

Martina, una mujer de treinta y un años, participa de la vida nocturna de Puebla activamente, no solamente en bares o antros tradicionales sino también de espacios alternativos como bares queer y fiestas electrónicas. Aunque su entorno inmediato – amistades y círculos sociales – es relativamente abierto, ella y sus amistades son muy conscientes de los códigos sociales dominantes que operan en la ciudad. Martina relata que, aunque disfruta vestirse de forma expresiva o “sensual” – como ella se describe – para salir, suele llevar una chamarra o blusa que le tapen la ropa de fiesta, esto mientras camina por la calle o toma el transporte, para “no llamar la atención de más”, dice. Y es que no es que alguien específico la esté vigilando, sino que existe una sensación constante de estar siendo mirada y evaluada, por el conductor, por otros peatones, por quienes se asoman desde los locales o autos “se te quedan viendo y, o te ven feo o te *sabrosean*”. Como ella dice, “No tengo que rendirle cuentas a nadie, pero igual siento que hay una mirada sobre mí, como si tuviera que justificar por qué estoy en la calle a esa hora, cómo me visto o con quién ando.”

En las ciudades como Puebla con valores conservadores, esta forma de ver la presencia de las mujeres puede intensificar el control sobre los comportamientos que no se ajustan a los ideales tradicionales de moralidad o “decoro”. Por ejemplo, mujeres o disidencias sexo-genéricas que transitan en ciertos espacios públicos pueden sentir la presión de adaptarse a las normas conservadoras para evitar la censura o el estigma social. Para comprender en profundidad cómo estos valores socioculturales afectan las experiencias nocturnas de las mujeres en Puebla, es importante observar el contexto social específico en el que ellas se desenvuelven.

En este marco de normas conservadoras y expectativas sociales, las experiencias nocturnas de las mujeres se construyen de manera situada, atravesadas por los contextos específicos en los que viven y se desplazan. En esta investigación, se cuenta con diez participantes (*Anexo 1*) que, aunque difieren en edad, ocupación y estilo de vida, comparten ciertas condiciones que hacen posibles sus salidas nocturnas dentro del contexto poblano. Los grupos a los que pertenecen, las relaciones que mantienen y las circunstancias que crean para organizar sus vidas revelan mucho sobre cómo toman decisiones durante sus recorridos y cómo experimentan la noche. Su contexto socio-cultural no solo permiten que transiten por la ciudad, sino que también moldean la manera en que la experimentan.

Dentro del contexto sociocultural de las participantes, las relaciones familiares juegan un papel fundamental, pues no solo estructuran sus rutinas diarias, sino que también moldean sus posibilidades y límites en la vida nocturna. La familia actúa como un marco de referencia moral y social, estableciendo expectativas sobre cómo deben comportarse, con quién pueden salir y qué espacios son “apropiados” para su presencia. Al mismo tiempo, estas relaciones pueden ofrecer apoyo material o emocional – como transporte, acompañamiento o consejos – que facilita o condiciona la manera en que las mujeres experimentan la noche. En este sentido, comprender la vida nocturna de las participantes requiere reconocer que sus decisiones no se toman en aislamiento, sino en diálogo constante con vínculos familiares o de amistades que configuran tanto oportunidades como restricciones, reflejando la manera en que los lazos sociales y culturales se entrelazan con las prácticas de ocio y movilidad urbana.

Mientras caminaba con Karina, una foránea estudiante de diecinueve años, y sus amigos rumbo a un bar cerca de Ciudad Universitaria, escuché que comentaba a otra de sus amigas que le había dicho a su mamá que iba a ir con ella – su amiga – a terminar un trabajo y que iban a pasar toda la noche en su casa. Esto me indicaba que quizá su mamá desaprobaba las salidas a estos lugares. Este es un comportamiento común entre las participantes más jóvenes, el ocultar que salen de noche a sus padres o tutores. Karina me comentaba que si su mamá sabía que salía de noche a fiestas, se preocuparía “ya sabes, luego exageran”, me dijo, refiriéndose a su seguridad. Joyce, quien también es estudiante de diecinueve años, comentaba cómo sus papás se preocupaban cada vez que salía y le habían enseñado a cómo tomar las llaves entre sus manos cada que caminara por las calles de noche, y por lo menos saber defenderse en caso de necesitarlo.

El caso de Karina y Joyce evidencia cómo los vínculos familiares constituyen un eje central en la configuración de la vida nocturna femenina. Las salidas de Karina, ocultas a su madre bajo la excusa de un trabajo académico, revelan que la desaprobación familiar funciona como un límite simbólico que condiciona sus prácticas de ocio y movilidad. Esta conducta refleja la internalización de normas y expectativas sociales sobre lo que es “apropiado” para una mujer, estas disposiciones que orientan las acciones según la anticipación de juicios externos. Al mismo tiempo, los temores expresados por los padres, como el caso de Joyce, que aprendió a tomar las llaves y defenderse al caminar de noche, muestran cómo las familias perciben la noche como un espacio inherentemente peligroso para las mujeres, reforzando la idea de que su seguridad es frágil y requiere vigilancia constante.

La idea de que la noche es peligrosa está muy presente en el imaginario colectivo y en Puebla no es solamente una idea ya que además de las violencias de género a las que son propensas, de acuerdo con Rivera-Gómez (2021), las cifras recientes revelan un aumento en las desapariciones de mujeres en Puebla, lo cual refleja no solo la creciente incidencia de estos crímenes. La relación entre la desaparición de mujeres y la expansión territorial del crimen organizado en Puebla¹ refuerza y legitima la percepción colectiva de la noche como

¹ En Puebla, el tráfico de mujeres es un problema conocido por las y los habitantes de la ciudad, sin embargo, no es uno al que se le de mucha importancia ni desde los gobiernos locales. Aunque hay trabajos de investigación que han intentado abordarlo, entre los más recientes: Cortés Maisonave, A., & Manjarrez Rosas,

un espacio peligroso, particularmente para las mujeres. Esto contribuye a la construcción de la noche como un entorno amenazante en la ciudad, especialmente para las mujeres, quienes experimentan mayor vulnerabilidad ante posibles actos de violencia o desaparición. Las familias tienden a preocuparse entonces por la seguridad de quienes salen en la noche, lo cual puede intensificar la percepción de la noche como un espacio peligroso y reforzar normas sobre cómo deberían comportarse las mujeres en ese horario. Para las mujeres en los extremos más jóvenes del rango de edad – aún en edad estudiantil o incluso un poco más grandes –, esto puede manifestarse en actitudes de desaprobación, preocupación o hasta en advertencias sobre los riesgos de la vida nocturna.

Valentina, quien también es estudiante de veintidós años, se alistaba para salir, mientras tanto, su mamá platicaba cómo desde que Valentina cumplió la mayoría de edad, comenzó llevarla con ella a sus salidas nocturnas. Donde le enseñaba cómo cuidarse sola, qué tanto beber, qué zonas caminar y siempre ir acompañada, de esa forma ahora ella ya no se preocupaba tanto por su hija ya que sabe cómo comportarse y evitar los peligros. Familiares de edades similares pueden ser más flexibles o incluso fomentar las salidas nocturnas, sobre todo si comparten el mismo círculo social. La forma en que la mamá de Valentina, introduce a su hija a la vida nocturna me pareció distinta a lo que normalmente las demás participantes están acostumbradas, esto podría deberse a que es considerada una madre joven. Sin embargo, en entornos familiares más tradicionales, este apoyo puede estar condicionado a que la salida sea "segura" y a ciertos horarios, mostrando una preocupación tanto por la reputación de la familia como por la seguridad de la participante. La mayoría de las demás participantes mencionaron que, especialmente cuando eran más jóvenes, sus padres eran estrictos con ellas cuando trataban de salir durante las noches. Los familiares suelen transmitir estas preocupaciones a través de consejos, advertencias y normas sobre la "responsabilidad" de las mujeres al protegerse. En algunos casos, los padres de las participantes pueden mantener una postura protectora o conservadora incluso advirtiéndolo a sus hijas de las consecuencias de salir en estos horarios. Las normas familiares, especialmente en hogares de clase media en entornos conservadores, pueden presionar a las participantes

J. (2017). *Mujeres, migración centroamericana y violencia: un diagnóstico para el caso de Puebla*. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.; Gómez, E. R. (2021). " Y la culpa no era mía..." La desigualdad, discriminación y la violencia de género contra las mujeres en Puebla. *La Aljaba: Segunda Época, Revista de Estudios de la Mujer*, 25(1), 255-264.

para limitar sus salidas nocturnas, lo que refuerza la expectativa de que su lugar seguro es el hogar.

Si bien las relaciones familiares marcan límites y orientan las precauciones de las participantes, sus redes de amigas y amigos funcionan como un contrapunto que habilita la exploración nocturna. Desde la participante más joven hasta la de mayor edad, las decisiones de salir están frecuentemente impulsadas o mediadas por estos vínculos de amistad, que proporcionan compañía, seguridad y motivación para involucrarse en actividades de ocio. Así, la noche se construye como un espacio donde se articulan distintos tipos de relaciones sociales, mientras la familia establece límites y cuidados, las amistades crean oportunidades, demostrando que la vida de las noctámbulas en Puebla es el resultado de una compleja red de influencias interpersonales que moldean tanto la posibilidad como la forma de salir. Si bien las amistades impulsan y habilitan la vida nocturna, la presencia de parejas puede representar un límite adicional para algunas noctámbulas. En ciertos casos, las personas cercanas perciben las salidas nocturnas como riesgosas y cuestionan la asistencia a bares, fiestas o espacios culturales, especialmente cuando estas se prolongan hasta altas horas de la noche. El caso de las parejas de algunas participantes resultó particularmente significativo, pues introducía un tipo de control o preocupación distinto al de la familia, las parejas pueden generar restricciones implícitas o explícitas sobre los tiempos, lugares y condiciones de las salidas. Este contraste evidencia que la vida nocturna femenina se negocia en un entramado complejo de relaciones interpersonales.

Sara, una mujer de cuarenta y cinco años, madre soltera, ocasionalmente sale con su novio de noche, sin embargo, no limita sus salidas solamente a la presencia de él, también sale de forma independiente con sus amigas aunque no pasó muy seguido. Las parejas heterosexuales pueden acompañarlas o alentarlas a disfrutar de la vida social sin imponer restricciones. Pero no siempre sucede así, la práctica del ocio nocturno se desenvuelve en un ambiente de “ligue” como lo llaman Sánchez & Licona (2015) y además bajo una lógica heterosexual, donde si bien muchas parejas se pueden observar en las calles, el que una mujer salga de noche sin su pareja, está mal visto. Valentina, quien salía seguido con sus amigas y amigos y había expresado su gusto por salir a divertirse en horarios nocturnos, casi al final de mi trabajo de campo dejó de hacerlo, cuando la contacté para saber si estaba todo bien o

había pasado algo, me dijo que todo estaba bien solamente que ahora no salía porque a su novio no le gustaba ir a esos lugares. En estos casos, la pareja puede desincentivar o desaprobado sus salidas, sugiriendo que “no es apropiado” o insinuando que existen riesgos tanto para su seguridad como para su reputación. Esta dinámica refleja una forma de control social que se justifica bajo la preocupación por la seguridad o la "protección" de la reputación. Si bien podría interpretarse como una muestra de cuidado, también refuerza un tipo de violencia en el que se sugiere que las mujeres deben restringir sus movimientos para preservar su integridad, esta restricción se impone de manera sutil al expresar desaprobación o malestar, lo cual puede hacer que las mujeres internalicen estos juicios y ajusten sus propios deseos y hábitos para evitar conflictos en la relación.

El hecho de que estas restricciones vengan de figuras cercanas – como parejas o familias – sigue reforzando la percepción de que la noche es un espacio inherentemente peligroso y no apropiado para ellas. Teniendo como resultado el seguir naturalizando la presencia de los hombres en la noche mientras se sigue cuestionando la de las mujeres, reforzando la idea de que ellas necesitan permiso o protección para moverse en el espacio nocturno.

2.1.2. Percepciones y estigmas sociales de las noctámbulas

Las salidas nocturnas de las mujeres no solo están condicionadas por la seguridad o la accesibilidad de los espacios, sino también por la manera en que la sociedad interpreta y juzga su presencia en la ciudad después del anochecer. En contextos urbanos como Puebla, los códigos culturales y los estigmas vinculados a la conducta femenina y la sexualidad generan una presión constante, que puede traducirse en autocensura, nerviosismo o necesidad de justificar sus desplazamientos.

Había quedado con Sara para platicar a cerca de mi trabajo y ver si me dejaba acompañarla en sus salidas durante la noche, su hija fue quien me contactó con ella, al saber que buscaba mujeres de diferentes edades, mencionó que su mamá también solía salir de noche con sus amigas. Después de explicarle a Sara sobre lo que buscaba y cómo serían mis acompañamientos me dijo “pues, casi no salgo... cuando llego a salir es con mis amigas nada más”, no noté un tono que me indicara que genuinamente no saliera por las noches, sino con

un poco de nerviosismo o pena. Continué la plática sin darle mucha importancia, tratando de conectar con ella, quizá estaba nerviosa por escuchar que la acompañaría, al final del primer contacto se mostró más abierta conmigo, me dijo que podía acompañarla a algunas de sus salidas, sin embargo, volvió a aclarar “sí salgo pero poco, no soy así tan” – hizo una pausa – “salgo una vez cada quince días”. A través de su relato y la manera en que habla de sus salidas, se hace evidente cómo los estigmas y las normas culturales influyen en la frecuencia con la que decide salir y en la forma en que comunica sus actividades, revelando la compleja interacción entre deseo de ocio, cuidado y percepción social. Me llamó la atención que, así como Sara, la mayoría de las demás participantes se preocupaban por aclararme que no eran mucho de salir durante las noches, o que lo hacían poco, como si salir de noche constantemente significara algo negativo para ellas – a pesar de que también lo hicieran –. El “no soy así tan” de Sara me dejó pensando en lo que calló, preguntándome en qué es lo que significaba para ella, así como para las otras participantes, salir mucho de noche y a qué no querían ser asociadas.

Las mujeres que eligen participar en actividades nocturnas, ya sea salir a un bar, asistir a eventos culturales o simplemente disfrutar de la vida nocturna de la ciudad, pueden ser vistas como "rebeldes" o "imprudentes". Esto se debe en gran medida a una creencia social que asocia la noche con el riesgo y el peligro, lo que lleva a suponer que una mujer que se aventura a salir está poniéndose a sí misma en una situación de vulnerabilidad o incluso desafiando normas sociales y familiares. Además, estos estigmas no solo afectan cómo las perciben los demás, sino que también impactan en cómo las mujeres perciben sus propias salidas. Algunas mujeres pueden sentir la necesidad de justificar sus salidas nocturnas, presentándolas como algo ocasional o vinculado a obligaciones laborales, para evitar conflictos o reducir críticas en sus círculos sociales. La autocensura y la necesidad de ocultar o minimizar la frecuencia de sus salidas son estrategias comunes para lidiar con esta presión social. En una de las salidas en las que acompañé a Sara, platicaba con una de sus amigas que, al igual que Sara, es madre soltera pero de un niño pequeño, de dos años. Me decía que para “escaparse” un momento, su mamá le ayudaba a cuidar a su hijo pero que debido a la edad avanzada de la señora, no podía hacerlo seguido y tenía que regresar temprano. El trabajo de cuidado y las labores domésticas suelen representar un importante estigma para las mujeres que participan en la vida nocturna, ya que estos roles tradicionalmente asociados

a lo femenino en sociedades conservadoras continúan influenciando cómo se percibe su comportamiento en el espacio público. En Puebla, especialmente en los contextos de mis participantes, con valores tradicionales o conservadores, se espera que las mujeres dediquen gran parte de su tiempo a atender las necesidades del hogar y de la familia, lo que limita su tiempo para actividades de ocio, incluyendo las salidas nocturnas. Otra de las amigas de Sara, contaba cómo toda su mañana y tarde estaba ocupada haciendo labores del hogar para poder salir “pero ya dejé todo listo para mañana”, como buscando justificar su salida. Y es que hay una idea interiorizada de que si no se hacen las tareas del hogar o si simplemente una mujer casada o con hijos está fuera del hogar durante la noche, se le tiene como “una mala mujer”. Este estigma afecta especialmente a las mujeres de clase media, quienes se enfrentan a la expectativa de cumplir con un “rol ejemplar” en el hogar. Se espera que una mujer que sale por la noche continúe al día siguiente con sus responsabilidades de cuidado o domésticas, como si la salida de ocio fuera una actividad secundaria y menor frente a sus deberes familiares. Así, la noción de que el trabajo de cuidado debe ser una prioridad restringe la libertad de las noctámbulas, condicionando su participación en la vida social nocturna y fomentando la autocensura para evitar críticas o conflictos familiares.

Estudios como el de Shaw (1994) evidencian que las salidas nocturnas de las mujeres no solo se enfrentan a riesgos físicos y sociales, sino también a presiones morales y simbólicas que generan sentimientos de culpa o la necesidad de “compensar” el tiempo fuera del hogar. Cuando las mujeres deciden participar en actividades nocturnas, pueden percibir —o recibir— reproches implícitos o explícitos que cuestionan su dedicación a las responsabilidades familiares, un fenómeno que se intensifica cuando tienen hijos o personas mayores a su cuidado. Esta tensión refleja la persistencia de un ideal normativo de “buena mujer” o “buena madre”, en el que la autonomía personal y el ocio se subordinan a la obligación de cuidar y mantener el orden doméstico. La salida nocturna se convierte así en un terreno complejo, donde la mujer debe negociar entre su deseo de independencia, la búsqueda de socialización y entretenimiento, y las expectativas sociales que evalúan su conducta. Desde esta perspectiva, el ocio nocturno no es simplemente un espacio de recreación, sino un escenario en el que se enfrentan y reconfiguran roles, obligaciones y normas culturales, mostrando cómo la vida urbana femenina está atravesada por dinámicas de poder simbólico y moral que moldean la experiencia del espacio y del tiempo de la noche.

2.3 Situación económica como factor que influye en la decisión de las noctámbulas poblanas

La situación económica de las mujeres es un factor crucial en sus posibilidades de disfrutar de la vida nocturna y de moverse de manera segura, especialmente en entornos urbanos. En este apartado busco analizar cómo la situación económica de las mujeres influye en sus posibilidades de salir de noche, ya que el acceso a los recursos necesarios para moverse y disfrutar de una salida está condicionado por factores económicos. Por ejemplo, Karina no cuenta con automóvil propio ni con transporte público nocturno desde su colonia. Cuando sale, lo hace generalmente acompañada por amigas que también viven cerca para compartir los gastos del transporte. En otras ocasiones, opta por quedarse a dormir en casa de alguna amiga, aunque esto también depende de que tenga dinero suficiente para colaborar con el consumo o pasaje. Ella suele evitar lugares que considera caros, como bares en Angelópolis o restaurantes en La Catorce, prefiere frecuentar la zona de CU donde no tiene que realizar gastos de transporte y donde el su gasto en consumo no excede a sus posibilidades. O bien, reuniones en casas de amigos donde el gasto es aún menor y se siente más segura. Ella cuenta que algunas veces ha rechazado invitaciones por no tener con quién compartir el taxi o porque lo que le mandan sus padres no alcanzaba para más de una bebida y el pasaje de ida.

Elegí analizar el rezago social de las zonas donde viven las participantes lo que me permitió aproximarme de manera contextual y estructural a su situación económica, superando los límites de una visión meramente individual. El rezago social refleja una combinación de indicadores como acceso a servicios básicos, educación, calidad de vivienda, infraestructura urbana y oportunidades laborales, todos los cuales afectan directamente la capacidad económica de las personas. En este sentido, ubicar a las participantes en territorios específicos permite comprender cómo su entorno condiciona sus posibilidades de movilización, disfrute y cuidado en la vida nocturna. Esta perspectiva no solo reconoce que la desigualdad económica no es una cuestión aislada, sino que está profundamente ligada al territorio y a la forma en que se organiza la ciudad. Wacquant (2007), argumenta que el lugar donde se vive no solo refleja desigualdades económicas, sino que también produce estigmas

que afectan la forma en que las personas acceden al espacio urbano y son tratadas por instituciones y otros ciudadanos. Las zonas con rezago social no solo carecen de infraestructura, sino que cargan un “estigma territorial” que limita aún más las oportunidades de sus habitantes. Así, el análisis del rezago social proporciona una herramienta útil para identificar patrones estructurales de exclusión, visibilizando cómo el lugar de residencia influye en el acceso a servicios como el transporte, la seguridad, la cercanía a zonas de ocio y, en general, el ejercicio del derecho a la ciudad durante la noche.

El rezago social en el municipio de Puebla incide de forma directa en las decisiones y el acceso de las personas a la vida nocturna, pues condiciona aspectos clave como la movilidad, la seguridad, el consumo y la permanencia en el espacio público durante la noche. Como lo expresa Karina. Esta relación se puede entender a partir de varios ejes. Cabe aclarar que esta herramienta, no es solo un indicador de pobreza o marginación, sino también una condición estructural que reproduce exclusiones en la vivencia de lo urbano, particularmente en el acceso y disfrute de la vida en la ciudad, en este caso de la vida nocturna. Las condiciones de desigualdad que este rezago manifiesta se intensifican cuando se interceptan con el género y afectan de forma diferenciada a las mujeres, limitando sus posibilidades de habitar el espacio público en horario nocturno. Löw (2006) planteado que el derecho a la ciudad no solo implica el acceso a vivienda o servicios básicos, sino también la posibilidad de moverse libremente, encontrarse con otras personas y apropiarse del espacio público. En este sentido, el rezago social puede leerse como una forma de privación del derecho al ocio, al descanso y a la circulación nocturna, derechos que suelen estar reservados para quienes habitan zonas más centralizadas, seguras y conectadas. En Puebla, esto se traduce en que las mujeres que viven en zonas con mayor pobreza, baja infraestructura urbana, transporte irregular y altos índices de violencia, ven restringido su acceso a la ciudad por la noche, al mismo tiempo que se refuerzan discursos que las responsabilizan por exponerse al “riesgo”.

Aunque las participantes del estudio residen en zonas del sur de la ciudad de Puebla (*Mapa 4*) clasificadas con niveles de rezago social bajo o muy bajo (*Mapa 5*) – según los indicadores del CONEVAL –, esto no garantiza un acceso pleno y equitativo a la vida nocturna en la ciudad. Esta observación resulta fundamental para desmontar la idea de que el rezago social territorial, por sí solo, determina las condiciones de acceso al ocio urbano o

la movilidad segura. Si bien muchas de ellas cuentan con estabilidad económica relativa, debido a empleos remunerados o respaldo familiar, aún enfrentan barreras estructurales que condicionan su experiencia nocturna.

Mapa 4. Localización de las viviendas de las participantes



Elaboración propia

Mapa 5. Rezago social y localización de participantes.



Elaboración propia con datos del Índice de Rezago Social (2020)

Sara, que a pesar de que su colonia está clasificada con rezago social bajo, sus condiciones de vida distan mucho de las zonas centrales o comerciales de la ciudad. No cuenta con automóvil propio, y al no tener un horario laboral fijo ni un ingreso alto, salir de noche representa para ella un esfuerzo económico y logístico considerable. Cuando Sara quiere salir por la noche – generalmente a reuniones que ella clasifica como tranquilas, con amigas – debe coordinar varios factores entre ellos el tener suficiente dinero para pagar un servicio de transporte por aplicación a la hora de regresar, dejar a su hija sola – aunque ya es mayor de edad, le preocupa dejarla sola en las noches – o asegurarse de no volver demasiado tarde cuando no cuenta con mucho dinero para gastar, ya que el transporte público deja de pasar desde temprano. Aunque no vive en una zona marginal, su colonia tiene poca

iluminación nocturna (*Imagen 9*), las calles son irregulares y no hay vigilancia constante, por lo que volver sola caminando desde una parada de RUTA le genera ansiedad.

Imagen 9. Calle que toma Sara para entrar a su Colonia



“Aquí, si no tienes coche es complicado. A menos que sea muy cerca y con alguien más”, dice. Las zonas más cercanas a su casa no ofrecen muchas opciones para el ocio. La zona de Ciudad Universitaria es la más cercana pero no suele frecuentarlo porque “van puros jovencitos”, y expresa que no se siente cómoda en un ambiente así – otra forma de exclusión de la vida nocturna – teniendo que transportarse hasta la zona del centro o La Juárez. Todo esto sumándose a lo que mencionaba anteriormente, donde el entorno social también refuerza estas limitaciones, siente que su rol como madre y trabajadora “seria” entra en conflicto con

los imaginarios locales sobre las mujeres que salen de noche, lo que la lleva a autolimitarse aún más.

Por lo tanto, las mujeres, en este contexto, no solo enfrentan los efectos del rezago como cualquier otro habitante en las mismas condiciones, sino que estos efectos se intensifican debido a los roles de género que las responsabilizan por su propia seguridad y su “buena reputación”. Se entrelaza con las expectativas que marcan la manera en que las mujeres deben comportarse o salir en la noche. La falta de acceso económico puede ser un motivo adicional para que algunas mujeres se limiten a salir o para que sus familias o parejas las desincentiven a hacerlo, bajo la premisa de que “es un gasto innecesario” o “arriesgado”.

Liliana tiene treinta y un años, es profesionista trabajando en Puebla capital. Vive sola en un departamento al sur de la ciudad, cerca de su lugar de trabajo. Tiene ingresos estables que le permiten cubrir sus necesidades básicas, salir eventualmente con amistades y mantener cierto nivel de independencia. Sin embargo, una parte importante de su ingreso mensual lo destina a apoyar económicamente a su madre, quien vive en otra ciudad del Estado. A pesar de contar con la autonomía para tomar decisiones sobre su tiempo libre, Liliana no siempre se siente totalmente libre de disfrutar de la vida nocturna. Su madre, con quien mantiene una relación cercana, la alienta constantemente a ahorrar “para el futuro” y le expresa su preocupación cada vez que sabe que Liliana ha salido de noche, especialmente si se trata de bares o fiestas. Cuenta que le dice que ya está grande para “andar en eso” – refiriéndose a los lugares que asiste –, que el dinero no se va a cuidar solo y que salir de noche es exponerse a “cosas innecesarias”. La presión no es económica en sentido estricto, pues Liliana podría cubrir los costos de una salida nocturna, incluyendo el transporte por aplicación y el consumo en zonas como el Centro Histórico o La Juárez. Sin embargo, el peso simbólico del cuidado familiar, y la constante comparación entre “gastar en ocio” versus “aportar en casa”, hacen que muchas veces se cuestione el quedarse, aunque al final no lo haga. En este sentido, la economía no solo regula su movilidad física, sino también sus interacciones sociales y el sentido de independencia o, como lo menciona una de las participantes, “libertad” que pueden desarrollar en estos espacios.

Finalmente, la situación económica no puede entenderse solo como una falta de recursos materiales, sino como un entramado complejo que condiciona quién puede vivir la

ciudad de noche, en qué condiciones, con cuánta libertad y con qué riesgos. Este acceso desigual al espacio público nocturno es una manifestación de las formas en que la ciudad se construye y distribuye en función de clase, género y territorio. Reconocerlo implica dejar de ver la vida nocturna como una experiencia “opcional” o meramente lúdica, para entenderla como un indicador clave de inclusión o exclusión urbana. Por lo tanto, en la ciudad de Puebla, la estratificación socioeconómica o la clasificación por rezago social no define plenamente el acceso a bienes materiales, servicios y oportunidades. Durante el acompañamiento en esta investigación, se dejó ver la forma en que las noctámbulas – y en particular las participantes – habitan la ciudad durante la noche. El capital económico y cultural se convierte en un recurso clave que permite – o limita – la movilidad, la elección de espacios seguros, y la posibilidad de recurrir a estrategias de cuidado en contextos de riesgo.

2.3.1. Acceso y costo de medios de transporte

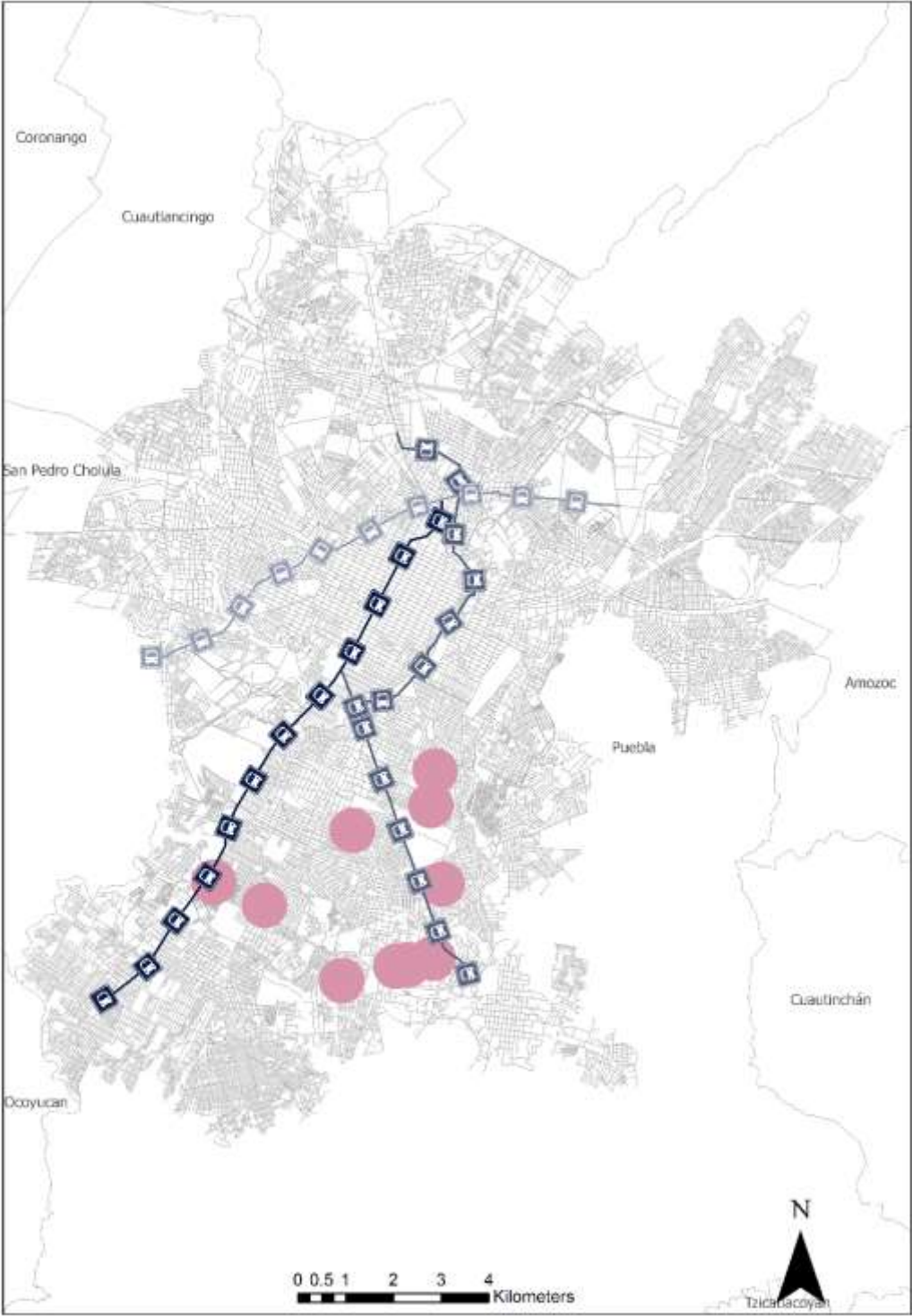
La posibilidad de transitar por la ciudad de noche no depende únicamente de la seguridad personal o de la proximidad a espacios de ocio, sino también de la disponibilidad y el costo de los medios de transporte. En este sentido, el transporte urbano funciona como un mediador crucial de la experiencia de las noctámbulas, determinando quién puede moverse con facilidad y quién enfrenta barreras económicas o territoriales para hacerlo. La movilidad no es un derecho neutro, sino que está condicionada por desigualdades estructurales que afectan especialmente a las mujeres, quienes deben conjugar el deseo de salir con la necesidad de trasladarse de manera segura y eficiente. Harvey (2008) habla sobre “justicia espacial” lo cual resulta relevante para analizar la disponibilidad de transporte seguro y accesible como un derecho desigual. Él argumenta que los recursos urbanos no están distribuidos equitativamente y que las personas de menores ingresos suelen tener menos acceso a servicios de transporte seguros y rápidos, lo cual limita la movilidad de las mujeres en la noche. En la ciudad de Puebla, esta dimensión de la movilidad está marcada por desigualdades económicas, territoriales que se expresan tanto en la distribución del transporte público como en los costos asociados a las alternativas privadas de traslado. Es decir, mientras que algunas colonias cercanas a zonas de intensa actividad nocturna pueden tener mejor conectividad, otras – como aquellas ubicadas al sur o al borde del municipio – quedan

prácticamente aisladas por la falta de transporte nocturno. Esto significa que el lugar donde vive una mujer puede condicionar gravemente su capacidad para movilizarse de noche, incluso si tiene dinero para hacerlo.

Las mujeres que no cuentan con automóvil propio enfrentan barreras adicionales. Para algunas, el uso de estos servicios representa un porcentaje significativo de su ingreso disponible, lo cual restringe la frecuencia y la distancia de sus desplazamientos. Esta condición refuerza dinámicas de exclusión espacial, donde los centros de entretenimiento y sociabilidad ubicados en zonas como Angelópolis, La Juárez o La Catorce – donde los trayectos suelen ser más largos para las noctámbulas poblanas – quedan fuera del alcance de quienes no pueden cubrir los costos de traslado. Así, el acceso desigual al transporte termina delimitando los circuitos nocturnos posibles, confinando a muchas mujeres a sus colonias o entornos cercanos, muchas veces con condiciones de iluminación no son las esperadas, que la ausencia de seguridad público o vigilancia y mayor percepción de inseguridad.

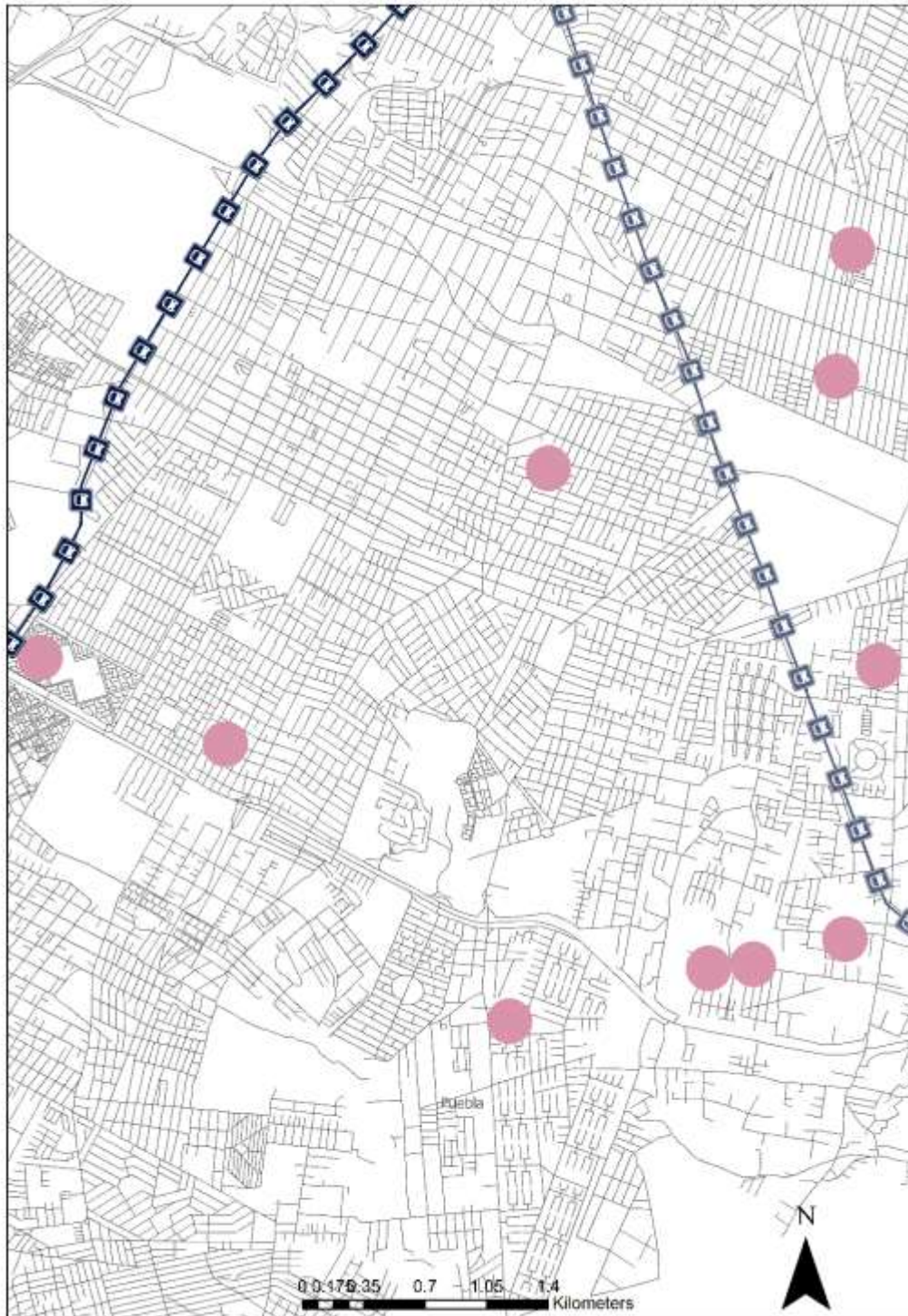
A pesar de las limitaciones en la infraestructura de transporte nocturno, algunas participantes que viven cerca de estaciones de la RUTA (*Mapa 6 y 7*), logran incorporar este sistema como parte de sus estrategias de movilidad. La ciudad de Puebla cuenta con tres líneas del sistema de transporte conocido como Red Urbana de Transporte Articulado (RUTA). Cada línea cuenta con estaciones y paradas específicas, y el sistema RUTA se caracteriza por ofrecer servicios de pago electrónico mediante tarjeta, el costo por viaje es de \$7.50, lo que la hace accesible para cualquiera de las participantes.

Mapa 6. Líneas de Ruta en la ciudad de Puebla, 2024



Elaboración propia

Mapa 7. Líneas de RUTA cercanas a las participantes



Elaboración propia

La RUTA, al ser un medio accesible económicamente y con rutas bien definidas, se vuelve una herramienta clave para quienes no cuentan con automóvil propio y buscan opciones más seguras que los colectivos. Sin embargo, a pesar estos beneficios, la RUTA también presenta desafíos, especialmente en horarios nocturnos, ya que su cobertura y disponibilidad pueden no coincidir con las necesidades de movilidad de las participantes, puesto que, cuando ellas no cuentan con la capacidad económica para acceder a un taxi o servicio de transporte por aplicación, tienen que terminar sus actividades de ocio antes de media noche para poder tomar la RUTA de vuelta a sus hogares. El acceso y el costo de los medios de transporte son factores determinantes para que las mujeres decidan salir durante la noche, especialmente en ciudades donde los servicios de transporte nocturno son limitados o inseguros. Estos elementos se vuelven cruciales en la toma de decisiones de las mujeres que buscan participar en la vida nocturna, pues afectan directamente su seguridad y movilidad.

En Puebla, el transporte público – como camiones y van – son una de las opciones más accesibles para desplazarse, pero su funcionamiento suele suspenderse durante la noche. Las participantes prefieren usar la RUTA para acercarse a zonas céntricas como el Centro Histórico o la Juárez al inicio de sus salidas, y solo recurren a taxis o aplicaciones de transporte para el regreso, cuando el servicio ya no está disponible. Esta combinación les permite reducir costos y mantener un cierto control sobre su seguridad. Como el último recorrido que hace es a las once y media de la noche, esto muchas veces – cuando los recursos económicos son limitados – limita la posibilidad de regresar a casa sin recurrir a otros medios, como los servicios de taxi o aplicaciones de transporte privado. Para muchas mujeres, como el caso de Sara o de las estudiantes, el costo del transporte en horarios nocturnos puede representar un gasto significativo, y muchas veces este costo adicional se convierte en un factor de disuasión que puede limitar su capacidad de salir o limitar su capacidad de disfrute de la ciudad ya que restringen sus salidas a horarios y espacios que queden más cerca de sus hogares.

Eran casi las once y diez de la noche cuando, el amigo de Joyce revisó su celular y comentó al resto del grupo que era mejor que fueran pidiendo la cuenta porque si no, no iban a alcanzar la última corrida de la RUTA. Después de pagar, salimos todos corriendo hacia la

estación, esperando que aún estuviera abierta, lo estaba. Una de las amigas de Joyce comentó “qué bueno porque ya no me alcanzaba para el taxi”. El no tener transporte público disponible durante las noches contribuye a que muchas mujeres se limiten, ajustando sus horarios y sus destinos para reducir el costo y los riesgos asociados. Esta dinámica no solo afecta la libertad individual, sino que también refuerza un entorno urbano donde el acceso a la ciudad en horarios nocturnos está condicionado por el género y los recursos económicos, impactando su derecho a disfrutar del espacio urbano en igualdad de condiciones. Además, aunque algunas de las participantes cuentan con los recursos económicos necesarios para utilizar servicios de transporte por aplicación como Uber o Didi, este medio no representa una opción completamente liberadora o cómoda, sino más bien una elección condicionada por la falta de alternativas seguras durante la noche.

Martina cuenta con una ocupación bien remunerada y vive en una zona más cerca del centro de la ciudad de Puebla que el resto de las participantes. Su situación económica le permite salir de noche con relativa frecuencia, asistir a eventos culturales o a bares de su preferencia, y trasladarse en servicios de transporte por aplicación sin preocuparse excesivamente por el costo. Cuando sale, suele hacerlo en compañía de amigas de contextos similares al suyo. Tiene un círculo social con acceso a espacios considerados seguros y “cómodos”, como bares en San Andrés Cholula o en la zona Angelópolis. Para ella, la noche puede ser una oportunidad para relajarse, conversar, bailar o simplemente pasear sin tener que medir con tanta rigidez los riesgos, al menos en comparación con mujeres que viven en condiciones más vulnerables. Sin embargo, Martina también es consciente de los límites de su libertad. Aunque puede “elegir” salir y moverse con mayor facilidad, no deja de tomar distancia y tener cierta reserva a la hora de usar este tipo de transporte, revisa que el conductor de Uber coincida con la aplicación, comparte su ubicación en tiempo real, y evita caminar sola en ciertas calles. Es decir, su experiencia nocturna está mediada por una constante alerta, aunque matizada por su capacidad de pagar por “seguridad”. Lo que diferencia a Martina de muchas otras noctámbulas, no es la ausencia de miedo, sino su posibilidad de reducir la exposición al peligro de quedarse sin transporte, a través del gasto económico. Este caso revela cómo los recursos económicos se convierten en una forma de protección, una especie de “barrera” ante las desigualdades de la noche. A través de esto, Martina puede planear salidas más libres, habitar la ciudad de noche con mayor confianza, y negociar su presencia

en el espacio público sin tener que justificar tanto su elección de estar ahí. Aun así, su relato deja ver que, incluso con privilegios relativos, la libertad de moverse por la ciudad sigue siendo parcial y negociada. La posibilidad de pagar un viaje no elimina el temor ni la vigilancia constante que experimentan al hacer uso de estos servicios, especialmente en un contexto donde se han documentado casos de violencia, acoso e incluso desapariciones de mujeres asociadas al uso de estas plataformas en Puebla. La paradoja es evidente ya que aun cuando el transporte por aplicación es considerado como una opción “más segura”, no es necesariamente una opción deseada por las noctámbulas como lo sería la RUTA, si estuviera en servicio las 24 horas.

2.3.2. *Ocupación*

La ocupación desempeña un papel crucial en la manera en que las mujeres acceden y participan en la vida nocturna urbana. Más allá del nivel de ingresos, las características específicas del trabajo, como los horarios, la carga emocional, las responsabilidades familiares asociadas, e incluso el “estatus social” que otorga la ocupación, impactan directamente en su disponibilidad de tiempo, su percepción del riesgo, y su capacidad para disfrutar del ocio nocturno. No se trata únicamente de contar con recursos económicos suficientes, sino también de disponer del tiempo, la energía y la autonomía necesarias para participar en la vida nocturna. Las jornadas laborales extensas, los trabajos con horarios rotativos o la falta de descanso impactan directamente en la decisión de salir o no salir, especialmente para las mujeres, según (Shaw, 1994), las mujeres tienen menos acceso al ocio debido a sus múltiples roles y responsabilidades, y cómo esto se ve influenciado por factores laborales. Gabriela trabaja como paramédico, hace guardias de veinticuatro horas y descansa otras veinticuatro. Los fines de semana descansa treinta y seis horas. Debido a que el sueldo como paramédico es bajo, de repente trabaja también como recepcionista en el turno de noche en un hotel en el centro – se lleva bien con la gerente del hotel, es por eso que le permiten trabajar tres veces entre semana en ese turno ya que ocupa las mañanas para descansar –.

La naturaleza del trabajo y sus horarios son elementos clave ya que las mujeres que ocupan empleos con horarios rígidos o jornadas largas, como en sectores administrativos, de salud o de educación, pueden encontrar menos oportunidades para salir en la noche debido a

la falta de tiempo y energía. Las trabajadoras de servicios que laboran en turnos nocturnos, como en restaurantes, hospitales, suelen estar más familiarizadas con la vida nocturna, ya que sus rutinas están alineadas con actividades nocturnas. A diferencia de quienes tienen un horario fijo o de oficina. Por otro lado, para las trabajadoras independientes, la situación puede ser aún más compleja y diversa, ya que sus oportunidades de disfrutar del espacio nocturno están influenciadas tanto por la naturaleza de su trabajo como por la fluctuación de sus ingresos. A diferencia de quienes tienen horarios fijos, las mujeres que trabajan de manera autónoma suelen tener mayor flexibilidad para organizar su tiempo, lo cual podría en teoría permitirles salir en la noche. Sin embargo, esta misma flexibilidad implica que muchas veces dependen de cubrir una carga laboral irregular para cumplir con sus obligaciones económicas, lo que puede llevarlas a trabajar largas horas o a aceptar trabajos en horarios extendidos que reducen su disponibilidad para actividades de ocio nocturno. Como es el caso de Sara, quien es trabajadora como costurera de forma independiente, y me platica que si bien, esto le permite estar pendiente de su hija y tener tiempo para hacer más en su tiempo de ocio, también dice que hay veces que siente que no le alcanza el tiempo pues tiene que tomar pedidos para “salir en el mes”, es decir, para tener para sus gastos en el hogar lo cual evidentemente prioriza y deja de lado las salidas.

Y es que la ocupación también determina los recursos económicos de las mujeres, lo cual es crucial para decidir si pueden disfrutar de actividades nocturnas. Martina, Liliana, Violeta que son mujeres de entre veintinueve y treinta y tres años, solteras, con ocupaciones bien remuneradas pueden tener mayor capacidad para pagar taxis o servicios de transporte privado, lo que les permite salir con más frecuencia y a lugares más lejanos, permitiéndoles elegir con mayor libertad los espacios de ocio que frecuentan. En cambio, Sara, Jessica, Valentina y Karina con ingresos bajos, empleos independientes o en situación estudiantil pueden limitar sus salidas a lugares más cercanos a sus hogares o bien salir con menos frecuencia y tener opciones limitadas para la práctica del ocio nocturno.

Por otro lado, esta dimensión económica se cruza con la carga desproporcionada del trabajo de cuidado en el hogar – entendido como el conjunto de actividades destinadas al sostenimiento cotidiano de la vida, como cocinar, limpiar, cuidar hijos, personas mayores o enfermas – sigue recayendo desproporcionadamente sobre las mujeres (Orozco-Rocha et al.,

2021). Esta actividad, aunque a menudo invisibilizada, representa una de las principales barreras para la participación de las mujeres en el espacio público nocturno. No se trata solamente de la falta de tiempo, sino de la falta de recursos materiales, afectivos y comunitarios para redistribuir ese tiempo (Mayobre & Vázquez, 2015). Para muchas mujeres, la posibilidad de salir por la noche depende de si hay alguien que pueda hacerse cargo de las tareas domésticas o del cuidado de otras personas. Esto implica contar con una red de apoyo, familiares, parejas corresponsables, vecinas o incluso servicios de cuidado pagos. Cuando estas redes están ausentes o debilitadas – por ejemplo, en el caso de madres solteras, mujeres con familiares enfermos, o aquellas que viven aisladas de sus círculos afectivos –, la salida nocturna no es solo una decisión individual, sino un lujo condicionado por obligaciones ineludibles. Sara y todas sus amigas con las que sale, son mujeres de entre cuarenta y cuarenta y cinco años. Todas son madres, todas me comentaban que de no ser por sus esposos, madres o hijas o hijos mayores no podrían salir. El acceso a recursos de apoyo en el trabajo de cuidado es un factor económico crucial que influye en la posibilidad de que las mujeres puedan participar en la vida nocturna. Las mujeres que tienen responsabilidades de cuidado – ya sea de hijos o familiares mayores – a menudo se enfrentan a limitaciones para disponer de tiempo libre, especialmente en horarios nocturnos. Estas limitaciones están directamente relacionadas con la falta de recursos o redes de apoyo que permitan delegar el cuidado sin altos costos, lo que convierte el trabajo de cuidado en una barrera económica que condiciona sus opciones de ocio.

En muchas ocasiones, las mujeres, como Sara y sus amigas, que desean salir por la noche deben contar con servicios de apoyo como cuidadores o familiares que puedan hacerse cargo de estas actividades. Sin embargo, estos recursos suelen tener costos elevados o disponibilidad limitada, lo cual implica una inversión económica que no todas pueden permitirse. Las mujeres de clase media o baja, como es el caso Sara y sus amigas, pueden encontrar que los costos de contratar a alguien para el cuidado durante sus salidas nocturnas hacen que estas actividades de ocio sean menos accesibles para ellas. Por otro lado, para las mujeres que pueden acceder a redes de apoyo o a servicios de cuidado asequibles, las salidas nocturnas se vuelven una posibilidad tangible. Esto les permite no solo experimentar una mayor autonomía, sino también desafiar los roles tradicionales de género que limitan su participación en el espacio público nocturno. Sin embargo, la falta de acceso a estos recursos

para muchas otras mujeres refuerza desigualdades y limita su derecho a disfrutar del espacio urbano en igualdad de condiciones. En entornos donde las redes de apoyo informal – como familiares o amigos – son limitadas, la carga de cuidado recae completamente sobre la mujer, creando una barrera económica implícita.

2.4. Apuntes finales

La falta de infraestructura urbana adecuada, reconocida incluso en el Plan Municipal de Desarrollo 2021–2024, limita el acceso equitativo al espacio público nocturno. Aunque dicho plan contempla acciones en torno a la movilidad sustentable y la recuperación de espacios públicos, no aborda de manera concreta el acceso nocturno a estos servicios, especialmente en el caso del transporte. La ausencia de transporte público como RUTA durante la noche obliga a muchas mujeres a depender de taxis por aplicación o de redes personales, lo cual eleva los costos y las percepciones de riesgo. Esta omisión afecta más a mujeres con menos recursos, quienes ven restringidas sus posibilidades de salir o de hacerlo con seguridad. Zonas como las Piñas o la periferia colindante con Tlaxcala presentan altos niveles de rezago social, y son reconocidas como espacios con mayor percepción de peligro para las mujeres, sobre todo por la presencia de redes de trata, prostitución, falta de vigilancia y condiciones urbanas precarias. En contraste, zonas como Angelópolis, La Juárez o La Catorce en Cholula son frecuentadas por personas de clases medias o altas, con posibilidades económicas para costear su acceso, consumir en estos espacios y regresar a casa mediante transporte privado. Esto configura una ciudad fragmentada, donde las oportunidades de vivir la noche se distribuyen inequitativamente.

La cultura conservadora de Puebla, reforzada por la influencia de grupos religiosos y discursos tradicionales, configura un marco simbólico en el que la mujer que sale de noche es observada con sospecha o desaprobación. Donde el autocontrol y la autorregulación del comportamiento se interiorizan por miedo a los juicios externos. Casos como el de Claudia, quien relata que las salidas en días religiosos intensifican las miradas críticas sobre su presencia en la calle, evidencian cómo los mandatos morales siguen regulando el acceso femenino al espacio urbano nocturno. Las redes familiares también pueden operar como dispositivos de control. Por ejemplo, una participante cuya hermana mayor la cuestiona

constantemente por salir cada semana, muestra cómo los lazos afectivos pueden convertirse en mecanismos de regulación. Al mismo tiempo, estas redes también pueden ser fuente de cuidado y apoyo. Mariela, una participante que coordina sus salidas con amigas que viven cerca, usa este vínculo para organizar el regreso seguro a casa, compartiendo taxis o acompañándose hasta la entrada.

La posibilidad de vivir la noche también está mediada por la posición socioeconómica. Casos como el de Violeta, una mujer de clase media alta con empleo formal y coche propio, contrastan con los de participantes que viven en colonias periféricas y deben limitar sus salidas a los fines de semana, cerca de su zona de residencia y siempre con horarios restringidos. Las estrategias de cuidado, que incluyen compartir ubicaciones, usar apps de rastreo, evitar caminar solas o elegir zonas más transitadas, son constantes en todos los casos, pero se acentúan entre quienes tienen menor acceso a recursos. A pesar de los riesgos, muchas mujeres persisten en salir. El deseo de ocio, libertad y socialización las lleva a desafiar los límites impuestos. Las Cholulas, por ejemplo, son un punto neurálgico de la vida nocturna estudiantil, y aunque muchas reconocen los riesgos, organizan sus salidas de manera que puedan disfrutar sin ponerse en peligro extremo. La agencia femenina, entonces, no desaparece, sino que se negocia con las estructuras materiales y simbólicas que delimitan el espacio urbano nocturno.

La vida nocturna en Puebla no es igual para todas. Las mujeres, especialmente aquellas en condiciones económicas precarias o provenientes de zonas periféricas, enfrentan una ciudad que las excluye de formas sutiles y violentas: por la ausencia de transporte seguro, por los estigmas sociales, por los peligros reales de ciertas zonas y por la vigilancia moral. La ciudad nocturna se convierte, entonces, en un espacio de negociación constante entre el deseo y el riesgo, entre la agencia y la restricción. Reconocer estas desigualdades es el primer paso para pensar una ciudad más justa, donde el derecho a la noche sea también un derecho para todas.

CAPÍTULO III. OCIO "ON THE GO"

La noche urbana es un escenario donde el ocio no se limita a un conjunto de actividades recreativas, sino que se construye como una experiencia social, espacial y afectiva que involucra cuerpos, movibilidades, tiempos y territorios específicos. A diferencia del día, donde las dinámicas de circulación y uso del espacio suelen estar más reguladas y predecibles, la noche abre posibilidades y límites distintos, las calles se vacían o se transforman, los servicios se restringen o se adaptan, y las interacciones adquieren matices que combinan intimidad, anonimato y exposición (Mercado-Celis, 2018). En este contexto, el ocio nocturno resulta en un entramado de negociaciones constantes tanto con las condiciones materiales de la ciudad como con las normas sociales y de género que marcan quiénes pueden estar y cómo pueden estar, así como con las propias emociones que oscilan entre el deseo de disfrute y el posible miedo que se pueda sentir.

Dentro de este panorama, ocupo el concepto de ocio “*on the go*”, que explico más adelante y que ocupa un lugar particular en la investigación. No se trata únicamente un tránsito desde el hogar hasta el lugar de la fiesta, sino un espacio-tiempo donde se activan rituales de preparación, se despliegan estrategias de movilidad y se viven interacciones que moldean la experiencia nocturna antes incluso de llegar al destino. El camino se convierte así en parte esencial de la vida nocturna, se convierte en un escenario donde se practica la libertad, el goce, el disfrute en la comunidad noctámbula.

Mi objetivo en este capítulo es identificar y analizar cómo elementos o situaciones en el espacio nocturno influyen en la forma en que las noctámbulas se relacionan con el espacio desde un contexto de ocio. Lo que responde a debates en estudios del ocio (Fullagar, 2008; Setién & López-Marugán, 2002; Shaw, 1994) sobre cómo el ocio femenino no es mera “diversión”, sino un espacio atravesado por trabajo emocional, normas de género y tensiones entre libertad y restricción. En este sentido, el ocio de las mujeres implica tanto disfrute como negociación: la preparación previa, la gestión de narrativas frente a familias o parejas, las estrategias de cuidado colectivo y la vigilancia del cuerpo en el espacio urbano forman parte constitutiva de la experiencia. Así, más que un paréntesis lúdico, el ocio se configura como un campo donde se reproducen y disputan las desigualdades de género. Al mismo tiempo,

esta investigación se inscribe en la literatura sobre los *night studies* (Gallan & Gibson, 2011b; Gwiazdzinski, 2014; Melbin, 2017), que subraya a la noche como un espacio-tiempo ambivalente, marcado por tensiones entre peligro y libertad, exclusión y experimentación. Desde esta perspectiva, la noche no es solo un telón de fondo para el ocio, sino un territorio que reconfigura la relación con el cuerpo, la movilidad y la identidad. Así, este capítulo se sitúa en el cruce de estas discusiones: pensar el ocio nocturno de las mujeres no como un acto aislado de entretenimiento, sino como una práctica situada, afectiva y relacional que revela cómo se entretejen género, espacio urbano y temporalidad.

El entorno físico y la interacción con otras y otros participantes de la noche, puede crear o limitar oportunidades para la participación de ellas, “afectando” las percepciones que tienen con el espacio en el que se están relacionando. En este apartado busco integrar el concepto de ocio “*on the go*” que podría traducirse a ocio móvil o en movimiento, sin embargo, este concepto se usa para referirse a todas las aplicaciones y plataformas de entretenimiento diseñadas para llevarse en portátiles y poder hacer uso de ellas en cualquier momento. Algo que identifiqué durante mis salidas nocturnas es que el ocio nocturno no se restringe a espacios específicos, es decir, hasta ahora, las investigaciones en torno al ocio nocturno, se han limitado a estudiar lugares específicos como las zonas de intensa actividad nocturna, como si las noctámbulas y noctámbulos solamente pudieran practicar actividades de ocio en esos espacios. Sin embargo, junto a las participantes, pude notar que cada espacio que en el que las noctámbulas se relacionaban, estaban practicando actividades de ocio, desde la preparación para las salidas a los espacios nocturnos, hasta la llegada al destino donde continuaban con su deseo de goce y disfrute de la noche. Me parece que el concepto “*on the go*” es el más adecuado para describir esta forma de interacción. Por un lado, para diferenciarlo del concepto que se usa para las plataformas y aplicaciones móviles y por otro, porque es una práctica que se va construyendo sobre la marcha, alimentándose de las experiencias que las noctámbulas tienen con cada espacio mientras se mueven hacia sus lugares de destino.

Lejos de circunscribirse a espacios institucionalizados de ocio – bares, discotecas, zonas de alta actividad nocturna –, el ocio “*on the go*” se despliega en una red de espacios como la casa donde se alista el cuerpo, la banqueta donde se aguarda un transporte, la unidad

de transporte colectivo donde se conversa y se ríe, o incluso el trayecto en un servicio de transporte por aplicación donde se negocia seguridad con desconocidos. Cada uno de estos escenarios es un nodo, un momento donde se produce goce, se fortalece la sociabilidad o se ensayan formas de libertad condicionada. En la industria alimenticia, el término “*on the go*” se designa a un producto pensado para consumirse fuera de un espacio fijo, que son las comidas o bebidas para llevar. Su valor no reside únicamente en el contenido, sino en su diseño para acompañar el desplazamiento, adaptarse a diferentes entornos y satisfacer una necesidad de manera flexible y portátil. El consumo “*on the go*” no ocurre en un único lugar, sino que se fragmenta en micro-momentos que, sumados, conforman la experiencia de uso, el aroma que se percibe al abrir el envase, el sabor en el primer bocado, la temperatura que se mantiene durante el trayecto. Así, el ocio “*on the go*”, en el contexto de esta investigación, comparte esta lógica de portabilidad y adaptación, pero trasladada al terreno de la interacción social, el goce y la relación con el espacio. En lugar de un único escenario de disfrute delimitado – como el antro, el bar o el restaurante –, la experiencia se compone de una secuencia de nodos interconectados, como los espacios que mencione hace unos renglones – el momento de preparación en casa, la caminata hacia el transporte, la espera en la calle, el viaje en grupo en transporte colectivo, o el trayecto individual en un servicio por aplicación – En cada uno de estos nodos, el “producto” – aunque sé bien que en este caso el ocio no es un producto – se experimenta de manera distinta, por ejemplo, en uno puede predominar la anticipación y la emoción, en otro la intimidad de las conversaciones, en otro la tensión de evaluar riesgos. Entonces, en el ocio nocturno “*on the go*” la vivencia general se nutre de la forma en que cada nodo aporta elementos sensoriales, afectivos y sociales que se encadenan para dar forma al conjunto. Un trayecto animado con música y risas puede intensificar el disfrute posterior en el destino, del mismo modo que un momento de incomodidad o inseguridad en el camino puede matizar, o incluso opacar, la percepción general de la noche, es decir se va construyendo y modificando conforme avanza la noche.

Además, esta noción permite visibilizar las desigualdades y condicionamientos de género en la noche. Para las noctámbulas, el ocio “*on the go*” no es un disfrute totalmente libre, sino una práctica atravesada por evaluaciones constantes del entorno, estrategias de cuidado colectivo o individual, y decisiones tácticas para minimizar el riesgo. Así, el goce y el miedo se entrelazan, generando un tipo de experiencia que es al mismo tiempo festiva y

vigilante, lúdica y estratégica, es decir, no se trata de un ocio ingenuo en el que no se está consciente de los riesgos que la misma noche puede traer, si no un ocio consciente. De esta manera, “ocio on the go” designa una forma de interacción con la ciudad que se construye sobre la marcha, alimentándose de las experiencias que surgen en cada punto del recorrido nocturno. Queda decir que, se trata de una categoría que permite ampliar el análisis del ocio nocturno más allá de los lugares consagrados para el entretenimiento, para incluir todo un ecosistema de espacios y momentos que, en su conjunto, dan forma a la vivencia nocturna.

Para profundizar en lo anterior, dividí el capítulo en dos apartados principales que, a su vez, se desglosan en subtemas. El primero se centra en la preparación y las expectativas de las noctámbulas respecto a su trayecto y a su participación en las actividades de ocio. Esta preparación no se limita a la elección de la vestimenta o la definición del lugar al que acudirán; también implica una disposición mental y emocional que se va construyendo desde horas antes de salir. En estos momentos previos se activan rituales personales y colectivos que, además de reforzar vínculos y generar anticipación, empiezan a configurar la manera en que la experiencia nocturna será recordada. En ese apartado exploro cómo las participantes abordan estos instantes de antesala, y cómo las expectativas que se generan influyen directamente en su vivencia de las actividades nocturnas. En este proceso, conceptos como “libertad” adquieren un papel central. Para muchas, el ocio nocturno es un espacio simbólico donde esa libertad se siente más tangible, aunque no exenta de condicionamientos. Analizar cómo esta libertad se expresa en sus comportamientos y en la forma en que interactúan socialmente permite comprender el vínculo entre el deseo de disfrute y prácticas que despliegan en el camino. Asimismo, abordé los dilemas que emergen cuando deben equilibrar la evaluación de su seguridad con el deseo de mantener su autonomía. Las decisiones de movilidad – desde la elección del medio de transporte hasta la ruta que tomarán – no se toman de manera abstracta, sino en diálogo con el ambiente que perciben en el momento y conocimientos previos. Estas elecciones, lejos de ser meramente prácticas, forman parte de la construcción misma del ocio “*on the go*”, pues determinan el tono emocional y relacional con el que se entra a la noche.

Por último, en el segundo apartado, me traslado al análisis de las experiencias vividas en los espacios que se recorren durante los trayectos, donde las noctámbulas se enfrentan

constantemente a la necesidad de tomar decisiones situadas, equilibrando el miedo con el deseo de sostener la práctica del ocio. En esta parte identifico, en primer lugar, un tipo de espacio poco explorado en los estudios sobre la noche, en gran parte porque queda fuera del circuito de la economía nocturna y de sus intereses comerciales que son las calles “vacías”. Es decir, esos tramos, a menudo percibidos como zonas de tránsito sin relevancia, se revelan aquí como puntos críticos para la movilidad de las noctámbulas. La sensación de vulnerabilidad que provocan, sumada a las limitaciones materiales de la infraestructura – iluminación insuficiente, ausencia de personas, deterioro físico –, influye directamente en cómo se experimenta el trayecto y la forma en que se práctica el ocio en ellas. A continuación, me detengo en dos medios de transporte que, de acuerdo a los recorridos con las participantes, constituyen sus principales opciones para desplazarse de noche, que son el RUTA (Red Urbana de Transporte Articulado) y los servicios de transporte por aplicación. En esta investigación, los analizo no sólo como medios de transporte, sino como escenarios sociales en los que se desarrollan interacciones significativas. En el caso del RUTA, el trayecto en grupo puede transformarse en una extensión de la fiesta, con música, risas y conversaciones que convierten el espacio de movilidad en un lugar de convivencia y afirmación colectiva. Por otro lado, los servicios de transporte por aplicación ofrecen un entorno más controlado, pero que, para las noctámbulas, requiere la adopción de estrategias para la práctica de un ocio que está limitado por el tipo de espacio en el que se desarrolla. En ambos casos, el trayecto no se reduce a un desplazamiento mecánico entre dos puntos, sino que se configura como parte integral de la experiencia nocturna. Es un espacio que, como otros, por un lado, puede intensificar el disfrute y prolongar la energía festiva, pero por otro, obliga a mantener una atención constante al entorno, generando una forma de ocio marcada por la simultaneidad del goce y el cuidado.

3.1. Preparación y expectativas de las noctámbulas

En este apartado busco, a partir de las experiencias narradas por mis participantes, examinar cómo las mujeres que participan en la vida nocturna urbana preparan sus salidas y anticipan las interacciones que podrían darse en estos espacios. Para las noctámbulas, la noche se configura como un tiempo privilegiado para el ocio y el esparcimiento, un intervalo que les

permite apartarse – aunque sea temporalmente – de las obligaciones diarias y explorar formas de libertad y sociabilidad. Sin embargo, este disfrute no surge en un vacío, sino se encuentra atravesado por consideraciones previas, evaluaciones del entorno y medidas preventivas que forman parte integral de la experiencia. La preparación para salir de noche implica un conjunto de prácticas que combinan lo material, lo simbólico y lo afectivo. Elegir, cuándo salir, la vestimenta, coordinar el punto de encuentro o decidir la hora de regreso son acciones que dialogan con expectativas sociales y roles de género que determinan, en gran medida, cómo se espera que las mujeres habiten en el espacio público nocturno. Estas decisiones, lejos de ser neutrales, son también una respuesta a percepciones de riesgo, a la necesidad de proyectar una imagen específica y a la búsqueda de comodidad y disfrute.

De igual forma, las estrategias que cada participante despliega antes de salir se alimentan de experiencias previas y de la circulación de narrativas sobre seguridad en la ciudad, comentarios de amistades, noticias sobre incidentes o recomendaciones familiares. Así, la preparación no es sólo logística, sino también mental y emocional. Se convierte en ejercicio de imaginar escenarios posibles, de anticipar interacciones con personas conocidas o desconocidas, y de prever cómo reaccionar ante situaciones imprevistas. En este sentido, las expectativas juegan un papel central. Anticipar diversión, libertad y conexión social influye en la disposición con la que se inicia la noche; del mismo modo, anticipar incomodidades o riesgos condiciona la forma en que se toman decisiones y se configuran las primeras horas de la salida. Analizar estos procesos permite comprender que la preparación no es un paso previo aislado, sino el inicio mismo del ocio “*on the go*”, donde ya se están moldeando los significados y las emociones que acompañarán el resto de la experiencia nocturna.

Martina, como es costumbre, cada fin de semana planea toda la salida – donde íbamos a ir y qué día del fin de semana (según el presupuesto de la semana) –, en esta ocasión tocaba salir el viernes en La Catorce en Cholula. Desde temprano envió mensajes al grupo de WhatsApp, es costumbre para ella y sus amigas, quedarse de ver en su casa. Alrededor de las ocho, ella empezó a alistarse, eran tres las que salían regularmente, a esa hora había llegado una amiga y faltaba la otra por llegar pero no tardó. Una vez ahí, todas nos empezamos a alistar, compartiendo qué iba a usar cada una, siendo conscientes que en ciertos lugares no

nos dejarían entrar si llevábamos tenis o ropa “demasiado informal”. Martina sacaba su ropa, y buscaba aprobación de todas para elegir un vestido cómodo pero que proyecte la imagen que, intuía, el personal de la entrada considerará “adecuada”. Mientras nos arreglábamos, Martina, recordó que una de las últimas veces que habían salido, un cadenero las hizo esperar varios minutos antes de dejarlas pasar, un gesto que interpretó como una evaluación no sólo de su vestimenta, sino también de su actitud, “te ven como de menos” decía. Cuando todas estuvimos listas, Martina pidió un transporte por aplicación. El trayecto pasó entre risas, comentarios sobre la música que esperan escuchar, y otras noticias sobre sus vidas. Así, para Martina y sus amigas, la fiesta empieza mucho antes de entrar al antro, es en esos preparativos donde ya se entrelazan la expectativa de diversión con la conciencia de los filtros y riesgos que marcarán el rumbo de la salida.

El caso de Martina revela cómo los preparativos previos a la salida nocturna no son únicamente una logística funcional, sino una puesta en escena performativa en el sentido planteado por (Butler, 1990, 1993). La elección del vestido, la coordinación de atuendos con las amigas, la búsqueda de aprobación colectiva y la previsión de la reacción de los cadeneros, son actos reiterados que reafirman – y a la vez negocian – una feminidad que debe ajustarse a expectativas sociales específicas para poder acceder a ciertos espacios. Esta performatividad no es un gesto individual libre de condicionamientos, sino que se da en un marco normativo que regula quién puede entrar, cómo debe lucir y cómo debe comportarse en la noche urbana. La ropa “adecuada” no es una decisión neutra, sino un código aprendido que responde a las lógicas de selección, control y visibilidad que operan en los lugares de ocio. Como plantean (Pritchard & Morgan, 2000), en los espacios de ocio, turísticos o, en este caso, nocturnos, para las mujeres se mueve en una tensión constante entre disfrute y vigilancia, contruidos y consumidos a través de una mirada masculina dominante. El momento de “arreglarse” no sólo materializa la expectativa de diversión, sino que también anticipa la necesidad de cumplir con reglas implícitas para minimizar el riesgo de exclusión o incomodidad. Así, la preparación se convierte en un acto dual en el que por un lado, tenemos una celebración de la identidad grupal y la expectativa de placer pero por otro, una estrategia para gestionar la mirada que las evalúa – y a menudo es jerarquizante – de quienes controlan el acceso a los espacios nocturnos institucionalizados. En este sentido, la escena de Martina y sus amigas es también un ejemplo de lo que (Fullagar, 2008) denomina el

“*emotional-work*” del ocio femenino la gestión de estados de ánimo y de apariencias para propiciar una noche exitosa. Es decir, no se trata sólo de divertirse, sino de generar el clima emocional favorable que posibilite el disfrute verdadero, incluso cuando ese disfrute implica confrontar emociones difíciles. En el caso de las noctámbulas, esto muestra cómo preparar una salida implica no sólo organización material, sino también una modulación del ánimo y la expresión emocional, en la que se maximiza el disfrute y se trata de minimizar las fricciones. Las risas en el taxi y la coordinación de vestimenta no eliminan la conciencia del riesgo, sino que lo incorporan como parte del ritual. De este modo, la fiesta “empieza” mucho antes de cruzar las puertas hacia las calles, en un entramado de gestos, decisiones y negociaciones que ya están moldeando la experiencia.

Ahora bien, siguiendo con la idea de performatividad, esta no se limita a la elección de un atuendo o a la proyección de una actitud específica en el espacio público nocturno, más bien se entrelaza con un régimen de autovigilancia constante y con prácticas de cuidado grupal que funcionan como estrategias para poder desenvolverse en el espacio nocturno. Tal como plantea (Butler, 2004), el género se produce y reproduce en la repetición de actos regulados por normas sociales, y en este contexto, dichos actos incluyen no sólo gestos estéticos como el maquillaje, la ropa o la postura corporal, sino también formas de comportamiento que comunican pertenencia y respeto a códigos tácitos sobre “cómo debe estar” una mujer para ser aceptada e incluso, para ser protegida. Esta performatividad de las noctámbulas, sin embargo, está marcada por una doble conciencia. Como mencioné no es un ocio ingenuo, por un lado, tienen la expectativa de disfrutar del ocio, pero por otro, son conscientes de la necesidad de neutralizar posibles riesgos. Y esto no implica únicamente evitar la violencia física, sino también esquivar juicios morales y sociales como las miradas evaluadoras de los cadeneros sobre su vestimenta, o como vimos en el capítulo anterior, cuestionamientos por la hora o por la compañía con la que se desplazan. Estos juicios, interiorizados a través de experiencias previas y de narrativas culturales persistentes, obligan a muchas a elaborar no sólo una imagen visualmente “apropiada” para la noche, sino también una narrativa que pueda ser presentada como justificación legítima frente a familiares, parejas o amistades. Así, este tiempo de ocio previo a la salida, se vuelve una preparación también de gestos y relatos que buscan abrir espacio para el goce sin que ello implique quedar expuestas a sanciones, exclusiones o violencias. Esta preparación constante pone en

evidencia que el acceso de las mujeres al ocio nocturno no es automático, sino que está atravesado por una serie de condiciones simbólicas y materiales que lo vuelven selectivo y desigual.

Karina, vive en un pequeño departamento compartido con otras dos jóvenes, también estudiantes foráneas. Aunque valora profundamente su independencia y ha empezado a construir una red social en la ciudad, la presencia simbólica de sus padres – a pesar de la distancia geográfica – sigue marcando muchas de sus decisiones. Cuando decide salir de noche, Karina entra en un juego en el que arma una historia, inventa trabajos escolares o exposiciones pendientes para justificar que no podrá contestar llamadas durante la noche. Si no informa con anticipación una “excusa creíble”, corre el riesgo de recibir múltiples llamadas, mensajes insistentes y la desaprobación explícita de sus padres, si no contesta. Para Karina, preparar una salida no sólo implica coordinar la logística del trayecto o pensar en la ropa que usará, sino construir un relato preventivo para controlar el nivel de vigilancia que sus padres ejercen desde lejos. Es decir, vive la noche como un espacio de libertad “limitada”, donde el disfrute es posible sólo si está cuidadosamente mediado por estrategias narrativas y prácticas de evasión. Estas estrategias narrativas y de preparación, lejos de ser detalles que se escapan al tiempo de ocio, constituyen una parte fundamental de la performatividad de la vida nocturna de las noctámbulas. El “juego narrativo” al que recurren mujeres como Karina – ya sea para tranquilizar a sus familias, evitar conflictos o anticipar juicios – no es sólo una respuesta práctica al control externo, sino una expresión de cómo el ocio debe ser negociado y justificado desde el género. La preparación previa, la construcción de una historia plausible, el cálculo de tiempos, las decisiones sobre vestimenta, y la coordinación de trayectos, no ocurren al margen del ocio, sino que son la parte que permite construirlo. La construcción previa de un “juego narrativo” para explicar su ausencia nocturna puede leerse a la luz de los planteamientos de Setién & López-Marugán (2002) quienes subrayan que el ocio femenino no se desarrolla en un vacío social, sino que está atravesado por las condiciones estructurales y culturales que lo constriñen. En esta perspectiva, la experiencia de ocio no se limita al momento del disfrute, sino que incluye todo el entramado de negociaciones, estrategias y mediaciones que lo hacen posible. Tal como sostienen las autoras, las mujeres construyen redes propias de tiempo y espacio que – aunque no son siempre visibles – responden a la necesidad de adaptar sus prácticas de ocio a marcos normativos de género. El caso de Karina

sirve de ejemplo porque ilustra cómo, aun en contextos de independencia geográfica respecto a la familia, las formas de control y vigilancia simbólica continúan operando. De acuerdo con Henderson (2002), el género actúa como un filtro que condiciona qué es legítimo o no hacer en el tiempo libre, imponiendo una carga adicional de justificación moral que no suele aplicarse en los mismos términos a los varones, de este modo, la preparación de una excusa creíble no es un acto marginal, sino parte integral del ocio mismo.

Si bien Setién & López-Marugán (2002) conceptualizan la “doble temporalidad” del ocio femenino como la coexistencia de dos planos diferenciados – el tiempo visible del disfrute y el tiempo oculto de organización y negociación –, considero que en las salidas nocturnas esta separación se diluye. Más que una secuencia lineal donde primero se gestiona y luego se disfruta, ambas temporalidades se entrelazan de forma simultánea, produciendo un entramado de acciones, expectativas y afectos que ya forman parte de la experiencia misma del ocio. Elegir la vestimenta, decidir con quién se saldrá, acordar los lugares a visitar, calcular los trayectos y, en algunos casos, elaborar narrativas para familiares que justifiquen o suavicen la percepción de la salida, constituyen no sólo labores previas, sino momentos cargados de emoción, anticipación y proyección de placer en ello mismo. Aunque estas actividades no son reconocidas como ocio “per se”, cuando se realizan no siempre se experimentan como una carga. Para las noctámbulas, preparar la noche es también parte de ser parte de ella, se vuelve un espacio creativo que combina identificación con un tipo de estética, la negociación de libertades y la construcción de un campo afectivo que guiará la noche. Estos nodos previos al destino final, que aparentemente son menores, van tejiendo un sentido más amplio del ocio nocturno. A lo que me refiero es que no se limitan a posibilitarlo, sino que lo moldean, influenciando las percepciones sobre su calidad y disfrute potencial. Así, la “doble temporalidad” del ocio noctámbulas, se entiende más bien como una temporalidad superpuesta, donde organización y goce se retroalimentan en un mismo flujo experiencial.

Así pues, la preparación no es sólo un acto de deseo, sino también un ejercicio en el que las noctámbulas calculan hasta dónde puede ejercerse la libertad sin traspasar los bordes impuestos – o percibidos –. Es precisamente en esta zona intermedia, donde el deseo de ocio se encuentra con la regulación. La libertad que anhelan al salir – ese deseo de desconexión,

de goce y autonomía – se construye sobre una base de precauciones y límites internalizados que modelan su manera de relacionarse con la ciudad durante la noche. Por ello, es necesario adentrarse en cómo esas mujeres esperan y construyen su libertad, y cómo esa expectativa se traduce en formas particulares de relacionarse con el espacio público nocturno. Esta construcción no se produce en un vacío, sino que se inscribe en un contexto atravesado por marcos culturales donde se espera que las noctámbulas cumplan con ciertos roles y transitar la noche sin desbordar los límites de lo “socialmente aceptable”. Así, incluso el ejercicio de la libertad se encuentra filtrado por códigos que, al mismo tiempo que posibilitan el disfrute de la noche.

3.1.1. La "libertad" esperada y la forma en que se relacionan en el espacio nocturno

Valentina había encontrado en La Catorce en Cholula uno de sus lugares favoritos para salir. Más allá de la música, las bebidas o los lugares específicos, me dice que lo que más valora de sus noches allí es el sentimiento de “libertad” – utilizó esa palabra –. A diferencia del ambiente académico o familiar, donde debe comportarse de cierta forma – aunque me platica que en su casa son muy permisivos en cuanto a la vida nocturna se refiere –, en el entorno nocturno encuentra una oportunidad para explorar otras facetas de su identidad, “sentirme más libre” comenta mientras se alista. Pude notar que cuando sale, Valentina elige cuidadosamente su atuendo, no desde la prudencia o la “adecuación”, sino desde el deseo de sentirse sensual, segura y expresiva “qué se note el gym” bromeaba con su amiga mientras se veía en el espejo con el vestido que tenía puesto. Pude interpretar que para ella, la noche habilita una transformación, no sólo estética, sino también emocional y relacional. El ambiente de La Catorce le ofrece un contexto donde, de acuerdo a lo que me había expresado, se siente menos restringida por los códigos sociales que rigen su comportamiento durante su día a día como estudiante e hija. En ese espacio, Valentina espera sentirse parte de la comunidad de personas que como ella “escapan” de la rutina diaria.

La “libertad” en el ocio nocturno evoca un sentimiento de autonomía y desinhibición que muchas personas, en particular las noctámbulas, buscan como una forma de escapar de las normas y presiones diurnas. En el espacio nocturno, los códigos sociales se vuelven más flexibles, y las convenciones de comportamiento, apariencia y expresión se suavizan o

incluso desaparecen (Chatterton & Hollands, 2003; Godoy-Almeida, 2022; Kovac & Trussell, 2015; Wagner, 2019). Esto permite a quienes frecuentan estos ambientes explorar y reafirmar aspectos de sí mismas que tal vez en otros contextos no se permiten mostrar.

La construcción de esta libertad comienza incluso antes de la salida misma. En la preparación previa ya se va configurando una expectativa, a menudo idealizada, de lo que la noche traerá. Esta etapa no es sólo logística como vimos, también es también performativa y afectiva, pues proyecta una versión de sí misma que se desea vivir y mostrar. La “libertad” que se imagina es, en este momento, un horizonte cargado de posibilidades, un espacio mental donde se anticipa la emoción, la conexión y la autoafirmación. El caso de Valentina como el de muchas otras noctámbulas, muestra cómo para muchas mujeres jóvenes, la noche representa un territorio delimitado, donde es posible ensayar otras formas de estar en el mundo. La sensación de libertad que espera Valentina no es ingenua ni absoluta, sino que está situada en un contexto donde ciertos controles se relajan y el anonimato relativo podría favorecer una expresión más desinhibida de sí misma. Como señalan (Kern, 2020), estos espacios pueden actuar como escenarios de resistencia y exploración identitaria, donde las mujeres reclaman – aunque sea únicamente en ese espacio-tiempo – el derecho al placer, al riesgo controlado y a la visibilidad. Como señalan (Lascano & Madariaga, 2016), el tiempo de ocio nocturno es concebido como un momento de proyecciones y búsquedas frente a las rutinas cotidianas, un espacio donde predomina el consumo de lo efímero y se establecen relaciones de “ritmo hipnótico” (Lasén, 2000) que pueden llegar a ser enormemente intensas, pero muchas veces sin proyección ni compromiso. Esta cualidad efímera no le resta valor al ocio nocturno, más bien subraya que la noche funciona como un paréntesis vital, donde lo importante es la intensidad del presente y no necesariamente la continuidad en el tiempo. En este sentido, la “libertad” que se proyecta antes de la salida está atravesada por el deseo de una desidentificación parcial con las exigencias diurnas. Se trata de expresar por unas horas una versión de sí misma que no está definida únicamente por las obligaciones, sino por el placer, la sociabilidad y la posibilidad de experimentar el cuerpo y la presencia en el espacio público bajo sus propios términos, aunque sea en un marco temporal acotado y, en muchos casos, sin una proyección más allá de la inmediatez nocturna.

Sin embargo, esta libertad esperada en el ocio nocturno también conlleva una paradoja. Aunque es un entorno de aparente autonomía, no está exento de jerarquías o de las dinámicas de poder presentes en la sociedad en general. Las noctámbulas deben navegar entre la promesa de libertad y las posibles limitaciones impuestas por la vigilancia y los estereotipos que aún prevalecen, desde la moda que se espera que lleven hasta la forma en que se relacionan con quienes les rodean. En este sentido, su relación con el espacio nocturno es compleja ya que por un lado se ve como un refugio y, al mismo tiempo, un espacio en el que aún deben confrontar y desafiar ciertas expectativas sociales, sin mencionar las relaciones de poder y género que se generan en los lugares.

Todas las participantes han notado que los códigos sociales pueden volverse más laxos para algunos, pero más exigentes para otras. Es decir, señalan que las mujeres siguen siendo frecuentemente interpeladas por su apariencia, por con quién bailan, o si deciden no responder a un acercamiento masculino. “Si rechazas a alguien, a veces se ponen pesados. Y si eres amable, lo interpretan como otra cosa”, cuenta Valentina. La noche, pues, se convierte en un campo de experimentación en el que las noctámbulas negocian continuamente con la idea de libertad que se trata de una libertad temporal y quizás frágil, pero a la vez poderosa y transformadora. En cada salida nocturna, se reinventan y encuentran nuevas formas de conectarse con su propio sentido de independencia y pertenencia. Dentro de esto también hay una línea no dicha que sabe que no debe cruzar, que es la de no “verse borracha”, la de no “perder el control”, las participantes han aprendido que para una mujer joven, especialmente si está sola o sin compañía masculina visible, estar ebria puede ser interpretado como una señal de vulnerabilidad o, peor aún, de ser “fácil” o “descuidada”. Una señal de que ese deseo de libertad no es ingenuo, o sin ser consciente de su posición en el espacio nocturno, se muestra, por ejemplo, en cómo Valentina reconoce que, además de su deseo de disfrutar, reconoce que muchas veces también se siente obligada a mantener una imagen de autocontrol, incluso cuando está entre amigas. Se contiene, bebe con lentitud, se asegura de no parecer alterada o fuera de sí.

La respetabilidad, entendida como un ideal que combina control, moderación y autocensura, ha sido históricamente un valor central en la definición de lo que se considera un comportamiento femenino aceptable en muchas culturas occidentales (Zuñiga, 2014). Este

ideal no es neutral ya que está profundamente ligado a estructuras patriarcales que han condicionado la presencia de las mujeres en el espacio público, regulando no sólo su apariencia y comportamiento, sino también su acceso a la diversión, el placer y la experimentación. En este marco, beber alcohol o, más aún, estar visiblemente ebria, constituye una amenaza directa a la noción de “mujer respetable”. El consumo excesivo se interpreta como una pérdida de control – un atributo considerado esencial en la feminidad hegemónica –, lo que puede tener consecuencias inmediatas y diferidas. Por un lado, aumenta la exposición a riesgos de acoso y victimización sexual, en un entorno donde la responsabilidad por prevenir la violencia suele recaer injustamente sobre las mujeres mismas, reforzando narrativas de culpabilización – “ella se lo buscó” –. Por otro lado, pone en juego su reputación y percepción social, al asociarse con estereotipos de promiscuidad o de “mujer fácil” (Vaadal, 2020), etiquetas que pueden ser movilizadas tanto por extraños como por personas cercanas para sancionar socialmente su comportamiento. Como trato en el capítulo anterior, este mecanismo de vigilancia y sanción no es únicamente externo sino que también se internaliza. Muchas mujeres moderan de manera consciente la cantidad de alcohol que consumen en público, no sólo para protegerse de situaciones de riesgo, sino para evitar “dar una imagen” que pueda ser malinterpretada. Así, el autocontrol no sólo opera como una estrategia de cuidado personal, sino como una forma de gestionar la mirada social. Skeggs (1997) ha mostrado cómo las nociones de respetabilidad están atravesadas por clase, género y moralidad, de modo que el juicio sobre lo que es aceptable para una mujer no se mide igual para todas, sino que depende de un complejo entramado de prejuicios. En el contexto nocturno, esta tensión se intensifica ya que el alcohol es parte del guion social de la fiesta y la sociabilidad, pero también actúa como un límite que, al cruzarse, puede reconfigurar la posición de la mujer dentro del grupo o del espacio. Las participantes de esta investigación realizan estrategias que van desde alternar bebidas alcohólicas con no alcohólicas, fingir que están bebiendo para evitar presiones, hasta limitar su consumo a contextos en los que están acompañadas por personas de confianza. Estas tácticas revelan cómo, incluso en un entorno que se imagina como liberador, las mujeres navegan entre el deseo de relajarse y disfrutar, y la necesidad de proteger tanto su seguridad física como su capital moral. En este marco, la “libertad” que se ejerce en el espacio nocturno está estrechamente entrelazada con los límites de lo que se considera respetable – y por eso la pongo en comillas –. No basta con desear

disfrutar, es necesario hacerlo dentro de parámetros aceptables para no perder legitimidad social, particularmente como mujer.

De este modo, las participantes muestran una conciencia – aunque no necesariamente hacen un análisis profundo de ello – de las limitaciones estructurales y culturales que operan sobre ellas, así como de los códigos morales y roles de género que condicionan su comportamiento. Sin embargo, esta conciencia no anula la sensación de libertad, al contrario, la resignifica. La libertad que buscan y sienten en la noche es parcial, negociada y en ocasiones frágil, pero precisamente por eso resulta intensa. Es decir, viven como una conquista momentánea frente a un contexto que tiende a restringirlas. En este sentido, la preparación previa existe como un ejercicio de imaginación y afirmación, el prever las estrategias para sortear posibles sanciones y riesgos no reduce la expectativa de disfrute, sino que la convierte en un acto de agencia. La noche, entonces, se presenta como un espacio-tiempo en el que, aun conscientes de sus límites, las noctámbulas logran proyectar y habitar una versión de sí mismas más libre y autónoma, aunque esta libertad deba convivir con la constante vigilancia social que la enmarca.

La imagen que las noctámbulas proyectan antes de salir no se queda en el espejo o en la mente: acompaña y orienta cada momento posterior. Desde que cruzan la puerta de casa, esa versión idealizada de sí mismas empieza a dialogar con el entorno, influyendo en cómo se sienten, cómo caminan, cómo miran y cómo interpretan las miradas ajenas. El trayecto previo a la llegada al lugar de ocio se convierte así en una extensión de la preparación, un intermedio donde la emoción anticipada convive con las primeras pruebas de esa libertad buscada. Cada paso, cada parada y cada encuentro en el camino no sólo conduce físicamente al destino, sino que también va confirmando, ajustando o desafiando las expectativas con las que la noche comenzó.

3.2. La construcción del ocio de camino a la fiesta

Sabido Ramos (2020) menciona que durante la noche, donde predomina la oscuridad, se introduce un elemento de misterio al generar incertidumbre acerca de lo que podría estar más allá. En efecto, la falta de luz natural y la menor presencia de personas en las calles

transforman el entorno urbano en un espacio ambiguo, donde el sentido de orientación se debilita y la percepción del riesgo se intensifica. Esta sensación no sólo es física, sino profundamente simbólica. La noche es asociada con lo desconocido, con lo que escapa al control y a las normas de la cotidianidad diurna. Autores como Gallan & Gibson (2011); Melbin, (2017); Ortiz-Escalante (2017); Schnepel & Ben-Ari (2018) coinciden en que la noche constituye un espacio-tiempo cargado de ambivalencias. Por un lado, es un terreno donde se proyectan temores, ilegalidades y transgresiones pero por otro, es también un escenario fértil para la experimentación, la libertad y la reconstrucción de identidades. En este sentido, la noche no puede entenderse únicamente como un momento “peligroso”, sino como un campo de significados múltiples que se activan dependiendo de quién lo habita, cómo lo hace y con qué objetivos.

En este marco, el trayecto hacia el destino nocturno se convierte en un espacio donde estas ambivalencias se sienten con intensidad particular. No es un simple desplazamiento, sino un tiempo de ocio en sí mismo, un ocio “*on the go*” que se alimenta de una serie de “nodos” que van tejiendo y contribuyendo a la experiencia de la noche antes de llegar al punto central de la diversión. Cada uno de estos momentos añade capas a la experiencia ya que pueden intensificar la emoción y la sensación de libertad, o bien activar alertas y replantear decisiones. Así, la noche no se vive únicamente en el destino final, sino en esa secuencia de pasos interconectados donde lo incierto, lo placentero y lo desafiante coexisten, moldeando la experiencia general del ocio nocturno.

Un viernes en la noche, Sara y su hermana – unos dos años mayor que ella – quedaron en reunirse primero en su casa para arreglarse juntas antes de salir, compartían las noticias recientes y novedades generales sobre sus vidas, estando ahí alimentaban la expectativa de la salida. Al salir, nos encontramos con las primeras “calles vacías” – tramos de banquetas silenciosas, con escasa iluminación y casas totalmente cerradas – me comentaban que transitar por ahí, experimentaban diferentes sensaciones por un lado, un ligero miedo que las mantenía atentas pero es un sentimiento que deciden ignorar ante el deseo de llegar a la fiesta, lo que impulsaba sus pasos. El deseo, al final, se impone, y el trayecto sigue. En el camino, subieron a la RUTA, sólo estaban a una estación, aun así se sentaron y el vehículo se convierte en un espacio de transición festiva, comentan lo que esperan de la noche y seguían con su

plática entorno a sus vidas y las vidas de sus amigas. Esta “fiesta en movimiento” no sólo rompe con la monotonía del trayecto, sino que les permite mantener vivo el ánimo y la energía que proyectaron desde la preparación. Finalmente, al descender en una zona mucho más animada, el ambiente cambia abruptamente – a sólo una estación que estará quizá a kilómetro y medio de esas calles vacías que recorrimos anteriormente –, la concentración de luces, música, y grupos de personas produce un salto emocional que marca un nuevo nodo en la experiencia. La calle, ahora saturada de estímulos y presencias, diluyen las tensiones que surgieron en las zonas más solitarias del trayecto, y abren paso a una inmersión total en el ocio nocturno.

Las calles, el transporte, las banquetas o la parada la RUTA pueden ser vividas como zonas de tránsito pero también como zonas de riesgo. La oscuridad no se limita a lo visual sino que es también la representación de un mundo donde la posibilidad de agresión o acoso está siempre latente. Sin embargo, a pesar de que la noche sigue teniendo una connotación de peligro, su uso por parte de quienes se relacionan con ellas – especialmente las noctámbulas – redefinen esos significados. Las noctámbulas no se limitan a “soportar” la noche sino que le dan otro significado. A través de la evaluación del miedo y deseo, de la ocupación simbólica y física del espacio, y de prácticas cuidado – que veremos en el siguiente capítulo, como compartir rutas, acompañarse virtualmente o tomar decisiones conjuntas sobre la logística – resignifican el trayecto como parte del disfrute. Para ellas, la noche también puede ser un espacio de apropiación, incluso si esa apropiación ocurre en condiciones desiguales. Esta contradicción entre el miedo y el deseo, entre el riesgo y la búsqueda de placer, atraviesa cada paso del camino hacia la fiesta. En esa tensión se produce un tipo particular de ocio, uno que, como ya he mencionado, no es ingenuo, sino que reconoce las amenazas y aun así persiste como afirmación del derecho a estar, a desplazarse y disfrutar.

3.2.1. Ante calles "vacías". Espacios que no están diseñados para la vida nocturna

La experiencia de caminar por calles vacías en la noche, para muchas noctámbulas, no es sólo un acto de tránsito entre el hogar y el lugar de reunión, sino el primer momento en el que la noche de ocio comienza a tomar forma. La experiencia nocturna no se limita a los lugares de destino, sino que se construye en el movimiento, a través de interacciones con

paisajes urbanos que, aunque no estén diseñados para la vida nocturna – enfocada a la diversión –, participan en su construcción simbólica. En estas calles silenciosas y poco iluminadas, la tensión generada por la vulnerabilidad percibida coexiste con una emoción anticipada, el deseo de llegar, de encontrarse, de habitar la noche. Este cruce de emociones responde a lo que Bøhling (2015) describe como la capacidad del ocio para resignificar entornos cotidianos, incluso hostiles.

Fuera de las zonas de intensa actividad nocturna, las calles que las noctámbulas transitan de noche no fueron concebidas para ese momento del día. La planificación urbana, centrada en el horario diurno, produce una infraestructura que se “apaga” tras cierta hora, dejando aceras vacías, mobiliario sin uso y alumbrado pensado para el descanso más que para la permanencia peatonal. Como señalan Gwiazdzinski (2005) y Roberts (2018), el diseño urbano de muchas ciudades ignora la dimensión nocturna, lo que genera una brecha entre la ciudad que se habita de día y la que se recorre de noche. En este sentido, las noctámbulas se enfrentan a entornos físicamente inhóspito, solitarios, donde el espacio público carece de condiciones para el ocio, la reunión o el descanso. La caminata por un espacio desolado no sólo se vive como un riesgo a gestionar, sino como un umbral a atravesar para acceder a una experiencia total considerada valiosa. La oscuridad y el silencio en este caso, no son únicamente signos de peligro, también funcionan como marcadores de que se ha dejado atrás la rutina diurna y se está entrando en un territorio distinto, donde las reglas de la interacción social y la relación con el tiempo cambian. Jessica lo describe de la siguiente forma: “Es como pasar por un túnel, y al final está la luz de la fiesta”. Desde esta perspectiva, el trayecto vacío se convierte en un “nodo” inicial del ocio nocturno, un momento en el que se negocia la permanencia en la calle y donde el miedo es minimizado para permitir que el deseo a la diversión prevalezca. Esta negociación no es pasiva, sino activa y corporal, ajustar el ritmo, elegir rutas, sostener una conversación telefónica, escuchar música o imaginar el ambiente del destino son prácticas que permiten que el disfrute empiece antes de llegar. Así, la noche no comienza al cruzar la puerta de un bar o una discoteca, sino desde el instante en que el cuerpo entra en la penumbra urbana y decide seguir avanzando.

Acompañaba a Joyce alrededor de las ocho y media de la noche, al encontrarse en una calle vacía –dentro de su colonia –, Joyce afina su percepción, agudizando los sentidos

y manteniéndose alertas a cualquier ruido o movimiento inesperado. El sonido que escuchamos es únicamente el de nuestros pasos al caminar. Las sombras proyectadas y las intersecciones desiertas evocaron en ella una serie de respuestas emocionales. Se le veía tensa y comenzó a acelerar el paso, sin embargo, a pesar de la evidente tensión de su cuerpo, Joyce en ningún momento sugirió regresar o abandonar la idea de disfrutar de la noche. Al igual que otras de mis participantes, que viven en zonas solamente residenciales, sin comercios abiertos, ni personas transitando después de las ocho de la noche, Joyce comentaba que si quisiera evitar ese tramo podría tomar un “Uber o taxi” pero que no era para tanto, “sólo sé que todos están en sus casas a esta hora”, aceptando que esa era la condición en la que debía transitar por esos espacios.

A pesar de esto, la presencia en estos lugares también puede traer consigo una sensación ambivalente de autonomía, una especie de apropiación temporal del espacio urbano que, aunque sea fugaz, les permite experimentar la ciudad de otra manera. Algunas participantes mencionan que hay algo poderoso en apropiarse de esas calles vacías, en caminar solas con determinación, en habitar lo que parece negado. Esta tensión entre miedo y libertad configura una relación compleja con el espacio urbano nocturno: se reconoce el riesgo, pero también se resiste a la exclusión. El silencio y la oscuridad pueden anunciar peligro, recordando que esos espacios han sido históricamente negados para su tránsito libre. Aunque sea por unos minutos, se apropiaran de un fragmento de ciudad que les pertenece sólo a ellas. Esta presencia fugaz en el espacio urbano puede leerse como una apropiación temporal, un uso momentáneo que, implica no sólo ocupar físicamente el lugar, sino inscribir en él un sentido personal y afectivo que lo reconfigura. Koskela (2010) ha señalado que, en la noche, muchas mujeres no se limitan a sentir miedo sino que ejercen una audacia consciente, caminando como si fueran dueñas de la ciudad. No es una valentía sin medidas, sino un acto calculado que reconoce el riesgo y, a la vez, lo desafía. En esta tensión se abre una relación con el espacio donde el miedo no desaparece, pero tampoco impide el deseo de estar allí. El trayecto deja de ser únicamente un tránsito hacia un destino y se convierte en un umbral simbólico, donde las noctámbulas están adentrándose a la noche, viene a ser como la frontera que separa la rutina diurna de un territorio distinto, donde las reglas de la interacción social cambian.

Imagen 10. Recorrido de Joyce



Violeta expresa su gusto por los espacios tranquilos durante las noches, suele recorrer en su trayecto una calle donde sólo hay fraccionamientos y casas totalmente cerradas, las calles son adoquinadas, hay muchos árboles y poco alumbrado público. Sabiendo muy bien que esta zona es segura, Violeta manifiesta que se siente tranquila al transitar, lejos de las luces, el tráfico de los autos. la noche no es un tiempo de encierro, sino un territorio sensorial distinto al del día. Siguiendo a Koskela (2010), esto es a lo que se refiere con una forma de “audacia consciente”, un estar en la ciudad desde la confianza y el deseo, que no niega la posibilidad abstracta del riesgo, pero la coloca en un segundo plano frente al valor de la

experiencia. El paseo nocturno, entonces, no es sólo un desplazamiento funcional, sino un acto que desafía la lógica de exclusión que muchas veces impone el espacio a las mujeres después del anochecer.

Imagen 11. Recorrido de Violeta



Este tipo de experiencia desafía la narrativa dominante que asocia lo nocturno vacío únicamente con peligro. En el caso de Violeta, la apropiación del espacio se da a través del disfrute del silencio y la soledad, que lejos de vivirse como aislamiento, se experimenta como

un instante de contemplación y autonomía. Aquí, la ausencia de estímulos no es amenaza, sino una condición que le permite experimentar una conexión más íntima con el entorno urbano. Esto demuestra que, aunque la ciudad no haya sido diseñada para favorecer la presencia femenina durante la noche, algunas mujeres logran construir significados alternativos que resignifican su relación con el espacio.

Sus experiencias en estos espacios, ponen sobre la mesa que la construcción del ocio nocturno no siempre depende del consumo o de la sociabilidad intensa – como se da en los espacios de intensa actividad nocturna –, sino también de esos momentos individuales de tránsito y observación, donde el espacio – aunque parezca inhóspito – se convierte en escenario de una experiencia más íntima, el primer paso hacia la noche. En contextos como este, la ocupación de la calle vacía se convierte no sólo en un acto político – aunque las participantes no sean plenamente conscientes de esto –, sino también en una práctica de goce discreto pero significativo, que al final aporta a la experiencia general de ocio, así como la figura de la *flâneuse*, esa caminante que, como describe Elkin (2016), explora la ciudad no sólo para llegar a un lugar, sino para experimentarla, mirarla y, en cierto sentido, reinventarla a través de su propio andar. En estos desplazamientos, el ocio y la exploración se entrelazan con la resistencia, el habitar una calle desierta puede ser tanto un gesto de placer como una afirmación de derecho. Desde el paradigma de las nuevas movilidades, este caminar no es pasivo, cada paso reanima y co-produce el espacio, dejando en él una huella invisible pero real (Sheller & Urry, 2006).

Así, la noche no sólo es un escenario de peligro, sino también un campo de posibilidad. En el acto de caminar sola por una calle silenciosa, la ciudad se transforma – aunque sea por instantes – en un territorio propio, y esa breve conquista queda inscrita en la memoria como parte inseparable de la experiencia nocturna. Esas calles, desprovistas de servicios o espacios de resguardo, reflejan, por un lado las limitaciones que la ciudad impone sobre la vida nocturna y sobre el derecho de las mujeres a moverse libremente en cualquier momento y lugar, pero por otro lado, las noctámbulas reivindican el derecho a disfrutar una ciudad que, aun siendo “repelente”, les pertenece tanto como a cualquiera.

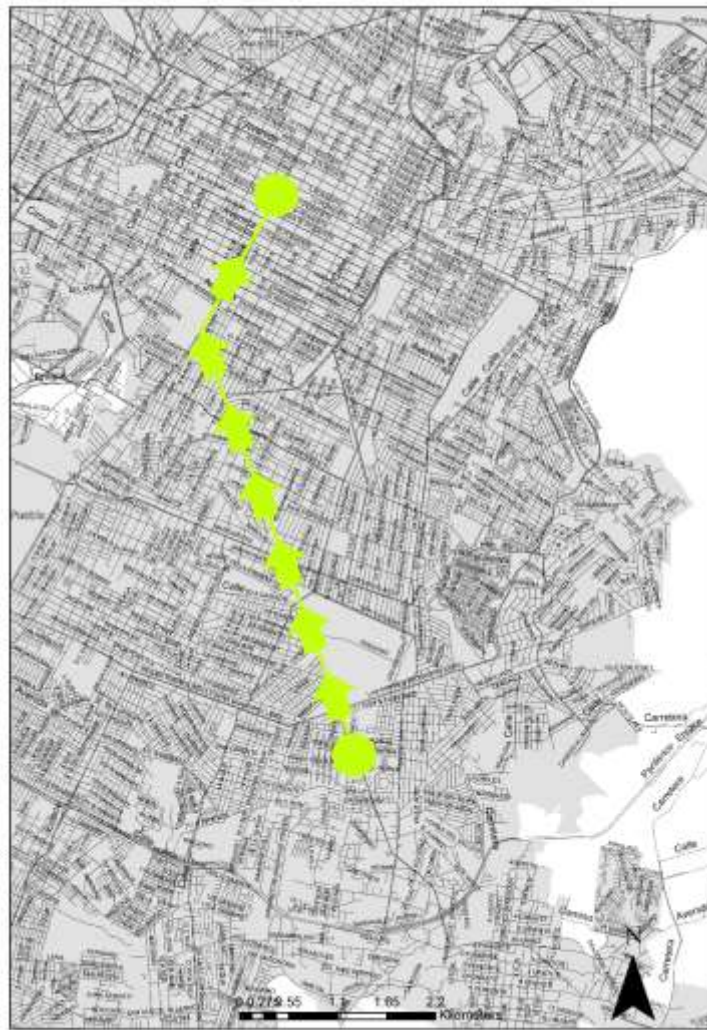
3.2.2. Llevando la fiesta en la RUTA cuando se viaja en grupo

Salir en grupo no sólo responde a una estrategia de seguridad, sino que también forma parte de las formas en que las mujeres construyen colectivamente su experiencia de ocio. En contextos donde el transporte nocturno es limitado y la ciudad presenta riesgos diferenciados por género, la organización previa y el desplazamiento grupal se convierten en elementos centrales del ritual nocturno. En un contexto urbano donde la movilidad nocturna femenina se encuentra marcada por el riesgo y la exclusión, el uso colectivo de la RUTA representa una forma de apropiación del espacio público. Al viajar en grupo, no sólo se reduce la exposición individual al peligro, sino que se construye una atmósfera de seguridad compartida. Además, la elección de esta forma de transporte también evidencia un uso consciente de los recursos ya que se opta por un medio económico, accesible y considerado por las noctámbulas más seguro, aunque en primera instancia no esté diseñado para el ocio nocturno.

Sara, suele ir al gimnasio de lunes a viernes. Generalmente va en las mañanas, pero hay días que sus amigas del gimnasio deciden ir, después de sus rutinas, a tomar algo. Esto lo hacen con antelación ya que ellas además de sus trabajos remunerados, también hacen trabajo dentro del hogar. Por lo que al menos, unos días de antelación acuerdan el día para salir, acomodan sus horarios y tareas para poder salir a divertirse después del gimnasio. Cuando sale de noche, su rutina en el gimnasio es de seis de la tarde a siete o siete y media de la noche. De ahí parten todas hacia el bar al que acuerdan. Era un viernes, Sara me había comentado desde el principio de la semana que ese fin de semana ella y sus amigas saldrían a beber algunos “tragos” después del “gym”. Quedé en acompañarla a su rutina. Era una clase grupal así que estaban todas las que se acompañarían terminando su clase. Ese día se le veía más animada – las primeras veces que la había acompañado, aunque era amable, parecía más reservada –, me comentó que celebrarían el cumpleaños de una de ellas. Llevaba en una pequeña maleta la ropa con la que se cambiaría, algunos artículos para arreglarse. Todo lo que involucraba el festejo del cumpleaños de su amiga, llevaba gestándose desde el día en que acordaron salir, generalmente escogen dónde ir el mismo día pero esta era una ocasión especial así que no irían a los lugares que frecuentaban normalmente – la zona de CU – acordaron desde días antes ir a un bar en “La Juárez”, esto implicaba moverse en RUTA ya que ninguna tiene automóvil. Pasando las siete y media, Sara, sus amigas y yo nos subimos

a una unidad en la estación Xilotzingo con rumbo a “La Juárez”, sería un trayecto de alrededor de cuarenta minutos. A esa hora, las unidades de la Línea 3 (Mapa 2) que van en dirección a “Diagonal”² – que fue la línea que tomamos – no están aglomeradas como durante las mañanas, así que pudimos tomar asiento.

Mapa 8. Recorrido de la Línea 3 del RUTA

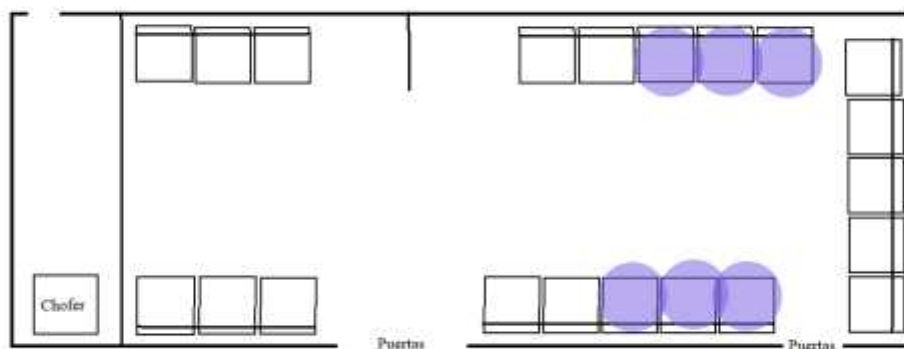


Elaboración propia

² Hoy ya no existe ese recorrido, aunque sí existe la línea

Esta unidad era de un sólo vagón y además de nosotras seis – contándome –, había otras siete personas hasta ese punto. Nos colocamos en la parte de atrás, los asientos están frente a frente así que nos sentamos tres y tres frente a frente para que pudieran seguir platicando y bromeando como lo habían estado haciendo hasta antes de subir a la unidad (*Imagen 13*). Las mujeres están sonrientes y relajadas, en medio de una conversación animada. En este tiempo reían, otras gesticulaban más que otras mientras hablan. Ese pequeño recuadro que ocupábamos dentro de la unidad se volvió un espacio “privado” en el que incluso las personas que iban subiendo reservaban, hasta que la unidad se empezó a llenar más y más y fue complicado seguir la conversación con las tres mujeres que se encontraban sentadas enfrente, sin embargo, cada grupo de tres seguía platicando. Este lugar en la unidad, se volvió un centro de reunión más que sólo un lugar inerte que únicamente las transportaba de un lugar a otro, esto pasa – en diferentes formas de interacción – con las otras participantes que utilizan en RUTA como medio de transporte.

Imagen 12. Distribución del grupo de Sara en la Unidad



Lo que busco en este apartado es analizar el uso de la Red de Transporte Articulado como un espacio social para las noctámbulas poblanas. Donde más allá de ser visto como sólo un medio de transporte, se convierte en un lugar de extensión de la práctica del ocio para

las noctámbulas, donde comienzan o continúan las interacciones sociales y el ambiente festivo les espera o precedió en otros lugares nocturnos, con todo lo que esto implica, incluso la percepción de seguridad. De acuerdo con Sheller & Urry (2006) las movi­lidades, implican espacios sociales distintos que orquestan nuevas formas de vida social alrededor de tales nodos, es decir, no sólo conectan diferentes lugares geográficamente, sino que también construyen y reconfiguran la vida social alrededor de estos nodos, creando dinámicas sociales específicas y nuevas formas de interacción.

El significado que las noctámbulas le otorgan a la noche en un contexto de ocio influye significativamente también en la socialización dentro del transporte. Como vimos en el capítulo anterior, para las noctámbulas, la noche es un tiempo de relajación y diversión, lo cual crea un ambiente festivo. Este ambiente se presta para la socialización durante los trayectos que se hacen en grupo ya que estos momentos se asocian con disfrute y con la expectativa de lo que espera en la noche. La noche puede ser vista como un espacio de libertad y autoexpresión (Kovac & Trussell, 2015), lejos de las obligaciones diurnas, favoreciendo interacciones con menos restricciones percibidas.

Aquí atrasito para ir platicando”, comentaba la amiga de Sara mientras todas entraban a la unidad riendo y casi corriendo para que las puertas no se les cerraran. Las mujeres que salen juntas para disfrutar de actividades nocturnas tienden a formar grupos más cohesionados, el transporte se transforma en una extensión de su espacio de ocio. La tranquilidad de ser “llevadas” a su destino sin tener que “moverse” propicia dichas interacciones y es que a pesar de recorrer un tramo significativo dentro de la ciudad, para ellas se vuelve irrelevante y no están pendientes de lo que sucede fuera del vehículo sino hasta que están por llegar a su destino. Fue hasta una estación antes del destino cuando pararon la conversación y se dijeron entre ellas “ya, en la siguiente” mientras se acomodaban hacia las puertas de salida. Kaufmann (2002) sostiene que este tipo de transporte a menudo se perciben como si tuvieran un “efecto túnel”. A lo que se refiere es que durante el viaje, todo lo que está fuera del vehículo se vuelve invisible, normalmente ignorado por los pasajeros debido a la velocidad con la que se desplazan. Como resultado de esto los pasajeros no pueden realmente apropiarse ni experimentar el espacio que atraviesan entre su punto de origen y su destino (Kaufmann, 2002). Esto se debe a que la rapidez del viaje transforma el

entorno exterior en un mero espacio de tránsito sin significado, mientras que la verdadera experiencia espacial se restringe al interior del vehículo.

Las dimensiones de la RUTA, la forma en que están acomodados los asientos – *vis a vis* – y el que durante las noches, la poca aglomeración en los vagones que se dirigen a la zona céntrica de la ciudad, permite que las noctámbulas continúen sus conversaciones y dinámicas grupales mientras se desplazan, sin ser tan incomodadas, crean este espacio que aunque es considerado público, se vuelve privado, de ellas. Las personas que iban subiendo incluso buscaban no interponerse entre ellas, claro, esto sucedió hasta que por la cantidad de personas que subían a la unidad fue difícil mantener esa conexión entre las seis. (Butler, 2004) explora la performatividad de género y cómo los espacios pueden ser reclamados por las personas según su género y aunque no se centra específicamente en el transporte nocturno, lo que trata puede aplicarse a cómo los grupos de mujeres crean espacios sociales dentro de contextos públicos. En el contexto de la vida nocturna, la RUTA, puede ser vista como una extensión de las actividades de ocio, donde las mujeres convierten el viaje en una parte integral de su noche de entretenimiento, socializando activamente, compartiendo intereses, anécdotas y risas. La falta de prisas asociadas a las actividades del día, la liberación de las tareas cotidianas asumidas según su género y condición social que de acuerdo con Shaw (1994), a menudo tienen poco acceso a tiempo libre debido a sus múltiples responsabilidades – especialmente el grupo de Sara quienes son madres y la mayoría jefas de familia –, hace que los viajes sean también aprovechados, permitiendo que las interacciones, no sólo entre ellas sino con los demás usuarios. Con estos últimos recordándose mantenerse atentas al entorno del lugar que crearon.

El caso de Sara permite apreciar cómo la planificación colectiva y el uso estratégico del transporte público constituyen una parte inseparable del disfrute nocturno. Aunque sus rutinas diurnas están atravesadas por obligaciones laborales y domésticas, ella y sus amigas logran construir un espacio temporal de autonomía y celebración que requiere anticipación, coordinación y atención a los detalles. Este nivel de preparación evidencia que el ocio nocturno femenino no es un acto espontáneo aislado, sino una práctica organizada que articula tiempo, espacio y relaciones sociales en un entramado cuidadosamente negociado. El trayecto en RUTA, entonces, deja de ser un mero medio de transporte para convertirse en

otro nodo del ocio “on the go”. Subirse juntas al autobús con la ropa previamente elegida, el maquillaje y ahí la disposición emocional compartida transforma un espacio funcional en un escenario de performatividad social y colectiva. Cada risa, comentario o interacción fortalece la complicidad del grupo y proyecta hacia el destino la energía festiva que ya comenzó en la preparación previa, evidenciando que la construcción de la experiencia nocturna se despliega en tránsito. Siguiendo la noción de performatividad de (Butler, 1990), estas interacciones constituyen un acto de afirmación colectiva de identidad: las mujeres performan juntas una versión de sí mismas que integra diversión, seguridad y autonomía, mientras internalizan la conciencia de los riesgos asociados a la exposición en un espacio – de las que no están exentas, tampoco hay que romantizarlo – pero que lo resignifican así como un territorio temporalmente apropiado, donde el ocio y el cuidado coexisten, y donde el movimiento y la movilidad son parte del placer. El trayecto se convierte en un ritual en sí mismo siendo un espacio de consolidación de lazos afectivos, de negociación simbólica del riesgo y de experimentación de esa “libertad” esperada al ser acompañada, también compartida.

Algunas noctámbulas optan por continuar su desplazamiento en servicios de transporte por aplicación, un espacio que, a diferencia de la RUTA, no puede ser apropiado del todo: pertenece en última instancia al conductor y a las reglas del servicio. Este escenario introduce nuevas capas de negociación en la experiencia nocturna. El trayecto deja de ser únicamente un nodo de disfrute colectivo y se convierte en un espacio donde el ocio y la vigilancia se entrelazan de manera más evidente. Cada interacción con el conductor, la selección de la ruta, la evaluación del entorno y la disposición de las pasajeras ante posibles imprevistos son parte de un proceso constante de ajuste y cálculo.

3.2.3. “Una tiene que ser amable”. Negociando el miedo en los servicios transporte por aplicación

Los servicios de transporte por aplicación, como Uber o Didi, se han convertido en una de las opciones más utilizadas por las noctámbulas poblanas para moverse durante la noche. Estas plataformas ofrecen una sensación de mayor control y previsibilidad frente al transporte público o al caminar por calles vacías – no necesariamente esta oferta es cierta –. Sin embargo, también implican una forma particular de exposición ya que es un espacio cerrado,

compartido con un conductor desconocido, donde se establece una interacción directa que, para muchas mujeres, requiere una cuidadosa gestión emocional y simbólica.

En este contexto, las decisiones sobre si hablar o no con el conductor, qué tono usar, qué ruta seguir o incluso cómo sentarse en el asiento son parte de una coreografía que ocurre cada que las noctámbulas usan este tipo de transporte y que busca minimizar riesgos y mantener la calma. La experiencia de las mujeres en este tipo de trayectos revela que, aunque las aplicaciones de transporte son vistas como una alternativa “más segura”, también reproducen formas de vigilancia, desigualdad y vulnerabilidad que las pasajeras deben negociar activamente, especialmente en Puebla donde, como vimos en el capítulo anterior, se tiene cierta desconfianza de este tipo de servicios por percibirse como inseguros para las mujeres.

Habían pasado las diez y media de la noche cuando Martina, ordenó un Uber para dirigirnos a “La catorce” en Cholula, éramos tres mujeres, Martina, su amiga y yo. Martina tiene automóvil propio, sin embargo, cuando sabe que consumirá alcohol durante su salida, procura dejarlo y tomar este servicio. En cuanto nos subimos, Martina saludó al conductor, este muy amable nos saludó de vuelta y en seguida comenzó a conversar con nosotras, Martina tomó la palabra y era ella quien interactuaba con el conductor. Preguntas como “¿De fiesta, señoritas?”, “¿Y los novios?” o frases como “No, es que ahora la situación está muy fea para ustedes como mujercitas, tenemos que cuidarnos entre todos, ¿no creen?” fueron contestadas por Martina y su amiga de manera agradable, con una sonrisa y hasta bromeando, de cierta forma complaciente. Una vez abajo del automóvil, Martina comentó que le molestaba que hicieran esas preguntas y que ella se ve forzada a ser amable “no vaya a ser un loco” agregó.

Las noctámbulas participantes tienen todas presente, a través de anécdotas propias y de conocidas, que al viajar en este tipo de transporte – aunque lo perciben más seguro que los taxis de sitio – también representa un riesgo para su integridad. Todas han tenido algún incidente con los choferes de esos vehículos, desde chistes de mal gusto hasta sustos por desvíos en la ruta sin autorización. Aunado a esto, en Puebla es común saber de noctámbulas que han desaparecido después de abordar algún transporte por aplicación – a pesar de ser considerados más seguros –. La mayoría de ellas me hicieron saber que toman este tipo de

transporte como única alternativa de viaje, sin embargo, procuran verse en un lugar antes con otras personas – amigas o amigos – para no viajar solas.

En el contexto específico de Puebla, donde los niveles de percepción de inseguridad son altos – de acuerdo con el ENSU (2025) el 84% de la población mayor de 18 años que considera que vivir en la ciudad es inseguro – y la violencia de género ocupa un lugar prioritario en la agenda pública, el uso de transporte por aplicación es una herramienta ambigua ya que habilita cierta movilidad, pero no elimina el riesgo. Así, las mujeres desarrollan una serie de protocolos informales – como compartir ubicación en tiempo real, enviar la placa del vehículo a familiares, hablar por teléfono durante el trayecto o incluso fingir estar acompañadas – como mecanismos de contención frente a ese peligro latente – abordo más este tema en el siguiente capítulo –. Estos actos cotidianos revelan que el “espacio seguro” no es dado, sino construido en tiempo real a partir de prácticas de cuidado, control y vigilancia constante.

De esta manera, las noctámbulas convierten lo que podría ser un trayecto funcional en una experiencia que requiere atención, intuición y manejo emocional (Lagos et al., 2019) destacan que existen ventajas que las aplicaciones de *ride-hailing* – como se le conoce en inglés al transporte por aplicaciones –, ofrecen en comparación con los servicios tradicionales de taxis, haciendo énfasis en cómo estas características pueden ser especialmente beneficiosas para las mujeres. La capacidad de rastrear y compartir la ubicación en tiempo real proporciona idealmente una capa adicional de seguridad para ellas, permitiéndoles sentirse más seguras al saber que otras personas pueden seguir su ubicación. Sin embargo, esto que ofrecen las aplicaciones no son los únicos aspectos para percibir una mayor seguridad, sino que es durante las interacciones en los viajes – la forma en que se dan –, que las mujeres pueden percibir qué tan seguras se sienten y a partir de ello, tomar acciones.

El comentario que Martina hizo “una tiene que ser amable”, no fue solamente por la percepción que había tenido del conductor en ese momento, todas las noctámbulas participantes han comentado el riesgo que sienten al viajar en algún transporte de estos, lo cual incrementa cuando viajan solas. Coinciden en que al entrar al vehículo, tratan solamente de saludar y estar en lo suyo – que generalmente es estarse comunicando por celular, tema que tocaré más adelante –, sin embargo, hay ocasiones que los conductores intentan

establecer conversaciones. “Claro, no siempre son groseros” menciona Valentina “pero es que a veces te tocan unos – refiriéndose a los conductores – que hacen sus chistecitos y pues tienes que reírte, al final estás en su coche”. Estar en el espacio de otro, las relaciones que se dan en este se construyen a partir de la interacción que puedan tener con el conductor, quienes ejercen el poder que tienen dentro de su vehículo, que es privado a pesar de que se desplaza en el espacio público. En este contexto, las pasajeras se adaptan a dinámicas donde la cortesía, la discreción o incluso la sumisión son percibidas parte de la interacción en el vehículo. Las interacciones que se dan dentro del vehículo no son neutrales, están atravesadas por intersecciones de género, clase y control simbólico del espacio. Mientras que para el conductor el automóvil es su zona de confort y dominio, para muchas mujeres representa un escenario ambiguo, donde la posibilidad de una transgresión verbal, física o psicológica, siempre está latente. Este desequilibrio de poder no sólo condiciona el comportamiento de las pasajeras, sino que redefine la experiencia misma del trayecto nocturno. En lugar de ser un momento de descanso, transición o libertad tras una noche de ocio, se convierte en un momento de alta alerta emocional, donde las mujeres deben evaluar constantemente el tono del diálogo, las preguntas del chofer, la ruta seguida y la atmósfera del viaje. Así, el “espacio móvil” se revela como un micro-escenario de negociaciones implícitas, donde la autonomía y el riesgo se tensionan en cada kilómetro recorrido. Aunque el control completo sobre el espacio es limitado, las noctámbulas buscan estrategias para mantener la sensación de autonomía y diversión. Al viajar acompañadas, conversan, ríen, reproducen música, comentan lo que esperan del destino o recuerdan momentos previos compartidos, replicando de algún modo la lógica de la RUTA.

Martina suele salir los fines de semana con dos amigas con quienes trabaja y también comparte afinidades. Una de las reglas que han construido juntas, casi de forma tácita, es nunca regresar solas. Si bien cada una vive en diferentes puntos de la ciudad, coordinan sus salidas de tal forma que puedan compartir el regreso, generalmente Martina ofrece su casa para que las otras dos amigas se queden a dormir y puedan irse a la mañana siguiente. Una noche salieron a un bar en la zona de la Juárez. Ya cerca de la 1:30 a.m., pidieron un Uber para regresar. Desde el inicio, el conductor mostró una actitud incómoda, hizo varios comentarios sobre “lo tarde que era” y preguntaba si salían seguido. Aunque sus palabras no fueron abiertamente agresivas, el tono y las insinuaciones crearon una atmósfera tensa.

Martina, sentada en el asiento de atrás junto a una de sus amigas, intercambió miradas con ella, y de inmediato ambas decidieron mantener una conversación entre ellas en voz alta, ignorando al conductor. Empezaron a bromear sobre la música que habían escuchado en el bar, a contar anécdotas del trabajo, y poco a poco esa conversación desplazó la atención del chofer.

Este caso ejemplifica la dinámica en cómo junto con sus amigas, ha construido reglas tácitas que también configuran la experiencia de ocio y que se entrelazan con las prácticas de cuidado. La decisión de no regresar nunca solas, de coordinar sus salidas y de ofrecer hospitalidad temporal en la casa de Martina, refleja cómo la planificación y la estrategia forman parte integral del disfrute. La contingencia de una interacción incómoda con el conductor no anula el ocio, por el contrario, se activa un repertorio de recursos performativos y afectivos que permite retomar el control, al menos, simbólico del trayecto. Al iniciar una conversación ruidosa y lúdica entre ellas, Martina y su amiga desplazan la tensión, reconfigurando el ambiente y transformando el trayecto en un momento de sociabilidad, conexión y reafirmación de autonomía. La presencia de una amiga o compañera no sólo disminuye el riesgo percibido, sino que permite relajar ciertos comportamientos defensivos y transforma el trayecto en un espacio compartido de diálogo y contención. En estos casos, el trayecto deja de ser únicamente un momento de vigilancia y se convierte también en parte del ritual nocturno, donde se retoman conversaciones sobre lo vivido, se comparten impresiones del lugar por visitar o visitado, se bromea y a veces hasta se planifica la siguiente salida.

Estos trayectos, ya sea en transporte público o por aplicación, funcionan como nodos intermedios que construyen la experiencia nocturna antes de llegar al destino final. Cada viaje representa un espacio – móvil – donde se negocian la diversión, la sociabilidad, la autonomía y la seguridad, y donde el ocio comienza a desplegarse incluso en contextos que no pueden ser totalmente apropiados por las participantes. Al superar los desafíos, gestionar tensiones y activar estrategias de cuidado, las noctámbulas transforman el desplazamiento en un momento constitutivo de la noche. Es decir, un espacio de interacción, complicidad y reafirmación de identidad. De este modo, al llegar finalmente a las zonas de intensa actividad nocturna no se trata sólo de entrar al lugar físico, sino de integrar los nodos previos en una

experiencia completa de ocio “*on the go*”, donde cada trayecto y cada interacción han contribuido a configurar el disfrute, la sensación de libertad y la pertenencia colectiva que caracterizan la vida nocturna urbana.

3.2.4 El ambiente en las calles y banquetas de las zonas de intensa actividad nocturna

Al llegar a las zonas de mayor intensidad nocturna, las noctámbulas experimentan un cambio de atmósfera que confirma la transición hacia un territorio distinto. Si en el trayecto prevalecía la negociación entre miedo y cuidado, en estos espacios la percepción del riesgo se diluye parcialmente ante la evidencia de la multitud, las luces y la música. El ruido de los autos se mezcla con las voces, los pasos y los anuncios luminosos; los cuerpos que circulan en grupo producen una sensación de compañía extendida, donde lo colectivo opera como escudo y a la vez como estímulo festivo. La densidad de la actividad genera un efecto de contraste con el vacío de las calles residenciales: aquí, el espacio parece haber sido diseñado para ellas, o al menos para incluirlas como parte del flujo, ya como consumidoras, bailarinas y conversadoras.

Sin embargo, esta inclusión no es absoluta. La vida nocturna organizada en torno al entretenimiento comercial también delimita los modos en que las mujeres pueden habitarla: la estética, la vestimenta, la manera de circular entre antros, bares o restaurantes forman parte de códigos implícitos que orientan quién puede participar y cómo. La aparente apertura de las zonas de ocio nocturno esconde mecanismos de exclusión que operan bajo formas sutiles pero contundentes. Como señalan Zukin (1996) and (Hae, 2012), los espacios de consumo funcionan bajo una lógica de “domesticación cultural” en la que el acceso está regulado no sólo por la capacidad de pago, sino también por la conformidad con ciertos estilos estéticos y de comportamiento. La noche, en este sentido, no es un espacio de libertad plena, sino un escenario donde se reafirman jerarquías sociales y de género.

La vestimenta y la apariencia se convierten en dispositivos de legitimación o exclusión. Bourdieu (1988) ya habían señalado cómo el consumo y el gusto funcionan como marcadores de clase y pertenencia. En la vida nocturna, estos códigos se manifiestan en la exigencia implícita de ciertos atuendos – marca de zapatos, maquillaje, “ropa de moda” – o en la censura hacia quienes no cumplen con ellos. Así, el derecho a “entrar” o a sentirse parte

del ambiente festivo está mediado por la capacidad de adecuarse a estas expectativas, lo que los hace excluyentes. Más específicamente, en el estudio de la noche urbana, Chatterton & Hollands (2003) muestran cómo las ciudades construyen paisajes nocturnos altamente segmentados, donde el consumo de ocio no está al alcance de todos. La “inclusión” que ofrecen en estas zonas está condicionada a una serie de requisitos que regulan la pertenencia, desde el costo de las bebidas hasta el “*dress code*” explícito o implícito, que puede volverse un filtro de clase y género.

Una noche de viernes, Liliana junto con tres amigos, decidió salir a un bar de moda en la zona de La Catorce. Todos habían terminado de trabajar tarde ese día y no tuvieron mucho tiempo para arreglarse, vestían jeans, blusas sencillas y zapatos cómodos, de oficina. Al llegar, nos encontramos con una fila larga y un grupo de cadeneros que, desde la entrada, escaneaban con rapidez a cada persona que buscaba entrar. Después de varios minutos de espera, notamos que otros grupos, sobre todo de hombres y mujeres con ropa más “de noche” – vestidos cortos, tenis y no zapatos de oficina, camisas entalladas – iban accediendo antes que ellas. El guardia nos pidió “esperar un poco más” sin ofrecer ninguna explicación, aunque el bar no parecía estar lleno. Entre risas incómodas, Liliana y sus amigos se dieron cuenta de que, más que la hora o el aforo, lo que marcaba la diferencia era la ropa que llevaban. Tras unos veinte minutos, decidimos retirarnos y caminar hacia otro bar en la misma zona. Lo interesante es que, lejos de vivir esta experiencia como una derrota – aunque sí hubo molestia en el momento –, la transformaron en motivo de complicidad. En el trayecto hacia el nuevo lugar bromearon sobre cómo “había que venir disfrazados” para que las dejaran entrar y se prometieron que la próxima vez no visitar ese lugar. La exclusión, aunque evidente, fue resignificada como parte del ritual mismo de la salida.

La exclusión en la vida nocturna no se limita a la ropa o al estilo asociado al estrato socioeconómico. También la edad opera como un filtro silencioso, un marcador de pertenencia o extrañamiento que regula los modos de habitar ciertos espacios. Como señalan Hollands (2002) y Talbot (2004), los lugares de ocio nocturno suelen estar segmentados no sólo por clase y género, sino también por cohortes generacionales, de modo que ciertos bares y antros se convierten en territorios donde la juventud constituye el código dominante y cualquier presencia que no encaje es percibida como una alteración del ambiente.

Imagen 13. Grupo de jóvenes haciendo fila en San Andrés, Cholula.



Por ejemplo, Sara, que evita conscientemente los sitios donde sabe que predominan los jóvenes universitarios – aunque muchas veces son los más baratos – porque siente que esos espacios no le corresponden, que su forma de vestir y hasta su manera de bailar “desentonan”. Sin embargo, en un par de ocasiones llegamos a un lugar en la zona de Ciudad Universitaria, pude notar cómo se activa de inmediato una dinámica alrededor de todas nosotras, las miradas de extrañeza – aunque no groseras o excluyentes como el caso de Liliana con los cadeneros – Sara menciona que eso le recuerda que está “fuera de lugar”. Aun

así, ella y su grupo lograron crear un círculo propio y en ese espacio propio que crearon consiguen disfrutar la noche sin que la desaprobación ajena se convierta en un obstáculo definitivo.

Tanto en el caso de Sara como en el de Liliana se observa cómo las exclusiones de la noche – sean por clase, estética o edad – no funcionan de manera absoluta. Aunque son claras y generan incomodidad, las noctámbulas desarrollan estrategias para desplazarlas, “ya estamos aquí” comentaba una amiga de Liliana, para pasar a convertir la espera en complicidad, resignificar la ropa como un juego colectivo o cerrar filas en un círculo de afectos frente a las miradas externas. Como subraya Skeggs (1997), las normas de distinción en contextos de ocio tienden a reforzar jerarquías sociales, pero también pueden ser desafiadas a través de prácticas de reapropiación y cuidado mutuo. En ese sentido, la construcción del ocio nocturno no se reduce a un acceso pasivo a los lugares legitimados de diversión, sino que, al igual que en los otros espacios que no están diseñados para el ocio nocturno, implica un trabajo constante de negociación y adaptación. La exclusión, en este contexto, no anula el deseo de salir ni el disfrute compartido, sino que, paradójicamente, lo intensifica al volverse motor de creatividad, solidaridad y reafirmación identitaria dentro de los propios grupos de noctámbulas.

Al observar en conjunto estas escenas, puede entenderse la experiencia nocturna como un entramado de nodos sucesivos que se van acumulando a lo largo de la jornada nocturna. Desde la anticipación y la preparación hasta el tránsito por calles vacías, los viajes en RUTA o en transporte por aplicación, y finalmente la llegada a los lugares de ocio, cada momento forma parte de una red de prácticas que condicionan el disfrute. No se trata de simples intermedios, sino de instancias que inciden en la “calidad” de la noche y en la valoración que las mujeres hacen de ella. El tiempo invertido en organizarse, el esfuerzo por evitar exclusiones estéticas o generacionales, la complicidad para negociar con choferes incómodos o la creatividad para resistir las miradas ajenas, todo ello se convierte en un recurso afectivo que refuerza la pertenencia a la vida nocturna y resignifica la experiencia. Es precisamente esa acumulación de vivencias la que permite que, al final, las noctámbulas concluyan que “valió la pena salir” como mencionó en alguna ocasión Gabriela. Lejos de ser un acto lineal, la noche se configura como un proceso relacional que articula cuidados,

tensiones, afectos y negociaciones en múltiples escenarios. Como señala Massey (1994), los espacios no son meros contenedores, sino constelaciones de relaciones, en este caso, la noche urbana se presenta como una constelación de nodos donde lo vivido en cada trayecto, cada espera y cada exclusión termina por potenciar el sentido de la experiencia general del ocio.

En este sentido, la experiencia nocturna no se mide únicamente por lo que sucede en el interior de un bar o un antro. Así, cuando las noctámbulas dicen que “valió la pena salir”, no se refieren únicamente a la música escuchada o a las copas compartidas, sino a la red de afectos y complicidades que se desplegaron en el camino. La noche, más que un destino fijo, es una trama de experiencias entrelazadas que cobran sentido en su conjunto. Es precisamente en la suma de esos pequeños “triumfos” – el apropiarse de un espacio “vacío”, la capacidad de reír a pesar de las tensiones, la creación de un círculo propio incluso en espacios que parecen ajenos – donde radica el valor del ocio nocturno. La noche vale porque se vive como un proceso fragmentado, negociado, a veces difícil, pero siempre tejido de relaciones que la convierten en algo más que mera diversión. Sin embargo, esta posibilidad no es automática, requiere sostenerse en prácticas constantes de cuidado, tanto hacia sí mismas como hacia las demás. En este sentido, el ocio nocturno no puede desligarse de la dimensión del cuidado. Son precisamente las prácticas que las mujeres despliegan para acompañarse, protegerse y afirmarse en el espacio urbano las que hacen posible la vida nocturna. Lo festivo se sostiene en la medida en que se traman redes de apoyo, se tejen pactos implícitos – como nunca regresar solas – y se transforman situaciones de vulnerabilidad en momentos de complicidad. En el siguiente capítulo profundizo en estas espacialidades de cuidado, mostrando cómo, lejos de ser un aspecto sólo lateral, constituyen el corazón mismo de la vida nocturna para las noctámbulas, sin cuidado, no hay ocio posible.

3.3 Apuntes Finales

A lo largo de este capítulo ha quedado claro que la experiencia del ocio nocturno femenino no se limita al instante en que se llega a un antro, bar o espacio de intensa actividad nocturna. Más bien, es un proceso que se despliega desde la preparación en casa, la elección de la ropa, el maquillaje y los accesorios, hasta la planificación de rutas, coordinación de transportes y narrativas que se comparten con familiares o amistades para anticipar juicios o preocupaciones. Cada uno de estos momentos, aunque pueda parecer rutinario o meramente logístico, es un nodo de construcción de ocio, lo que lo hace “*on the go*”, un espacio donde ya se vive la diversión, la libertad y la conexión con el grupo. Las noctámbulas, al organizar la vestimenta y decidir qué transporte tomar, no sólo se prepara para “salir de noche”, sino que está proyectando cómo quiere ser percibida, cómo se moverá, y cómo el ambiente de la noche responderá a su presencia. La preparación es, en sí misma, una primera práctica de ocio, performativa y afectiva, allí se anticipa la emoción, la complicidad y la autoafirmación que caracterizarán toda la salida.

Los recorridos por calles vacías ilustran cómo incluso los espacios que no fueron diseñados para la vida nocturna se resignifican como parte de la experiencia. Las luces tenues, el silencio, la ausencia de transeúntes o de actividad comercial no sólo generan una sensación de vulnerabilidad, sino que, paradójicamente, permiten a las noctámbulas experimentar autonomía y apropiarse temporalmente del entorno. Violeta, por ejemplo, disfruta recorrer una calle adoquinada y silenciosa, donde los árboles y la escasa iluminación la aíslan del ritmo cotidiano y le otorgan un espacio para respirar, para ser consciente de su cuerpo y de su libertad que aunque está condicionada al contexto, es un acto de agencia. Estos momentos muestran que el ocio puede transformar lo hostil o lo cotidiano en un escenario de disfrute, donde el miedo se negocia con el deseo de diversión, y cada trayecto se vuelve parte integral del ritual nocturno. El transporte, ya sea colectivo como la RUTA o privado como los servicios por aplicación, funciona de manera similar. Las noctámbulas, como el caso de Sara, convierten su viaje en RUTA en un momento de interacción colectiva, de conversación, risas y complicidad; o como Martina y sus amigas, quienes logran desplazar la tensión creada por la incomodidad del conductor con sus propias dinámicas de conversación y juego. Estos espacios intermedios, que podrían parecer sólo funcionales, se transforman en extensiones

del ocio, aquí también se juega, se socializa y se practica la libertad, aunque limitada por normas externas y por la presencia de otras figuras de control, como los choferes en los transportes por aplicación.

Sin embargo, en todo esto es importante señalar que esta libertad no es ingenua ni absoluta. La inclusión en los espacios de la vida nocturna comercial está mediada por códigos implícitos como la vestimenta, la apariencia, la edad, la manera de moverse y de interactuar determinan quién puede participar plenamente y quién queda esperando fuera. Liliana y su grupo, al ser retenidas en la fila por su ropa, y Sara, al evitar ciertos espacios por ser frecuentados por jóvenes, ejemplifican cómo estas normas marcan límites que, aunque no siempre son absolutos, condicionan la experiencia. Una vez fuera, lejos de frustrar la noche, estas restricciones se resignifican como parte del ritual, planear la vestimenta, negociar la entrada, decidir si permanecer o retirarse de un espacio, son prácticas que refuerzan el carácter festivo y fortalecen los lazos de pertenencia dentro del grupo.

La suma de todos estos nodos – la preparación, las calles vacías, los transportes, la negociación de inclusión en las zonas de intensa actividad nocturna – configura una experiencia de ocio nocturno que vale la pena precisamente por su complejidad. Cada elemento se entrelaza, construyendo un flujo continuo de anticipación, interacción y disfrute, donde la libertad y la autonomía se practican, se negocian y se experimentan de manera concreta. El ocio nocturno no es un acto aislado sino un proceso que se despliega “*on the go*”, y que sólo cobra sentido cuando todos estos momentos se concatenan y potencian mutuamente.

Para concluir el capítulo, puedo decir que este recorrido permite comprender que, este análisis tiene implicaciones claras tanto para la teoría como para la gestión urbana. Académicamente, creo que aporta a la comprensión del ocio nocturno como práctica compleja y situada, que no se limita a los espacios de alta concentración de actividades nocturnas sino que se despliega a lo largo de toda la movilidad nocturna, integrando lo afectivo, lo social y lo performativo. Desde esta perspectiva, el ocio de las mujeres se convierte en una práctica que reconfigura la ciudad misma: no sólo participan de lo que ya está dado, sino que en el tránsito producen espacialidades y temporalidades nuevas, apropiándose de fragmentos urbanos que, en principio, no estaban pensados para ellas. Al

mismo tiempo, este enfoque permite cuestionar las visiones tradicionales del ocio como un tiempo “residual” o separado de la vida productiva, para situarlo en el centro de los procesos de subjetivación, en tanto que allí se negocian identidades, pertenencias, afectos y formas de libertad. Así, la mirada sobre el ocio femenino nocturno abre un campo fértil para pensar la ciudad desde la experiencia encarnada de quienes la habitan en condiciones de desigualdad, mostrando que la noche no es un simple escenario de diversión, sino un espacio donde se condensan dinámicas de género, clase y poder que son fundamentales para entender la vida urbana contemporánea.

Por otro lado, desde la gestión de la ciudad, estas discusiones evidencian la importancia de diseñar entornos urbanos que permitan y faciliten el ocio seguro para las mujeres, calles bien si no iluminadas – porque es importante poner atención a la contaminación lumínica – sí seguras, así como transporte seguro y accesible, espacios inclusivos y diversidad de opciones nocturnas no son simplemente mejoras logísticas, sino condiciones necesarias para que el ocio, la libertad y la experimentación urbana puedan realizarse plenamente. Asimismo, la promoción de espacios inclusivos y de una diversidad real de opciones nocturnas —que no se limiten a la oferta comercial de bares o antros, sino que incluyan alternativas culturales, recreativas y comunitarias— constituye un paso necesario para democratizar la vida nocturna. De lo contrario, se corre el riesgo de que la noche siga siendo un privilegio de quienes pueden pagar altos consumos o de quienes cumplen con ciertos códigos de clase y estética. En este sentido, no se trata únicamente de mejoras logísticas, sino de condiciones estructurales que habilitan la posibilidad misma de que el ocio, la libertad y la experimentación urbana puedan realizarse plenamente.

Reconocer estas dimensiones implica, además, disputar la idea de que el ocio nocturno es un asunto “menor” frente a otras prioridades urbanas. Como han señalado las investigaciones sobre el derecho a la ciudad (Fenster, 2005; García Herrera et al., 2015; Zukin, 1996), los espacios de encuentro, disfrute y cuidado colectivo no son un lujo, sino parte del núcleo de lo que significa vivir en comunidad. Atender la noche desde la gestión urbana es, por lo tanto, una apuesta política que reconoce a las mujeres no sólo como usuarias pasivas, sino como productoras activas de ciudad.

En resumen, este capítulo subraya que la noche vale la pena por la suma de sus nodos, cada preparación, cada trayecto y cada interacción contribuyen a que la experiencia sea significativa. La vida nocturna femenina no se entiende sin reconocer estos entramados, donde el deseo, la autonomía y la creatividad se entrelazan con estrategias de seguridad, negociación social y performatividad. Entender esta complejidad permite repensar la ciudad desde la perspectiva de las noctámbulas, ofreciendo un marco para que la libertad y el ocio no sean privilegios, sino derechos y prácticas vivibles para todas.

CAPÍTULO IV. ESPACIOS Y PRÁCTICAS DE CUIDADO DE LAS NOCTÁMBULAS

A través del recorrido por distintos espacios nocturnos, observé cómo las mujeres y disidencias sexo genéricas no sólo sobreviven la ciudad en la oscuridad, como se ha estudiado (Bogren et al., 2024; Fileborn, 2015; Newton & Hirschfield, 2009), sino que tejen formas de cuidado que desafían el abandono estructural de la misma. Como diría (Butler, 2021), el cuidado es una forma de reconocer la precariedad compartida, y en la noche esa precariedad se hace más densa, más visible y más peligrosa. Sin embargo, también las formas en que se busca para vivirla se vuelven más creativas. Butler, si bien no trata el cuidado a profundidad si reconoce que no se le debe ver como una la caridad paternalista, sino un compromiso político y ético con el hecho de que nadie puede sostenerse a sí mismo por completo, y por tanto, tenemos obligaciones mutuas que trascienden fronteras y distancias.

Recuerdo una noche, afuera de un bar en frente de ciudad universitaria, cuando vi cómo dos chicas acompañaron a una tercera que estaba desorientada y llorando en medio de la calle, entre estudiantes que salían de las cantinas en estado de ebriedad visible. Las dos chicas no conocían a la tercera, se habían acercado a ella porque la habían visto en problemas. Una le ofrecía agua, otra – mientras la sostenía del brazo – le pedía su contraseña para desbloquear su celular y contactar a alguien. Karina, y su amiga se acercaron también para ayudar en lo que podían. Eran cinco extrañas tejidas por un gesto común, el acompañar a otra que se encuentra en problemas. A su alrededor, aunque la fiesta seguía en la calle, ellas por un momento crearon una “burbuja” de cuidado en medio de la acera, junto a una jardinera. Esa escena, que podría parecer menor, se puede observar en todas las noches de fiesta, con diferentes cuerpos, voces, y formas de sostenerse entre sí.

Como señala Hartman (2020), estas pequeñas prácticas encarnan formas de vida en lo “*infrathin*”³ que son actos mínimos que sostienen mundos. En este capítulo, propongo leer

³ Cuando Hartman (2020) habla de “formas de vida en lo *infrathin*”, se refiere a esas existencias precarias, sutiles, frágiles, pero también radicales, que no encajan en los grandes relatos de la historia oficial, pero que sostienen maneras de vivir y resistir en lo cotidiano. Estas formas de vida no se inscriben en grandes actos heroicos, sino en gestos mínimos, en lo que parece insignificante.

El término “*infrave*” (*infrathin* / *inframince*) tiene un origen en el arte, asociado a Marcel Duchamp, quien lo utilizaba para describir diferencias casi imperceptibles, umbrales sutiles entre estados o cosas. Hartman retoma

la noche no sólo como un espacio de riesgo, si no como un territorio de posibilidad, donde el cuidado se convierte en práctica política, afectiva y colectiva.

El objetivo de este capítulo es analizar de qué manera las prácticas de cuidado moldean la forma en que las noctámbulas se relacionan con los diferentes espacios por los que transitan y cómo la característica de estos espacios también contribuye en la forma en que se cuida, como en una relación simbiótica. Este objetivo se inscribe en las discusiones feministas sobre el cuidado como práctica situada (Canoy, 2022; P. Jirón & Gómez, 2018; Power & Williams, 2020; Puig De La Bellacasa, 2011; Soto, 2022), mostrando que su dimensión afectiva y material configura espacialidades específicas en la noche. También responde a las interrogantes planteadas en torno a la seguridad urbana con perspectiva de género, pues revela que las noctámbulas no sólo reaccionan desde el miedo, sino que generan alternativas según los espacios en los que se encuentran donde disputan los modos hegemónicos de gestionar la ciudad nocturna a través de redes de acompañamiento y cuidado creando condiciones de habitabilidad para ellas y otras noctámbulas.

A partir de los recorridos con mis participantes, observaciones y encuentros con otras noctámbulas – que si bien no son mis participantes, formaron parte de las dinámicas nocturnas tanto de manera directa como indirecta–, trato de trazar un mapa afectivo de los espacios, relaciones y estrategias que hacen posible cuidarse entre cuerpos que son considerados vulnerables en las noches, las noctámbulas. El cuidado aquí no es una idea abstracta, sino una práctica encarnada que toma forma según el lugar, la hora, las personas y las condiciones que las rodean, esto lo observo de forma clara cuando al salir con las participantes, se activan una serie de estrategias y gestos que responden a las circunstancias específicas de la noche. Por ejemplo, organizan de antemano quién llevará a quién a casa, comparten ubicaciones en tiempo real, evitan transitar por ciertas calles consideradas peligrosas o deciden qué ropa usar pensando en la comodidad y seguridad del trayecto nocturno. También se observa en cómo se turnan para cuidar a la amiga que no está en condiciones de sostenerse, en las miradas constantes para asegurarse de que ninguna se quede atrás, o en el simple acto de caminar pegadas entre sí para hacerse visibles y protegerse

esta idea para pensar en las existencias de personas racializadas y femeninas que se mueven en esos márgenes, que apenas son perceptibles pero que constituyen formas de estar en el mundo.

mutuamente. Estas acciones no son improvisadas, sino prácticas encarnadas, aprendidas y compartidas, que emergen de sus experiencias previas, de sus miedos, de las historias que se cuentan y de las condiciones materiales del entorno. Así, el cuidado se materializa en la noche como una forma de habitar la ciudad que reconoce la vulnerabilidad, pero también la fuerza de las redes afectivas y de las alianzas entre mujeres.

Por otro lado, las condiciones materiales condicionan y modelan las maneras en que el cuidado puede desplegarse, ya que determinan tanto las oportunidades como las limitaciones para llevarlo a cabo (P. Jirón & Gómez, 2018; Soto, 2022). Por ejemplo, si una ciudad cuenta con iluminación pública deficiente, transporte inseguro o espacios públicos deteriorados, estas carencias condicionan las estrategias que las personas – especialmente las mujeres – deben poner en marcha para cuidar de sí mismas y de otras. Durante la noche, la falta de equipamiento adecuado como alumbrado público, señalización, accesos seguros o transporte confiable – o transporte en general – incrementa la necesidad de practicar el cuidado de deferentes maneras, implementadas entre las propias mujeres.

En este capítulo me propongo explorar las espacialidades del cuidado en la noche urbana, deteniéndome en las distintas formas en que las noctámbulas ejercen y experimentan prácticas de cuidado en sus recorridos y permanencias nocturnas. Me interesa observar cómo estas formas se configuran de manera distinta dependiendo del entorno. No es lo mismo las prácticas de cuidado en una calle oscura que hacerlo dentro de un foro, un bar o cualquier otro espacio cerrado, incluso cuando este último sea privado. Estas diferencias no son menores, pues tienen implicaciones directas en la manera en que las mujeres habitan la noche, en las estrategias que despliegan y en la manera en que se sienten seguras o expuestas. A partir de estas experiencias situadas, busco comprender la espacialización del cuidado, es decir, que toma forma en relación con los espacios, los cuerpos y las circunstancias concretas que los rodean.

El capítulo lo divido en cuatro apartados. En primer lugar me enfoco en explorar el cuidado como un acompañamiento constante y relacional. Centro mi atención en la interdependencia, tomando como base el trabajo de (P. Jirón & Gómez, 2018) y en cómo esta se materializa en las tramas relacionales que se tejen entre las noctámbulas. A lo largo de sus trayectos y encuentros, las mujeres alternan constantemente entre los roles de cuidadoras y

cuidadas, dependiendo del momento, de las circunstancias o de las vulnerabilidades que se presentan. Estas relaciones no son fijas ni unilaterales, sino que se sostienen en un vaivén continuo donde las redes afectivas se hacen palpables y sostienen la posibilidad misma de habitar la noche. En esta línea avanzo hacia una reflexión sobre el cuidado como práctica colectiva, cuando los gestos individuales se expanden y alcanzan a toda una comunidad nocturna que comparte tiempos, espacios y vulnerabilidades. Me interesa aquí, más allá de los vínculos personales, cómo estas emergen formas de protección que involucran a desconocidas y desconocidos, configurando una especie de “ética del cuidado” común que hace posible la sobrevivencia y la adaptación en contextos hostiles. En todo esto, me parece importante recalcar el papel fundamental que tiene el acompañamiento virtual, esa suerte de extensión tecnológica del cuerpo que, en no pocas ocasiones, opera como una herramienta vital para sostener el cuidado a distancia. Aplicaciones de mensajería, llamadas constantes, la posibilidad de compartir ubicaciones en tiempo real, se convierten en formas de mantenerse cerca cuando el espacio físico impone distancias o peligros. Estas prácticas tecnológicas no son menores sino que permiten la vigilancia afectiva, la anticipación del riesgo y, en ocasiones, incluso salvan. Presento la interdependencia como un eje transversal en el capítulo que permite comprender el cuidado no como una acción aislada, sino como un entramado de vínculos, tecnologías, afectos y redes que sostienen la posibilidad de la vida nocturna en cada uno de los espacios que se transitan.

El segundo apartado, me centro en los espacios de tránsito y movilidad, donde analizo la centralidad de los trayectos en transporte público, por aplicación y a pie. Aquí, exploro tres escenarios; el transporte público – RUTA –, donde la colectividad y el equipamiento median la interdependencia; los servicios de transporte por aplicación, donde el cuidado se sostiene en tecnologías e interacciones en espacios desconocidos con un desconocido – el chofer del automóvil –; finalmente los trayectos peatonales, donde el caminar en compañía – la forma en que acomodan los cuerpos –, ajustar ritmos o elegir rutas compartidas se convierte en otra forma de cuidado. En el tercer apartado, me enfoco en los espacios destinados al ocio nocturno en las zonas de intensa actividad nocturna, examino cómo los lugares de disfrute nocturno se convierten también en territorios de cuidado. Aquí abordo el papel de bares, antros y centros de ocio como escenarios donde emergen pactos afectivos y colectividades que sostienen la seguridad de las noctámbulas. Asimismo, agrego el rol de los puestos de

comida y vendedores ambulantes, que, más allá de los estigmas que se les atribuyen, surgen como nodos comunitarios y microespacios de resguardo en la noche. En cada uno de estos espacios – tanto del segundo y tercer apartado –, me detengo en reflexionar sobre el equipamiento urbano – o la ausencia de él –, entendido como el conjunto de condiciones materiales que permiten, facilitan o, por el contrario, obstaculizan que el cuidado pueda sostenerse. Me refiero tanto a lo evidente, como la iluminación de las calles, la disponibilidad del transporte o de espacios seguros; como a aquellas redes invisibles, aquellas que se vuelven tangibles sólo cuando no funcionan, como las redes afectivas y sociales, redes tecnológicas. La insuficiencia o la inexistencia de este equipamiento incide directamente en las estrategias que las mujeres deben imaginar para cuidarse y cuidar de las otras, mostrando cómo el cuidado no sólo depende de las personas, sino también de los entornos que habitamos.

Sigo con un apartado donde hablo sobre las tensiones en la interdependencia, donde intento profundizar en los límites de estas prácticas. Analizo cómo el cuidado oscila entre lo colectivo y lo individual, cómo el cuerpo mismo se convierte en nodo de interdependencia a través de estrategias performativas – fingir llamadas, compartir ubicación, vigilar –, y cómo la ausencia institucional deja en manos de las noctámbulas la carga de sostener redes frágiles de protección. A forma de cierre, me tomo unos párrafos para reflexionar sobre la apropiación del espacio público a través del cuidado. Me interesa subrayar cómo la presencia no siempre organizada de cuerpos que cuidan transforma la noche y reconfigura sus sentidos. En esta ocupación, las mujeres no sólo reclaman su derecho a estar, sino que crean otros modos de habitar que se sostienen en la protección mutua y en el reconocimiento compartido de las vulnerabilidades. Así, el cuidado emerge no sólo como práctica, sino como con un potencial para resignificar el espacio y abrir nuevas posibilidades para la vida nocturna.

4.1 El acompañamiento e interdependencia en la noche

Para empezar, me gustaría destacar que es importante observar el cuidado desde una perspectiva interseccional que permite comprender cómo las mujeres que salen de noche por motivos de ocio no sólo enfrentan desigualdades históricas, sino que también producen estrategias situadas para cuidarse a sí mismas y a otras en contextos y situaciones, en

ocasiones, totalmente diferentes. Estas estrategias – como salir en grupo, compartir ubicaciones en tiempo real, modificar rutas en función de la iluminación o de la presencia de otras personas, o avisar al llegar a casa – se despliegan de forma interdependiente y encarnada, atravesadas por condiciones materiales, afectivas y espaciales. En este sentido, el cuidado no es únicamente una disposición moral, sino una forma concreta de relacionarse en el espacio nocturno, de transformarlo y hacerlo transitable – al menos parcialmente –. La ciudad se vuelve así escenario de una cartografía íntima del riesgo y del vínculo, donde las mujeres negocian sus recorridos, sus estancias y sus modos de estar. Las espacialidades del cuidado son, entonces los resultados concretos, situados y relacionales de ese proceso, es decir, los modos específicos en que el cuidado se despliega en el espacio urbano a través de sujetos, prácticas, materialidades, tiempos y afectividades.

Dentro de estas espacialidades del cuidado, una práctica que se reitera con especial fuerza es el acompañamiento constante, una forma de estar juntas que estructura y sostiene la totalidad de la experiencia nocturna. Desde la salida de casa hasta el regreso, las noctámbulas diseñan trayectorias compartidas que buscan asegurar que nadie quede completamente sola en el trayecto ni en la espera. Esta forma de acompañamiento no se limita a un trayecto físico, sino que configura una espacialidad de cuidado que se extiende a través del tiempo, del cuerpo y de lo digital. Se encarnan roles y se activan protocolos implícitos como quién va con quién, quién monitorea la ubicación, quién debe avisar al llegar. En esta práctica emerge con fuerza la figura de “la cuidadora” – a veces nombrada como “la mamá del grupo” –, quien, de forma explícita o tácita, asume la responsabilidad de sostener la vigilancia colectiva durante la noche.

Una noche de viernes alrededor de las diez de la noche, Sandra salió con su grupo de amigas a un bar en la zona de Angelópolis. Éramos seis en total, pero pude notar que había acuerdos tácitos sobre cómo cuidarse. Desde antes de salir hacia el lugar, en el chat grupal – al que me agregaron para ese evento – comenzaron a circular los siguientes mensajes: “Manden su ubicación cuando salgan de sus casas”, “¿Quién pasa por mí?”, “¿Nos vemos allá o nos vamos juntas?”. Sandra propuso que se encontraran antes en casa de una de sus amigas y saliéramos en el mismo Uber, para no llegar solas al lugar. Durante la noche, mientras bailaban, tomaban fotos y conversaban, Sandra – sin que nadie se lo pidiera –

revisaba de vez en cuando el estado de las otras, si alguna se alejaba, la buscaba con la mirada – casi inmediatamente las otras la seguían –, si alguien se sentaba mientras las otras bailaban o parecía mareada, iba a checar si necesitaba agua o aire. Cuando una de ellas decidió irse antes a eso de la una de la madrugada, Sandra fue quien se encargó de acompañarla afuera para pedir el Uber. Ella me cuenta que le pidió a la amiga que escribiera apenas llegara a casa. Más tarde, casi dos y media de la madrugada, cuando el resto del grupo decidió terminar la noche, Sandra insistió en organizar los regresos. Dividió a las chicas en parejas según hacia dónde vivían – aunque lo hacía de manera natural, no de forma autoritaria–. Pude notar que en todo momento, su cuerpo estuvo atento, su celular fue herramienta de vigilancia afectiva, y su rol, aunque no formalizado, fue asumido con naturalidad por todas. Como una de ellas me comentó “Si no fuera por Sandra, siempre se nos olvida avisar. Ella es como la mamá de todas”.

Como sugiere (Soto, 2022), la manera en que se cuida a otras personas y cómo se estructuran las relaciones de cuidado está profundamente influida por las interacciones sociales y por el entorno físico en el que estas tienen lugar. En el contexto de las salidas nocturnas, esto se manifiesta en cómo el grupo asigna – casi siempre implícitamente – roles diferenciados de cuidado. Factores como el género, la confianza, la afinidad emocional y las normas culturales influyen en quién cuida a quién, y bajo qué condiciones. La figura de la cuidadora “principal” – esa amiga que gestiona los regresos, supervisa los trayectos o permanece atenta mientras las otras siguen disfrutando del ocio – no surge de manera arbitraria, sino que se construye a partir de la historia compartida, la percepción del riesgo y la distribución afectiva del grupo. No obstante, que una de ellas asuma un papel protagónico en el sostenimiento de estas prácticas de cuidado no implica que ella misma quede fuera de la red, es decir que no sea cuidada. Estas relaciones son interdependientes, incluso quien cuida necesita ser cuidada. Así, en estas dinámicas nocturnas, el cuidado no es unidireccional ni fijo, sino que se redistribuye de manera flexible, respondiendo tanto al entorno urbano como a la disposición emocional del grupo, y materializándose en prácticas corporales, digitales y afectivas que expanden la posibilidad de habitar la noche de manera colectiva.

4.1.1 El acompañamiento como práctica de cuidado constante entre las noctámbulas

Durante el día, el tránsito puede prescindir con mayor facilidad del acompañamiento, apoyado en la mayor circulación de personas, la iluminación natural, los comercios abiertos y una relativa sensación de orden. En cambio, por la noche, cuando el paisaje se transforma, disminuye la presencia de cuerpos en las calles, los servicios son más limitados y la oscuridad activa esa sensación de peligro – aún si se vive en un ambiente de ocio –. Aquí es donde el acompañamiento se revela como una práctica clave. Acompañarse no es un gesto menor, sino una forma de relacionarse con el espacio, adaptándose a un entorno que se percibe como hostil o incierto para las noctámbulas. Hay una necesidad de estar con alguien no sólo por protección física, sino también para cuidar la experiencia misma del ocio, sosteniéndola cuando el miedo podría interrumpirla.

El acompañamiento constante entre noctámbulas no es un acto puntual ni exclusivamente físico, se integra a las prácticas de cuidado “físico” que se da en espacios específicos, el acompañamiento virtual – a través de aplicaciones – es una práctica transversal que permea toda la experiencia nocturna, articulándose de manera sostenida antes, durante y después de cada salida. Es decir, no se trata únicamente de caminar juntas o tomar el mismo taxi o servicio de transporte, sino de mantenerse vinculadas a través de múltiples canales y formas de presencia. Esta práctica se espacializa en distintos escenarios – las zonas de intensa actividad nocturna, los trayectos, las esperas, etc. –, pero también se temporaliza, extendiéndose más allá del momento del encuentro, muchas veces comenzando desde la planeación del trayecto y prolongándose hasta el momento en que todas han llegado a casa. Este acompañamiento se materializa en cuerpos que se mueven juntos, pero también en mensajes constantes, ubicaciones compartidas en tiempo real, llamadas breves para asegurarse de que todo va bien o incluso en silencios que sostienen la conexión emocional. De esta forma, se construye una red de cuidado que no es únicamente de manera física, sino que se trata de acompañar, aunque sea a la distancia; por un lado, para amortiguar los riesgos que impone la noche y por otro lado – y quiero afirmar que la razón principal de las noctámbulas –, para garantizar que el ocio pueda sostenerse sin verse interrumpido por la sensación de inseguridad o el miedo.

El acompañamiento virtual se ha consolidado como una estrategia clave dentro del repertorio de cuidado de las noctámbulas que deben desplazarse solas por la ciudad. A través de llamadas, mensajes constantes o el uso de aplicaciones de localización compartida, se teje esta red de compañía a distancia que, aunque no puede intervenir de forma inmediata ante un riesgo, ofrece una presencia simbólica y afectiva que permite sostener el trayecto. Esta forma de acompañamiento – que no es física sino emocional – produce una espacialidad extendida del cuidado, una que depende de la interfaz de los dispositivos móviles y que mantiene activas las relaciones de confianza, aun en medio del tránsito solitario. Como han señalado (Pink et al., 2016), estas tecnologías permiten un monitoreo en tiempo real que genera sensaciones de vigilancia compartida y tranquilidad relativa. Actuando entonces como un sostén ante el miedo o la incertidumbre del camino nocturno. Sin embargo, esta práctica no está exenta de tensiones ya que dependen de redes también, no físicas como en el espacio público sino redes que hace posible esa conexión como la estabilidad de la conexión a internet, del acceso a dispositivos móviles y de redes sociales confiables. Esta forma de acompañamiento, pone en evidencia la carga emocional y logística que implica vivir la noche para las noctámbulas, donde la autonomía en el espacio público está constantemente mediada por tecnologías de cuidado y dispositivos de vigilancia afectiva. Así, incluso en la distancia, el acompañamiento no deja de ser una forma de estar juntas, una forma de cuidar y ser cuidadas, que transforma lo digital en un territorio afectivo frente a la hostilidad de la noche.

Sandra, que vive a unas cuantas cuadras de Ciudad Universitaria, donde suele ser uno de sus puntos de encuentro con sus amigas, aquella noche salió con amigas a un bar de esa zona. Aunque al terminar la salida varias tomaron taxis de aplicación juntas, ella fue la última en quedarse porque vivía más cerca. Optó por caminar unas pocas calles hasta su casa, algo que había hecho antes, pero esto no lo hace no sin tomar medidas. Antes de despedirse del grupo, le dijo a su mejor amiga, que le llamara durante ese trayecto. Es algo que hacen con frecuencia ya que ella suele caminar sola hasta su casa “una llamada es mejor y no tengo que sacar el celular” me dijo haciendo énfasis en que si sacaba el celular podía llamar la atención pero en la llamada, con sus audífonos puestos, podía parecer que caminaba con naturalidad. Esa noche no fue la excepción. Mientras caminaba, Sandra guardó su celular en su mochila con los audífonos puestos. Su amiga le hablaba, hablaban con tono relajado, pero sobre todo hablaban sobre lo que había pasado esa noche, sin embargo, ella se mantenía atenta a los

sonidos de fondo. Aunque no había peligro visible – la calle estaba vacía –, la compañía auditiva transformó el recorrido, lo hizo más ameno. En algún momento, Sandra sintió que un joven venía caminando detrás de nosotras demasiado cerca, y simplemente cambió de acera. “No quise arriesgarme”, me dijo y siguió en la charla. Una vez que Sandra entró a su edificio, avisó que ya había llegado pero la llamada continuó hasta que su amiga avisó que ya estaba en casa también.

Este acompañamiento fue posible porque Sandra y su amiga contaban con los elementos técnicos necesarios para sostener la conexión como un celular con batería suficiente, acceso a datos móviles, señal estable y, quizá lo más importante, una red afectiva disponible y dispuesta a cuidar. Estos componentes, aunque puedan parecer triviales o dados por hecho, constituyen una base material y relacional sin la cual la vigilancia mutua no podría darse. Así como en el espacio público, en el espacio virtual es precisamente la confluencia entre lo técnico y lo emocional lo que permite que estos gestos de cuidado a distancia adquieran importancia. Lo que en apariencia podría parecer una escena cotidiana y mínima – una mujer caminando por la calle mientras habla por teléfono – encierra una complejidad espacial, tecnológica y afectiva que no debe subestimarse. Ese acto configura una espacialidad de cuidado extendida, donde el cuerpo de la noctámbula, el dispositivo móvil y la atención constante de quien escucha a distancia se articulan para producir una sensación de seguridad. El entorno urbano, entonces, se reconfigura nuevamente y no se transita sola, sino acompañada por una voz que sostiene, que vigila, que responde. En esta forma de habitar la noche, el “estar con alguien” se desmaterializa pero no pierde eficacia. La compañía se da en un sentido más emocional, auditivo, simbólico. La sola presencia de la otra en el auricular genera un efecto de contención, de continuidad, más allá del cuerpo y del lugar. Se trata de una relación situada que responde a la necesidad de mantener el lazo, de que alguien sepa dónde están, cómo están. Las tecnologías móviles configuran una experiencia “tecnológica-afectiva” del cuidado en el espacio urbano nocturno. Es decir, no se trata únicamente de dispositivos funcionales, sino de plataformas que modelan cómo se experimenta el miedo, el acompañamiento y la seguridad. Como señala Bevan (2024), esos dispositivos proyectan una usuaría que se autorregula, vigila y permanece conectada para “sentirse segura”, revelando una forma contemporánea de seguridad que se construye en la virtualidad. En esta línea, el teléfono se convierte en una interfaz de cuidado. Tanto la voz, la vibración y la notificación

no son meros datos, sino vínculos sensibles que median el tránsito por espacios que de otro modo serían amenazantes. El acompañamiento virtual, entonces, no sólo refleja una estrategia ante la inseguridad, sino que constituye una forma relacional de habitar la ciudad. Pero este cuidado no es universal ni garantizado, depende del acceso a tecnología, a redes de apoyo, y a un saber situado que ha aprendido, a fuerza de experiencia, a movilizar estos recursos frente al miedo.

Una noche, Karina salió sola de un bar en el centro hacia su casa que se encuentra cerca de Ciudad Universitaria. Su celular no contaba con datos móviles, así que no tenía forma de comunicar su trayecto ni a sus amigos ni a su *roomie*. Mientras esperaba al último servicio de RUTA, intentó sin éxito enviarle un mensaje a su amiga para avisarle que ya iba en camino pero no pudo – le ofrecí mi celular para hacerlo –. Durante el trayecto, noté en su mirada y postura una más tensa. Sin acceso a geolocalización compartida, sin la posibilidad de hacer una llamada y sin nadie siguiendo su recorrido en tiempo real, Karina en ese momento experimentaba lo que muchas otras noctámbulas, la exposición al hecho de no tener las herramientas necesarias para activar una red de cuidado digital. En lugar de sostener la experiencia de ocio, como en otros casos donde hay acompañamiento constante, la incertidumbre y falta de comunicación hicieron que se notara distraída de lo que fue una noche de disfrute para ella y un tanto ansiosa por el entorno. Este episodio contrasta de manera contundente con otros trayectos en los que Karina sí había logrado mantenerse conectada, cuando tenía acceso a internet, solía compartir la ubicación en tiempo real con sus amigos y mantenerse en contacto a través de mensajes durante los traslados. Pero esa noche estaba sola – de no ser por mi compañía –, sin dispositivos adecuados ni red disponible, enfrentando de forma más directa los límites materiales del cuidado digital.

Como enuncia (Nemer, 2015), el acceso a tecnologías y la capacidad de usarlas como herramientas de resistencia no se distribuye de manera equitativa, y quienes habitan condiciones de marginalidad tecnológica están doblemente expuestos tanto al peligro físico del entorno y a la imposibilidad de activar una red de apoyo mediada por lo digital. A esto se suma lo que Puig De La Bellacasa (2011) describe como la dimensión práctica y situada del cuidado, es decir, no basta con tener intenciones, se necesita un andamiaje afectivo pero también técnico que lo haga posible. Nuevamente se ve cómo el cuidado, aún mediado

tecnológicamente, se inscribe en el cuerpo, en la rutina, en las relaciones, en el espacio y en los objetos. En un entorno urbano donde las condiciones estructurales de seguridad fallan sistemáticamente, las noctámbulas activan su propia red de cuidado, no sólo para protegerse, sino para sostener el derecho a estar, a moverse, a disfrutar.

En este trabajo no me detengo a analizar en profundidad dichas condiciones materiales – toda la infraestructura que permite la comunicación virtual –. En cambio, me interesa explorar las estructuras emocionales y relacionales que hacen posible este tipo de cuidado tanto a distancia como físicamente. Estas formas de acompañamiento, tanto presenciales como virtuales, no son gestos aislados ni fortuitos, más bien, responden a una lógica más amplia de organización del cuidado entre mujeres que salen de noche y se reproduce en cada uno de los espacios que transitan. Lo que se pone en juego no es sólo la seguridad individual, sino una manera colectiva de habitar la ciudad desde vínculos de responsabilidad mutua. Así, se vuelve evidente que estas prácticas están ancladas en una noción de interdependencia, donde la posibilidad misma de circular, disfrutar o simplemente estar en el espacio urbano nocturno, depende de relaciones de apoyo recíproco que se construyen y sostienen desde lo afectivo, lo ético y lo político. A continuación, me detendré en este principio de interdependencia como eje central de las espacialidades del cuidado entre noctámbulas.

4.1.2 La interdependencia como clave para el análisis el cuidado nocturno

La interdependencia, durante la noche, se revela como una característica central de las interacciones de las noctámbulas en contextos urbanos atravesados por la violencia de género, el miedo y la desigualdad. Se hace especialmente visible y necesaria y se expresa en prácticas de cuidado frecuentes como compartir ubicación, caminar juntas hasta cierto punto, esperarse para tomar un transporte o permanecer conectadas por mensajes o llamada durante un trayecto. Pero más allá de las formas específicas de acompañamiento, lo que estas prácticas sostienen es una red afectiva y hasta cierta forma política que desestabiliza la noción de autonomía como requisito para el disfrute del espacio público. Desde una mirada del cuidado, la interdependencia no sólo implica que nos necesitamos mutuamente para sobrevivir, sino que esa necesidad está mediada por relaciones situadas, cuerpos concretos y

desigualdades materiales (P. Jirón et al., 2020; P. Jirón & Gómez, 2018). En el caso de las noctámbulas, esta interdependencia se construye a partir de experiencias compartidas, de saberes sobre el riesgo y de la constante activación de estrategias para sostener la experiencia del ocio frente a contextos hostiles. No se trata simplemente de “ayudarse” o una práctica que se da solamente entre amigas, sino de articular modos de estar en el mundo juntas, en donde el cuidado no es una acción ocasional, sino una forma de vida.

Durante una salida con Karina y sus amigos hacia un bar ubicado frente a la biblioteca central de Ciudad Universitaria. Al llegar, vimos a una joven visiblemente alcoholizada, apenas podía sostenerse sentada en una jardinera, mientras un hombre, que no parecía estar en el mismo estado, le ofrecía insistentemente una bebida. Al notar la situación, una de las amigas de Karina se aproximó a la chica para asegurarse de que estuviera bien; enseguida, el resto del grupo intervino, pidieron al joven que se retirara a comprar agua y se quedaron a acompañarla. La escena se transformó en un punto espontáneo de cuidado colectivo donde otras jóvenes que pasaban se acercaron para ofrecer pañuelos, preguntar si necesitaban ayuda o simplemente para hacer presencia. Sólo después de confirmar que el hombre era efectivamente su pareja, y de pedir que les avisaran cuando llegaran a casa, el grupo permitió que se retiraran. Esa escena como muchas otras parecidas que observé durante mis salidas con las participantes, revela cómo la vulnerabilidad compartida puede activar formas de cuidado incluso entre personas desconocidas. Como sostiene (Butler, 2016), la interconexión entre los cuerpos precarios puede dar lugar a solidaridades situadas que exceden los límites de los vínculos íntimos, abriendo paso a una ética de la responsabilidad común. En contextos como el nocturno, donde el riesgo se intensifica, este tipo de respuesta colectiva se vuelve fundamental. El ejemplo de Karina muestra cómo, de forma casi intuitiva, se configura una red de apoyo entre mujeres que no se conocían, pero que reconocieron una situación de riesgo con la que se identificaron y decidieron actuar. Coincidiendo con Carmona Gallego (2019), podríamos decir que estas formas de cuidado surgen de un reconocimiento mutuo de la fragilidad y de una disposición afectiva que concibe el espacio público no como un terreno de competencia individual, sino como un tejido relacional donde la seguridad de unas depende también del cuidado de otras.

Esta interdependencia, si bien nota con especial intensidad entre noctámbulas, no se limita a ellas. Los noctámbulos – amigos, parejas, conocidos o incluso desconocidos – también forman parte de este entramado afectivo que, en ciertos contextos, posibilita el cuidado compartido. Aunque los roles de género les asignan otras posiciones frente al riesgo y el cuidado, muchos de ellos participan activamente en estas redes, especialmente cuando forman parte de estos grupos como cuando esperan para acompañar a casa, se organizan junto con el grupo para regresar juntos, o se suman a situaciones de apoyo espontáneo como la narrada anteriormente.

Una noche, mientras caminaba con Joyce y su grupo de amigos por el Centro Histórico de Puebla, noté cómo la logística del cuidado se ponía en marcha sin necesidad de nombrarla como tal. Habían salido a celebrar el cumpleaños de uno de los jóvenes del grupo, y aunque el ambiente era relajado, antes de decidir a qué bar ir, se discutió qué tan lejos estaba cada lugar del punto donde después tomarían sus servicios de transporte. Uno de los amigos, dijo que no tenía problema en acompañar a “las chicas” a sus casas si se quedaban más tiempo. Esta vez Joyce decidió quedarse aún después del horario de servicio de la RUTA. Al salir del lugar, sin que mediara ninguna petición explícita, él nos acompañó en transporte por aplicación, asegurándose de que Joyce entrara a su casa. Ella me comenta que es una práctica que tienen sus amigos, el que “si se les hace tarde” – para tomar la RUTA – alguno de ellos las acompaña. Este caso muestra cómo el cuidado nocturno también puede incluir a los noctámbulos, especialmente cuando existe un vínculo previo y afectivo. Aunque se suele adjudicar el rol de protección o vigilancia masculina a una figura de autoridad – el padre, el novio, el hermano o incluso el policía – (Canoy, 2022), en este caso se muestra una forma distinta de involucramiento masculino en el cuidado nocturno. No se trató de un ejercicio de control, vigilancia o tutela, sino de un cuidado que emergió desde vínculos afectivos previos y desde una organización colectiva, más cercana a pensar desde el acompañamiento que desde una lógica de poder. En lugar de reproducir la figura del varón protector que impone límites o condiciones, los amigos de Joyce se integraron como parte activa de una red de afectos y responsabilidades compartidas, donde la preocupación por el bienestar de las otras personas – particularmente las mujeres del grupo – no se expresó como dominación, sino como disponibilidad.

Lo que ocurre en estos espacios no es sólo una redistribución de las tareas de cuidado, sino una reapropiación del cuidado como práctica relacional, tejida en la convivencia cotidiana entre pares. En este contexto, los hombres no “cuidan” por obligación, por deber moral o por jerarquía, sino porque son parte del mismo tejido relacional que sostiene las salidas nocturnas, sus riesgos, sus placeres y sus contingencias. Las relaciones de amistad constituyen un terreno fundamental para comprender cómo se configura el cuidado en los desplazamientos nocturnos. Lejos de limitarse a vínculos familiares o institucionales, el cuidado, según Bowlby (2011), también se enraíza en la amistad, en la co-presencia y en la disponibilidad mutua que se ejerce desde el afecto cotidiano. En la noche urbana, cuando las condiciones exponen la vulnerabilidad de las noctámbulas, son precisamente los lazos amistosos los que posibilitan formas de cuidado interdependiente que trascienden las nociones convencionales de protección. Entre mujeres y hombres, siempre que se construya desde una disposición afectiva y no desde la lógica vertical del resguardo masculino. Cuando los varones que forman parte de estas redes relacionales reconocen su lugar dentro de una trama horizontal de cuidado y no como garantes únicos de la seguridad, es posible que se generen formas de *caring-with* (Canoy, 2022) que habiliten el acompañamiento mutuo sin anular la autonomía de las noctámbulas.

Sin embargo, esta horizontalidad no siempre es evidente ni garantizada. Está condicionada por los vínculos previos, la percepción mutua de confianza, y la posibilidad de que los hombres reconozcan su propio lugar dentro de una red de cuidado. De lo contrario, su presencia puede adquirir una connotación ambigua o incluso amenazante. Lejos de habilitar una lógica horizontal, la interacción se vuelve tensa, mediada por la sospecha, la defensa y la necesidad de estrategias precautorias por parte de las mujeres. En estos casos, los hombres no sólo están fuera del entramado de cuidado, sino que pueden convertirse en potenciales disruptores del mismo, se presentan como cuerpos vigilantes, invasivos o incluso peligrosos. Esta distancia no es sólo emocional, sino también política, porque revela la desigual distribución del riesgo en la noche y la dificultad de construir relaciones de confianza fuera de ciertos marcos afectivos previos. Por ejemplo, en el caso de Valentina y su amiga que viajaban en un servicio de transporte por aplicación y mantenían distancia con el conductor incluso sin la presencia de una amenaza explícita – lo hacen por experiencias previas –, muestra cómo la figura masculina puede parecer sospechosa, generando una

interacción marcada por la tensión. Lejos de habilitar una lógica horizontal de cuidado, la presencia del conductor introduce una distancia que obliga a las noctámbulas a activar estrategias precautorias para protegerse mutuamente. Y es que no es sólo que estos hombres no cuidan, sino que en su no pertenencia al entramado afectivo reproducen – consciente o inconscientemente – las lógicas de control o amenaza que hacen del espacio nocturno un lugar hostil. Por eso, como han planteado autores como Bowlby (2011), Canoy (2022), Engster (2005) el problema no es sólo de ausencia de cuidado, sino de una masculinidad que históricamente ha ocupado el espacio público desde el poder y no desde la reciprocidad. Reconocer esta distinción entre los hombres que se integran al cuidado afectivo y los que permanecen al margen permite entender mejor por qué las redes de interdependencia no se pueden improvisar en el momento sino que son fruto de experiencias compartidas, de confianza construida y de una disposición de asumir la vulnerabilidad propia y la de las demás.

Es en este entramado relacional donde se configura lo que podemos llamar una comunidad noctámbula. Que puede ser un colectivo efímero – que dura al menos ese periodo de la noche – pero potente, que no sólo acompaña sino que también transforma el espacio. Esa comunidad crea, en la práctica, espacios de cuidado que funcionan como refugios móviles no sólo frente a la exposición al riesgo sino como he anotado en la continuidad del ocio. No se trata sólo de transitar la noche, sino de habitarla en términos afectivos y políticos, relacionándose con los espacios nocturnos desbordando los límites de lo individual para hacer del cuidado una forma compartida de resistencia urbana – aunque no se esté plenamente consciente de esto –.

4.2 Espacios de tránsito y movilidad

Como sabemos, los espacios públicos, lejos de ser escenarios neutros para el esparcimiento o la circulación, se vuelven entornos atravesados por violencias de género, acoso callejero y una constante sensación de amenaza, especialmente para las mujeres que los habitan. Diversos estudios han señalado que estas formas de exposición se intensifican durante la noche (Carbone & Hernández-González, 2021; Kovac & Trussell, 2015; Newton & Hirschfield, 2009; Vaadal, 2020), momento en el que los cuerpos femeninos quedan más

vulnerables ante un entorno urbano que históricamente no ha sido pensado desde sus necesidades. En este contexto, la ausencia del Estado como garante de condiciones mínimas de seguridad – por ejemplo, a través de equipamiento adecuado, luminarias funcionales o presencia institucional sensible – empuja a las mujeres a asumir la responsabilidad de su protección (Bautista Arias, 2022). No se trata únicamente de una cuestión individual, sino del despliegue un cuidado que no viene desde el estado, sino que es un cuidado colectivamente aprendido, enraizado en formas de socialización que se transmiten desde edades tempranas. Como señala Mercado-Celis (2018), cuando el Estado no actúa, las personas que transitan la noche se ven obligadas a compensar esa ausencia. Esto lo hacen mediante estrategias aprendidas como elegir rutas específicas, coordinar salidas acompañadas, compartir ubicaciones en tiempo real, o preferir algún tipo de transporte, son sólo algunas de las prácticas que configuran una gestión de sus salidas desde el cuidado. Estas decisiones no son aisladas ni improvisadas, sino que se inscriben en una lógica relacional y práctica que articula lo cotidiano con lo estructural, y que permite que el ocio nocturno se sostenga a pesar de la precariedad del entorno.

En los espacios públicos, durante la noche, las prácticas de cuidado adquieren formas distintas y muchas veces en condiciones más precarias que en los espacios privados – como bares, antros, restaurantes o foros –, justamente porque carecen del equipamiento que podrían ofrecer refugio, o garantizar la seguridad o mediación ante el riesgo. Aun así, estos espacios no son homogéneos ni completamente hostiles, en ellos se despliegan prácticas situadas que buscan el cuidado – como proteger, acompañar o resguardar – de las noctámbulas. En plazas, banquetas, calles avenidas, estaciones de transporte o parques, es común que las noctámbulas se acompañen – caminen juntas, se esperen unas a otras, compartan rutas o señales para orientarse ante cualquier peligro –, estas prácticas evidencian que el cuidado no sólo se expresa en acciones aisladas, sino en el modo en que los cuerpos – como un espacio (Reyes-Sánchez, 2021) – se posicionan, se mueven y se conectan en un espacio más grande como el urbano.

Estas formas de cuidado corporalizado y colectivo en el espacio público muestran que, aun en escenarios precarios y expuestos, las noctámbulas encuentran modos de sostenerse mutuamente frente al riesgo. Sin embargo, no todos los espacios implican las

mismas condiciones ni demandan las mismas estrategias, en algunos, como en el transporte público, el cuidado no solo depende de los vínculos afectivos, sino también en el equipamiento urbano y las relaciones que median la experiencia de la noche. El caso de la RUTA resulta ilustrativo, pues ahí el cuidado se despliega en relación con un equipamiento y redes que ofrecen cierta contención – iluminación, estaciones delimitadas, presencia de otros pasajeros –.

4.2.1 Transporte público (RUTA). Prácticas de cuidado sostenidos en su equipamiento y colectividad

El transporte público nocturno no sólo permite continuar la construcción del ocio o de regreso al hogar, sino que se convierte en un espacio clave donde el cuidado se reconfigura, se comparte, y en ocasiones, se sostiene colectivamente entre mujeres.

Retomo, por ejemplo, el caso de Sara y sus amigas del capítulo anterior, en el que me parece muy claro como el ocio que van construyendo es sostenido por las prácticas de cuidado que se ejercen dentro de un espacio móvil como los que tratan Jirón & Iturra (2011), el trayecto en transporte público no es sólo un medio para llegar al lugar de la fiesta, sino un espacio donde el cuidado entre amigas posibilita la construcción anticipada del disfrute. Una vez dentro de la RUTA, Sara y sus amigas seleccionan estratégicamente sus lugares, buscan sentarse juntas, evitar estar cerca de hombres solos o de otros grupos, y se mantienen atentas entre sí. Una vez que se sientan, observan que todas traigan sus bolsas y de vez en cuando miran hacia las demás personas que se transportan en el mismo espacio. Estas prácticas, aunque pueden parecer rutinarias, son formas activas de cuidado que les permiten sentirse más tranquilas y convertir el trayecto en una extensión del espacio de ocio, ríen, platican o retocan su maquillaje mientras intercambian fotos. Según Jirón (2010), los desplazamientos cotidianos son espacios relacionales y afectivos, donde las personas – particularmente mujeres – desarrollan estrategias para protegerse, sostenerse y acompañarse en movimiento. Sara y sus amigas convierten el trayecto en un espacio de vínculo emocional y disfrute anticipado, que resignifica el transporte como parte del ocio y no sólo como tránsito. Estas acciones coinciden con la noción de Jirón de que el cuidado en movilidad implica tanto acciones materiales – como elegir el lugar donde sentarse – como afectivas – como sostener

el ánimo colectivo o compartir alegría –. En este sentido, el cuidado no es sólo defensa frente al peligro, sino también una forma de crear posibilidad de gozo y pertenencia, aún en movimiento.

Sin embargo, incluso en el transporte público, específicamente en la RUTA, podemos destacar que existen, características que influyen en la forma en que se practica el cuidado. La RUTA ofrece una espacialidad distinta a cualquier otro sistema de transporte público en la ciudad, que si bien requiere prácticas específicas de cuidado, no se percibe de manera negativa en todos los casos. De hecho, la mayoría de las participantes reconocen en las condiciones materiales de la RUTA que les permiten moverse con relativa confianza durante la noche, llegan a señalar, las estaciones iluminadas, la presencia de guardias, la vigilancia por cámaras visibles y la iluminación interior de los autobuses; los cuales son elementos que configuran un entorno en el que se muestran más relajadas que en el de las calles y avenidas por las que deben transitar para llegar a las estaciones. En este contexto, las prácticas de cuidado que se desarrollan no surgen necesariamente del miedo, sino de una conciencia atenta del entorno. Se posicionan en lugares estratégicos dentro de las estaciones como bajo las luces o cerca de los accesos, eligen vagones menos vacíos – si es que no pasan autobuses con vagones para mujeres –, se comunican entre ellas sobre las rutas o la salida, y, en caso de viajar solas, mantienen contacto con redes de apoyo por mensaje o llamada. Son acciones que se han vuelto parte habitual en la forma de relacionarse con la noche, en este caso, no porque el equipamiento sea inherentemente hostil, sino porque el cuidado es una forma activa de estar presentes en una ciudad que sigue siendo desigual y, en muchos tramos, impredecible.

Joyce suele tomar la RUTA los fines de semana por la noche cuando va o regresa sola de reuniones con amigas que generalmente son en el centro de la ciudad. Aunque vive relativamente cerca de una estación principal, sabe que después de cierta hora la frecuencia de la RUTA disminuye y el entorno de la estación – aunque iluminado – puede volverse solitario aunque no lo considera peligroso. En el autobús busca sentarse cerca del conductor, después de las nueve de la noche los autobuses no están concurridos así que toma siempre el mismo asiento – si no está ocupado, si lo está, toma uno cercano –. Estas decisiones las toma de manera automática, sin pensarlo demasiado, como parte de un repertorio de cuidado que

ha interiorizado con la experiencia. Joyce, no considera la RUTA un espacio peligroso, al contrario, dice que es su medio de transporte preferido para regresar a casa de noche, especialmente si lo compara con viajar sola en un transporte por aplicación “al menos este no se puede desviar”. La seguridad de tener rutas establecidas y más formalidad que otro tipo de transporte, genera cierta tranquilidad. Las prácticas que surgen aquí, son prácticas que no surgen de la hostilidad, sino de su condición de habitante nocturna en una ciudad que ofrece condiciones desiguales para moverse con tranquilidad – como lo trato en el capítulo anterior –.

Cabe señalar que esta experiencia positiva en la RUTA se refiere específicamente a la Línea 3 y al recorrido que realizan las participantes de esta investigación. En ese tramo, las estaciones cuentan con buena iluminación, presencia de personal de seguridad y un entorno relativamente ordenado. Este equipamiento permite que las prácticas de cuidado sean más de acompañamiento y menos reactivas al miedo constante. Esta no es una condición generalizable a todo el sistema de transporte, ni a otras líneas ni incluso otras estaciones dentro de la misma línea, que presentan condiciones desiguales, con iluminación deficiente, escasa vigilancia o un entorno más deteriorado. Así, la percepción de seguridad y las posibilidades de cuidado varían notablemente según el tramo recorrido, lo que refuerza la idea de que el cuidado nocturno no puede pensarse sin atender a las diferencias espaciales concretas dentro de la misma red urbana. Como señala Caldeira (2007), la fragmentación urbana en las ciudades latinoamericanas no sólo se expresa en términos territoriales, sino también en el acceso diferencial a bienes y servicios. Esta fragmentación se manifiesta, por ejemplo, en la posibilidad de tener un trayecto relativamente protegido en ciertos sectores de la ciudad, mientras que en otros la experiencia del desplazamiento nocturno está marcada por la exposición y la precariedad. En ese sentido, las noctámbulas construyen sus estrategias de cuidado a partir de un mapa afectivo y experiencial de la ciudad, reconociendo qué trayectos pueden ser más viables, seguros o al menos predecibles.

Imagen 14. Interior de un autobús de RUTA, línea 3. Más mujeres viajan solas



Imagen 15. Estación de RUTA "Analco" en el centro histórico



En el caso de la RUTA, el cuidado depende también de la presencia simultánea de múltiples personas que comparten horarios, trayectos y paradas, posibilitando una experiencia en la que la compañía no depende únicamente de vínculos previos, sino de la confianza y el resguardo que ofrece el hecho de viajar – aunque sea por desconocidas – en un mismo recorrido.

Una noche de viernes, acompañé a dos jóvenes, Sandra y su prima, que tomaban la RUTA desde la estación CU rumbo al centro de la ciudad. Ambas acostumbraban usar ese medio para salir, pues conocían bien los horarios y sabían en qué estaciones era mejor esperar juntas. Mientras avanzábamos por el pasillo elevado de la estación, noté que no sólo se cuidaban entre ellas, sino que con gestos sutiles iban integrando a otras mujeres que viajaban solas. Una chica, con auriculares puestos, no encontraba un lugar para subir al vagón cuando el autobús llegó. Sandra le hizo una seña amistosa y se hicieron a un lado para que pudiera subir junto a ellas. La chica sonrió, se quitó un auricular y agradeció. No intercambiaron nombres ni siguieron conversando, pero ese gesto fue suficiente para crear una atmósfera de compañía momentánea, se cuidaban durante lo que duró el trayecto de la chica que bajó estaciones antes que ellas. Al bajar del transporte, la prima de Sandra contó que una vez viajaba sola de regreso a casa después de una fiesta, y un grupo de chicas que ya conocía de vista en la RUTA, pues se las encontraba seguido en el transporte durante las noches aunque nunca había hablado con ellas, la invitaron a caminar juntas desde la estación hasta una calle transitada. Estos ejemplos pueden ser reveladores de cómo se tejen espacios de cuidado afectivo, donde gestos mínimos – como compartir trayectos, dar indicaciones o simplemente hacer presencia – permiten que otras mujeres, que no pertenecen al grupo o incluso que son mujeres que no son noctámbulas, habiten la noche de una forma menos hostil. No se trata de transformar completamente la infraestructura ni de construir vínculos profundos, sino de generar condiciones simbólicas para que el trayecto nocturno deje de ser solitario, y en su lugar, se vuelva un espacio compartido.

Ahmed (2006) dice que los cuerpos, al estar juntos, producen afectos y orientaciones que hacen posible que un espacio se viva como más o menos seguro. Es decir, generan un campo de percepción compartida, permiten que algunas trayectorias se vivan como posibles y seguras, mientras que otras se experimenten como bloqueadas o amenazantes. Aplicado a

la vida nocturna y, particularmente, al transporte público como la RUTA, esto significa que la experiencia de seguridad no se deriva únicamente del equipamiento del autobús o los vagones o de la vigilancia por parte de los guardias o el chofer, sino de cómo los cuerpos se relacionan entre sí. Viajar acompañada – aunque sea por desconocidas – puede transformar la percepción del espacio. La simple cercanía corporal crea una orientación colectiva que sostiene la posibilidad de transitar la noche. En contraste, cuando un espacio está vacío, los cuerpos aislados intensifican la percepción de vulnerabilidad, pues no hay un “campo afectivo” compartido que amortigüe ese sentimiento. De esta forma, la RUTA se convierte en un espacio donde la colectividad genera condiciones mínimas de resguardo, sobreponiéndose a la sensación de aislamiento que suele acompañar la experiencia urbana de las mujeres en la noche.

Sin embargo, la temporalidad de este transporte impone un límite importante, lo que significa que las participantes deben ajustar sus tiempos de ocio y retorno a esa ventana operativa. Esta restricción horaria introduce nuevas tensiones, no sólo obliga a planificar con precisión el final de la noche, sino que muchas veces condiciona la elección de actividades, los lugares a visitar y la duración del encuentro nocturno. Es en este punto donde muchas noctámbulas recurren a servicios de transporte por aplicación, como Uber o Didi. Y aunque estos representan una alternativa más rápida y flexible que el transporte público tradicional, su uso también conlleva nuevas dimensiones de vulnerabilidad – como mencioné en el capítulo anterior – especialmente en relación con el vínculo directo con el conductor. La elección entre ambos sistemas no se define únicamente por comodidad o rapidez, sino por una evaluación compleja en la que se pondera la seguridad, el costo, la autonomía y el tipo de trayecto. Así, la espacialidad de cuidado cambia nuevamente al cambiar de medio de transporte.

4.2.2 Transporte por aplicación. Prácticas de cuidado al “estar atrapada”

Si bien muchas de las participantes recurren a este tipo de transporte por la rapidez, por la posibilidad de ser llevadas directamente a casa, o porque les permite extender su tiempo de ocio más allá del último recorrido de la RUTA, no lo hacen de forma despreocupada. De hecho, el trayecto en un transporte por aplicación activa una serie de prácticas específicas de

cuidado que reflejan la complejidad de habitar la noche urbana desde una corporalidad en una posición más vulnerable pero que no es pasiva.

Liliana, por ejemplo, suele pedir el viaje desde el interior del lugar donde se encuentra, revisando con atención la fotografía, el nombre y la calificación del conductor. Aunque no siempre manda su ubicación en tiempo real, sí informa al menos a una persona de confianza que ya va de camino. Violeta, en cambio, sí comparte su ubicación en tiempo real cada vez que toma un Uber, pero opta por compartirla sólo con su pareja, con quien establece una especie de rutina de seguimiento del trayecto – ella me aclaró que no lo hace por un motivo de control, sino que es a la que más confianza le tiene después de sus padres a quienes no quiere preocupar –. Ambas estrategias responden a una necesidad de tener una red de cuidado extendida, incluso en un entorno privado como el de un automóvil.

Aquí la relación con el conductor se vuelve parte esencial del campo de cuidado. Algunas participantes se sienten más cómodas si el conductor mantiene silencio, otras, como Sara, prefieren hablar para generar una atmósfera más controlada. La figura del conductor adquiere un papel central dentro de la red relacional que constituye la espacialidad del cuidado. A diferencia de la RUTA, donde la presencia del conductor está mediada por una lógica colectiva e institucional, el viaje en servicio de transporte por aplicaciones como Uber o Didi coloca a las pasajeras en una situación de cercanía física e interpersonal con un desconocido con el que, sin embargo, deben interactuar de manera estratégica. Esta proximidad convierte al conductor no sólo en proveedor del servicio, sino en un actor clave en la experiencia del trayecto, cuya actitud, gestos y formas de comunicación son continuamente interpretados por las pasajeras como señales que pueden confirmar o cuestionar su percepción de seguridad. Para las noctámbulas, esta interacción se vuelve un espacio de negociación más palpable. Algunas, como Sara que me cuenta que ha aprendido a leer el tono de voz, las preguntas que se hacen durante el trayecto, e incluso la música que el conductor pone, como parte de los signos que permiten valorar si el ambiente es o no confiable – aunque estos en algunas ocasiones sean prejuicios –. En otros casos, las pasajeras prefieren mantener el silencio, responder con monosílabos, o establecer límites claros desde el principio, como una forma de marcar distancia simbólica y controlar la interacción.

El cuerpo también participa en esta relacionalidad, se puede ver en la posición que adoptan en el asiento trasero, la mirada dirigida hacia la ventana, o incluso el uso del celular como una “pantalla de protección” o barrera no física entre ellas y el conductor, las cuales son formas materiales de comunicar una expectativa de neutralidad. Estas prácticas corporales pueden entenderse como lo que Ahmed (2006) llamaría gestos mínimos que reconfiguran la experiencia del espacio, al transformar un trayecto potencialmente amenazante en uno más habitable. Al mismo tiempo, dialogan con lo que Butler (1993) sugiere sobre la performatividad, que el cuerpo no solo se defiende, sino que performa la vigilancia y la distancia, ensayando constantemente formas de estar que reduzcan la exposición al riesgo. De este modo, el asiento trasero, la ventana y el celular no son simples objetos o posiciones, sino mediadores que participan en la construcción de una espacialidad de cuidado. Los elementos materiales no son pasivos, sino que participan activamente en la producción de lo que (Puig De La Bellacasa, 2017) denomina ensamblajes en los que lo humano y lo no humano se entrelazan para sostener la vida en contextos de vulnerabilidad. Así, la espacialidad del cuidado en un automóvil de aplicación no se entiende solo desde el cuerpo de la noctámbula o desde la relación con el conductor, sino también desde estos mediadores que posibilitan que un trayecto precario se transforme en un espacio – aunque efímero – de protección y resguardo.

Según las acciones del conductor, en este marco, puede ser experimentado como un aliado potencial – cuando se muestra empático, respetuoso, profesional –, como una presencia inquietante – si realiza preguntas personales, desvía la ruta o simplemente actúa de forma errática –, o como una figura ambigua que requiere mantenerse bajo observación. Lo importante aquí no es tanto la intención real del conductor, sino la manera en que su presencia es significada por las pasajeras desde una posición de vulnerabilidad. La intimidad del vehículo cerrado, la ausencia de otros testigos, la imposibilidad de intervenir rápidamente ante un comportamiento indebido del conductor, y el control que este ejerce sobre el desplazamiento —la ruta, el tiempo, las paradas— hacen que el cuidado se tenga que ejercer de manera más intensa y adaptada a estas condiciones específicas.

Este tipo de movilidad demanda una vigilancia activa y una gestión emocional más evidente, donde las pasajeras deben anticipar posibilidades, leer signos y ejecutar estrategias

para evitar situaciones incómodas o peligrosas. Aquí, el cuidado no se deposita en la colectividad – me refiero al resto de la comunidad noctámbula, ya que este espacio (el vehículo) es un espacio cerrado y aislado – o en una infraestructura institucional como en el caso de la RUTA, sino que se sostiene sobre una red frágil de acciones individuales y tecnologías de acompañamiento como compartir la ubicación en tiempo real, revisar las placas antes de abordar, fingir una llamada, monitorear la aplicación durante todo el trayecto, e incluso establecer conversaciones calculadas con el conductor para “medir” el terreno.

Un ejemplo revelador es el que me platicaron Valentina y su amiga, quienes suelen pedir juntas un servicio por aplicación para regresar a casa después de salir de algún bar, en esa ocasión salieron de un bar en la zona de Angelópolis. A pesar de estar acompañadas, ambas coinciden en que nunca dejan de prestar atención a los gestos, tonos y silencios del conductor. Valentina relata que esa noche, mientras iban de regreso, el conductor les preguntaba si vivían solas y si sus casas quedaban muy lejos una de la otra en un tono “como raro, ya sabes” – me decía una expresión de disgusto –. Aunque la conversación les parecía casual, ambas me dijeron que sintieron que debían mantener una actitud cordial pero distante, intercambiando miradas de alerta entre ellas sin decirlo en voz alta. Ambas dicen que siempre, al bajar, lo primero que hacen es bajarse en una esquina, o a unas casas cerca de sus casas pero nunca justo en frente, esperando a que el auto se vaya y enviándole mensajes a la que continúa en el viaje para confirmar que todo estaba bien y que ninguna sintió que el conductor “intentara algo más”. En la experiencia que relataron, a pesar de que no ocurrió ningún incidente explícito, las dos reconocen que esa vigilancia emocional constante agota, “No es que siempre estemos en peligro, algunos son *chidos* pero nunca podemos bajar la guardia”, “a veces es cómo estar atrapada con ellos”, dice Valentina.

Este escenario evidencia que la percepción de seguridad no está determinada únicamente por la materialidad del vehículo o por el hecho de estar “protegida” del espacio público, sino por la relacionalidad y la estructura de poder implícita en la interacción. Las noctámbulas entran en un espacio donde no tienen control pleno, donde dependen del comportamiento del otro y donde deben evaluar constantemente si su presencia es leída con respeto o con intención oportunista. No se trata de una amenaza concreta, sino de un estado potencial que exige mantener una postura atenta, lista para responder e interactuar. Este tipo

de percepción situada puede pensarse en diálogo con lo que Ahmed (2004) conceptualiza como *affective economies*, donde los cuerpos se afectan mutuamente a través de sus proximidades y lecturas del otro, generando circuitos de emoción – como el miedo, la incomodidad o la desconfianza – que no necesitan una amenaza explícita para producir efectos. En el viaje nocturno por aplicación, el cuerpo de las pasajeras se vuelve más que atento no sólo al entorno físico, sino a las señales mínimas del otro cuerpo que comparte el espacio cerrado, en este caso, el conductor. En este sentido, el “viaje privado” no puede asumirse automáticamente como seguro, porque la privatización del trayecto no elimina las asimetrías de poder que lo atraviesan. Más bien, como sugiere Valentine (1989), los espacios urbanos están profundamente codificados por el género, y los cuerpos femeninos han sido históricamente socializados para habitar el espacio – público o privado – a través de la gestión constante del riesgo.

Estas espacialidades del cuidado en movimiento – tanto en el transporte público como en los transportes por aplicación – exponen la ausencia de un sistema de movilidad nocturno plenamente confiable, accesible y seguro. Es ahí donde las prácticas de cuidado entre noctámbulas se vuelven indispensable no como complemento del sistema, sino como condición para que la vida nocturna pueda siquiera ocurrir. Estas espacialidades reafirman la necesidad de pensar el cuidado no como algo excepcional, sino como una red cotidiana que permite sostener la vida nocturna de las mujeres en contextos hostiles. Aquí, aunque la ciudad – hablando desde la gestión – muestra un rostro un tanto indiferente, las noctámbulas responden con estrategias que combinan afectos, tecnología y saberes que han corporalizado para sobrevivir a la noche.

4.2.3 Calles y trayectos peatonales. Prácticas de cuidado corporalizadas en caminar juntas, ajustar ritmos, elegir rutas.

Por otro lado, así como el cuerpo de las noctámbulas se activa ante la incertidumbre o emoción que se vive dentro del automóvil o autobús de la RUTA, se reactiva – aunque de otra forma – al llegar a espacio. En los trayectos peatonales estas prácticas de cuidado se despliegan de manera más colectiva y corporalizada. Caminar juntas, ajustar ritmos, elegir

rutas iluminadas o evitar calles solitarias son prácticas articulan cuerpos, movimiento, espacio y afectos en tiempo real.

Durante una de las salidas nocturnas, Joyce, dos amigas más y yo, caminábamos por las calles del centro, no era tarde, eran alrededor de las diez de la noche. Comenzamos a caminar por la 5 oriente. Que no es una calle muy concurrida, los locales ya estaban cerrados y aunque había alumbrado público, era evidente que estaba menos iluminado que las calles que están más cercanas al zócalo de la ciudad donde hay más restaurantes que cierran más tarde. Ellas caminaban juntas, muy pegadas entre sí, disminuyendo el ritmo para no dejar a nadie atrás – una de ellas caminaba más lento que el resto –, en medio de ellas caminaba Joyce que es la más pequeña de compleción del grupo, abarcamos lo ancho de la acera. Este gesto podría parecer mínimo, fue percibido por ellas como una forma de protección mutua. En ese momento, no se trataba únicamente de ir juntas, sino de cómo sus cuerpos configuraban un espacio de resguardo, y que dificulta cualquier intento externo de interrumpir aislar o vulnerar a alguna de ellas, incluso las personas que igual caminaban por esa acera, tenían que bajar al arroyo vehicular, evitando pasar en medio del grupo.

Imagen 16. Calle 5 oriente a las 10 de la noche



Podemos ver cómo en este caso, el cuidado no es una acción individualizada – como prestar un suéter, por ejemplo–, sino que se expresa en la ocupación del espacio de manera tanto física como simbólica del grupo, en la manera en que esa pequeña formación se hacía visible y se movía dentro del espacio nocturno. Los cuerpos, al mantenerse unidos, crearon un espacio de resguardo simbólico y material que iba más allá de sus acciones individuales y que se adaptaba a las condiciones del entorno.

Lo que me interesa destacar es cómo estas escenas permiten visibilizar estas prácticas de cuidado espacializadas, es decir, aquellas que se adaptan de forma inmediata a las características del espacio público y a sus variaciones, si bien el hecho de andar en grupo ya es una estrategia de cuidado, la forma en que se adapta el grupo – como un solo cuerpo – a

cada espacio puede ser diferente. Estas prácticas no sólo responden a la necesidad de protegerse en trayectos concretos, sino que revelan formas que se relacionan con estos durante noche, que se negocian y se reinventan a partir del entorno, del momento y de la presencia de otras y otros. En este contexto, el cuidado se espacializa de manera improvisada y a veces fragmentaria, sostenido más por las redes afectivas y las alianzas temporales entre las personas, a pesar de las condiciones del entorno. Esa espacialización revela la vulnerabilidad estructural de los cuerpos como los feminizados, jóvenes o disidentes, frente a una ciudad nocturna que, como menciono en el capítulo II, no ha sido pensada para su bienestar o su seguridad. Así, la ciudad se convierte en un mapa de posibilidades y restricciones que las noctámbulas deben leer y negociar constantemente para sostener su tránsito seguro y su vivencia del ocio.

Las prácticas de cuidado en los trayectos nocturnos se intensifican y complejizan cuando las noctámbulas atraviesan zonas que no están pensadas, ni diseñadas, para la vida nocturna. Estos espacios representan una forma particular en la experiencia del cuidado nocturno porque, a diferencia de las áreas de ocio o de las avenidas principales donde al menos es posible buscar refugio en la actividad colectiva – más allá del grupo –, aquí el tránsito suele ser solitario, silencioso y completamente expuesto.

Jesica quien, como mencioné anteriormente, vive en Loma Bella, una colonia popular al sur de la ciudad de Puebla. Aunque no está tan alejada de una avenida importante en la ciudad, salir de su casa de noche implica atravesar calles poco transitadas, con iluminación deficiente y banquetas irregulares. Algunos postes de luz llevan años sin funcionar, según su testimonio, por lo que ella sabe perfectamente cuáles calles debe evitar, incluso si eso implica caminar un poco más. Cuando sale por la noche, casi siempre lo hace sola para encontrarse con sus amigos en algún punto más central o en una zona donde ya se sienta acompañada. Ella ha desarrollado sus propias rutinas de cuidado para cruzar esas calles que separan su casa de la avenida principal. Las veces que pude acompañarla, noté algunas de estas, como que camina siempre por el centro de la calle si no vienen coches, evitando las esquinas demasiado oscuras o las puertas de los lotes baldíos “no nos vaya a salir alguien”, dijo cuando le pregunté por qué lo hacía. No revisa el celular hasta llegar a la avenida y no lleva audífonos. En ocasiones cruza hacia una banqueta si ve a algún hombre caminando en dirección a ella

– sin ser necesariamente peligroso –. Es consciente de que en ese trayecto no encontrará comercios abiertos ni personas que puedan intervenir si algo le sucede. Por eso, su forma de relacionarse en ese espacio es breve, tensa, estratégica. Ella misma reconoce que ese corto trayecto, de no más de seis cuadras, “es el más pesado de la noche”. Dice, aunque con otras palabras, que en la colonia no hay espacio para relajarse ya que ahí no existen las condiciones que propicien las prácticas de ocio ni las dinámicas de socialización que pueden brindar protección indirecta. Su paso por esas calles es un ejercicio de vigilancia constante, de ajustar el cuerpo al espacio para minimizar su vulnerabilidad. En contraste, una vez que llega a la avenida, donde hay más movimiento, su forma de caminar cambia, baja un poco la guardia, revisa su celular para ponerse en contacto con sus amigos.

En estas zonas, las prácticas de cuidado adquieren un carácter casi ritual, o como mencionan Hernández-González et al. (2020), más sistemática. Es decir, se configuran como disposiciones incorporadas que orientan la acción de manera repetitiva que, de acuerdo con Bourdieu (1990), puede decirse que estas prácticas responden a la lógica del *habitus*, esquemas duraderos y transferibles que, lejos de ser plenamente conscientes o deliberados, se manifiestan en la cotidianidad como maneras de actuar “naturales” u “obvias”. Lo que aparece como ritual o sistematicidad es, desde esta perspectiva, una repetición estructurada que permite sostener la posibilidad misma de habitar la noche. Las noctámbulas organizan los trayectos con antelación – ya sea individual o en grupo –, se eligen calles que, aunque más largas, están mejor iluminadas o tengan al menos algún punto de referencia que sirva como resguardo temporal como una farmacia o tienda de conveniencia de 24 horas. Se intensifica el uso de dispositivos tecnológicos, mandar ubicaciones en tiempo real, compartir recorridos por llamada, enviar audios que confirman el avance. Estos gestos se vuelven redes afectivas que buscan suplir la ausencia de equipamiento necesario de cuidado.

Es en estos espacios donde la iluminación en las calles no sólo cumple una función técnica o estética en el paisaje urbano, es, en el contexto de la noche, un elemento fundamental de cuidado. Para las noctámbulas, la presencia o ausencia de luz transforma radicalmente la manera en que un espacio puede ser recorrido, percibido y habitado. Si bien, una calle iluminada no garantiza la seguridad, sin duda amplía la posibilidad de anticipar riesgos, de hacer visibles a otras personas, de ser vista en caso de peligro. Como señala van

Liempt et al. (2015), la iluminación constituye una tecnología urbana que regula la inclusión y exclusión de ciertos cuerpos en el espacio nocturno, afectando directamente quién puede moverse y cómo lo hace. En cambio, la falta de iluminación se convierte en un obstáculo que empuja a las mujeres a desarrollar estrategias específicas, como en el caso de Jesica, cambiar de ruta, evitar ciertas calles, esperar a alguien para salir acompañadas. Las zonas con alumbrado intermitente, postes apagados o iluminación tenue son leídas por las noctámbulas como espacios de riesgo o “lúgubres” como en alguna ocasión mencionaba Joyce, aunque estén ubicadas dentro de sus propias colonias. Esto se debe a que la oscuridad acentúa la sensación de desprotección para ellas, inhibe la posibilidad de ser ayudadas por otras personas y favorece la impunidad ante cualquier tipo de agresión (Valentine, 1989). Más allá de su función técnica, la iluminación actúa como un mensaje en el que la ciudad las ve, las reconoce, les permite estar. Su ausencia, por el contrario, comunica negligencia, abandono o indiferencia como menciona Mercado-Celis (2018:174-175) “al no adoptar explícitamente el problema de la noche, estos temas quedan como inexistentes en la estrategia global del gobierno local”, especialmente cuando se repite de manera estructural en barrios populares o zonas periféricas. Así, mejorar la iluminación en ciertos puntos ciudad no sólo es un acto de mantenimiento urbano, sino una acción política que impacta directamente en la experiencia del espacio y en la posibilidad de construir un ocio nocturno menos complicado para todas.

Imagen 17. Iluminación en calle que recorre Joyce

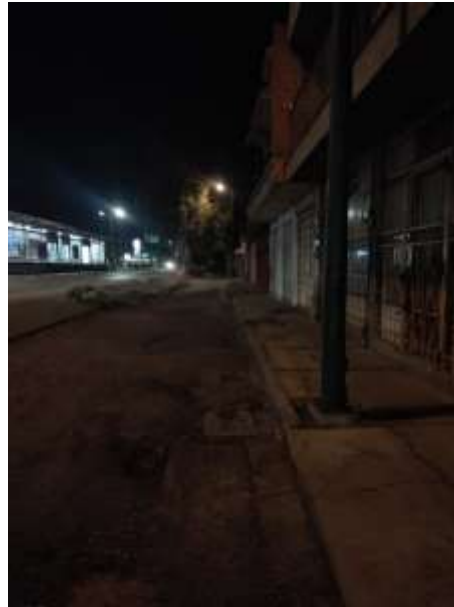


Imagen 18. Iluminación en calle que recorre Karina



Imagen 19. Iluminación en calle que recorre Jesica



En estos espacios, la experiencia de transitar por la noche es solitaria incluso cuando no se está sola como Jesica. Con soledad en este caso no me refiero exclusivamente a la cantidad de personas con las que se camina, sino a la ausencia de una presencia pública activa

en estas calles “vacías” como viviendas cerradas, negocios inactivos, espacios que no ofrecen ninguna posibilidad de auxilio o vigilancia colectiva. Así, incluso los trayectos realizados en grupo pueden sentirse desprotegidos.

Una noche de sábado, pasando las diez, nos dirigíamos hacia “La Catorce” en Cholula, sin embargo, ningún transporte por aplicación tomaba el viaje, Valentina, su amiga y yo decidimos caminar juntas hacia el Boulevard principal, Valsequillo, para tomar un taxi. Cruzamos caminando un par de calles oscuras para llegar al Boulevard donde tomamos un taxi de aplicación. A pesar de estar acompañadas, el entorno no ofreció ninguna sensación de resguardo, las calles estaban completamente vacías, los negocios cerrados, y las casas que bordeaban la banqueta tenían bardas altas, portones sellados y sin iluminación exterior. No se veía movimiento alguno, ni luces encendidas que dieran indicios de vida al interior de las viviendas. En ese tramo, las tres aceleramos el paso, ellas hablaban en voz baja y evitaron mirar hacia los callejones o detenerse. Aunque íbamos juntas, el sentimiento compartido era de vulnerabilidad. Aquí podemos notar cómo, el recorrido solitario no depende únicamente de estar sola o acompañada, sino de si hay o no una ciudad presente que vigile, escuche o pueda actuar frente a un posible peligro. Ante estas situaciones, el cuerpo de las noctámbulas se adapta, se camina rápido, se bajan los volúmenes de la música, se guarda el celular, se cambia el bolso de lado, se observa con atención lo que sucede detrás, se planean posibles rutas de escape ante cualquier amenaza (Hernández-González et al., 2020). El entorno condiciona estas prácticas, es decir, no son elecciones libres, sino respuestas a la vulnerabilidad incrementada por la falta de iluminación, la ausencia de otros cuerpos, la poca vigilancia social y la idea de que ahí, en ese momento, “nadie podría escuchar nada” decía Valentina al recorrer su colonia. Así, incluso los trayectos realizados en grupo pueden sentirse desprotegidos, porque no hay una ciudad que observe, que escuche, que responda.

Esta soledad convierte cada trayecto nocturno en una experiencia intensamente corporal, en la que las mujeres deben mantenerse alertas y adaptar continuamente sus prácticas de cuidado para sostener la posibilidad misma del ocio y donde el acompañamiento se vuelve esencial. En el caso de Jesica no es tan evidente, porque parece caminar sola – de no ser por mí, que la acompañaba –, no siempre envía su ubicación en tiempo real ni mantiene comunicación mientras camina en esas calles “vacías”, sin embargo, su círculo cercano sabe

que ha salido lo cual le hace sentir tranquila a pesar de no ir acompañada, “al menos sé que si no me comunico en cierto tiempo, me marcan”, decía. Es una red de cuidado latente, no necesariamente activada, pero que configura su percepción del trayecto “me esperan” decía en sus recorridos. Este acompañamiento no depende necesariamente de una interacción constante, sino es una forma relacional que permanece disponible “por si...”. Se trata de una espacialidad de cuidado no visible, que se sostiene más en la posibilidad que en la acción misma a pesar de que se encuentre caminando sola. Además, es importante señalar que estas zonas no sólo refuerzan la precariedad de los cuerpos en tránsito, sino que también evidencian desigualdades materiales más profundas. No todas las mujeres pueden elegir vivir o desplazarse únicamente en espacios considerados seguros, muchas como en el caso de mis participantes y especialmente aquellas que viven en zonas populares o periféricas, no tienen opción más que atravesar estas calles como parte inevitable de sus trayectos.

A diferencia de las calles periféricas o del interior de un vehículo, los trayectos que toman las noctámbulas ya dentro de las zonas de intensa actividad nocturna, cambia la forma en que sus cuerpos reaccionan al entorno, las prácticas de cuidado ya no son más solitarias, el equipamiento, la iluminación, la presencia constante de otras personas y la actividad económica viva transforman no sólo la percepción de seguridad, sino también las formas de cuidado que las mujeres pueden ejercer en estos espacios.

La iluminación en las zonas de actividad nocturna cumple un papel que va más allá de lo técnico o necesario como en el caso de las calles “vacías”, no se trata únicamente de ver y ser vistas, sino de construir una atmósfera que comunica vida, vigilancia colectiva y posibilidad de permanencia (Straw, 2014). Las luminarias públicas, combinadas con las luces cálidas que se escapan de restaurantes, bares, locales de comida o tiendas abiertas, producen un entorno que no sólo permite a mis participantes transitar con mayor confianza, sino que las invita a detenerse, habitar, observar. A esta dimensión visual se suma el sonido, la música que emana de ciertos establecimientos, a veces incluso desde altavoces colocados en la calle, genera un ambiente perceptivo que puede disminuir la sensación de aislamiento. No es simplemente una cuestión estética, sino una forma de espacializar el afecto, el movimiento y la compañía. Al menos para mis participantes, estas condiciones hacen posible construir una experiencia de cuidado menos defensiva y más situada en la continuación del ocio. Sin

embargo, esto no significa que las prácticas de cuidado desaparezcan, para nada, más bien se transforma.

Por ejemplo, Sara y su grupo de amigas, quienes caminaban por el callejón de los Sapos en el centro de la ciudad para ir de un bar a otro. Aunque el trayecto está bien iluminado y lleno de vida – con puestos de comida, restaurantes, bares y música saliendo de los locales –, ellas no bajan la guardia por completo. El cuidado aquí no se ve con acciones específicas sino en el acompañamiento, caminan juntas, se colocan en medio de la acera para no quedar cerca de la calle, evitan hacer paradas largas y están atentas a los movimientos de otros grupos o de personas solas que se cruzan en su camino. Este tipo de práctica muestra que el cuidado no desaparece en espacios incluso con condiciones que propicien la estancia, sino que se adapta al entorno. Lo que cambia es el tipo de estrategia, ya no se trata sólo de vigilancia constante o de mensajes de ubicación en tiempo real, como sucede en zonas más vacías, sino de una coordinación corporal que permite mantener la alerta sin renunciar al goce. El equipamiento, en este sentido, es leído para dar paso a otras formas de agencia, donde las mujeres no sólo se protegen, sino que también afirman su derecho a estar, a ocupar la noche desde una lógica colectiva y afectiva. Es decir, la agencia de las noctámbulas no se restringe a evitar riesgos, sino que se despliega en la posibilidad de caminar, conversar, quedarse, visibilizarse, construir vínculos. Es lo que Kern (2020) denomina una ciudad feminista, en la que la presencia de las mujeres en el espacio público implica no sólo una reclamación política, sino también la imaginación de otros modos de convivencia, y por supuesto, de cuidado. Así, un entorno bien iluminado, el bullicio de los bares, los puestos callejeros abiertos y la circulación constante de otras personas no son sólo condiciones materiales que favorecen la seguridad, sino también elementos urbanos de afirmación para las noctámbulas. Es decir, que hacen posible una forma de estar que no es pasiva ni condicionada únicamente por el miedo, sino activa y colectiva por el cuidado.

Imagen 20. Personas caminando y esperando en el callejón de los Sapos



De igual forma, la peatonalización de ciertas zonas – a menudo acompañada de estar a la vista de otras personas y de una dependencia mutua entre amigas y amigos – introduce otra capa de percepción pública. No necesariamente se traduce en una confianza plena en las instituciones o cuerpos de seguridad – y muchas veces no es el caso –, pero sí en la sensación de que existe cierta estructura urbana que respalda, vigila y mantiene cierto orden, al menos mientras la actividad económica lo justifique. En estos entornos, el cuerpo femenino es el que consume, disfruta, permanece y forma parte de una colectividad nocturna. La práctica de las noctámbulas, entonces, se despliega no sólo en función del resguardo personal o desde el miedo, sino desde la posibilidad de participar activamente en los ritmos sociales, culturales y afectivos de la noche. La espacialidad urbana iluminada, peatonal y con presencia constante

de otras personas abre grietas en la estructura desigual del derecho a la ciudad, permitiendo que ciertas mujeres – aunque no todas por igual – puedan ejercer su derecho al ocio y a la presencia en el espacio público nocturno.

Aquí, las prácticas de cuidado se insertan en un entramado afectivo y colectivo que se reproduce en lo cotidiano – digo en lo cotidiano refiriéndome a lo común en la vida nocturna –, el flujo de personas, la iluminación comercial, la vigilancia de las demás noctámbulas y noctámbulos, la sociabilidad callejera y la posibilidad de permanecer en el espacio. A diferencia de los trayectos periféricos o los entornos desiertos, donde el cuidado suele intensificarse como forma de defensa, en estas zonas el cuidado se modula y se distribuye. El espacio activo – lo que (Lefebvre, 1974) llamaría un espacio con un ritmo propio – genera un tiempo compartido que permite a las noctámbulas sintonizar sus prácticas de cuidado con el ambiente. No se trata de la desaparición del riesgo o que se anulen las prácticas violentas que se viven en estos espacios, sino de la transformación de la percepción del mismo en función de la sensación de estar acompañada o respaldada por otras personas en el espacio, no necesariamente por conocidas, sino por la actividad humana continua. Como trata Jacobs (2011), la mirada en la calle no sólo la dan los conocidos, sino también los cuerpos en tránsito que, al habitar y circular, producen una forma de vigilancia difusa y afectiva.

Así mismo, mobiliario específico como bancas, jardineras, postes de luz, bolardos o bordes de banquetas no sólo estructuran el paisaje físico, sino que se convierten en soportes activos para las prácticas de cuidado entre las noctámbulas. Las bancas permiten hacer pausas estratégicas para reorganizar el trayecto, esperar a una amiga, recargar el teléfono o simplemente observar el entorno antes de decidir el siguiente movimiento. Las jardineras, que durante el día parecen decorativas, por la noche funcionan como puntos de referencia espacial para reencontrarse o marcar zonas de reunión. Incluso los escalones de entradas a negocios cerrados son usados como lugares transitorios donde sentarse sin sentirse completamente expuestas. Este uso del mobiliario revela una relación táctil e íntima con el entorno urbano que se afianza en la noche, donde el cuerpo de las noctámbulas necesita lugares donde apoyarse, ubicarse, conectarse con otras u otros, sin dejar de estar alerta.

4.3 Espacios de ocio y sociabilidad

4.3.1 Bares, antros y centros de ocio. Prácticas afectivas y pactos colectivos de cuidado

La espacialización del cuidado en espacios privados como bares, antros, restaurantes o foros de música nocturnos se manifiesta de manera particular, pues son lugares donde las condiciones físicas, las normas internas y las lógicas de consumo configuran tanto las prácticas de socialización como las de protección y resguardo. A diferencia de lo que sucede en espacios públicos abiertos, aquí las posibilidades del cuidado están moldeadas por un equipamiento que, aunque pensado primordialmente para el ocio, establece ciertas condiciones materiales que facilitan – o en ocasiones limitan – las formas en que las personas, especialmente las mujeres, cuidan de sí mismas y de sus acompañantes.

En estos espacios cerrados, el equipamiento tiene un papel clave en la manera en que se ejerce el cuidado. La disposición de los baños, la existencia de zonas de descanso como sillones o terrazas, la iluminación tenue pero suficiente para leer gestos y emociones, así como la posibilidad de encontrar cierto grado de resguardo físico dentro del recinto, moldean las formas en que las personas practican el cuidado entre sí. Por ejemplo, acompañar a una amiga al baño, permanecer juntas en una mesa donde puedan observarse mutuamente, o establecer puntos de encuentro para no perderse son prácticas que se facilitan por la existencia misma de espacios delimitados, de paredes que contienen y separan del afuera. En una de las salidas con Valentina, dentro del bar en el que estábamos, percibimos que una de sus amigas mostraba signos de embriaguez – la mirada perdida, dificultad para articular palabras u oraciones completas así como para mantener el equilibrio –, Valentina me pidió acompañarla al baño acompañarlas al baño “para que se le baje” dijo – refiriéndose al alcohol –, en el baño, nosotras dos procedimos a mojarle la cara y asegurarnos de que permaneciera sentada ahí mismo en el baño, alejada del bullicio.

Aquí el cuidado adopta formas que remiten a la contención, se presta atención al estado emocional y físico de las amigas, se regulan juntas los consumos de alcohol, se vigilan discretamente los movimientos de los desconocidos que se acercan, y se activan redes internas – de mujeres, principalmente – que pueden incluir también a meseras, bartenders o personal de seguridad, para pedir ayuda en caso de sentirse vulnerables. Violeta me contaba cómo durante una cena de trabajo que se extendió hacia un bar, comenzó a sentirse incómoda

por la actitud insistente de uno de sus compañeros, quien había estado bebiendo de más y trataba de forzar la conversación a pesar de sus gestos de incomodidad. Aunque estaba rodeada de colegas, se sintió sola para expresar abiertamente su malestar, pues no quería generar un conflicto en un contexto laboral. Fue entonces cuando una mesera del lugar, que había observado la escena a la distancia, se acercó discretamente y le preguntó si todo estaba bien o si necesitaba ayuda para salir de la situación. Ese gesto le permitió a Violeta excusarse e ir al baño para alejarse un momento del grupo y recuperar la calma. Cuenta que a partir de ahí, sintió complicidad con la mesera, quien se acercaba al grupo de forma amigable y restringía el consumo de más bebidas.

Este tipo de intervención evidencia cómo, en espacios privados como bares o restaurantes, las trabajadoras pueden llegar a constituirse en figuras clave dentro de las redes de cuidado, no sólo por sus acciones concretas, sino porque su conocimiento del entorno y su capacidad de leer las dinámicas sociales del lugar les permite actuar como mediadoras silenciosas del bienestar de las mujeres. Aquí, el equipamiento – el baño como refugio temporal, las mesas distribuidas para facilitar o dificultar el desplazamiento, la posibilidad de retirarse del grupo sin ser vista como descortés – no es el único, sino también la interacción humana, la presencia de personal que, al identificar señales de incomodidad, activa formas de cuidado que no son evidentes, pero que pueden ser determinantes para proteger a las mujeres en espacios nocturnos privados.

Sin embargo, este mismo equipamiento pueden imponer límites. La música alta, la iluminación pensada para tener privacidad en ciertas áreas, la aglomeración de personas o los diseños pensados para maximizar el consumo y no necesariamente la comodidad, pueden obstaculizar la comunicación, la observación y por ende las prácticas de cuidado. En muchos casos, no hay espacios claros donde alguien pueda descansar sin ser interpelada o expulsada por el personal si no está consumiendo, lo que refuerza la idea de que la permanencia está sujeta a las lógicas comerciales más que a las necesidades de los cuerpos que ahí se encuentran. Como en el caso de Martina, después de notar que una de sus amigas se sentía mal por el alcohol que había consumido y por el calor del lugar, intentamos encontrar un espacio donde pudiera descansar un momento. Sin embargo, a los bares ya no nos dejaban pasar por notar el estado de la amiga de Martina – “no, vean cómo viene”, “solo van a usar

el baño, no van a consumir”, “nos van a ensuciar el baño” – esto no tenía que ver con las políticas ni reglas del lugar sino del criterio únicamente de los empleados – otra opción era entrar a otro antro pero pagar *cover*, dejando como única opción la calle para cuidar de su amiga. Lo que refuerza la idea de que la permanencia en estos espacios está condicionada al consumo y normas internas, y que quienes no están en condiciones de seguir consumiendo son expulsadas simbólicamente y físicamente. En este sentido, el cuidado se ve desplazado hacia espacios exteriores e improvisados.

Imagen 21. Interior de un bar en la zona de Ciudad Universitaria



Lo que podría parecer una práctica de cuidado cotidiana – acompañar a alguien a sentarse, buscar un lugar apartado para calmarse, pedir un vaso de agua en la barra – está atravesada por estas condiciones materiales que habilitan o las restringen. Al mismo tiempo, estas prácticas contribuyen a resignificar el espacio, pues transforman lo que está pensado sólo para el ocio y el consumo en un escenario donde se negocia la seguridad, el bienestar y la reciprocidad. En este sentido, las prácticas de cuidado no sólo se dan a pesar del equipamiento, los objetos o características del lugar; sino que transforman el entorno simbólicamente.

En los relatos y experiencias de las noctámbulas, emergen con claridad ciertos espacios dentro de los establecimientos nocturnos que, aunque no fueron pensados para ello, lo resignifican como zonas de refugio temporal y posibilitan prácticas de cuidado. El ejemplo más recurrente son los baños de mujeres, que exceden su función meramente sanitaria para convertirse en verdaderos refugios transitorios. En estos espacios, se suspende por un momento la lógica del consumo y del entretenimiento para dar lugar a una atmósfera donde el cuidado entre hasta desconocidas se vuelve posible y, en muchos casos, esperado. Dentro de estos baños, las mujeres se prestan apoyo emocional, comparten agua, consejos, acompañamientos y estrategias para lidiar con lo que sucede fuera. Se transforman en espacios donde se rearticula una forma mínima, pero vital, de cuidado entre mujeres, anclada en la empatía y en el reconocimiento de la vulnerabilidad compartida. De manera similar, una mesa arrinconada o terrazas, lejos del bullicio, pueden convertirse en una especie de “base segura” donde un grupo de mujeres acuerda reunirse si alguna se siente incómoda, desorientada o necesita detenerse un momento. Esa zona, marcada no tanto por las características materiales del lugar como por los acuerdos tácitos entre quienes la ocupan, funciona como un pequeño refugio en medio del ruido y las dinámicas propias de esos lugares. Por su parte, la barra – que suele ser un espacio asociado al consumo directo – puede volverse también un punto de auxilio, no tanto por sus características físicas, sino porque ahí es posible captar la atención del personal o incluso de otras mujeres que, con gestos mínimos, detectan señales de incomodidad o peligro y ofrecen su ayuda – incluso en algunos lugares hay menús “clave” para pedir ayuda en caso de necesitarlo –.

Esto que podría entenderse como una espacialización de cuidado “contingente” – porque no es equipamiento creado específicamente con la intención de ofrecer seguridad, resguardo o contención a las mujeres, su capacidad para hacerlo es momentánea y depende más de las personas que los ocupan y las redes que allí se tejen que de las condiciones materiales del espacio en sí – pero que es importante para el cuidado, donde lo privado y lo público se entrecruzan momentáneamente. Si bien tanto en espacios públicos como en privados pueden emerger estas espacialidades de cuidado, hay una diferencia importante en cómo se configuran y qué implicaciones tienen dentro de cada entorno.

Por un lado, en espacios privados de ocio nocturno – bares, antros, restaurantes, foros –, aunque están mediados por lógicas comerciales, hay una ilusión de refugio o protección derivada del control del acceso – filtrado por edad, vestimenta, capacidad de pago – y de la presencia de trabajadores y seguridad privada. Esto permite que se creen pequeños territorios de contención dentro del espacio privado – como un contenedor seguro dentro de otro que ya es considerado seguro –, donde las noctámbulas pueden encontrar una forma de resguardo sin estar necesariamente en movimiento. Lo particular de los espacios privados es que esas zonas de cuidado coexisten y entran en tensión directa con la lógica comercial, es decir, se permite la pausa, el resguardo o el auxilio, pero sólo mientras no interfiera con el consumo o las normas del lugar. Son espacios donde el cuidado necesita camuflarse o adaptarse, por ejemplo, no pueden dormir en una mesa, pero sí pueden fingir que están “esperando a alguien”, no pueden usar el baño para refugiarte indefinidamente, pero sí pueden encerrarte unos minutos y para volver a salir y seguir con las prácticas de ocio. Entonces, el cuidado es posible, pero condicionado. Al contrario de los espacios públicos, en espacios públicos, como calles, plazas o parques, estas prácticas de cuidado suelen estar mucho más expuestas a la vigilancia social, a la intervención policial o a la forma en que se gobierna el espacio público durante las noches (Mercado-Celis, 2018), donde no hay una legitimación clara de permanecer.

En este sentido, los espacios privados, no son meramente de consumo y práctica de ocio, ni mucho menos considerado cien por ciento seguro, sino que es un territorio que se va reconfigurando a través de esas pequeñas prácticas que transforman temporalmente un rincón en zona de cuidado. Así, el cuidado se encarna en la vida nocturna tanto en lo concreto del

espacio como en las tramas afectivas y las redes de complicidad que las mujeres tejen para resistir la exposición y la vulnerabilidad, que suelen intensificarse en esos entornos donde las lógicas comerciales y patriarcales imponen sus propias formas de habitar como ya lo mencioné en capítulos anteriores.

4.3.2 Puestos de comida y espacios informales de resguardo. Prácticas de cuidado comunitario e inesperado en las zonas de intensa actividad nocturna

Un último elemento que se inserta a esta red nocturna de cuidado es la figura de los vendedores ambulantes y los puestos móviles que aparecen durante la noche. Aunque en los discursos institucionales suelen ser asociados con el desorden urbano, la ocupación informal del espacio público o incluso con prácticas ilegales (Bakić Hayden & Farah, 2025; Bromley, 2000; Crossa, 2009)⁴, su presencia en la noche cobra un significado distinto. Para muchas noctámbulas, estos puestos se convierten en referentes espaciales seguros, iluminados y habitados, donde es posible detenerse, alimentarse, pedir ayuda o simplemente hacer una pausa mientras esperan un transporte o reorganizan sus trayectos. Más aún, los vendedores – hombres y mujeres – se transforman en testigos de lo que sucede en la calle, atentos al entorno, capaces de intervenir o solidarizarse cuando identifican una situación de riesgo o incomodidad. Su visibilidad y constancia, lejos de generar desconfianza, producen una sensación de vigilancia comunitaria no coercitiva, que algunas mujeres identifican como reconfortante.

Pasaban las tres de la madrugada, cuando Martina, sus tres amigas y yo salíamos del bar donde habíamos estado. Sobre “la Juárez” a esa hora, una se puede encontrar algunos de estos puestos ambulantes de comida, desde la salida del bar, caminamos no más de 10 metros y llegamos a un puesto de hot-dogs, había varias personas congregadas, pudimos ver grupos de personas alimentándose entre sí, respirando profundo entre cada bocado y con cara de cansancio. Al igual que en las otras zonas de intensa actividad nocturna, aquí se podía

⁴ Aunque el tema del comercio ambulante, particularmente de los puestos de comida nocturnos, merece un análisis propio – por su complejidad en términos legales, económicos, territoriales y culturales –, en este trabajo no me propongo profundizar en su estatus jurídico ni en las tensiones que genera su presencia en el espacio público. Sin embargo, su aparición recurrente en las interacciones de las participantes y su papel como puntos de referencia, descanso y apoyo, los vuelve relevantes para pensar las formas cotidianas y afectivas de cuidado en la noche urbana.

apreciar que las mujeres, que no iban en pareja, se encontraban, como nosotras en grupos. El ver a un grupo de tres amigas, dos alimentando con cuidado a una de ellas promovía un ambiente tranquilo, un espacio que daba una sensación de seguridad. Este tipo de dinámicas resignifican la informalidad desde una lógica afectiva y práctica. Como plantea Massey, (1994), el espacio no es una categoría estática, sino una construcción relacional y en constante movimiento, en este caso, estos puestos ambulantes son ejemplos claros de cómo estos pequeños lugares que no son normalmente estudiados puede ser el soporte para prácticas de cuidado no institucionalizadas pero que funcionan.

En contextos donde los equipamientos, mobiliarios o vigilancia institucionalizada – como los policías – son insuficientes, ausentes o no se confía en ellos, estos pequeños puntos de venta actúan como anclajes afectivos y materiales que median entre la vulnerabilidad y el resguardo. Los vendedores y vendedoras no sólo proveen alimento o descanso, con su presencia constante, iluminan, observan, acompañan. Aunque no hagan actos más allá del vender – algunas veces conversar – su mera existencia crea una atmósfera de relativa familiaridad que diluye el anonimato y el peligro, ofreciendo un respiro a quienes transitan de madrugada. Alrededor de la una de la madrugada, acompañé a Violeta a esperar su transporte por aplicación sobre la Juárez. Aunque las luces de los bares y restaurantes permanecían encendidas, el flujo de personas era menor al que en otras ocasiones yo había observado y éramos las únicas mujeres de pie en la acera – quizá porque no era quincena –, y los pocos hombres que cruzaban la calle o se detenían frente a los establecimientos nos miraban de manera insistente. En ese momento, Violeta me dijo “Vente, que éstos nos ven raro”, y caminamos unos metros hasta un puesto de elotes y esquites que estaba en la esquina. Allí, mientras pedía un vaso de esquite, Violeta empezó a conversar con el vendedor. Esa acción tan sencilla – acercarse, hablar (y aunque no lo hubiera hecho), permanecer ahí – transformó de manera inmediata la sensación del entorno. La incomodidad que generaba la mirada masculina en la calle se diluyó al entrar en un pequeño círculo de luz, calor y presencia compartida. Aquí entonces, podemos decir que el cuidado no requiere siempre de lazos personales o intenciones explícitas, sino que puede emerger en gestos cotidianos, en la disposición a ofrecer calor, luz o compañía en medio de la intemperie urbana. Así, los puestos ambulantes configuran una espacialidad de cuidado mínima pero vital, en la que la socialidad nocturna encuentra soporte. Lejos de ser simples negocios, se vuelven nodos afectivos dentro

de una red más amplia de interdependencias urbanas, donde el cuidado se ejerce de manera discreta, situada y colectiva.

En ese sentido, los espacios creados por la presencia de estos vendedores no son estáticos, sino que activan formas de habitar más amables, más humanas y más colectivas, contrarrestando la fragmentación y el miedo con prácticas mínimas pero persistentes de protección. Así, la ciudad nocturna revela una serie de agentes inesperados del cuidado, cuya labor cotidiana desafía las jerarquías espaciales y redefine quién cuida y desde dónde se cuida.

Imagen 22 Puesto de comida en “la Juárez”



Imagen 23. Puesto de comida en “la Juárez” 2



Imagen 25. Puestos ambulantes en el centro de la ciudad



Imagen 26. Puesto de comida en la zona de Huexotitla



4.4 Tensiones y limitaciones de la interdependencia

La interdependencia no aparece como un recurso estable ni garantizado, sino como una práctica atravesada por tensiones y limitaciones. Durante la noche, las noctámbulas dependen de redes frágiles que se activan y desactivan según la disponibilidad de amistades, familiares, tecnologías o coincidencias en el trayecto. En ese ir y venir, el cuidado oscila entre lo colectivo y lo individual: a veces se materializa en caminar juntas, esperarse o compartir rutas; otras veces recae por completo en gestos solitarios como fingir una llamada, vigilar los movimientos del chofer o sostener el celular como amuleto de protección. El cuerpo mismo deviene un nodo de interdependencia, traduciendo el miedo en estrategias performativas que permiten sostener la movilidad en espacios hostiles. Sin embargo, estas prácticas no son elegidas libremente, sino forzadas por la ausencia institucional: la falta de transporte seguro, de infraestructura iluminada o de políticas efectivas deja en manos de las mujeres la carga de fabricar protección a partir de recursos precarios. Así, la interdependencia se revela indispensable, pero también desigual y vulnerable, marcada por la constante posibilidad de fallar.

La experiencia de quedar completamente sola en la noche revela las tensiones y límites de la interdependencia. En esos momentos se quiebra la red de apoyos que

habitualmente sostiene los desplazamientos nocturnos y la vulnerabilidad se intensifica. La soledad no es únicamente una condición física de estar sin compañía, sino un efecto socialmente producido por la falta de entornos seguros y por la imposibilidad de sostener vínculos en determinados momentos del trayecto. Butler (2020) sugiere que la precariedad relacional se hace más visible cuando los lazos se interrumpen y la exposición al riesgo recae únicamente sobre el individuo. En este sentido, la soledad forzada no equivale a independencia, sino a la fractura de un entramado de cuidados que normalmente amortigua el miedo y redistribuye la carga de la protección.

Aunque durante mis salidas con las participantes no experimentamos una situación similar a estas, en sus narraciones, asocian esta experiencia – el quedarse completamente solas y sin comunicación – con la sensación de desprotección que surge al no poder activar ningún recurso “te da una ansiedad” comentaba Martina, cuando no hay amigas disponibles para seguir la ubicación “pues a veces se quedan dormidas” o simplemente están ocupadas, cuando la unidad de transporte debe tomarse sin que alguien más lo sepa, o cuando se camina por calles “vacías” tras haberse dispersado el grupo. Para las noctámbulas quedar sola significa perder la posibilidad de apoyarse en otra mirada, en otro cuerpo, en otra voz que ayude a sostener la percepción de seguridad. Así, la soledad nocturna expone de manera un tanto cruel la precariedad de las condiciones urbanas y muestra cómo la interdependencia, más que un lujo, es una necesidad vital para habitar la ciudad en contextos hostiles.

Las limitaciones del cuidado nocturno se intensifican por la ausencia de instituciones capaces de garantizar seguridad, accesibilidad y confianza en los trayectos. Si bien la ciudad está regulada por dispositivos estatales de vigilancia y control, estos no necesariamente se traducen en cuidado para las noctámbulas, al contrario, muchas veces refuerzan desigualdades o producen más miedo que protección (Han, 2012; Pain, 2001). En este vacío, las noctámbulas se ven obligadas a sostener, con sus propios cuerpos y redes frágiles, la infraestructura mínima que hace posible habitar la noche. La ausencia institucional no significa un vacío absoluto, por supuesto, pero sí una distribución desigual del cuidado. Mientras ciertos sectores de la ciudad pueden contar con iluminación, accesibilidad y espacios seguros, en otros prevalece la desprotección, obligando a las noctámbulas a desplegar estrategias individuales y relacionales como las que ya vimos – compartir

ubicación en tiempo real, coordinar llamadas con amistades, vigilar cada movimiento del conductor o planear rutas alternativas –. Este trabajo de cuidado, que podría disminuir si las condiciones del entorno fueran diferentes, se convierte en una carga adicional que recae sobre ellas y que revela cómo el derecho a la ciudad – particularmente en la noche – sigue siendo profundamente desigual y condicionado por género, clase y territorio.

De este modo, la interdependencia se revela como una condición indispensable pero inestable. Por un lado, puede generar vínculos de resguardo y colectividad, pero por otro, se ve constantemente amenazada por su fragilidad y por el abandono de las estructuras estatales y urbanas. En este sentido, el análisis de estas tensiones permite comprender cómo las prácticas de cuidado son al mismo tiempo potentes y limitadas: posibilitan la vida nocturna de las mujeres, pero en condiciones que las obligan a sobrecargar su agencia en un marco estructural de desigualdad.

4.5 Apuntes finales

A lo largo de este capítulo hemos observado cómo las prácticas de cuidado en la noche urbana no se limitan a protocolos establecidos ni a estructuras institucionales, sino que se entretajan a partir de relaciones afectivas, acuerdos informales y respuestas situadas frente a la vulnerabilidad. En la experiencia de las noctámbulas, el cuidado no es un gesto ocasional ni periférico, sino una dimensión que construye sus trayectorias, estrategias y vínculos. El acompañamiento entre amigas, la espera en grupo, el aviso de llegada, la intervención ante una situación riesgosa, o la presencia colectiva en espacios públicos, configuran una red de prácticas que permiten sostener la posibilidad misma de estar en la noche. Como se ha mostrado, la interdependencia no es sólo una condición inevitable de la vida social, sino también un recurso relacional que, cuando se reconoce y se valora, permite articular respuestas frente al riesgo y la exclusión. Las noctámbulas no suelen transitar solas, aunque físicamente lo hagan en algunos trayectos, su andar, más bien, está sostenido por mensajes, pactos, afectos y presencias simbólicas. Este entramado no sólo les brinda seguridad, sino también sentido de pertenencia y agencia en un territorio históricamente masculinizado. Ahora bien, este cuidado no siempre se da en condiciones ideales. En ocasiones, se activa desde la urgencia, como en el caso empírico donde varias mujeres se organizaron

espontáneamente para proteger a una joven en estado vulnerable frente a un bar universitario. Otras veces, el cuidado emerge de lo inesperado, como cuando un grupo mixto reorganiza sus trayectos para asegurar que todas lleguen bien a casa. En estos gestos se condensa una forma de cuidado horizontal, colectivo y móvil, que no se funda en la autoridad, sino en la responsabilidad mutua. Asimismo, quedó claro que los hombres también pueden formar parte de estas redes afectivas, aunque su participación está mediada por roles de género que los colocan – aunque no siempre – en el rol de protectores o figuras de control. Sin embargo, cuando logran despojarse de esa lógica vertical y participan desde el afecto y la interdependencia, contribuyen a crear espacios más seguros y confiables. Pero cuando permanecen al margen o actúan desde una masculinidad que rehúsa el reconocimiento de la vulnerabilidad propia y ajena, la red se fragmenta, genera desconfianza o incluso se convierte en una amenaza.

Por otro lado, la creación de espacios de cuidado no se limita a los vínculos interpersonales. También se expresa en la capacidad de las mujeres para apropiarse del espacio urbano desde la afectividad. Así, entendemos que el sistema patriarcal y capitalista ha debilitado las formas comunitarias de relación, promoviendo una vida urbana fragmentada y alienada. Frente a ello, las mujeres reorganizan su tránsito por la noche para generar territorios de cuidado, que no dependen exclusivamente del equipamiento, sino de prácticas simbólicas, afectivas y relacionales. Un parque se vuelve transitable cuando varias amigas se citan ahí a determinada hora; una esquina es segura cuando hay un puesto de comida donde siempre se agrupan otras personas; una estación del RUTA se transforma en refugio cuando otras mujeres se encuentran, conversan, y acuerdan acompañarse. Estos espacios móviles de cuidado se configuran desde la experiencia y no desde el diseño urbano. Son formas de territorialidad afectiva que disputan la narrativa de inseguridad con presencia, organización y afecto. En este sentido, la apropiación del espacio público por parte de las noctámbulas no es meramente física, sino política y simbólica. A través de su estar juntas, las mujeres resignifican el sentido del espacio y lo cargan de posibilidad. Resulta importante reconocer que estos espacios no siempre son visibles ni legitimados. En el discurso institucional, actores como los puestos ambulantes suelen ser percibidos como parte del “desorden urbano” – especialmente durante el día –, sin considerar el papel que desempeñan en la vida nocturna como anclas de seguridad, compañía y afecto. Como se observó en los casos empíricos, su

presencia ofrece refugio emocional, una pausa, o simplemente la tranquilidad de estar en un lugar donde hay otras personas. Estos actores informales configuran, desde la marginalidad, fragmentos de una ciudad que cuida, que acompaña y que posibilita la noche.

Pienso que este capítulo ofrece aportes relevantes en dos dimensiones principales, por un lado, en el ámbito académico, contribuye a ampliar los marcos conceptuales sobre el cuidado y espacialidades de cuidado en contextos urbanos nocturnos, particularmente desde una mirada feminista e interseccional. Por otro, plantea elementos importantes que podrían contribuir en procesos de gobernanza urbana más sensibles y equitativos respecto a las formas en que las mujeres se relacionan en la noche.

En términos académicos, el capítulo entra en un conjunto de discusiones recientes sobre el cuidado como categoría relacional, desplazándola de su tradicional asociación con el ámbito doméstico para pensarla como una práctica que estructura modos de habitar la ciudad, gestionar la vulnerabilidad y sostener la vida en condiciones de riesgo o exclusión. Al situar estas prácticas especialmente en la noche urbana – un tiempo históricamente masculinizado, precarizado e invisibilizado –, se tensionan las fronteras entre lo público y lo privado, entre lo formal y lo informal, y entre lo institucionalizado y lo cotidiano. En este sentido, podemos comprender el cuidado como una red social que no requiere de edificios ni políticas explícitas, sino de tramas afectivas, presencias corporales y pactos situados que reconfiguran el sentido del espacio y el tiempo. Además, el capítulo muestra cómo el cuidado no sólo ocurre en espacios específicos, sino que circula y se mueve con las personas, dando lugar a espacialidades afectivas móviles que permiten disputar el miedo, la exclusión y la violencia. Pero no sólo eso sino también, en un contexto nocturno, esencial para la continuación del ocio. También ofrece una perspectiva crítica sobre el rol de la interdependencia, reconociendo su potencial político para crear alianzas, resignificar relaciones de poder y producir pertenencia en ese espacio.

A nivel de gobernanza de la noche, el capítulo plantea desafíos importantes para repensar las políticas públicas más allá de la gestión de la seguridad o el control del orden. En lugar de limitar la noche a un problema de vigilancia o consumo, lo que aquí se propone es reconocer y potenciar las formas de cuidado comunitario y afectivo que ya existen, incluso en condiciones precarias o no institucionalizadas. Esto implica no sólo visibilizar actores que

han sido históricamente ignorados – como las mujeres que se organizan para cuidarse entre sí, los vendedores ambulantes que crean espacios de contención o los choferes que se integran desde la reciprocidad –, sino también diseñar políticas que acompañen, respeten y fortalezcan estas prácticas sin anularlas o regularlas de forma punitiva. En ese sentido, una gobernanza sensible al cuidado debe adoptar una perspectiva situada, que comprenda que los espacios seguros no se crean únicamente con iluminación o patrullajes, sino con presencia humana, vínculos afectivos y participación activa de quienes habitan la noche. La inclusión de mujeres y disidencias sexo-genéricas en el diseño y evaluación de políticas nocturnas, el reconocimiento de la economía afectiva que sostiene la noche, y la articulación con actores informales que ofrecen anclajes de seguridad, podrían ser puntos de partida para una política urbana más justa y relacional.

CONCLUSIONES

A lo largo de esta tesis se ha mostrado que vivir la noche en Puebla supone un ejercicio permanente de negociación entre el deseo, el riesgo y los recursos disponibles. La ciudad, lejos de ofrecer un acceso equitativo a sus espacios nocturnos, reproduce desigualdades a través de la ausencia de infraestructura adecuada. Incluso el propio Plan Municipal de Desarrollo 2021–2024 reconoce carencias en materia de movilidad y recuperación de espacios públicos, pero omite atender de manera específica el acceso nocturno. Esta falta obliga a muchas mujeres a depender de transportes informales o aplicaciones privadas, lo que incrementa los costos de cada salida y alimenta la percepción de inseguridad. Así, la geografía urbana marca profundas diferencias: mientras que zonas como Angelópolis, La Juárez o La Catorce en Cholula concentran opciones de ocio relativamente seguras para quienes cuentan con mayores ingresos, barrios periféricos como Las Piñas o los límites con Tlaxcala se asocian con rezago, calles mal iluminadas, presencia de trata y ausencia de vigilancia, condiciones que restringen la posibilidad misma de habitar la noche. En medio de estas desigualdades materiales opera también un orden simbólico que regula los cuerpos y sus movimientos. La cultura conservadora de Puebla, reforzada por discursos religiosos y tradicionales, produce una vigilancia social que observa con sospecha a la mujer nocturna. Esto, se reproduce tanto en la mirada pública como en las dinámicas familiares, moldeando horarios, trayectorias y comportamientos. No obstante, esos mismos lazos también pueden transformarse en espacios de cuidado, amigas que organizan el regreso compartido, hermanas que acompañan hasta la puerta, familias que rastrean ubicaciones en tiempo real. Así, el cuidado se convierte en una red afectiva que atraviesa y sostiene la experiencia de la noche, al tiempo que dialoga con la agencia femenina y con las condiciones materiales del entorno.

A todo esto, cabe señalar, que el deseo de ocio no abandona a las noctámbulas, más bien se “activa” la negociación. Sus cuerpos funcionan como brújulas sensibles que perciben, anticipan y actúan frente a los riesgos, mientras las decisiones cotidianas – elegir una ruta, retrasar una salida, confiar en una red – operan como prácticas para sostener la posibilidad de habitar la ciudad de noche. La agencia femenina aparece, entonces, no como un gesto aislado de autonomía, sino como una práctica situada y contingente, modulada por la posición

socioeconómica, la accesibilidad del transporte y las tensiones de la vigilancia social. Reconocer estas desigualdades y tensiones permite comprender que la ciudad nocturna no es ni homogénea ni neutral, sino un territorio donde se entrelazan, de manera constante, la libertad, el cuidado y el riesgo.

Fue importante recalcar que el ocio de las noctámbulas no se reduce al momento de llegar a un bar, un antro o una zona de intensa actividad. Más bien, se trata de un proceso continuo que comienza mucho antes de cruzar la puerta de cualquier establecimiento. Desde la preparación en casa hasta la planificación de rutas, la coordinación de transportes y las narrativas compartidas con familiares o amistades para prevenir juicios o calmar preocupaciones, cada paso constituye ya una forma de ocio. Estos momentos, que a simple vista podrían parecer rutinarios o logísticos, son en realidad nodos donde se construye y se vive la diversión. Por eso el ocio nocturno es también, como denomino, “*on the go*” donde las noctámbulas proyectan cómo desean ser percibidas, cómo se moverán por la ciudad y cómo esperan que la noche responda a su presencia. La preparación se convierte en una primera práctica de ocio, performativa y afectiva, donde se anticipa la emoción, la complicidad y la autoafirmación que darán sentido a toda la experiencia nocturna. Aquí, los trayectos también participan de este entramado. Caminar por calles vacías, iluminadas apenas por faroles, resignifica espacios que no fueron diseñados para la vida nocturna. Aunque la soledad, la penumbra y el silencio puedan evocar vulnerabilidad, estos escenarios también abren posibilidades una apropiación efímera. En estas experiencias se revela cómo el ocio transforma lo hostil o lo rutinario en escenarios de disfrute, donde el miedo se negocia con el deseo, y cada trayecto se vuelve parte integral del ritual nocturno. Esto mismo ocurre con los medios de transporte. Ya sea en la RUTA o en un servicio de transporte por aplicación, el viaje no se limita a un traslado funcional, sino que puede convertirse en un espacio de juego y de complicidad. Incluso bajo la vigilancia implícita de choferes u otros pasajeros, estos trayectos se transforman en extensiones del ocio. Sin embargo, la inclusión en los espacios nocturnos comerciales no es automática ni equitativa. Está mediada por códigos implícitos de vestimenta, apariencia, edad, gestualidad o forma de interactuar, que determinan quién puede acceder y quién queda fuera. No obstante, estos límites no siempre cancelan la experiencia, negociar la entrada, decidir si permanecer o retirarse se resignifican como parte del ritual festivo y terminan reforzando los lazos de pertenencia dentro del grupo. La suma

de estos distintos nodos configura un ocio nocturno que cobra valor precisamente por su complejidad. Se trata de una experiencia que no ocurre de manera aislada, sino como un flujo continuo de anticipación, interacción y disfrute, donde la libertad y la autonomía no son absolutas, sino prácticas situadas, siempre en negociación con el contexto. El ocio nocturno, vivido “*on the go*”, encuentra su sentido en esta conexión de momentos, en la capacidad de las noctámbulas para transformar desplazamientos y restricciones en parte de la fiesta misma.

Todo esto se hace posible gracias a las prácticas de cuidado, las cuales se tejen en la vida cotidiana a partir de relaciones afectivas, acuerdos informales y respuestas situadas frente a la vulnerabilidad. En la experiencia de las noctámbulas, el cuidado no aparece como un gesto periférico u ocasional, sino como una dimensión constitutiva de sus trayectorias, estrategias y vínculos. El acompañamiento entre amigas, la espera en grupo, el aviso de llegada, la intervención frente a una situación riesgosa o la presencia colectiva en espacios públicos conforman un entramado de prácticas que sostienen, en lo más elemental, la posibilidad misma de estar en la noche. La interdependencia se revela aquí como un recurso relacional: cuando se reconoce y se valora, permite articular respuestas frente al riesgo y la exclusión. Aunque muchas veces las mujeres caminen solas en ciertos trayectos, su andar nunca es completamente individual, pues se encuentra sostenido por mensajes, pactos, afectos y presencias simbólicas. Ese entramado no sólo aporta seguridad, sino también pertenencia y agencia en un territorio históricamente masculinizado. No obstante, el cuidado no siempre emerge en condiciones ideales. En ocasiones se activa desde la urgencia, en otras, surge desde lo inesperado, como cuando un grupo mixto reorganiza sus trayectos para asegurar que todas lleguen bien a casa. En esos gestos se condensa un cuidado horizontal, colectivo y móvil, que no se funda en la autoridad, sino en la responsabilidad mutua. Los hombres también pueden formar parte de estas redes, aunque su participación suele estar mediada por roles de género que los colocan en posiciones de protectores o figuras de control. Sin embargo, cuando logran despojarse de esa lógica vertical y participan desde el afecto y la interdependencia, contribuyen a generar espacios más seguros y confiables. Por el contrario, cuando permanecen al margen o se aferran a una masculinidad que rehúsa reconocer la vulnerabilidad propia y ajena, la red se fragmenta, se erosiona la confianza o incluso se convierte en un riesgo más.

El cuidado, sin embargo, no se limita a los vínculos interpersonales. También se expresa en la capacidad de las mujeres para apropiarse del espacio urbano desde la afectividad. En un contexto en el que el sistema patriarcal y capitalista ha erosionado las formas comunitarias de relación, promoviendo una vida urbana fragmentada y alienada, las noctámbulas reorganizan sus tránsitos para generar territorios de cuidado. No dependen exclusivamente del equipamiento urbano, sino de prácticas simbólicas, afectivas y relacionales. Estos espacios móviles de cuidado no nacen del diseño urbano, sino de la experiencia vivida. Son espacios afectivos que disputan la narrativa de inseguridad con presencia, organización y afecto. Además la apropiación del espacio público por parte de las noctámbulas no es únicamente física, sino también política y simbólica. A través de su estar juntas, las mujeres resignifican los lugares y los cargan de posibilidad. Sin embargo, estas formas de cuidado rara vez son escuchadas o legitimadas.

A lo largo de esta investigación, se han ido entretejiendo distintas dimensiones analíticas que permiten comprender la vida nocturna de las mujeres más allá de los enfoques convencionales. Más allá de reducirse a una descripción de riesgos o a una celebración de las prácticas de ocio, considero que esta tesis propone un marco interpretativo que articula la agencia de las mujeres, el cuidado y la interdependencia en el análisis del espacio urbano nocturno. En primer lugar, muestra que el ocio de las noctámbulas es una práctica relacional y afectiva, que no comienza ni termina en los espacios de consumo, sino que se despliega como un proceso continuo “*on the go*” donde cada momento constituye un nodo de experiencia y significación. Esta perspectiva contribuye a los debates sobre el ocio de las mujeres al subrayar que no se trata de una mera práctica de diversión, sino de un entramado de afectos, tácticas y negociaciones que ponen en juego tanto el deseo como las condiciones materiales y simbólicas que delimitan la vida nocturna. En segundo lugar, la investigación propone la categoría analítica de espacialidades del cuidado para dar cuenta de cómo las noctámbulas sostienen su presencia en la ciudad. El cuidado, se materializa en pactos, acompañamientos, mensajes, trayectorias compartidas y presencias simbólicas que transforman calles, transportes y puntos de encuentro en territorios de cuidado. Estos espacios no se definen únicamente por el diseño urbano ni por la planeación oficial, sino por la apropiación afectiva que realizan las mujeres. Un tercer aporte consiste en proponer la negociación entre miedo y deseo como clave interpretativa para comprender la vida nocturna

de las mujeres. Lejos de entender la noche únicamente desde la inseguridad o únicamente desde la libertad, la investigación muestra cómo las mujeres transitan un campo de tensiones donde las limitaciones materiales y simbólicas se entrelazan con el deseo de ocio, libertad y socialización. Esta clave interpretativa desplaza tanto las visiones victimizantes como las lecturas ingenuas que únicamente celebran el ocio, permitiendo reconocer la complejidad de la agencia de las mujeres en contextos de riesgo y restricción.

Finalmente, la tesis contribuye a los debates sobre ciudadanía urbana y género al problematizar el acceso desigual a la vida nocturna y al plantear la interdependencia como condición y recurso. La investigación muestra que la agencia de las noctámbulas no puede entenderse como independencia absoluta, sino como una práctica interdependiente, sostenida en redes afectivas, pactos colectivos y estrategias situadas. Reconocer estas dinámicas permite pensar el derecho a la noche no solo como acceso al equipamiento, mobiliario, servicios o seguridad objetiva, sino como la posibilidad de habitar la ciudad desde la agencia, el ocio y el cuidado compartido.

En conjunto, estas contribuciones invitan a repensar la vida nocturna como un espacio atravesado por desigualdades estructurales, pero también como un territorio de creatividad, resistencia y resignificación, donde las mujeres disputan – desde el cuidado y la interdependencia – los sentidos mismos de la ciudad nocturna.

BIBLIOGRAFÍA

- Águila, C. (2005). Del ocio y la posmodernidad. *Apunts Educación Física y Deportes*, 79, 101–105.
- Aguilar, M. Á., & Soto, P. (2013). *Cuerpos, espacios y emociones. Aproximaciones desde las ciencias sociales* (1st ed.). Universidad Autónoma Metropolitana (México).
- Ahmed, S. (2004). Affective Economies. In *Social Text* (Vol. 79, Issue 2). <http://muse.jhu.edu/journals/soc/summary/v022/22.2ahmed.html>
- Ahmed, S. (2006). *Queer Phenomenology*. Duke University Press. <https://doi.org/10.4018/978-1-7998-8848-2.ch004>
- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones* (1st ed.). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Bakić Hayden, T., & Farah, I. (2025). Urban Governance and the Regulation of Street Food Vending In Latin America. In T. Bakić Hayden & J. Pérez Martín (Eds.), *Urban Food Systems in Latin America* (pp. 17–33). Routledge.
- Balint, S. (2024). Women's Experiences of Sexual Agency Under Constrained Choice: A Systematic Review. *Psychology of Women Quarterly*. <https://doi.org/10.1177/03616843241245713>
- Banda, C., & Concha, P. (2022). Leisure and socio-spatial appropriation from a feminist perspective: The case of Cerro Cordillera, Valparaíso. *Bitacora Urbano Territorial*, 32(1), 233–246. <https://doi.org/10.15446/bitacora.v32n1.96007>
- Batthyány, K. (2015). Los tiempos de cuidado en Uruguay. In *Los tiempos del bienestar social* (pp. 87–134).
- Bautista Arias, M. (2022). Las chicas ya no quieren divertirse: violencia de género y autocuidado en la zona conurbada a la Ciudad de México. *Encartes*, 5(10), 43–69. <https://doi.org/10.29340/EN.V5N10.266>
- Bergman, M., & Kessler, Y. G. (2008). Vulnerabilidad al delito y sentimiento de inseguridad en buenos aires: determinantes y consecuencias. *Desarrollo Economico*, 48(190–191), 209–234.
- Bevan, A. (2024). Feeling safe: Safety app discourse and affective labor. *Convergence*, 30(3), 1170–1185. <https://doi.org/10.1177/13548565231218412>
- Bogren, A., Sanders, E., Antin, T., Petersen, M. A., & Hunt, G. (2024). Coping With Intoxicated Masculinity: Queer Young Adults' Experiences and Narratives of Sexual Victimization and Gender in Nightlife. *Feminist Criminology*. <https://doi.org/10.1177/15570851241283815>
- Bøhling, F. (2015). *Desires of the night: An ethnography of urban alcohol and other drugs assemblages* [Doctoral]. Department of Psychology and Behavioural Sciences.

- Bolaños-Briceño, J. A., & Ariza-Marín, L. J. (2017). Nocturnidad, ciudades 24 horas y sus efectos socioambientales. *Bitacora Urbano Territorial*, 27(3), 127–132. <https://doi.org/10.15446/BITACORA.V27N3.66450>
- Bourdieu, P. (1988). *La Distinción* (M. del C. Ruiz de Elvira, Trans.; 2nd ed.). Taurus.
- Bourdieu, P. (1990). *The Logic of Practice* (R. Nice, Trans.). Polity Press.
- Bowlby, S. (2011). Amitié, coprésence, et soin: Espaces négligés. *Social and Cultural Geography*, 12(6), 605–622. <https://doi.org/10.1080/14649365.2011.601264>
- Bowlby, S. (2012). Recognising the time-space dimensions of care: Caringscapes and carescapes. In *Environment and Planning A* (Vol. 44, Issue 9, pp. 2101–2118). <https://doi.org/10.1068/a44492>
- Bromley, R. (2000). Street vending and public policy: A global review. In *International Journal of Sociology and Social Policy* (Vol. 20, Issues 1–2, pp. 1–28). <https://doi.org/10.1108/01443330010789052>
- Butler, J. (1990). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós Ibérica.
- Butler, J. (1993). *Bodies that matter*. Routledge.
- Butler, J. (2004). *Undoing gender* (Vol. 1). Routledge.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós Ibérica.
- Butler, J. (2016). *Vulnerability in Resistance*. Duke University Press.
- Butler, J. (2021). *La fuerza de la no violencia* (Marcos Mayer, Trans.; 1a ed.). Paidós.
- Caldeira, T. (2007). *Ciudad de muros* (C. Selans, Trans.; 1a ed.). Gedisa.
- Canoy, N. (2022). Do cities enable caring-with men? An ordinary politics of urban care. *SAGEjournal*, 60(3).
- Carbone, S., & Hernández-González, E. (2021). ENTRE ESPACIO ÍNTIMO Y PÚBLICO. Experiencias, usos y actividades nocturnas bajo un enfoque de género. *Seminario Internacional de Investigación En Urbanismo*, 13. <https://doi.org/10.5821/SIIU.10190>
- Carmona Gallego, D. (2019). La resignificación de la noción de cuidado desde los feminismos de los años 60 y 70. *EN-CLAVES Del Pensamiento*, 104–127. <https://doi.org/10.46530/ecdp.v0i25.353>
- Cedeño Pérez, M. C., & Delgado Ruiz, M. (2017). La mujer pública ¿Tiene género el espacio público? *Revista Nodo*, 12(July 2017), 8–20.
- Chatterton, P., & Hollands, R. (2003). *Urban Nightscapes. Youth Cultures, Pleasure Spaces and Corporate Power* (1st ed.). Routledge.
- Comelli, C. (2019). *Ambivalence et complexité des nuits urbaines contemporaines : le cas de Bordeaux*. <https://doi.org/10.13128/bsgi.v1i2.522>

- Comisión Consultiva de Emakunde-Instituto vasco de la mujer. (2002). Mujeres y ocio: ser en otro espacio, en otro tiempo. In M. L. Seitén & A. Marugán López (Eds.), *Mujeres y Ocio. Nuevas redes de espacios y tiempos* (pp. 85–98).
- Condon, S., Lieber, M., & Mailllochon, F. (2007). Feeling Unsafe in Public Places: Understanding Women's Fears on JSTOR. *Revue Francaise de Sociologie*, 101–128. <https://www.jstor.org/stable/40217706?seq=1>
- Crenshaw, K. (1991). Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence against Women of Color. *Source: Stanford Law Review*, 43(6), 1241–1299. <https://about.jstor.org/terms>
- Creswell, T. (2006). *On the Move. Mobility in the Modern Western World*. Routledge. <https://doi.org/https://doi.org/10.4324/9780203446713>
- Crossa, V. (2009). Resisting the entrepreneurial city: Street vendors' struggle in Mexico City's historic center. *International Journal of Urban and Regional Research*, 33(1), 43–63. <https://doi.org/10.1111/j.1468-2427.2008.00823.x>
- Dammert, L. (2007). Entre el temor difuso y la realidad de la victimización femenina en América Latina. In A. Falú & O. Segovia (Eds.), *Ciudades para convivir: sin violencias hacia las mujeres*. EdicionesSUR.
- Deem, R. (1982). *Women, leisure and inequality*.
- Delgado, M. (2007). *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Anagrama.
- Dumazedier, J. (1964). *Hacia una civilización de ocio* (M. (traductor) Parés i Maicas, Ed.). Estela.
- Dümpelmann, S. (2015). Designing the 'shapely city': women, trees, and the city.' *Journal of Landscape Architecture*, 10(2), 6–17. <https://doi.org/10.1080/18626033.2015.1058560>
- Dunckel Graglia, A. (2016). Finding mobility: women negotiating fear and violence in Mexico City's public transit system. *Gender, Place and Culture*, 23(5), 624–640. <https://doi.org/10.1080/0966369X.2015.1034240>
- Durán, M. Á. (2002). Economía, ideología y ocio. In M. L. Seitén & A. Marugán López (Eds.), *Mujeres y Ocio. Nuevas redes de espacios y tiempos* (pp. 41–56). Universidad Deusto.
- Elkin, L. (2016). *Flâneuse: Women Walk the City in Paris, New York, Tokyo, Venice, and London*. Farrar Straus & Giroux.
- Engster, D. (2005). Rethinking Care Theory: The Practice of Caring and the Obligation to Care. *Wiley on Behalf of Hypatia, Inc.* <https://www.jstor.org/stable/3811114>
- ENSU. (2025). *Encuesta Nacional de Seguridad Pública Urbana*.

- Erkan, N., & Topcu, B. (2021). Gender-based differences in fear of crime in public spaces: An investigation of a safe district in Istanbul. *Urbani Izziv*, 32(2), 87–97. <https://doi.org/10.5379/urbani-izziv-en-2021-32-02-02>
- Falú, A. (2009). Mujeres en la ciudad. De violencias y derechos. In E. SUR (Ed.), *Sereal Untuk* (Vol. 51, Issue 1). <http://www.sitiosur.cl/detalle-de-la-publicacion/?PID=3535>
- Falú, A. (2014). El derecho de las mujeres a la ciudad. Espacios públicos sin discriminaciones y violencias. *Vivienda y Ciudad*, 1, 10–28. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/ReViyCi/article/view/9538/10864>
- Fenster, T. (2005). The right to the gendered city: Different formations of belonging in everyday life. *Journal of Gender Studies*, 14(3), 217–231. <https://doi.org/10.1080/09589230500264109>
- Fileborn, B. (2015). Doing gender, doing safety? Young adults' production of safety on a night out. <Http://Dx.Doi.Org/10.1080/0966369X.2015.1090413>, 23(8), 1107–1120. <https://doi.org/10.1080/0966369X.2015.1090413>
- Fileborn, B. (2016). ¿Ejercer el género, ejercer la seguridad? La producción de la seguridad de lxs adultxs jóvenes en las salidas nocturnas. *Gender, Place and Culture*, 23(8), 1107–1120. <https://doi.org/10.1080/0966369X.2015.1090413>
- Fullagar, S. (2008). Leisure practices as counter-depressants: Emotion-Work and emotion-play within Women's recovery from depression. *Leisure Sciences*, 30(1), 35–52. <https://doi.org/10.1080/01490400701756345>
- Gallan, B., & Gibson, C. (2011a). New dawn or new dusk? Beyond the binary of day and night. *Faculty of Science - Papers (Archive)*, 43(11), 2509. <https://doi.org/10.1068/a44386>
- Gallan, B., & Gibson, C. (2011b). New dawn or new dusk? Beyond the binary of day and night. *Environment and Planning A*, 43(11), 2509–2515. <https://doi.org/10.1068/a44386>
- García Herrera, L. M., Díaz Rodríguez, M. C., García-García, A., Armas Diaz, A., & García Hernández, J. S. (2015). Apropiación y Sentido de Pertenencia en el Espacio Público: Parque Estoril (Sevilla). *Revista Latino-Americana de Geografía e Genero*, 6(1), 3–13. <https://doi.org/10.5212/rlagg.v.6.i1.0001>
- Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas* (12th ed.). Gedisa.
- Godoy-Almeida, D. E. R. (2022). Night-time leisure: Gender and sexuality intersected by generation, style, and race in the São Paulo pop LGBTQ+ scene. *Journal of Occupational Science*, 29(1), 52–67.
- Gwiazdzinski, L. (2014). The nocturnal condition. *CoLaboratorio's Managing Group*, 53–70. <https://shs.hal.science/halshs-01418025/>
- Hae, Laam. (2012). *The gentrification of nightlife and the right to the city : regulating spaces of social dancing in New York*. Routledge. <https://www.routledge.com/The-Gentrification-of-Nightlife-and-the-Right-to-the-City-Regulating-Spaces/Hae/p/book/9780415754583>

- Hartman, S. (2020). *Wayward Lives, Beautiful Experiments: Intimate Histories of Riotous Black Girls, Troublesome Women and Queer Radicals*. W.W. Norton & Company.
- Harvey, D. (2008). The right to the city. *New Left Review*, 53, 23–40.
- Henderson, K. (1993). Feminist Perspectives on Leisure Constraints. In *Agenda: Empowering Women for Gender Equity* (Issue 17).
- Henderson, K. (2002). Ocio y género: ¿un concepto global? In M. L. Setién & A. Marugán López (Eds.), *Mujeres y Ocio. Nuevas redes de espacios y tiempos* (pp. 21–38).
- Henderson, K., & Gibson, H. (2013). An integrative review of women, gender, and leisure: Increasing complexities. In *Journal of Leisure Research* (Vol. 45, Issue 2, pp. 115–135). National Recreation and Park Association. <https://doi.org/10.18666/jlr-2013-v45-i2-3008>
- Hernández-González, E., Faure, E., & Luxembourg, C. (2020). La nuit comme révélateur des pratiques genrées et localisées de l'espace urbain périphérique. *Night Studies, Regards Croisés Sur Les Nouveaux Visages de La Nuit*. <https://hal.archives-ouvertes.fr/hal-03118297>
- Hernández-González, E., & Guérin, F. (2016). La experiencia de la caminata urbana durante la noche*. *Alteridades*, 26, 35–50.
- Hille, K. (1999). ' Gendered Exclusions ': Women ' S Fear of. *Geografiska Annaler*, 81(2), 111–124. <https://doi.org/doi:10.1111/j.0435-3684.1999.00052.x>
- Hooks, B. (1999). *All About Love*. William Morrow.
- INEGI. (2020). Censo de Población y Vivienda 2020. In *Microdatos*. <https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2020/#Microdatos>
- Jacobs, J. (2011). *Muerte y vida de las grandes ciudades* (Ángel Abad, Trans.; 2nd ed.). Capitán Swing Libros.
- Jiménez-Romo, A. del R. (2022). *Vivir y resistir la noctariedad. Experiencias de violencia y precariedad de mujeres en contextos de trabajo informal nocturno en Tijuana*. Colegio de la Frontera Norte.
- Jirón, P. (2010). Mobility on the Move: Examining Urban Daily Mobility Practices in Santiago de Chile. *International Political Sociology*, 4(1), 66–79.
- Jiron, P. (2012). Transformándome en la “Sombra.” *Bifurcaciones*.
- Jirón, P. A., Solar-Ortega, M. I., Rubio, M. D., Cortés, S. R., Cid, B. E., & Carrasco, J. A. (2022). The spatialization of care. Weaving care relations through mobility. *Revista INVI*, 37(104), 199–229. <https://doi.org/10.5354/0718-8358.2022.65647>
- Jirón, P., Carrasco, J. A., & Rebolledo, M. (2020). Observing gendered interdependent mobility barriers using an ethnographic and time use approach. *Transportation Research Part A: Policy and Practice*, 140, 204–214. <https://doi.org/10.1016/J.TRA.2020.08.018>

- Jirón, P., & Gómez, J. (2018). Interdependencia, cuidado y género desde las estrategias de movilidad en la ciudad de Santiago. *Tempo Social, Revista de Sociologia Da USP*, 30(2), 55–72.
- Jirón, P., & Iturra, L. (2011). Momentos Móviles. Los lugares móviles y la nueva construcción del espacio público. *Arquitecturas Del Sur*, 39, 44–57.
- Jirón, P., & Singh, Z. (2017). Dossier. Movilidad Urbana y Género: experiencias latinoamericanas. *Revista Transporte y Territorio*, 1–8. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=333051591001>
- Juniu, S., & Henderson, K. A. (2002). Problemas para investigar y definir el ocio de las mujeres: perspectivas multiculturales. In M. L. Setién & A. López Marugá (Eds.), *Mujeres y Ocio. Nuevas redes de espacios y tiempos* (pp. 101–116).
- Kaufmann, V. (2002). *Re-thinking Mobility* (Avebury, Ed.). Transport and Societé. <https://shs.hal.science/halshs-00439011>
- Kern, L. (2020). *Feminist City: Claiming Space in a Man-Made World* (Vol. 1). Verso.
- Kessler, G. (2009). *El sentimiento de inseguridad: sociología del temor al delito* (1a ed.). Siglo Veintiuno Editores.
- Koskela, H. (2010). Fear and its others. In S. Smith, R. Pain, S. A. Marston, & J. P. Jones (Eds.), *The SAGE handbook of social geographies* (pp. 389–407). SAGE Publications.
- Kovac, L. D., & Trussell, D. E. (2015). ‘Classy and Never Trashy’: Young Women’s Experiences of Nightclubs and the Construction of Gender and Sexuality. *Leisure Sciences*, 37(3), 195–209. <https://doi.org/10.1080/01490400.2014.986347>
- Lagos, V., Muñoz, Á., & Zulehner, C. (2019). Gender-Specific Benefits from Ride-Hailing Apps: Evidence from Uber’s Entry in Chile. *SSRN Electronic Journal*, April, 1–47. <https://doi.org/10.2139/ssrn.3370411>
- Lagrange, H. (1995). La civilité à l’épreuve. *Presses Universitaires de France*, 310.
- Lara, O. (2022). Hacer la noche: una distancia decisiva. In C. Michelson (Ed.), *Hacer la noche. Dormir y despertar en un mundo que se pierde* (pp. 15–36). Paidós Ibérica.
- Lascano, I., & Madariaga, A. (2016). El ocio nocturno de la juventud en España. *Instituto de Estudios Del Ocio*, 34–95.
- Lasén, A. (2000). A contratiempo. Un estudio de las temporalidades juveniles. *Política y Sociedad*, 723–735.
- Lefebvre, H. (1974). *La Producción del Espacio*. Capitán Swing Libros.
- Licona, E., & Sánchez, J. (2016). Beber, bailar, ligar. La construcción social de la noche en San Andrés Cholula, Puebla. *Antropología Experimental*, 16. <https://doi.org/10.17561/RAE.V0I16.2670>

- Lin, Y. X., & Liu, Y. (2024). Let the city heal you: Environment and activity's distinct roles in leisure restoration and satisfaction. *Cities*, 154. <https://doi.org/10.1016/j.cities.2024.105336>
- Lindón, A. (2008). Violencia/miedo, espacialidades y ciudad. *Casa Del Tiempo*, 1(4), 8–14.
- Lindon, A. (2009). La construcción socioespacial de la ciudad: el sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento. *Revista Latinoamericana de Estudios Sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 1, 6–20.
- Löw, M. (2006). The social construction of space and gender. In *European Journal of Women's Studies* (Vol. 13, Issue 2, pp. 119–133). <https://doi.org/10.1177/1350506806062751>
- Lozano Hernández, A., Galindo Cruz, A. K., Alvarado Garduño, G. A., Lozano Hernández, A., Galindo Cruz, A. K., & Alvarado Garduño, G. A. (2024). Las vidas que importan. Políticas del dejar morir hacia las trabajadoras sexuales trans de la ciudad de Puebla. *Revista de Estudios de Género, La Ventana*, 7(60), 311–346. <https://doi.org/10.32870/lv.v7i60.7867>
- Margulis, M. (1997). La cultura de la noche: la vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires. *Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales*, 11–30.
- Massey, D. (1994). *Space, Place and Gender* (Issue 112). University of Minnesota Press.
- Massey, D. (2005). *For Space*. SAGE Publications.
- Massolo, A. (2018). Introducción. Las mujeres son sujetos de la investigación urbana. In *Mujeres y ciudades* (pp. 9–36). El Colegio de México. <https://doi.org/10.2307/J.CTV5135MH.4>
- Mayobre, P., & Vázquez, I. (2015). Cuidar cuesta: Un análisis del cuidado desde la perspectiva de género. In *Revista Espanola de Investigaciones Sociologicas* (Vol. 151, pp. 83–100). <https://doi.org/10.5477/cis/reis.151.83>
- McCall, L. (2005). The Complexity of Intersectionality. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 30(3), 1771–1800.
- Mcdowell, L. (2000). *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Cátedra.
- Melbin, M. (2017). Night as frontier. *Cultures et Conflits*, 105–106, 29–59. <https://doi.org/10.2307/90017730>
- Mercado-Celis, A. (2018). Gobernanza de la Economía Nocturna en la Ciudad de México. In P. Le Galès & V. Ugalde (Eds.), *Gobernando la Ciudad de México. Lo que se gobierna y lo que no se gobierna en una gran metrópoli*. (pp. 161–200). El Colegio de México.
- Modi, I. (2012). Leisure and Social Transformation. *Sociological Bulletin*, 61, 386–403. <https://about.jstor.org/terms>

- Molinier, P., & Legarreta, M. (2016). Subjetividad y materialidad del cuidado: ética, trabajo y proyecto político. *Papeles Del CEIC*, 2016(1), 1–14. <https://doi.org/10.1387/pceic.16084>
- Monod Becquelin, A., & Galinier, J. (2020). Las cosas de la noche. Una mirada diferente. In *Centro de estudios mexicanos y centroamericanos*.
- Morales, C. (2022, November 1). *Barbosa insiste en regular plataformas de viaje por caso Liliana Lozada; Didi se desmarca*. Milenio.
- Moreno Cortés, Z. R. (2018). Puebla, ¿ciudad para universitarios? *Saberes y Ciencia. Divulgación Científica*.
- Morey, P. (2007). Violencia de género: hacia una comprensión global. In A. Falú & O. Segovia (Eds.), *Ciudades para convivir: sin violencias hacia las mujeres* (pp. 23–40). EdicionesSUR.
- Muñoz, J. (1980). *Sociología del ocio en una sociedad en crisis: Alternativa cultural*. Universidad Complutense de Madrid.
- Nemer, D. (2015). *RETHINKING DIGITAL INEQUALITIES: THE EXPERIENCE OF THE MARGINALIZED IN COMMUNITY TECHNOLOGY CENTERS* [Doctoral]. Indiana University.
- Newton, A., & Hirschfield, A. (2009). Violence and the night-time economy: A multi-professional perspective. An introduction to the Special Issue. *Crime Prevention and Community Safety 2009 11:3*, 11(3), 147–152. <https://doi.org/10.1057/CPCS.2009.10>
- Nofre, J. (2023). Nightlife as a source of social wellbeing, community-building and psychological mutual support after the Covid-19 pandemic. *Annals of Leisure Research*, 26(4), 505–513. <https://doi.org/10.1080/11745398.2021.1964991>
- Orozco-Rocha, K., González-González, C., Orozco-Rocha, K., & González-González, C. (2021). Familiarización y feminización del trabajo de cuidado frente al trabajo remunerado en México. *Debate Feminista*, 62, 117–141. <https://doi.org/10.22201/CIEG.2594066XE.2021.62.2276>
- Ortiz, A. (2005). Espacios “del miedo”, ciudad y género: experiencias y percepciones en algunos barrios de Barcelona. *La Ciudad y El Miedo: VII Coloquio de Geografía Urbana, 2005, ISBN 84-8458-214-0, Págs. 299-311, March, 299–311*. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4617242>
- Ortiz Escalante, S. (2017). El lado nocturno de la vida cotidiana: un análisis feminista de la planificación urbana nocturna. *Kult-Ur Revista Interdisciplinària Sobre La Cultura De La Ciutat*, 4(7), 55–78. <https://doi.org/10.6035/kult-ur.2017.4.7.2>
- Ortiz-Escalante, S. (2016). *Where is women's right to the night in the New Urban Agenda? The need to include an intersectional gender perspective in planning the night*. DOI 10.6092/2281-4574/4018
- Patel, R. (2010). Working the Night Shift: Women in India's Call Center Industry. *Canadian Journal of Sociology*, 35(3), 523–525. <https://doi.org/10.29173/cjs9231>

- Pérez, M. C. C., & Ruiz, M. D. (2017). La mujer pública ¿Tiene género el espacio público? *Revista Nodo*, 12(July 2017), 8–20.
- Pink, S., Horst, H., Postill, J., Hjorth, L., Lewis, T., & Tacchi, J. (2016). *DIGITAL ETHNOGRAPHY Principles and Practice*. SAGE Publications.
- Plyushteva, A., & Boussauw, K. (2020). Does night-time public transport contribute to inclusive night mobility? Exploring Sofia’s night bus network from a gender perspective. *Transport Policy*, 87(January), 41–50. <https://doi.org/10.1016/j.tranpol.2020.01.002>
- Power, E. R., & Williams, M. J. (2020). Cities of care: A platform for urban geographical care research. *Geography Compass*, 14(1). <https://doi.org/10.1111/gec3.12474>
- Pritchard, A., & Morgan, N. J. (2000). Privileging the male gaze: Gendered tourism landscapes. *Annals of Tourism Research*, 27(4), 884–905. [https://doi.org/10.1016/S0160-7383\(99\)00113-9](https://doi.org/10.1016/S0160-7383(99)00113-9)
- Puig De La Bellacasa, M. (2011). *Matters of care in technoscience: Assembling neglected things* (Vol. 41, Issue 1).
- Puig De La Bellacasa, M. (2017). *Matters of Care: Speculative Ethics in More than Human Worlds*. University of Minnesota Press.
- Reyes-Sánchez, J. (2021). Cuerpa-territorio y sensorialidad: una nueva forma de comprender el espacio. *Revista Memória Em Rede*, 206–233.
- Rivera-Gómez, E. (2021). “Y la culpa no era mía...” la desigualdad, discriminación y la violencia de género contra las mujeres en Puebla. *La Aljaba*, 2, 255–264.
- Sabido Ramos, O. (2019). La proximidad sensible y el género en las grandes urbes: una perspectiva sensorial. *Estudios Sociológicos de El Colegio de México*, 38(112), 201–231. <https://doi.org/10.24201/es.2020v38n112.1763>
- Sabido Ramos, O. (2020). Sentidos, emociones y artefactos: abordajes relacionales. Introducción. *Digithum*, 25(25), 1–10. <https://doi.org/10.7238/d.v0i25.3236>
- Sánchez, J. M. (2015). Sociabilidad nocturna en San Andrés Cholula, el caso del corredor nocturno de la catorce [Benemérita Universidad Autónoma de Puebla]. In *Exploraciones, intercambios y relaciones entre el diseño y la tecnología*. <https://doi.org/10.16/CSS/JQUERY.DATATABLES.MIN.CSS>
- Schnepel, B., & Ben-Ari, E. (2018). Introduction : ‘When Darkness Comes ..’: Steps toward an Anthropology of the Night. *Frobenius Institute*, 51(2005), 153–163.
- Setién, M. L., & López-Marugán, A. (2002). Introducción. In M. L. Setién & A. López-Marugán (Eds.), *Mujeres y Ocio. Nuevas redes de espacios y tiempos* (pp. 9–18). Universidad Deusto.
- Shaw, S. M. (1994). Gender, Leisure, and Constraint: Towards a Framework for the Analysis of Women’s Leisure. *Journal of Leisure Research*, 26(1), 8–22. <https://doi.org/10.1080/00222216.1994.11969941>

- Sheller, M. (2018). *Mobility justice: the politics of movement in an age of extremes*. Taylor & Francis. <https://doi.org/10.1080/01441647.2019.1654556>
- Sheller, M., & Urry, J. (2006). The new mobilities paradigm. *Environment and Planning A*, 38(2), 207–226. <https://doi.org/10.1068/a37268>
- Skeggs, B. (1997). *Formations of class and gender: becoming respectable*. SAGE Publications.
- Solar-Ortega, M. (2020). *Espacialidades del cuidado. Develando las prácticas espaciales de mujeres cuidadoras en Santiago de Chile*. Universidad de Chile.
- Soto, P. (2012). El miedo de las mujeres a la violencia en la ciudad de México: Una cuestión de justicia espacial. *Revista INVI*, 27(75), 145–169. <https://doi.org/10.4067/S0718-83582012000200005>
- Soto, P. (2013). Entre los espacios del miedo y los espacios de la violencia: discursos y prácticas sobre la corporalidad y las emociones. *Cuerpos, Espacios y Emociones. Aproximaciones Desde Las Ciencias Sociales.*, 2005, 197–217.
- Soto, P. (2016). Espacio y género: problemas, momentos y objetos. In *Conceptos clave en los estudios de género* (1st ed., pp. 77–90).
- Soto, P. (2017). Diferencias de género en la movilidad urbana. Las experiencias de viaje de mujeres en el Metro de la Ciudad de México. *Revista Transporte y Territorio*, 16(16), 127–146. <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/rtt/article/view/3606>
- Soto, P. (2022). Paisajes del cuidado en la Ciudad de México. Experiencias, movilidad e infraestructuras. *ÍCONOS Revista de Ciencias Sociales*, XXVI(57–75), 57–75. <https://doi.org/10.17141/iconos.73.2022.5212>
- Soto, P. (2023). Un marco analítico para el estudio de las geografías del miedo de las mujeres a partir de la evidencia empírica de dos ciudades mexicanas. *Encartes*, 5(10), 17–42. <https://doi.org/10.29340/EN.V5N10.263>
- Stark, J., & Meschik, M. (2018). Women’s everyday mobility: Frightening situations and their impacts on travel behaviour. *Transportation Research Part F: Traffic Psychology and Behaviour*, 54, 311–323. <https://doi.org/10.1016/J.TRF.2018.02.017>
- Straw, W. (2014). The Urban Night. In M. Darroch & J. Marchessault (Eds.), *Cartographies of Place: Navigating the Urban* (pp. 185–200). McGill-Queen’s University Press.
- Tirado, G. (2007). *Miradas en la noche. Estudios sobre la prostitución en Puebla*. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Toomistu, T. (2018). Playground love: sex work, pleasure, and self-affirmation in the urban nightlife of Indonesian waria. <https://doi.org/10.1080/13691058.2018.1459847>
- Vaadal, K. (2020). Navigating nightlife: women’s discourses on unwanted attention in nightlife settings in Norway. *Gender, Place and Culture*, 27(7), 1023–1043. <https://doi.org/10.1080/0966369X.2019.1654982>

- Valentine, G. (1989). The geography of women's fear. *Area*, 21(4), 385–390. https://www.jstor.org/stable/20000063?searchText=geography+of+women%27s+fear&searchUri=%2Faction%2FdoBasicSearch%3FQuery%3Dgeography%2Bof%2Bwomen%2527s%2Bfear%26so%3Drel&ab_segments=0%2Fbasic_search_gsv2%2Fcontrol&refreqid=fastly-default%3A461ff5ed193cdd5
- van Liempt, I., van Aalst, I., & Schwanen, T. (2015). Introduction: Geographies of the urban night. *Urban Studies*, 52(3), 407–421. <https://doi.org/10.1177/0042098014552933>
- Vaquiro, S., & Stieповich, J. (2010). Cuidado Informal , Un Reto Asumido Por La Mujer Informal Care Challenge Assumed By Women. *Ciencia Y Enfermeria*, XVI(2), 9–16. https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-95532010000200002
- Vega Solís, C. (2019). Reproducción social y cuidados en la reinención de lo común. *Revista de Estudios Sociales*, 70, 49–63.
- Wacquant, L. (2007). Territorial Stigmatization in the Age of Advanced Marginality. *Thesis Eleven*, 91(1), 66–77. <https://doi.org/10.1177/0725513607082003>
- Wagner, L. B. (2019). Contingently elite: affective practices of diasporic urban nightlife consumption. *Urban Geography*, 40(5), 665–683. <https://doi.org/10.1080/02723638.2017.1390722>
- Watson, B., & Scraton, S. J. (2013). Leisure studies and intersectionality. *Leisure Studies*, 32(1), 35–47. <https://doi.org/10.1080/02614367.2012.707677>
- Zhang, M., Zhao, P., & Tong, X. (2022). Constructing women's immobility: Fear of violence and Women's constricted nocturnal travel behaviour. In *Travel Behaviour and Society* (Vol. 26, pp. 178–192). <https://doi.org/10.1016/j.tbs.2021.10.002>
- Zukin, S. (1996). *The Cultures of Cities*. Wiley-Blackwell.
- Zuñiga, M. (2014). Las mujeres en los espacios públicos: entre la violencia y la búsqueda de libertad. *Región y Sociedad*, 4, 77–100. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10230108004>

ANEXOS

ANEXO 1. LAS PARTICIPANTES

Seudónimo	Edad	Ocupación	Residencia
Joyce	19	Estudiante	San Francisco Totimehuacan, Puebla, Puebla
Violeta	29	Trabajadora formal en trabajo especializado	Xilotzingo, Puebla, Puebla
Valentina	23	Estudiante	San Francisco Totimehuacan, Puebla, Puebla
Sara	45	Trabajadora independiente	San Francisco Totimehuacan, Puebla, Puebla
Liliana	33	Trabajadora formal en trabajo técnico	San Bartolo, Puebla, Puebla
Sandra	29	Trabajadora formal en trabajo técnico	Buganvilias, Puebla, Puebla
Gabriela	30	Trabajadora formal en trabajo técnico	Los Héroes, Puebla, Puebla
Karina	20	Estudiante	Jardines de San Manuel
Martina	31	Trabajadora formal en trabajo especializado	Jardines de San Manuel
Jesica	33	Trabajadora independiente	Loma Encantada